



SIENNA ANDERSON

LA SOMBRA OSCURA  
DE LA DUDA



ALFONSO GARCÍA



## Annotation

Un recluso dibuja palotes en la pared de su celda. No son los días que ha estado allí ni los que le quedan para salir. Son los que le faltan para que sea ejecutado. De repente, un haz de luz parece proveerle una esperanza a Craig Shadows, el reo.

Para Jon Kellerman, agente del FBI, el pasado retorna beligerante y cuestiona su capacidad como detective. Años atrás encarceló a

Shadows como autor del homicidio de Livy Giordano. Sin embargo, un nuevo asesinato, idéntico al otro pone en duda la culpabilidad del hombre que, en prisión, espera la muerte. Incluso, ambas muchachas son tan parecidas que un escalofrío recorre el cuerpo de los investigadores. La situación empeora cuando la presión mediática, en especial la de un periodista que firma bajo el seudónimo de Themis, clama por la liberación de Shadows.

Kellerman debe volver a ponerse en contacto con la familia Giordano e informarles que reabrirán el caso. Allí se reencuentra con Kate, la hermana de la víctima, que ya no es la dulce adolescente que conoció, sino una hermosa mujer que ha estudiado criminología. De manera imprevista, decide sumarla a la investigación que la concierne.

A partir de allí, todo se complica: las pistas falsas que no conducen a ningún lado, la presión

de los medios por liberar al condenado a muerte, la relación entre Kate y Jon que se vuelve más íntima, la posibilidad de un tercer asesinato, un juego de espejos con el pasado que regresa cada vez con más fuerza y la duda como una sombra que se cierne sobre el crimen y oscurece todo como en un eclipse.

**Sienna Anderson** va un paso más allá en esta novela: construye un rompecabezas preciso e

indescifrable. Con una prosa ágil,  
con personajes potentes, escribe un  
thriller de final impactante.

---

Sienna Anderson

La SOMBRA de la  
DUDA



VESTALES



© Editorial Vestales, 2013

© de esta edición: Editorial

Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)

[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN: 978-987-1405-39-8

*Todo hombre es sincero a  
solas;  
en cuanto aparece una  
segunda persona,  
empieza la hipocresía.*

**Ralph Waldo Emerson**

# Capítulo 1

Livy Giordano sabía que iba a morir.

Aun así, cuando la cuerda de metal le apretó la garganta, intentó desesperadamente luchar por su vida.

Los delgados dedos de la muchacha se hundieron en su propia carne hasta sangrar. En vano, buscó ponerle fin a aquella presión que lentamente comenzaba a arrebatarle el aliento. Las manos que le

sujetaban la cuerda alrededor del cuello eran mucho más fuertes que las suyas. Entonces, su captor la soltó y el cuerpo cayó al suelo pesadamente. Tal vez fuera la única oportunidad que tendría de huir. Se sacudió, lanzando varias patadas hacia atrás. Pronto comprendió que no importaba cuánto luchase por sobrevivir: jamás lo lograría.

Su verdugo se arrojó encima de ella, y le aprisionó el delgado y tembloroso cuerpo entre las poderosas piernas. Ella se quedó

quieta mientras hacía un gran esfuerzo por respirar. La obligó a levantar un poco la cabeza y le puso la cuerda debajo de la mandíbula, tironeándola hacia atrás.

Segundos más tarde, el cuerpo laxo de Livy Giordano volvió a caer al suelo.

Esta vez, ya no volvió a levantarse.

\* \* \*

Prisión Estatal de Greenville.

Pabellón de la muerte.

Lunes 10 de septiembre.

A 35 días de la ejecución.

Craig Shadows abrió los ojos y clavó la mirada en la mosca que revoloteaba alrededor de la bombilla. La mancha de humedad en una de las esquinas del cielorraso se hacía cada vez más grande. Se incorporó súbitamente y apoyó los pies desnudos en el suelo. Había pasado los últimos doce años de su vida rodeado de

aquellas cuatro paredes. Veintitrés horas al día metido en una jaula blanca de concreto y todavía no había podido acostumbrarse a las horas de silencio abrumadoras que llegaban cuando, por las noches, las luces del pabellón se apagaban.

Respiró profundamente y observó a su alrededor. La celda de dos metros cuadrados apenas era suficiente para albergar el sanitario, el lavabo, una silla, la mesa y la litera en la que estaba sentado.

Se puso de pie y en ropa

interior dio un par de vueltas para distender los músculos. Estiró los brazos hacia arriba y los flexionó por detrás de la cabeza. El mono gris de fieltro que debía vestir cada día colgaba del respaldo de la silla. Orinó y luego se lavó la cara para terminar de despertarse; a las diez vendría uno de los guardias para llevarlo al patio. Esperaba ansioso aquella única hora del día en la que podía sentir el sol quemándole la cara. Cuando abandonaba la celda y atravesaba el extenso y angosto



pasillo con los grilletes que le aprisionaban los tobillos y las muñecas, se atrevía a soñar con la posibilidad de poder recuperar la libertad algún día. Con cierta parsimonia se vistió, luego tomó las gafas, sopló hasta empañar los cristales y los limpió refregándolos con la parte interna de la manga del mono.

El viejo ejemplar de *Confía en ti mismo* de Ralph Waldo Emerson descansaba sobre la mesa. Se lo había regalado su hermano,

pocos días después de ingresar a Greensville, porque conocía su admiración por el poeta. La tapa se había agrietado con el paso de los años, culpa de las veces que lo había leído. Sus ojos azules, tan fríos como la escarcha que cada invierno se formaba en la superficie del lago Manassas, se posaron en la pila de periódicos. Un guardia, a quien le había caído en gracia, se los conseguía con un día de retraso; junto con las visitas de Bradley y su novia Lana, eran su única conexión

con el mundo exterior.

Retiró la silla y se sentó; todavía tenía un poco de tiempo antes de que le trajesen el desayuno.

Colocó uno de los ejemplares en el centro de la mesa y lo abrió. Obvió la sección de deportes, también la de política. Sabía exactamente qué buscaba. Desde hacía un par de meses, venía siguiendo los artículos que escribía *Themis*: la persona que diariamente trataba los temas candentes que

nadie más se atrevía a tocar y que se escudaba detrás de aquellas palabras para abogar por quienes más lo necesitaban, sabía bien cómo hacer honor a su nombre. En esa ocasión, *Themis* se había metido nada más y nada menos que con una importante fábrica de neumáticos ubicada en el norte del estado; la acusaba de verter residuos químicos en el lecho del río Pamunkey.

Craig notó la pasión y el ímpetu con los que *Themis*

redactaba sus artículos, y el modo con que defendía su postura a rajatabla. Si hubiese tenido un abogado con aquel mismo empuje, tal vez su situación actual no habría sido tan drástica.

Alzó la cabeza y miró el pequeño calendario que colgaba de la pared justo encima de la mesa.

En poco más de un mes, como cada día, atravesaría el largo y estrecho corredor en compañía de uno de los guardias y del reverendo Kranston, solo que esa vez no lo

esperaría el sol de la mañana, sino una fría camilla en la sala de ejecuciones.

Debía hacer algo si quería torcer su destino.

\* \* \*

Montclair, Virginia.

Bonnie Trevors sabía que iba a morir.

Apenas abrió los ojos, la envolvió una inquietante oscuridad;

quiso gritar, pero la mordaza que le cubría la boca se lo impidió. Cuando intentó moverse, se dio cuenta de que tenía las manos atadas. El olor penetrante a madera rancia le revolvió el estómago. Se incorporó como pudo, luego recostó la espalda dolorida contra la pared. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza.

Necesitaba calmarse si quería salvar su pellejo.

Respiró hondamente hasta que por fin logró que el corazón le

volviera a latir con normalidad.

Aguzó los oídos. Durante unos cuantos segundos, no oyó nada; el aleteo desesperado de unos pájaros fue lo único que quebró el aterrador silencio que la rodeaba: estaba sola o, al menos, eso era lo que parecía. Hundió las manos en el colchón y buscó un punto de apoyo.

Debía ponerse de pie y encontrar la salida.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba recluida en aquel apestoso lugar, pero sentía que toda la fuerza



del cuerpo la había abandonado. Lentamente y con mucha dificultad logró levantarse. Tembló no bien sus pies desnudos tocaron el suelo frío; tenía las piernas entumecidas y, cuando dio el primer paso, un dolor desgarrador le arrancó una lágrima: fue como si cientos de alfileres le hubiesen aguijoneado la carne con la intensidad de un puñal.

Dio un segundo paso, luego otro; no sabía hacia dónde moverse. Como si fuera poco, los brazos atados detrás de la espalda podían

provocar que se diera de bruces contra el suelo de un momento a otro, aun así, no se amilanó: avanzó un par de metros arrastrando los pies. Entonces tropezó con algo. Tanteó lentamente el objeto con la punta de los dedos y lo recorrió hacia un lado primero, luego hacia el otro. Levantó el pie cuando descubrió que tenía frente a ella una escalera. Sorteó el primer peldaño y con dificultad avanzó los tres siguientes.

Estaba exhausta, pero por nada

del mundo se detendría. En más de una oportunidad le faltó el aliento, pero la acuciante necesidad de ponerse a salvo la impulsó a continuar.

De pronto, la puerta que estaba al final de las escaleras se abrió, y una luz enceguecedora la obligó a cerrar los ojos.

Cualquier esperanza de salir de allí murió en ese preciso instante.

Rápidamente, alguien la sujetó del cuello y la arrastró de regreso

al sucio colchón. Cayó boca abajo y se golpeó la cabeza contra la pared; perdió el conocimiento durante un par de minutos.

Cuando reaccionó, intentó liberarse valiéndose de las pocas fuerzas que le quedaban: estaba demasiado débil como para resistir. Ni siquiera podía ver el rostro de quien la estaba sometiendo.

Sintió la presión alrededor de la garganta; apretó los ojos con fuerza y rogó para que aquella pesadilla terminara de una vez.

No supo cuánto tiempo duró aquel calvario, pero, inexorablemente, la abrumadora realidad de que estaba a punto de morir hizo que Bonnie Trevors, finalmente, dejase de luchar.

\* \* \*

Quantico, Virginia, Unidad de Ciencias de la Conducta.

Lunes 17 de septiembre.

A 28 días de la ejecución.

Jon Kellerman observó el segundo cajón del escritorio por enésima vez esa tarde. Sabía que todavía tenía media caja de cigarrillos y se moría de ganas de fumarse uno. Estaba intentando dejarlo, pero hasta el momento, era solo eso: un intento. Se inclinó hacia atrás y cerró los ojos unos segundos, a la espera de que, como tantas otras veces, aquel instante de relax le ayudara a vencer la tentación.

Dio un respingo en la silla

cuando el teléfono sonó. Rápidamente se incorporó y tomó el auricular.

—Kellerman.

—Jon, necesito verte cuanto antes.

Notó cierto tono de inflexión en la voz de su jefe.

—¿Qué sucede?

—Te lo explicaré en persona.

¿Puedes subir ahora?

—Sí, en un par de minutos estaré allí.

Recogió la chaqueta del

perchero y abandonó la oficina con el ceño fruncido; ya dentro del ascensor se acomodó el nudo de la corbata. Si Zane Griffin necesitaba verlo con urgencia, debía de tratarse de algo muy serio. Dudaba de que tuviese que ver con el caso que estaban investigando: si bien aún no lo habían cerrado, tenían a un sospechoso viable. Cuando el ascensor se detuvo en el cuarto piso, salió al pasillo y avanzó raudamente hacia el despacho.

Tras golpear un par de veces a



la puerta, Griffin le dio la orden para que pasara. Descubrió que no estaba solo: un sujeto fornido que vestía un traje color oscuro se encontraba de pie junto a la ventana, observando el panorama. Ni siquiera se volteó cuando él entró.

—Jon, te presento al detective Grimes.

El hombre entonces giró y extendió un brazo.

—Agente Kellerman, un placer conocerlo por fin. Me han hablado

maravillas de usted y de su equipo.

Jon apretó la mano sudorosa del detective y esbozó una sonrisa.

—¿Qué lo trae a Quantico, detective?

—Me temo que no es un asunto agradable —respondió moviendo la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—Tomen asiento —los instó Griffin—. Ordenaré que nos traigan café.

—Hace tres días, en Montclair, unos padres denunciaron

la desaparición de su hija de diecisiete años —explicó al tiempo que se dejaba caer en la silla—. Al parecer, la muchacha se dirigía a una fiesta en casa de amigos, pero nunca se presentó.

Jon escuchaba con atención, aunque hasta el momento no entendía por qué la policía de Montclair solicitaba la ayuda del FBI. Por lo que había oído, solo se trataba de un caso de persona desaparecida; nada extraordinario que requiriera de sus servicios.

El detective Grimes pareció adivinar al vuelo lo que pasaba por la cabeza de Kellerman, y dijo:

—El cuerpo de Bonnie Trevors apareció anoche a un costado de la interestatal 294, a unos pocos kilómetros de Hillendale Park. La muchacha fue estrangulada con la cuerda de una guitarra.

Aquel detalle captó de inmediato la atención de Jon. Miró a Griffin.

—¿Una cuerda de guitarra?

—Así es, agente. La tenía alrededor del cuello cuando fue hallada. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Hemos revisado antiguos casos para ver si encontrábamos coincidencias y en la base de datos federal saltó un homicidio con características similares cometido en Burke en 1999.

Se hizo un silencio generalizado.

—El autor de ese crimen lleva encerrado más de una década —

puntualizó Griffin.

—Lo sé, sin embargo, los dos hechos se asemejan bastante — insistió Will Grimes—. Ambas muchachas fueron ultimadas con una cuerda de guitarra. Sus cuerpos fueron hallados completamente desnudos a un lado de la carretera. No podemos precisar si Bonnie fue violada, debido a que la lluvia arruinó algunas pruebas, pero hay otra coincidencia: el informe del caso Giordano decía que a la víctima le faltaban dos medallas.

Bonnie Trevors llevaba un broche en el pelo, tampoco apareció. Entiendo su consternación —miró al agente Kellerman—, pero no podemos obviar la similitud que existe entre ambos homicidios, por eso he decidido pedir la colaboración del FBI.

La secretaria de Zane Griffin entró al despacho y dejó la bandeja con el café encima del escritorio. Cuando se retiró, Kellerman se puso de pie y se acercó a la ventana. Después de que Grimes

hubiese barajado la posibilidad de que la muerte de Bonnie Trevors podía tener alguna relación con el caso que él mismo había investigado trece años atrás, no volvió a pronunciar palabra alguna.

El homicidio de Livy Giordano había ocurrido poco después de su nombramiento como jefe de la Unidad de Ciencias de la Conducta y fue, sin dudas, el bautismo de fuego que sirvió para demostrar que el cargo no le quedaba grande a pesar de su



juventud. Habían resuelto el caso, y el culpable pasaba sus últimos días en el pabellón de la muerte en la prisión estatal de Greensville.

—Jon, ¿qué tienes para decir?

—Zane Griffin esperaba ansioso la palabra de quien era, sin dudas, el más interesado en todo aquel escabroso asunto.

Kellerman se tomó un tiempo para responder. Giró sobre los talones y, con una expresión circunspecta en el rostro, fulminó a ambos hombres con la mirada.

—Craig Shadows asesinó a Livy Giordano, detective Grimes. Las pruebas en su contra fueron condenatorias. —Hizo una pausa y relajó el entrecejo—. No solo se halló su ADN en el cuerpo de la víctima, sino que también un testigo lo vio marcharse con ella la noche de su desaparición.

El otro se mesó el cabello, en un claro gesto de inquietud.

—¿Están seguros de que atraparon al hombre correcto? —se atrevió a cuestionar—. Les repito

que los dos casos tienen demasiados puntos en común como para ignorarlos. Llevo más de quince años en la División de Homicidios y algo me huele muy mal en todo este asunto.

Griffin percibió rápidamente la tensión que acababa de suscitarse entre ambos hombres y, por eso, decidió intervenir.

—Jon, no nos cuesta nada echarle un vistazo a los archivos del caso, ¿verdad?

El agente lo miró y soltó un

soplo de fastidio.

—No, supongo que no —  
accedió por fin, para beneplácito no  
solo de su jefe, sino del detective,  
quien estaba convencido de lograr  
que el FBI le tendiera una mano.

—Todo lo que necesitan está  
aquí —anunció Grimes sacando un  
*pendrive* del bolsillo—. Créame,  
agente Kellerman, cuando le digo  
que contar con la ayuda de su  
unidad es fundamental para resolver  
el caso. Nos estamos enfrentando a  
un asesino sádico que no dudará en

volver a matar. Usted sabe eso mejor que yo.

Nada hacía prever que hubiese un asesino en serie suelto en el estado de Virginia, sin embargo, el detective Grimes parecía pensar lo contrario. Se despidió de ambos con un fuerte apretón de manos y antes de marcharse le dijo a Jon que esperaba su respuesta al final de ese día.

Media hora más tarde, en el recinto de asambleas de la Unidad de Ciencias de la Conducta, Jon y

sus compañeros se ponían al tanto de las novedades del caso.

Sheena Cosgrove, experta en criminología, se recostó en una silla y masajeó su prominente vientre. Se encontraba en el octavo mes de gestación y, a pesar de que contaba con una licencia por maternidad, prefería seguir trabajando mientras el cuerpo le aguantase.

—El *modus operandi* de los dos crímenes es idéntico — puntualizó mirando al resto. Sus ojos grises se detuvieron en Jon—.

Hay demasiadas similitudes que no podemos pasar por alto. Las dos víctimas se parecían físicamente y desaparecieron por la noche, al salir de sus casas. Tenemos misma causa de muerte y misma arma homicida. Si no supiera que hace trece años atrapaste al asesino, diría que ambas muchachas fueron ultimadas por el mismo sujeto.

—Y eso no es todo. Los cuerpos fueron arrojados a un lado de la carretera —intervino Caleb Schwarz. Desplazó un mapa virtual

de la región y señaló dos puntos—. Livy Giordano fue encontrada en las afueras de Burke, en una hondonada de la autopista 95, mientras que a Bonnie Trevors la arrojaron a unos pocos metros de la interestatal 294, en las afueras de Montclair. No hay más de treinta millas entre ambos sitios —explicó.

Jon se removió en su sitio. Por más que le costara aceptarlo, llevaban la razón. Los dos crímenes parecían haber sido ejecutados por la misma persona, aun así, debían



ser cautelosos. La culpabilidad de Shadows jamás había sido puesta en tela de juicio por nadie. A los doce miembros del jurado que habían escuchado los testimonios y evaluado las pruebas les había costado menos de tres horas dar su veredicto.

—He revisado las evidencias forenses del caso. Hay algunas similitudes entre los homicidios, por ejemplo, las desnudaron por completo y a ambas víctimas les faltaba un objeto personal. En el

caso de Livy, dos medallas: una en forma de medialuna y otra con su nombre grabado. A Bonnie le quitaron el broche que llevaba en el pelo. Se hallaron muestras de semen en el cuerpo de Livy Giordano y se obtuvo un perfil de adn. El cuerpo de Bonnie Trevors no corrió con la misma suerte, ya que estuvo expuesto a la lluvia. Las dos murieron poco después de ser secuestradas y se deshicieron de ellas casi inmediatamente — aseveró Meredith Pilgrim.

—Por ahora son solo indicios; nada que requiera de nuestra intervención. Confío en la experiencia del detective Grimes, él y sus hombres sabrán desenvolverse sin nuestra ayuda — manifestó Jon y se dirigió hacia la salida raudamente—. El homicidio de Livy Giordano se cerró hace trece años. Además, nosotros aún tenemos una investigación en marcha y un caso que resolver.

Caleb dejó caer su espigada anatomía en la silla al tiempo que

se acomodaba las gafas que insistían en deslizársele por el puente de la nariz.

—¿Entonces no vamos a aceptar el caso?

Todos miraron a Kellerman, expectantes.

—Schwarz, creo que lo que acabo de decir responde a tu pregunta—. Y sin decir más abandonó el recinto bajo la atenta mirada de todos.

## Capítulo 2

Jon frunció el ceño cuando el móvil empezó a vibrar dentro del bolso. Se colocó la toalla alrededor del cuello y tomó el teléfono: reconoció el número de Griffin en la pantalla. Todos en Quantico sabían que no le agradaba demasiado que lo interrumpieran durante sus sesiones en el gimnasio. Los últimos seis meses había estado yendo religiosamente dos veces a la semana. La liberación de endorfinas

le ayudaba a relajarse después de una extenuante jornada de trabajo y, de paso, se mantenía en forma. Nunca le había preocupado demasiado su apariencia física, sin embargo, ahora, con cuarenta años recién cumplidos y con el ego masculino un poco devaluado, gracias a la insistencia de su hermana de que encontrase a una buena mujer con la que casarse, porque según ella terminaría siendo un “solterón cascarrabias como el tío Benjamin”, se había tomado las

visitas al gimnasio más en serio.

—Kellerman. —Sonó algo áspero.

—Jon, ¿has hablado con el detective Grimes?

—No, todavía no.

—El agente Schwarz me dijo que no piensas tomar el caso.

Maldijo para sus adentros; Caleb y su molesta costumbre de abrir la boca cuando no debía.

—Te han informado bien.

—Creo que después de que te cuente lo que ha sucedido,

reconsiderarás tu decisión.

Si su jefe deseaba intrigarlo con aquellas palabras, lo había conseguido.

—¿A qué te refieres?

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

—¿Por qué tanto misterio?

—No te lo puedo decir por teléfono; mueve el culo lo más rápido que puedas. Te quiero en Quantico ya mismo —le ordenó antes de cortar.

No le dejó alternativa. Se dio



una ducha rápida y pasó por el apartamento para cambiarse de ropa. Media hora más tarde, entraba en la oficina de Zane Griffin.

—Siéntate —lo exhortó.

Jon se aflojó el nudo de la corbata y tomó asiento. Vio cómo su jefe abría uno de los cajones del escritorio y sacaba un sobre marrón. Se lo entregó: estaba dirigido al detective Will Grimes.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Seguía sin entender. Lo

observó con más atención. No tenía estampilla ni el sello de la oficina postal, lo que indicaba que había sido entregado en mano.

Cuando lo abrió y vio lo que contenía, se le revolvió el estómago. En la fotografía se veía a una muchacha desnuda tirada sobre un sucio colchón; sus piernas estaban exageradamente abiertas y los brazos descansaban laxos a ambos lados del cuerpo. Tenía los ojos cerrados y era imposible dilucidar si solo estaba dormida o

algo peor.

—¿Quién es? —preguntó sin apartar la vista de la imagen.

—Bonnie Trevors.

Jon lo miró.

—Ye te he dicho que no vamos a aceptar el caso.

Griffin se reclinó en la butaca y guardó silencio durante un par de segundos antes de hablar.

—Lee lo que dice atrás.

La dio vuelta y descubrió, atónito, que había un mensaje para él escrito a máquina.

“Porque el pasado siempre vuelve, Kellerman.”

Dejó la fotografía encima de la mesa y se pasó la mano por la cara.

—El sobre llegó a la oficina del detective Grimes una hora después de que se marchó de aquí. Nos la envió de inmediato cuando vio que te involucraba a ti directamente. —Hizo una pausa—. Creo que esperaba convencerte por fin de que te unas a la investigación.

—Es imposible que los dos crímenes hayan sido cometidos por

la misma persona, Zane —afirmó—. Craig Shadows asesinó a Livy Giordano, y lo sabes.

Griffin quería estar tan convencido como él de que trece años atrás habían atrapado al hombre correcto. Sin embargo, el nuevo homicidio, las similitudes entre ambos casos y ahora el mensaje dirigido a Jon, lo hacían dudar.

—Entonces solo existen dos posibilidades: o nos estamos enfrentando a un imitador...

—... o alguien quiere poner en duda la culpabilidad de Shadows ahora que se acerca la fecha de su ejecución. —Jon terminó la frase por él.

El jefe asintió.

—¿Vas a aceptar incorporarte a la investigación?

Kellerman volvió a tomar la fotografía y la observó con detenimiento. Había algo más en común entre los dos homicidios: Bonnie Trevors se parecía demasiado a Livy Giordano. No

había podido olvidarla en todo ese tiempo; se había involucrado afectivamente con la familia durante la investigación y por eso se negaba a aceptar que hubiesen cometido un error.

—Sí —respondió por fin—. Delegaré el caso Cahill al agente Boyle. ¿Podrías avisarle al detective Grimes? Yo debo hablar con los chicos. —Metió la fotografía en el sobre y se puso de pie—. A propósito, Sheena dará a luz de un momento a otro y desde

que Erin dejó definitivamente el FBI necesitamos refuerzos.

Griffin frunció el entrecejo.

—Hablaré con Recursos Humanos a ver qué se puede hacer —le aseguró.

Cuando Jon entró a la oficina en la que estaba reunido su equipo, todos se quedaron viéndolo.

—Vamos a tomar el caso de Montclair. Quiero que mañana te acerques al lugar donde arrojaron el cuerpo —le indicó a Caleb—. Tú, Meredith, te encargarás de



hablar con el patólogo que hizo la autopsia.

—¿Y yo? —quiso saber Sheena.

Jon contempló su enorme barriga.

—Tú trabajarás desde aquí.

La joven iba a abrir la boca para protestar, pero se dio cuenta de que no le serviría de nada. Ya era bastante bueno que la hubiesen dejado desempeñar su trabajo con un embarazo tan avanzado.

—¿Qué haré entonces?

—Consigue el registro telefónico de la víctima. Yo les haré una visita a los padres y también hablaré con los amigos más cercanos. —Comprendió entonces cuánta falta les hacía un elemento más dentro de la Unidad. Esperaba que su jefe consiguiera a alguien pronto.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —Fue Schwarz quien preguntó.

Le entregó el sobre a Meredith. Ella sacó la fotografía.

—Quiero que el laboratorio la analice a fondo.

—¿Es Bonnie Trevors?

—Sí.

Caleb, que estaba sentado frente a la forense, alcanzó a leer la nota en el dorso de la fotografía. Luego miró a Kellerman.

—¿Te la han enviado a ti?

—No, al detective Grimes, aunque es evidente que la persona que lo hizo quiere que me involucre en la investigación. Pues vamos a darle el gusto.

—Pero no crees que el asesinato de Bonnie Trevors y el de Livy Giordano estén relacionados, ¿no? —quiso saber Sheena.

Jon se llevó ambas manos a la cintura y los miró uno a uno.

—Lo que creo es que alguien está tratando de convencernos de que los dos homicidios fueron cometidos por la misma persona. Si es así, persigue un único objetivo: sembrar la duda sobre la culpabilidad de Shadows.

Todos concordaron con él y,

minutos más tarde, el salón de  
asambleas quedó vacío.

\* \* \*

Craig observó la puerta con  
insistencia. Como cada vez que se  
reunía con su abogado, se sentía  
abrumado por la zozobra. Durante  
los últimos trece años de su vida,  
Lee Hayes había tenido el poder  
absoluto sobre su futuro. Sabía que  
era uno de los mejores defensores  
del estado, y su hermano Bradley se

encargaba de entregarle su cheque todos los meses para que siguiera moviendo el avispero y el caso no fuese olvidado. Aun así, se preguntaba si Hayes hacía realmente todo lo que estaba a su alcance para mejorar la situación en la cual se encontraba. Habían pasado ya por cuatro apelaciones y todas habían sido rechazadas. La última había sido interpuesta hacía casi un mes, y estaban esperando la respuesta del tribunal.

La pequeña dependencia a la

que había sido trasladado era apenas un poco más grande que su celda. Se movió inquieto en la silla, lo que provocó que los grilletes alrededor de sus tobillos hicieran ruido.

Cuando finalmente la puerta se abrió y vio la expresión severa en el rostro de Lee Hayes, comprendió que, de nuevo, habían chocado contra un muro de concreto.

—Buenos días, Shadows. —  
Se acercó a la mesa y le tendió la mano.

Craig ni siquiera se la estrechó. En cambio, se preguntó por qué nunca lo llamaba por su nombre de pila.

El abogado se sentó y colocó un pulcro maletín de cuero encima de la mesa. Tragó saliva cuando se enfrentó a la penetrante mirada de su cliente.

—Tres votos en contra y uno a favor.

—Vamos mejorando —sonrió con ironía.

—Aún podemos insistir con el



gobernador —propuso.

Shadows asintió. Dudaba de que revocar su sentencia de muerte fuese una de las prioridades del gobernador Singer en ese momento. Se puso de pie de repente, lo que asustó a Hayes. El guardia que estaba apostado junto a la puerta se le acercó.

—Quiero regresar a mi celda —pidió.

—Vendré a verlo la semana que viene.

Él giró sobre los talones y le

mostró el dedo mayor en un gesto obsceno antes de que el guardia lo arrastrara al pasillo.

\* \* \*

Lo primero que hizo Jon tras poner un pie dentro del departamento fue quitarse la chaqueta y la corbata para luego arrojar ambas prendas sobre el sofá. Con pesadumbre se dirigió hasta la cocineta y sonrió al ver todo reluciente. Cada lunes, su

hermana, Colleen, se encargaba de limpiar el apartamento. Venía temprano por la tarde después de dejar a la pequeña Rebecca en casa de sus abuelos. Él había insistido en muchas ocasiones que no era necesario, que podía contratar a una muchacha para que se ocupara de todo, pero se negaba terminantemente a que metiera a una extraña en el departamento cuando la tenía a ella. Abrió el refrigerador dispuesto a terminar la comida china que le había sobrado del día

anterior, pero se encontró con una bandeja de pollo frito y una enorme ración de puré de patatas.

Estaba famélico, sin embargo, primero necesitaba una ducha. Cuando pasó por la sala, vio que tenía un par de mensajes en la contestadora.

El primero era, precisamente, de su hermana.

“Jon, te he dejado algo de comida en el refrigerador. No olvides que mañana es la fiesta en la escuela de Becky. Bailará

vestida de princesa y quiere que estés ahí. Es a las seis. No llegues tarde.”

Se había olvidado por completo del evento; esperaba poder asistir. Adoraba a su sobrina y sabía que, si no se presentaba, no se lo perdonaría nunca.

El segundo mensaje hizo que sonriera.

“Hola Jon, soy Erin. Sabes cuánto odio hablar con una máquina, pero no aguantaba esperar hasta mañana para contártelo.

¡Tengo una firma de libros en Washington dentro de dos semanas, así que iré a visitarte! Te llamo nuevamente para tenerte al tanto. Cuídate, Jon. Te quiero.”

Dejó escapar un suspiro. Escuchar la voz de su compañera siempre le provocaba un nudo en el estómago. Llevaba tiempo sin verla; había estado en Wichita por última vez en el bautizo del pequeño Parker y, de eso, hacía ya más de cuatro meses. Había resignado sus sentimientos hacia ella después de

que el recio comisario Evans había aparecido en su vida. Sabía que era feliz con Tyler y eso le bastaba.

Se dirigió hacia la habitación y guardó el arma reglamentaria en el cajón de la mesita de noche. Luego terminó de desvestirse y se dio un baño rápido.

Minutos más tarde, disfrutaba del pollo frito y el puré de patatas mientras miraba el noticiero. Alzó el volumen cuando el cronista comenzó a referirse al homicidio ocurrido en Montclair.

*La policía no tiene pistas firmes aún sobre qué ocurrió realmente con Bonnie Trevors, la muchacha de diecisiete años que fue hallada a un lado de la carretera tras estar dos días desaparecida. El único dato que trascendió es que Bonnie murió estrangulada.*

Mientras el periodista ponía a los televidentes al tanto de las pocas novedades con las que contaban, se mostraba continuamente la imagen de la



víctima en la esquina superior derecha de la pantalla.

*El detective a cargo de la investigación dejó entrever la posibilidad de que, de ser necesario, recurrirán al FBI para avanzar en el caso. Bonnie era una muchacha extraordinaria. Todos, de una manera u otra, llegamos a conocerla. Podría ser mi hija o la suya la que está en la morgue en este momento —añadió para darle más dramatismo al relato—. Deseamos que el asesino pague*

*por lo que hizo. Necesitamos que nuestras jóvenes caminen tranquilas por las calles de Montclair. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Los mantendremos al tanto de las novedades. Regresamos a estudios.*

Apagó el televisor. Había perdido el apetito. Terminó la cerveza y, ya en la cocineta, arrojó las sobras al cesto de la basura. Observó el reloj: era temprano aún y sabía que no lograría conciliar el sueño fácilmente, por lo que

decidió salir a dar un paseo. Metió el teléfono móvil dentro del bolsillo de los pantalones y apagó las luces antes de abandonar el apartamento.

En el ascensor se topó con Irene Webb. La muchacha vivía un piso más abajo y el apartamento de su mejor amiga estaba a tan solo un par de puertas del suyo, por lo que solían cruzarse.

—Hola, Jon. —Le sonrió y le clavó la mirada.

Él le devolvió la sonrisa. Irene

no hacía nada para disimular que le gustaba, es más, parecía importarle muy poco que alguien más se diera cuenta de que el agente Kellerman la traía loca.

—¿Cómo estás? —le preguntó entrando al ascensor.

Ella no se había movido de su sitio, para tratar, así, de prolongar aquel momento lo más que pudiese. Se pasó la mano por el cabello renegrido.

—Mucho mejor ahora que te he visto. ¿Insomnio? —preguntó

toda seductora.

—Me gusta respirar un poco de aire fresco antes de dormir. — Estiró el brazo hacia el panel de botones para ver si así la muchacha salía por fin al pasillo.

Cuando ella se dio cuenta de esa intención no tuvo más remedio que abandonar el ascensor. Lo saludó con la mano y lentamente le dio la espalda. Jon se deleitó con el sensual contorneo de sus caderas antes de cerrar la puerta.

Tuvo que subir el cuello de su

chándal al salir del edificio; la temperatura había bajado unos cuantos grados, pero no se quejaba; le agradaba el frío. Las calles de Ballston estaban casi desiertas. Llevaba viviendo en aquel elegante suburbio de Arlington prácticamente desde que había ingresado a la academia. Era un lugar tranquilo y además estaba cerca de Quantico y de Silver Springs, donde Colleen vivía con su esposo Dan, un reconocido odontólogo local, y la pequeña

Rebecca, a quien le encantaba malcriar a pesar de las advertencias de su hermana de que no lo hiciera.

Lanzó una maldición cuando su móvil comenzó a sonar.

—Kellerman.

—Jon, perdona por llamarte a esta hora, pero han surgido novedades importantes en el caso que no podían esperar hasta mañana —anunció Caleb desde el otro lado de la línea.

—¿Qué sucedió?

—Los peritos han analizado la

fotografía de Bonnie Trevors minuciosamente como pediste. No hallaron huellas ni rastros de ADN; sin embargo, al ampliar la imagen descubrieron otra cosa.

A Jon le ponía los pelos de punta que Caleb se hubiese quedado callado de repente.

—¡Suéltalo de una vez, muchacho! —le ordenó alzando exageradamente el tono de la voz. Un anciano que pasaba junto a él se le quedó mirando durante un rato.

—Bonnie llevaba una medalla



colgada del cuello con un nombre grabado.

—¿Qué nombre?

—Livy.

Detuvo la marcha abruptamente. Sintió que todo el pasado se le venía encima en tan solo una ráfaga de segundo. Ya no había dudas. La muerte de Bonnie Trevors había desenterrado el cadáver de Livy Giordano para traerlo de regreso al presente.

Después de cortar con Schwartz, regresó al apartamento.

No conseguiría conciliar el sueño después de la bomba que le había lanzado su colega por teléfono.

Los años le habían enseñado que no era sano llevarse el trabajo a casa, sin embargo, había ocasiones, como aquella noche, en que se colaban por debajo de la puerta sin permiso, solo para atormentarlo.

## Capítulo 3

Lakepointe, Burke.

Martes 18 de septiembre.

A veintisiete días de la ejecución.

El sonido de la ducha despertó a Kate. Estiró el brazo y tanteó la mesita de noche en busca de su teléfono móvil para constatar la hora. Solía levantarse antes de las siete, pero la inesperada aparición de Elliot la noche anterior había

desbaratado su rutina. Odiaba cuando aquello ocurría. Emitió un sonoro bostezo y contempló el lado derecho de la cama que ahora se encontraba vacío. Sonrió al escuchar la voz grave de Elliot entonando una vieja canción de Johnny Cash en el cuarto de baño. No lo hacía tan mal, reconoció mientras se peinaba el cabello con los dedos.

Saltó de la cama y levantó su ropa del suelo. Cubrió la desnudez de su cuerpo con la vieja camiseta

que usaba para dormir y abandonó la habitación en dirección a la planta baja. Se asomó por la puerta principal y, cuando se cercioró de que nadie la veía, recogió el periódico. Ya en la cocina, lo arrojó sobre la mesa para echarle un vistazo más tarde.

Estaba famélica; esa mañana no se conformaría tan solo con un par de tostadas. Puso la cafetera en marcha y sacó de la alacena los panecillos de chocolate y almendras que había comprado la

tarde anterior. Mientras se devoraba el primero, echó un par de huevos en la sartén y un poco de tocino para Elliot que, como en tantas otras ocasiones, se quedaría a desayunar con ella. Esperaba que no se le hiciera costumbre. Llevaban viéndose fuera del trabajo los últimos dos meses, pero las cosas habían estado bien claras para ambos desde el comienzo: cero compromiso y cero dependencia. La pasaban bien juntos como para estropear lo que

tenían cometiendo la torpeza de involucrarse más de la cuenta.

Un rato después, lo escuchó acercarse por detrás mientras ella vertía el café en las tazas.

—Buenos días. —La tomó de la cintura y jugueteó con su cabello, soplándolo—. Huele delicioso.

—Está recién hecho; siéntate que te sirvo.

—No me refería precisamente al café —dijo antes de soltarla.

Kate sonrió y, cuando se volteó, Elliot ya estaba mojando

una tostada en los huevos revueltos.

Ella bebió un poco de café y pellizcó el segundo panecillo con menos ganas que el anterior.

—Esta tarde viajo a Washington para cubrir la conferencia de prensa del senador Neville. ¿Por qué no me acompañas?

La pregunta la descolocó. Era la primera vez que la invitaba a ir con él. Dejó la taza y el panecillo a medio comer a un lado. Subió las piernas y las apretó contra el pecho.



No dijo nada durante unos cuantos segundos.

—No te he pedido que nos casáramos —bromeó Elliot frente a su repentino silencio—. Solo es un viaje, Kate. Pasaríamos la noche allí y estaríamos de regreso en Burke mañana temprano.

—Acabo de regresar de Chesapeake después de pasar el fin de semana en casa de mis padres. No tengo ganas de salir de la ciudad de nuevo —respondió por fin.

Ahora el que hizo silencio fue él. Carecía de argumento para convencerla de lo contrario. Era como si toda esa labia que utilizaba para entrevistar y sonsacarle información a los políticos más influyentes se hubiese evaporado de repente. Comprendió que de nada serviría insistir. Terminó de beber el café y se puso de pie.

—¿Nos vamos juntos?

—Mejor no. Todavía tengo que ducharme y...

—Está bien, como quieras. —

La interrumpió algo molesto. Kate pretendía seguir manteniendo lo de ellos en secreto cuando casi todos en la redacción sospechaban que estaban teniendo un amorío. El enojo se le pasó en seguida y se despidió de ella con un beso apasionado antes de marcharse.

Kate metió las tazas en el fregadero para limpiarlas luego y, con el periódico en mano, se dirigió al salón para leerlo cómodamente en su sofá favorito. Corrió las cortinas para que entrara el sol y se

dejó caer en él. Un titular captó su atención de inmediato.

“Crimen y misterio en Montclair”

Leyó con sumo interés.

“Bonnie Trevors, la muchacha de diecisiete años que desapareció el viernes por la noche en Montclair, tuvo un final trágico e inesperado. La policía local confirmó que Bonnie murió estrangulada. Trascendidos afirmaron que es muy posible que también haya sido atacada

sexualmente, pero no aportaron más detalles para salvaguardar la investigación.”

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Dejo caer el periódico sobre el regazo y se masajeó la sien con la yema de los dedos. Era una técnica de relajación que le había enseñado su amiga Beth. No dio resultado. Cualquiera en su lugar habría digerido la noticia más fácilmente. Hacía ya cinco meses que se había graduado como

criminóloga en Sarasota; se había especializado en crímenes sexuales después de la terrible experiencia que había sacudido su adolescencia y que seguía afectando su vida incluso hasta el día de hoy. Se levantó de un salto y el periódico fue a parar al suelo. Caminó hacia la ventana y respiró hondamente. Había amanecido con sol, lo que auguraba una jornada agradable. Observó el encino frente a su casa. El otoño estaba a la vuelta de la esquina, y no tardaría en perder las

hojas. No le agradaba el frío, tampoco los días cortos y las noches largas. Cuando las temperaturas comenzasen a bajar, ya no podría moverse por la ciudad en bicicleta. No le disgustaba viajar en metro, pero, como odiaba conducir, era su mejor opción.

El teléfono interrumpió sus cavilaciones.

—Diga.

—Buenos días, cariño. ¿Te he despertado?

Kate sonrió.

—No, mamá.

—Quedaste en llamar anoche para avisarme si habías llegado bien, Katie —le reprochó.

¡Cielos, lo había olvidado!

—Lo siento, mamá. —No tenía ánimos para recordarle que ya no era una niña y que sabía cuidarse sola. Tampoco iba a explicarle que no la había llamado porque Elliot se había aparecido en la puerta de su casa para meterse en su cama.

—¿Has hablado con Daryl?

El tono de preocupación en la



voz de su madre se hizo más evidente al mencionar a su hijo.

—No. No sé nada de él desde la semana pasada. Ya se pondrá en contacto contigo. No es la primera vez que desaparece sin avisar. — Intentaba tranquilizarla, pero, cuando se trataba de su hermano, ni siquiera ella podía estar tranquila. Siempre había sido un niño problemático, pero, después de descubrir por casualidad que era adoptado, su rebeldía y su falta de responsabilidad lo habían llevado a

cometer muchos errores. A veces pasaban semanas sin que diera señales de vida. Lo adoraba, pero sus padres no merecían sufrir por su causa.

—Espero que sí, cariño. Me juró que ya no volvería a meterse en líos.

Kate ya no creía en las promesas de Daryl, siempre terminaban cayendo en saco roto. Le dijo a su madre que intentaría ponerse en contacto con él y luego cortó. De repente, sus ojos se

posaron en la fotografía familiar que descansaba junto a la lámpara. La levantó para contemplarla de cerca y deslizó el dedo por el marco.

Había sido tomada cuando ella tenía once años durante la cena de Acción de Gracias. Daryl estaba detrás de ella, intentando quitarle la muñeca mientras sus padres sonreían a la cámara. Había sido su tía Molly quien había tomado la instantánea. A su lado, estaba su hermana mayor. Tenía puesto su

*sweater* favorito y la sujetaba del hombro. Se le hizo un nudo en la garganta.

La extrañaba demasiado. Incluso echaba de menos el modo en que la miraba cada vez que reñían, entrecerrando los ojos y frunciendo los labios. Suspiró y regresó el portarretratos a su sitio. Estaba a punto de subir a su habitación cuando vio el periódico en el suelo. Pensó en la adolescente que había sido asesinada en Montclair.

Otra familia destruida por la tragedia.

Debía darse prisa, todavía no estaba lista y tenía por delante una jornada cargada de trabajo. Subió corriendo las escaleras y se metió en el cuarto de baño.

\* \* \*

Jon abandonó Quantico cerca de las nueve de la mañana. Ya había dejado todo organizado el día anterior y se reunirían al mediodía

en la oficina. Tomó el camino de Fuller y, en menos de treinta minutos, llegó a Montclair. Pasó junto al parque Greenwood y se desvió hacia el bulevar Dale. Estacionó su Nissan Pathfinder frente a la estación de policía y antes de descender se colgó la identificación en el bolsillo del saco.

Will Grimes lo recibió con una enorme sonrisa.

—Me alegra que haya decidido unirse a la investigación

—le dijo estrechándole la mano con fuerza.

Jon se quitó las gafas.

—Creo que, con el giro que dio el caso, no podía hacer otra cosa.

El detective lo llevó hasta su oficina y, cuando Kellerman le comentó que lo primero que haría sería ir a ver a los padres de la víctima, se ofreció a acompañarlo.

—No hace falta, Grimes.

—Llámeme Will, por favor — le pidió—. Creo que sería mejor

que fuera con usted. En circunstancias como estas es más sencillo para los padres de la víctima hablar con alguien conocido.

Jon no pudo negarse, así que se dirigieron a la propiedad de los Trevors en el viejo Dodge del detective.

—No es tan moderno como el suyo, pero le aseguro que no nos dará problemas —afirmó al tiempo que intentaba ponerse el cinturón de seguridad. Tras un gran esfuerzo, lo



logró—. Creo que deberé ponerme a dieta, aunque es difícil cuando se tiene en casa a una excelente cocinera como esposa —dijo soltando una carcajada.

Jon acompañó el comentario sonriendo apenas.

Will miró la mano izquierda de su acompañante.

—¿Está usted casado, agente Kellerman?

—No.

—Bueno, si tiene la suerte de casarse con una mujer parecida a

mi Lucille, terminará igual que yo —bromeó. Se dio cuenta de qué el comentario no le había hecho gracia, por lo tanto, prefirió ahorrarse la carcajada.

—Uno de mis hombres está echando un vistazo al lugar donde hallaron el cadáver de Bonnie Trevors —le anunció cuando el silencio dentro del viejo auto se volvió algo incómodo—. Lamentablemente no tenemos la escena primaria del crimen y eso resta muchos puntos a la

investigación.

—Así es. Hemos peinado la zona en un radio de dos kilómetros, pero no hemos hallado nada. La forma en la que fue hallado el cuerpo indica que el asesino lo arrojó desde un vehículo en movimiento. La lluvia del sábado por la noche borró cualquier rastro que el sospechoso pudo dejar; no sé qué espera encontrar su hombre ahora.

—Caleb es analista en investigación criminal. Se

especializa también en perfiles geográficos —manifestó Jon—. No solo se basa en la evidencia física. También estudia el área alrededor del hecho, la distancia que puede existir entre una escena y otra cuando tenemos más de un homicidio similar y otros factores que él sabrá explicarle mejor que yo. Con todos esos datos, él puede generar un patrón que nos ayude a conocer por dónde se mueve el SuDes.

El detective Grimes lo

escuchaba con suma atención.

—Muy interesante. Ojalá pudiésemos tener la mitad de recursos con los que cuenta el FBI —se lamentó—. Por eso agradezco que estén aquí. Estoy seguro de que con su colaboración lograremos resolver el caso.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance —prometió.

—¿Aunque eso pueda significar que hace trece años metieron en prisión al hombre equivocado?

Por la mirada fulminante que le lanzó el agente federal, Grimes se dio cuenta de que había tocado un tema delicado.

—Quiero que le quede una cosa en claro, detective. Shadows es culpable y nadie jamás lo puso en duda.

—Hasta ahora —replicó.

Jon respiró hondamente y, cuando estuvo a punto de decir algo, Grimes le anunció que habían llegado.

Los recibió Conrad Trevors,

el padre de Bonnie. Su esposa, quien se sostenía a fuerza de calmantes para hacer más llevadero el dolor de haber perdido a una hija, se encontraba descansando y prefirieron no molestarla. Tras las presentaciones correspondientes, entraron a un pequeño salón. Jon reparó de inmediato en la fotografía de Bonnie encima de la chimenea. Se acercó para verla mejor.

—Es del año pasado —le informó el señor Trevors a punto de quebrarse—. Era su preferida, la

que iba a usar para el anuario escolar.

—Quisiera hacerle algunas preguntas sobre la noche en la que desapareció su hija. —Jon regresó la fotografía a su sitio.

El hombre miró al detective algo confundido.

—Ya le dijimos a la policía lo que sucedió —arguyó.

—Conrad, lo sé. Sin embargo, es bueno que le vuelvas a relatar todo con lujo de detalles al agente Kellerman.



—Está bien. —Se sentó en el sillón y entrelazó ambas manos encima del regazo. Tanto Grimes como Kellerman notaron que estaba temblando—. El viernes a las seis, Sally MacIntyre llamó a Bonnie para invitarla a una fiesta en su casa. Mi hija al principio le dijo que no podía, que tenía que estudiar para el examen de química del lunes, sin embargo, terminó accediendo. Salió de casa cerca de las nueve, y nos prometió a Frances y a mí que llegaría antes de la

medianoche. Pero ya no regresó.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que Bonnie no estaba?

—A la mañana siguiente, cuando no bajó a desayunar. Subí a su habitación y la cama estaba hecha. No quise alarmar a mi esposa, así que llamé a Sally y me dijo que Bonnie nunca había llegado a la fiesta, que había estado intentando comunicarse con ella durante toda la noche, pero no le respondía. —Se detuvo para mesarse el cabello—. Entonces me

di cuenta de que algo malo le había sucedido a mi niña.

—¿Su hija se fue andando a la casa de su amiga?

—Sí, Sally vive unas calles abajo. Frances y yo hemos hecho el mismo recorrido varias veces para ver si encontrábamos algo, pero fue inútil.

—La unidad canina peinó la zona minuciosamente. Los perros perdieron el rastro a unos doscientos metros de aquí —le informó Grimes, apartando por un

segundo la vista del acongojado padre—. Creemos que, en ese punto, Bonnie debió de subirse a un vehículo.

—¿Qué hay de las cámaras de vigilancia?

—No hay ninguna instalada en el trayecto que va de aquí hasta la casa de su amiga. Montclair es una ciudad pequeña, agente Kellerman, y solo las dos avenidas principales cuentan con sistema de circuito cerrado.

—¿Han interrogado ya a Sally

MacIntyre?

—Iba a hacerlo esta tarde después del funeral de Bonnie.

—Prefiero encargarme yo — dijo sin esperar su parecer—. Ahora me gustaría ver la habitación. —Se dirigió a Conrad Trevors—. ¿Le importaría que lo hiciera?

El hombre negó con un leve movimiento de cabeza, aunque parecía que hacía rato que ya no lo escuchaba. Cuando Grimes pretendió ir con él, le dijo que era

mejor que se quedase a acompañar al padre de la víctima.

Jon subió las escaleras con sigilo. Sabía que la señora Trevors descansaba en la planta alta, y no había necesidad alguna de perturbarla.

Fue sencillo encontrar la habitación de Bonnie. Una marquesina con su nombre colgaba en la última puerta a la derecha.

Cuando entró, recorrió el lugar con la mirada. Tuvo la extraña sensación de estar experimentando

una especie de *dejà vu*.

Las paredes pintadas en tonos rosados y la alfombra de colores chillones le resultaron inquietantemente familiares.

Los recuerdos se fueron agolpando en su cabeza con rapidez. Cuando cerró los ojos, se vio a sí mismo en otro sitio, en otra época.

Había regresado al día en el que Livy Giordano había sido asesinada.

## Capítulo 4

Burke, Virginia.

24 de julio de 1999

Se presentó en el despacho del oficial a cargo de la investigación y le mostró la placa.

—Agente Kellerman.

Cole observó al recién llegado de arriba abajo. Era más joven de lo que se había imaginado. Como jefe de la Unidad de Ciencias de la Conducta, esperaba que el tal



Kellerman fuese un sujeto con más experiencia.

—Sargento Kevin Cole, agente Kellerman. Bienvenido a Burke.

—Póngame al tanto del caso, por favor. —No fue una petición, más bien una exigencia.

El sargento lo instó a sentarse y comenzó con su relato.

—La víctima, una muchacha de diecisiete identificada como Livy Giordano, apareció esta mañana a un costado de la autopista 95 en las afueras de la ciudad. La

autopsia reveló que fue violada antes de ser estrangulada con una cuerda de guitarra —le informó.

Jon se pasó la mano por el rostro sudado. Envidió el atuendo veraniego del sargento, mientras él se asaba debajo del traje. ¿Cómo era posible que no hubiese aire acondicionado en aquel lugar?

—¿Han hallado evidencias en el cuerpo de la víctima? —preguntó.

Cole asintió.

—El forense halló rastros de

semen. La muestra fue ingresada a la base de datos de codis, pero no se obtuvo ningún resultado todavía.

—¿Cuándo desapareció la muchacha exactamente?

—El jueves a la noche. Los padres dijeron que, cerca de las nueve, Livy se retiró a su cuarto para estudiar. A la mañana siguiente, descubrieron la cama vacía y la ventana abierta —le informó—. No había señales de entrada forzada ni huellas de personas ajenas a la familia en el

lugar.

—Lo más probable es que se haya ido de la casa por voluntad propia, tal vez para encontrarse con algún muchacho. —Se arremangó las mangas de la chaqueta—. ¿Se sabe si Livy tenía novio?

—Al parecer, había roto con su pareja unos meses atrás y, desde entonces, según sus padres, no se había metido con nadie.

—Me temo, sargento Cole, que, muchas veces, los padres son los últimos en enterarse de estos

asuntos. Mande a alguien a interrogar a las amistades de la víctima para ver si había conocido a alguien después de romper con su último novio.

—Muy bien. ¿Le gustaría acercarse al sitio donde fue hallado el cuerpo?

—Prefiero que uno de mis hombres se encargue. Me gustaría ir a la casa donde vivía la víctima si es posible —pidió en cambio.

—Sí, por supuesto. Yo mismo lo acompañaré.

El viaje hasta la casa de los Giordano no les llevó más de quince minutos, y Jon agradeció que el vehículo policial sí tuviese aire acondicionado.

—Mañana a la tarde es el funeral. El rector de la secundaria West Springfield le ofreció a la familia el salón de actos para despedir a la muchacha. Burke es una ciudad pequeña, y Livy era muy querida por todos. Trabajaba como voluntaria en una ONG internacional y ayudaba a su madre

en la iglesia. —Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar.

Jon comprendió la consternación del sargento Cole.

—Si lo desea, puede regresar a la estación de policía —le ofreció.

El hombre lo miró y Jon creyó percibir un atisbo de alivio en su semblante.

—Está bien. Si le parece, lo recogeré en una hora.

Kellerman esbozó una sonrisa y descendió del automóvil. Una

brisa caliente le azotó la cara y se vio obligado a aflojarse el nudo de la corbata. Esperó a que Cole se marchase y se dirigió a la propiedad de los Giordano. Atravesó el sendero flanqueado por un coqueto jardín y, cuando estaba a punto de acercarse al porche, un San Bernardo le salió al paso y se le abalanzó encima. Apenas pudo sostenerse en pie cuando la enorme bestia peluda apoyó sus garras en el costoso traje de cachemira que apenas había estrenado la semana



anterior.

Intentó apartarlo sin resultado y poco pudo hacer cuando el perro comenzó a lamerle el rostro.

—¡Suéltame! —le gritó.

—¡*Mozart*, ven aquí!

El voluminoso animal de repente lo soltó y salió disparado hacia el patio, donde una muchachita trataba de calmarle la excitación con unos golpecitos en la cabeza.

Jon consiguió recuperar la compostura enseguida y agradeció

cuando el perro se marchó hacia el patio trasero moviendo alegremente el rabo. Se acercó a la dueña y esbozó una sonrisa.

La jovencita se quedó contemplándolo en absoluto silencio. Jon, entonces, hizo lo mismo. Lo primero que notó fue que sus ojos, de un intenso azul oscuro, estaban rojos e hinchados, seguramente de tanto llorar. Llevaba el cabello peinado con dos trenzas y usaba aparatos de ortodoncia. No debía de tener más

de doce o trece años.

Sacó su placa y la extendió. Ella apenas le echó un vistazo.

—Soy el agente Kellerman del FBI. ¿Tú quién eres, jovencita?

Hizo una extraña mueca con la boca y se distrajo con un par de niños que pasaban en ese momento por la calle.

—Soy Kate.

Kate. El sargento Cole no lo había puesto aún al tanto del entorno familiar de la víctima, pero supuso que se trataba de la hermana

de Livy Giordano.

—¿Se encuentran tus padres en casa, Kate?

—Mamá lleva encerrada en su habitación desde ayer por la tarde y papá no se encuentra. Me dijo que no dejara que nadie la molestara — agregó frunciendo el ceño.

Era un contratiempo con el cual no contaba, aunque, de todos modos, su viaje podía resultar provechoso. Si no podía hablar con los padres de la víctima, intentaría obtener información a través de su

hermana.

—¿Hay algún sitio donde podamos sentarnos para poder hablar? —le preguntó echando mano a su sonrisa más afable.

La muchacha lo miró con cierto recelo.

—¿Quiere hacerme preguntas sobre Livy?

Kellerman asintió.

Tras un momento de hesitación, finalmente Kate le indicó que la siguiera hasta el patio trasero, donde, por fortuna, no

había señales del San Bernardo. Se sentaron en una glorieta. Ella comenzó a balancear los pies hacia un lado y hacia el otro, mientras mantenía la cabeza gacha.

Jon no tenía mucha experiencia tratando con adolescentes. Llevaba apenas un par de meses dirigiendo la Unidad de Ciencias de la Conducta después de pasar cinco años trabajando en la sede central del FBI en Washington. Siempre había aspirado al cargo y nunca había sentido que le quedaba

grande a pesar de su juventud.  
Empezó con lo más sencillo.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce años y once meses

—respondió elevando un poco la barbilla para observarlo.

Debido a su baja estatura y a su menuda complexión física, había imaginado que era más pequeña.

—Lamento mucho lo de tu hermana. —Se dio cuenta de que tendría que haberlo dicho antes—. Imagino que no es fácil ni para ti ni para tus padres enfrentar lo

sucedido.

Kate lo miró y frunció el ceño.

—¿Cómo se llama?

—¿Perdón?

—Usted. ¿Cómo se llama?

Supongo que Kellerman es su apellido. Preferiría saber su nombre antes de seguir hablando — manifestó seriamente.

—Jon, me llamo Jon. Sin “hache” —le aclaró.

—Me gusta Jon “Sin Hache” —respondió ella al tiempo que una tibia sonrisa se asomaba en sus



labios.

—Dime, Kate.

—“Katie”, todos me llaman así —lo interrumpió.

—Muy bien, Katie. ¿Estabas en casa la noche del jueves?

Asintió con la cabeza.

—Livy y yo compartimos; compartíamos habitación —le explicó—. A ella no le agradaba demasiado porque vivía quejándose de que yo le estaba encima todo el tiempo y le usaba la ropa. Reconozco que era verdad. —Se

mordió el labio inferior—. Sin embargo, nunca se decidió a mudarse al ático.

Jon apoyó el brazo en el respaldo de la banqueta.

—¿Qué me puedes decir de la noche en la que Livy desapareció?

Kate jugueteaba con una de sus trenzas. No la presionó, dejó que se tomara su tiempo para responder.

—Livy tenía una cita esa noche, pero ni mamá, ni papá estaban enterados. Me hizo jurarle que no diría nada. Se suponía que

debía estudiar para un examen, pero, en cambio, se fugó para encontrarse con su amigo. —En este punto del relato, Kate comenzó a moverse inquieta. Parecía que lo único que deseaba era largarse de allí.

—¿Tú sabes con quién iba a encontrarse tu hermana?

Negó con la cabeza.

Jon tuvo la sensación de que le ocultaba algo. Decidió cambiar de estrategia.

—¿A qué hora se marchó?

—Cerca de las diez. Ella creyó que yo dormía, pero pude escuchar cada uno de sus movimientos mientras se preparaba para salir.

—¿Era la primera vez que lo hacía?

—No.

Jon observó hacia la casa. En la planta alta había tres ventanas. Debajo de una de ellas, había un enverjado de hierro cubierto por una frondosa enredadera. Supuso que por allí era donde Livy solía

escaparse.

—¿Qué hiciste después de que ella se marchó?

—Sentí curiosidad y salté de la cama.

—¿Adónde fuiste?

—Bajé al salón y miré a través de la ventana que daba a la calle —  
reveló.

—Entonces pudiste ver con quién se estaba yendo tu hermana.

Ella se detuvo nuevamente, pero Jon no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad.

—Era normal que sintieras curiosidad, Katie —la tranquilizó, instándola para que continuara con el relato.

—¡Si en vez de espiar a Livy, le hubiese contado a mis padres sobre la escapada, ella estaría viva ahora! —soltó al borde del llanto.

Jon tomó una de sus manos y la masajeó suavemente.

—No digas eso.

—¡Pero es mi culpa! —gritó al tiempo que se ponía de pie. Cuando atinó a salir corriendo, Jon la sujetó

y la estrechó fuertemente entre sus brazos.

Kate se echó a llorar y Jon le permitió hacerlo. De repente, se apartó para restregarse los ojos. Él sacó un pañuelo y se lo ofreció.

—Ten.

Tímidamente, ella lo tomó y, tras secarse el llanto, se sonó la nariz.

—Katie, quiero que entiendas que tú no eres responsable de nada de lo que sucedió.

—Livy está muerta por mi

culpa —repitió.

La asió de la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—Solo hay un culpable de la muerte de tu hermana, Katie, y te prometo que voy a atraparlo. Pero necesito de tu ayuda.

La jovencita asintió. Empezaba a comprender, quizá, lo que aquel hombre pretendía de ella.

—Quiero que la persona que nos arrebató a Livy pague por lo que le hizo —manifestó algo más calmada. En su mano derecha,



estrujaba el fino pañuelo de seda de Kellerman.

—¿Conocías a la persona con la que se marchó el jueves por la noche?

Tardó unos segundos en responder.

—Sí. Era Craig Shadows. Vive a un par de calles de aquí. Mi hermano Daryl toca en la misma banda que su hermano Bradley. A Livy le encantaba, pero a nuestros padres, no. Decían que era un vago.

—Entiendo.

Kate entornó los ojos.

—¿Cree que él tuvo que ver con la muerte de Livy?

—No lo sé, Katie. Por lo pronto, parece que es la última persona que vio a tu hermana con vida y eso ya es suficiente como para hablar con él. —Le dio una palmadita en la cabeza—. Has hecho bien en contármelo. Quiero pedirte un favor, ¿me dejarías echarle un vistazo a tu habitación?

—¿Y eso para qué?

—Para conocer más a Livy. Es

lo que en el FBI llamamos “victimología”. Muchas veces, lamentablemente, cuando me sumo a una investigación, la víctima ya no puede contarme nada de su vida. Por eso, debo valerme de otras fuentes para saber cómo era, qué hacía, qué le gustaba.

—Venga conmigo.

Entraron en la casa con sigilo.

—Trate de no hacer ruido —le pidió—. No quiero que mamá se despierte.

Lo condujo hasta la habitación

que hasta hacía un par de días atrás había compartido con su hermana mayor. Fue hasta una de las camas y escondió un oso de peluche detrás de los cojines. Jon sonrió para sus adentros. El lugar estaba claramente dividido en dos y cada una de las muchachas tenía su propio espacio. Descubrió que Katie era la más ordenada. Se dirigió hacia el otro extremo de la habitación para observarlo en detalle. Parecía que la jovencita que dormía en aquella cama regresaría de un momento a

otro.

—Mamá no quiso tocar nada después de que la policía estuvo aquí. —Hizo una pausa para respirar hondamente—. En realidad, no ha entrado desde que nos enteramos de lo que había sucedido con Livy.

Jon no dijo nada, se dedicó a contemplar el tocador de la adolescente asesinada. Había varios frascos de perfume, algunos de ellos, vacíos.

—A Livy le gustaba

coleccionarlos —indicó Katie detrás de él.

La miró a través del espejo.

—¿Te importa si reviso el contenido de los cajones?

Negó con la cabeza, dándole su consentimiento.

Los abrió y hurgó. No encontró nada relevante. Se volteó y le preguntó a Kate si su hermana tenía un diario. Ella se acercó y se agachó al lado de la banqueta. Miró debajo del asiento y sacó un pequeño cuaderno de cuero negro

que estaba sujeto con cinta.

—Livy no sabía que yo conocía su escondite secreto — confesó mientras le entregaba el diario a Kellerman.

—Debo llevármelo para que nuestros peritos lo analicen —le informó.

—Está bien. —Se dirigió hacia la salida—. Debo ir a cerciorarme de que mi madre se encuentra bien. ¿Necesita algo más, Jon “Sin Hache”?

Esbozó una sonrisa al oír la

manera en que ella lo había llamado. Comprendió en ese instante que a pesar del quiebre emocional que había sufrido hacía apenas unos minutos en el patio, Katie Giordano era dueña de una gran fortaleza.

Abandonó el lugar complacido. Había conseguido un dato fundamental para continuar con paso firme en la investigación: la identidad de la persona que había estado con la víctima la noche de su desaparición y posterior homicidio.



Sin dudas, Craig Shadows tendría mucho que explicar a la policía.

\* \* \*

Kate entró en la habitación de su madre y se acercó a la cama. Grace Giordano dormía plácidamente. En su mano derecha sostenía una fotografía de Livy y un rosario de piedras que había comprado durante su primer viaje a Italia. Se sentó a su lado y la contempló en silencio. Una lágrima

le rodó por la mejilla. Se la secó con el pañuelo que le había prestado el sujeto del FBI. Ni siquiera sabía si tendría la ocasión de devolvérselo. Observó que tenía un anagrama en una de las esquinas.

JK.

Jon “Sin Hache” Kellerman.

Curvó los labios en una sonrisa. Le había caído bien el agente.

Oyó pasos acercándose. Giró y vio a su hermano.

Daryl observó a su madre.

—¿Cómo está?

Kate se encogió de hombros.

—No lo sé. Lleva horas durmiendo. Papá dice que es lo mejor. Supongo que tiene razón.

—No te preocupes, Katie. Va a estar todo bien. —Le acarició la rodilla.

—Ha venido alguien del FBI; acaba de marcharse.

Daryl se sorprendió.

—¿Del FBI?

—Sí, me estuvo haciendo algunas preguntas.

Daryl la interrumpió.

—¿Le contaste lo que sabías?  
Ella asintió.

—Has hecho bien —la tranquilizó.

—¿Crees que Craig lo hizo?

Su hermano titubeó un segundo antes de responder.

—Lo sabremos pronto.

Kate volvió a contemplar a su madre. En el fondo, la envidiaba. Deseaba dormir profundamente como ella y despertar recién cuando toda aquella pesadilla hubiese acabado.



## Capítulo 5

Kate agitó la mano y le sonrió al viejo Chester, quien, como cada mañana, se asomaba por la ventana de la caseta de vigilancia para darle la bienvenida. Tras bajarse de la bicicleta, se colgó el bolso al hombro y se dirigió al interior del edificio. Cuando llegó al elevador, se volteó al oír que alguien vociferaba su nombre.

—¡Kate, espera!

Se volteó y se quedó mirando

a su compañera de trabajo y amiga, Beth Vaughan. La mujer, de unos cuarenta años y coqueta como pocas, trataba de hacer equilibrio para no caerse mientras corría hacia ella cargando una caja.

—Beth, un día de estos te vas a matar —le aseguró haciendo referencia a los lujosos, pero incómodos zapatos de tacón aguja que eran la debilidad de la pelirroja.

La periodista entró al elevador. Dejó la caja en el piso, se

incorporó elegantemente y respiró hondamente.

—Nunca vas a lograr que me separe de mis Jimmy Choo, Kate. No insistas —le dijo mientras intentaba recobrar el aliento.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó echando a un vistazo a la caja que descansaba en un rincón del elevador.

—Algunos adornos nuevos para mi escritorio.

Kate sonrió. Desde su segundo divorcio, Beth había adoptado la



extraña manía de comprar objetos de decoración casi compulsivamente. Los que no tenían cabida en su casa terminaban indefectiblemente en su escritorio o en el de sus compañeros.

El elevador se detuvo en el tercer piso y Kate se ofreció a llevar la caja por ella.

—Gracias, cielo.

La redacción del *Burke Herald* ocupaba toda la planta. Estaba dividida en varios cubículos y solo el director tenía su propia

oficina, al final del pasillo.

Kate dejó la caja en el suelo porque el escritorio estaba abarrotado de papeles y carpetas.

—Voy a prepararme un café, ¿quieres uno? —le preguntó Beth alejándose en dirección a la cocina.

—No, ya desayuné en casa. Además, tengo trabajo que hacer.

Beth desistió por un instante de ir a buscar su taza de café y la miró. Luego, lanzó una mirada fugaz al cubil de Elliot Fraser. El columnista de política y donjuán de

la redacción no había llegado todavía.

—¿Sabes si Elliot tenía trabajo fuera hoy? —Escudriñó la expresión de su rostro.

—¿Por qué supones que yo debo saberlo? —replicó.

La reacción de Kate solo confirmaba sus sospechas. Se había enredado con Elliot, pero era evidente que no deseaba que nadie se enterara.

—Imaginé que te había comentado algo. —No estaba

dispuesta a rendirse. Como periodista de espectáculos no le costaba nada tirarle de la lengua a quien no quería hablar—. Siempre lo veo rondando tu escritorio, y la forma en que te mira.

Kate empujó el bolso hacia atrás y se cruzó de brazos. Fulminó a su amiga con la mirada.

—Beth, ni siquiera lo intentes, conozco tus mañas demasiado bien. —Contó mentalmente hasta cinco antes de continuar. Terminó de comprender en ese momento que ya

no sería sencillo mantener su romance con Elliot en secreto. Mucho menos si Beth Vaughan estaba enterada—. Sabes que no me gusta ventilar mi vida privada, pero si lo que buscas es saciar tu curiosidad, te lo voy a decir: estoy saliendo con él desde hace un par de meses. No es nada serio, nos juntamos cuando tenemos ganas y pasamos un buen rato. ¿Satisfecha?

El rostro de Beth se iluminó.

—Eso es grandioso, cielo. Elliot y tú hacen una pareja

estupenda —manifestó con un entusiasmo desmedido que solo logró inquietarla más.

—Por favor, baja la voz; no me interesa que toda la redacción lo sepa —le pidió.

—No te preocupes, seré una tumba.

Se permitió poner en duda su promesa. Lanzó un bufido. Si había cometido el error de contárselo, ahora tenía que aguantar las posibles consecuencias. ¿En qué demonios estaba pensando cuando

decidió hacerlo?

—Creo que es el tuyo, Kate.

—¿Qué? —preguntó distraída.

—Tu teléfono, está sonando.

Se dirigió rápidamente hasta su cubil, dejó el bolso encima del escritorio y tomó el auricular.

—Diga.

—Kate, soy Ross Davies.

Se sorprendió. No era habitual que uno de los productores televisivos de noticias más influyentes de Washington la llamara. Si se había molestado en

hacerlo, debía de ser por algo importante.

—Hola, Ross, ¿cómo estás?

—Supongo que no tan bien como tú.

Trató de obviar el comentario. Las pocas veces que se habían cruzado, ya sea cubriendo algún suceso o en las fiestas que la asociación de medios organizaba cada año, siempre había intentado seducirla.

—¿Llamabas por algo en especial? —preguntó con la única



intención de ir directo al grano y dar por terminada aquella conversación un tanto incómoda de una buena vez.

—Sí. Me acaba de llegar un fax de uno de mis contactos dentro del FBI. ¿Has oído sobre el homicidio de esa adolescente en Montclair?

—Bonnie Trevors. —Su semblante cambió al mencionar el nombre de la muchacha.

—La misma. Parece ser que la policía local se vio obligada a

pedir ayuda a los federales —le informó.

—Es normal —alegó Kate. Se sentó, parecía que aquella charla duraría más de lo previsto.

—Sí, pero según mi fuente hay otra razón más poderosa que hizo que el FBI se decidiera a intervenir en la investigación —manifestó Davies aumentando la intriga.

—¿Y cuál sería esa razón?

—El homicidio de la chica Trevors está relacionado con un caso ocurrido hace trece años en

Burke. Como es tu jurisdicción, pensé que te interesaría cubrirlo a ti.

Kate pudo sentir cómo el corazón le subía hasta la garganta y volvía a bajar. Agradeció estar sentada.

—¿A qué caso te refieres?

—No tengo muchos datos. Lo único que sé es que ambos crímenes parecen calcados. Las dos víctimas fueron estranguladas con la cuerda de una guitarra. Esta última información no trascendió al

público, pero te puedo confirmar que es verdad.

Cerró los ojos y apretó los labios. La misma sensación que la había embargado esa mañana al enterarse del crimen volvió a sacudirla. Se llevó una mano al estómago, allí, donde la tensión llegaba a volverse insoportable.

—¿Kate, sigues ahí?

Abrió los ojos y respiró hondo.

—Sí, Ross, estoy aquí.

—Creo que podrías cubrir el

caso sin ningún problema. Por lo que se rumorea, el escándalo puede ser monumental. El autor del primer homicidio lleva en prisión casi trece años y está a punto de ser ejecutado, aunque si se comprueba que las dos muchachas fueron asesinadas por el mismo sujeto, la justicia tendrá mucho que explicar. ¿Te interesa?

—¿Estás seguro de todo esto que me cuentas? —Recordaba palabra por palabra lo que decía el periódico y no se había mencionado

nada de una posible relación entre los dos hechos.

—Por supuesto. Mi fuente en el FBI es de absoluta confianza. Puede ser el reportaje de tu vida, Kate.

La voz de Davies le retumbó en la cabeza durante algunos segundos. El reportaje de su vida. Su intención no era seguir ejerciendo como periodista eternamente. Ella era criminóloga y esperaba encontrar trabajo como tal lo antes posible. Por suerte, había

tomado un curso de periodismo mientras estudiaba en Sarasota; esa capacitación sumada a que se le daba bien la escritura le habían servido para obtener el puesto en el periódico. No era lo que le apasionaba hacer, pero necesitaba pagar la renta a fin de mes.

Cuando Ross Davies pretendió pasar del plano laboral al personal, Kate se excusó con él y cortó.

Se colocó las gafas y se acomodó frente al ordenador.

La prensa aún no contaba con

mucha información sobre el homicidio. Leyó varias publicaciones *on-line*, pero en ninguna de ellas se hacía mención a los detalles que le acababa de revelar Davies. Buscó los obituarios. La despedida de los restos mortales de Bonnie Trevors se había organizado para esa misma tarde. Echó un vistazo a su agenda: no tenía nada pendiente, así que pediría la tarde libre.

No hubo necesidad de pensarlo demasiado: iría a



Montclair y asistiría al funeral.

\* \* \*

Craig llevaba caminando en círculos desde hacía por lo menos diez minutos. Restregaba las manos frenéticamente. Las paredes de la celda le parecían más sofocantes que nunca y solo acrecentaban su ansiedad. Desvió la mirada hacia la puerta; Troy, el guardia que cada mañana le alcanzaba los periódicos, estaba tardando más de

lo previsto.

Contuvo el aliento cuando escuchó el ruido del mecanismo que abría las celdas. Se detuvo frente a la puerta y se acomodó las gafas.

Troy entró y le hizo señas de que se apartara, no porque tuviese miedo de que le hiciera algo: era parte del protocolo de seguridad. Dejó el paquete encima de la mesa y se marchó.

Craig rompió el papel y buscó el ejemplar del *Burke Herald* entre la media docena de periódicos que

recibía a diario.

Pasó las páginas rápidamente, para buscar la sección de crónicas policiales en la que *Themis* publicaba sus artículos. El rostro le empalideció cuando descubrió que volvía a referirse a la contaminación del río Pamunkey y a la demanda que había interpuesto la tabacalera en contra de la organización gubernamental que los había denunciado. Arrancó el artículo y lo estrujó hasta hacerlo un bollo; luego lo arrojó en un

rincón de la celda. Se llevó ambas manos a la cabeza, apoyó los codos en la mesa y apretó los dientes. Iba a ponerse de pie. Fue entonces cuando un titular atrajo su atención.

“Crimen y misterio en Montclair.”

Le quitó las arrugas al papel y separó la página. Ya no había rabia ni frustración en sus ojos, solo un leve brillo de excitación.

\* \* \*

El autobús se detuvo en Caton Hill, y Kate se asomó por la ventana. Era la primera vez que visitaba Montclair a pesar de que la pequeña ciudad ubicada al noreste del estado estaba a tan solo media hora de Burke. Lo primero que hizo al bajarse fue enroscarse la bufanda alrededor del cuello. Había viento y, por el tono oscuro de algunas nubes, era muy probable que se largase a llover de un momento a otro. Había guardado todos los datos concernientes al funeral en su

móvil; no tenía mucho tiempo, además, parecía que no iba a ser sencillo encontrar un taxi a esa hora. Avanzó unos cuantos metros y entró en un bar. Un sujeto con un pañuelo atado en la cabeza se encontraba limpiando la barra. La observó y le sonrió. La muchacha le devolvió la sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti, rubia? —preguntó al tiempo que se echaba el paño al hombro.

—No soy de aquí y necesito saber cuál es el camino más corto

hacia el cementerio. Debo llegar a un funeral en veinte minutos. — Dejó el morral encima del mostrador y se acomodó en el taburete.

El barman lo miró algo extrañado.

—¿No tiene gps tu auto?

—No tengo auto —respondió—. Acabo de bajarme del autobús.

—¿De dónde eres?

—Burke.

—¿Vienes al funeral de Bonnie Trevors?

Kate asintió.

—Yo la conocía, ¿sabes?

Solía venir a veces con su grupo a pasar el rato. —Dejó escapar un suspiro. En el rostro se le evidenciaba una gran desazón—. Es terrible lo que le han hecho. Montclair siempre ha sido un sitio tranquilo y, de repente, nos desayunamos con la noticia de que anda un asesino suelto. Lo más terrible es pensar que alguien de aquí pudo haberlo hecho. ¿Tú también conocías a Bonnie?



—No.

—¿Eres periodista?

Últimamente han aparecido muchos por aquí haciendo preguntas.

—Lo soy. ¿Podrías indicarme cómo llegar al cementerio, por favor?

—No está muy lejos, pero si quieres te puedo pedir un taxi.

—Te lo agradecería mucho.

—¿Te sirvo algo mientras esperas?

—Sí, un zumo de naranjas. —

Apoyó los brazos encima del

mostrador y observó al barman mientras hablaba por teléfono. Cuando regresó, se aprovechó de su buena predisposición para hablar.

—El taxi estará aquí en unos diez minutos.

—Gracias. —Bebió un poco y le sonrió—. Dime, ¿cuándo estuvo Bonnie en el bar por última vez?

—La semana pasada, el día antes de que desapareciera; el jueves. Vino con un par de amigos, un chico y una chica, aunque ella se fue temprano esa noche.

—¿Notaste algo inusual en ella?

Negó con la cabeza.

—¿Alguna vez vino con alguien que no pertenecía a su círculo de amigos?

—Hace un par de semanas, ella estaba por entrar al bar y un sujeto la detuvo. Debía de conocerlo porque estuvieron charlando un rato y luego se fueron juntos.

—¿Lo conocías?

—No lo había visto en mi

vida. —Dejó el vaso que estaba secando y señaló hacia el exterior —. Ha llegado tu taxi.

Kate se quedó con ganas de seguir preguntándole. Se levantó y sacó la billetera.

—¿Cuánto te debo?

—Invitación de la casa, rubia —le dijo, guiñándole el ojo.

Ella le sonrió antes de abandonar el bar.

Cuando llegó al cementerio, el funeral ya había comenzado. Una gran cantidad de personas se había

arremolinado alrededor de la familia Trevors. Frente al féretro, un sacerdote de voz áspera y expresión impertérrita trataba de dar consuelo a través de sus palabras.

Kate se paró junto a un grupo de jovencitas que, supuso, serían las amigas de Bonnie. Una en especial llamó su atención. Llevaba ropa oscura como las demás, pero no dejaba de llorar. A Kate se le hizo un nudo en la garganta. Por un instante se vio a ella misma, trece

años atrás. Alguien le rozó el hombro y ella se movió porque estaba obstruyéndole el paso.

Un hombre alto, elegantemente vestido pasó a su lado. Se ubicó unos metros más adelante. Tuvo la sensación de que no era la primera vez que lo veía. Cuando se quitó las gafas y pudo verle el rostro, lo reconoció de inmediato.

Era Jon Kellerman.

## Capítulo 6

Jon observó cuidadosamente todo a su alrededor. El cementerio estaba atestado de gente y así era más fácil que se le escapase algún detalle. Se cruzó de brazos y trató de pasar desapercibido. No deseaba llamar la atención de nadie. Conocía demasiado bien la mente criminal como para creer que era muy probable que el asesino de Bonnie Trevors pudiese estar allí, mezclado entre la multitud,

disfrutando del último momento con su víctima.

La ceremonia llegó a su fin, y la desconsolada madre de la muchacha apenas conseguía sostenerse en pie. A su lado, Conrad Trevors la sujetaba con fuerza mientras le acariciaba el cabello. Entonces las miradas se cruzaron. Lo saludó con un lento movimiento de cabeza, y Jon le devolvió el saludo. Desistió de acercarse. No era momento de importunarlo con preguntas; el



padre de Bonnie ya le había dicho todo lo que sabía sobre la noche en que la muchacha había desaparecido. Lo mejor era tratar de hallar respuestas en otro lado.

Contempló uno a uno los rostros de las personas que lentamente iban abandonando el cementerio. Un pequeño grupo de muchachas captó su atención. Eran de la misma edad que la víctima, por lo tanto, decidió intentar hablar con ellas.

Una mujer joven de cabello

rubio se escabulló rápidamente cuando él se aproximó. Parecía que huía de algo o de alguien. Trató de seguirla con la mirada antes de que desapareciera, pero, en un abrir y cerrar de ojos, se perdió en medio de la multitud.

—¿Busca a alguien? —le preguntó una de las muchachas del grupo.

Jon extendió el brazo y le mostró su placa.

—Agente Kellerman del FBI. Estoy investigando el homicidio de

Bonnie Trevors. ¿Alguna de ustedes es Sally MacIntyre?

Una de ellas, que no dejaba de temblar, lo miró a los ojos.

—Soy yo.

—¿Podría hablar contigo?

—¿Tiene que ser ahora? —  
intervino otra de las muchachas al tiempo que pasaba el brazo por el hombro de Sally—. Una periodista acaba de marcharse. Creo que lo que mi amiga necesita es descansar. Se encuentra muy afectada; Bonnie era como su hermana.

Una periodista. Supuso que se refería a la rubia que prácticamente había huido antes de que él se acercara.

—Comprendo que no tenga ánimos de hablar, señorita.

—Mi nombre es Laurie Norway.

Jon esbozó una sonrisa compasiva.

—Laurie, debo hacer mi trabajo, y lo primero es reconstruir lo que sucedió la noche en que Bonnie desapareció. —Miró a

Sally—. Sé que habló contigo antes de salir de su casa.

La jovencita asintió.

—Habíamos organizado una fiesta en casa. Nada excepcional, solo una reunión para pasar el rato. Era semana de exámenes y queríamos relajarnos. Llamé a Bonnie para que se nos uniera. — Respiró hondo—. Ella no quería ir; yo le insistí tanto que finalmente terminó aceptando. ¡Si no lo hubiese hecho tal vez ahora estaría viva! —agregó entre sollozos.

Su amiga la abrazó.

—No digas eso, Sally. No fue tu culpa —le dijo para hacer que se sintiera mejor.

Jon esperó que se calmara antes de seguir con el interrogatorio.

—¿Te mencionó Bonnie si iría con alguien a la fiesta? ¿Algún novio?

—Era una reunión solo para chicas —explicó Sally—. Además, ella no tenía novio. Había roto con Warren Quinn hacía más de dos

meses.

Jon sacó una libreta y anotó el nombre del exnovio de la víctima.

—¿Cómo se comportaba Bonnie los días previos a su desaparición?

Laurie Norway se encogió de hombros.

—Normal, estaba preocupada por los exámenes, como todos.

—¿No había nadie nuevo en su vida?

—Si lo hubiese habido, Sally y yo habríamos sido las primeras en

enterarnos —respondió Laurie sin hacer nada por ocultar que no le agradaba en lo más mínimo responder a sus preguntas.

—Bien. ¿Cuándo fue la última vez que vieron a Bonnie?

—El viernes. Almorzamos juntas después de la escuela.

—¿Y tampoco notaron nada extraño?

Las dos negaron con la cabeza.

Jon comprendió que sería inútil seguir preguntando. No conseguiría sacarles más nada. Se



llevaba, al menos, el nombre del exnovio de la víctima. Sería la próxima persona a quien interrogaría.

Antes de marcharse, les dejó su tarjeta para que lo llamasen en caso de que recordaran algo nuevo.

\* \* \*

Kate llegó a su casa cuando la noche empezaba a caer. No bien atravesó el umbral de la puerta, notó la luz titilante en la

contestadora. Corrió hasta la mesita con la esperanza de que Daryl hubiese llamado en su ausencia. Nada. Solo había un mensaje de Elliot avisándole que regresaba de Washington a la mañana siguiente. ¿Qué sucedía con su hermano? Estaba segura de que tampoco se había puesto en contacto con sus padres. Mientras caminaba hacia su habitación, se quitó la chaqueta. Tenía hambre, pero se daría un baño primero. Terminó de desnudarse y se colocó la bata.

Luego, sacó el pijama de debajo de la almohada y lo acomodó sobre la cama. Abrió uno de los cajones del armario y sacó un sujetador. Estaba a punto de cerrarlo cuando notó algo blanco en el fondo. Era un pañuelo de seda. Se quedó mirándolo durante un instante antes de tomarlo.

Había olvidado que aún lo conservaba. Se lo puso en la nariz y aspiró hondo. Olía a jazmín, igual que el resto de la ropa que guardaba en aquel cajón.

Le inquietó que, después de tanto tiempo, hubiese reparado en el pañuelo justo el mismo día en que había vuelto a ver a Jon Kellerman.

No creía en las casualidades.

Ross Davies le había comentado que la policía local iba a solicitar el apoyo del FBI para tratar de resolver el homicidio de Bonnie Trevors. El hecho de que lo hubiesen llamado precisamente a él, y la posibilidad de que el crimen en Montclair tuviese relación con lo ocurrido trece años atrás, volvía

todo aquel asunto aun más siniestro.

Jon Kellerman había atrapado al asesino de Livy. El caso había sido esclarecido rápidamente y Craig Shadows había sido condenado a muerte. ¿Por qué tenía la angustiante sensación de que toda esa verdad se podía desmoronar de un momento a otro?

Puso el pañuelo en su sitio nuevamente y cerró el cajón de un fuerte golpe. No le hacía bien tener aquellos pensamientos, no cuando el pasado aún le dolía tanto.

Entró al cuarto de baño y, mientras aguardaba que la bañera se llenase de agua, apoyó ambas manos en el lavabo y se contempló en el espejo. Estaba más pálida de lo habitual. Siempre había tenido la piel demasiado clara y cada verano se veía obligada a usar protector solar. Dejó escapar un suspiro. Sin dudas, le había afectado volver a ver a Jon después de tanto tiempo. Su presencia no podía augurar nada bueno. Se negaba a aceptar la posibilidad de que, tal vez, había

estado equivocada los últimos trece años de su vida.

\* \* \*

Alexandria, Virginia.

12 de noviembre de 1999.

El enorme pasillo de la Corte estaba atestado de gente. Las instancias finales del juicio por el homicidio de Livy Giordano habían atraído más público de lo esperado. Fuera, la prensa, tanto local como

nacional, también llevaba apostada desde hacía varias semanas a la espera del veredicto.

Cuando un automóvil se acercó y se estacionó en mitad de la calle, un puñado de periodistas se aglomeró a su alrededor. La puerta se abrió y todos los flashes apuntaron hacia la jovencita de cabello rubio y rostro demacrado que hacía hasta lo imposible por ocultarse detrás de un hombre alto que la sujetaba de la mano. A fuerza de empujones y forcejeos,



consiguieron pasar en medio de aquella turba de molestos reporteros y entraron al edificio.

—¿Estás bien?

Kate miró a Jon Kellerman y asintió suavemente con la cabeza. Él aún no le había soltado la mano y aquel gesto la hizo sentirse más segura.

—Ven, sentémonos.

Encontraron un par de butacas vacías, cerca de las escaleras.

—Gracias por acompañarme, Jon —dijo mientras se quitaba los

guantes.

Él la miró. Lo que aquella jovencita había tenido que pasar los últimos meses habría destruido los nervios de cualquiera, sin embargo, allí estaba, dándole las gracias y tratando de sonreírle. Le rozó la mano.

—De nada.

—¿Sueles hacer esto con todos los testigos de los casos que investigas? —quiso saber Kate.

Por un instante, no supo qué contestarle. El de Livy no había

sido su primer caso de homicidio, sin embargo, nunca antes se había involucrado tanto con la familia de la víctima. Incluso había compartido un par de cenas en casa de los Giordano después de que la madre de Kate por fin había salido de su letargo. Ni siquiera él mismo podía comprender la afinidad que sentía por ellos. Por eso, cuando el propio Victor Giordano le había pedido que acompañase a su hija, no lo había dudado ni un segundo.

—No, Katie. Tú no eres como

los demás testigos, tú eres especial.

Ella se sonrojó y agachó la cabeza para que no notara su turbación.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó, atribuyendo su actitud al momento crucial que estaba por atravesar. No era sencillo para nadie dar su testimonio ante un tribunal, mucho menos para una niña de quince años que acababa de perder a su hermana de la manera más brutal.

—Un poco —respondió

mientras jugueteaba con uno de los guantes.

—No tienes de qué preocuparte. Solo contesta con la verdad.

Ella alzó la cabeza y lo contempló con sus enormes ojos azules.

—¿Craig no estará ahí, cierto?

—No, solo estará su abogado. Él te hará algunas preguntas y tratará de hacerte sentir incómoda.

—¿Será como en la tele?

Jon sonrió.

—Algo así. Yo estaré contigo, así que, tranquila. Pronto toda esta pesadilla terminará y volverás a tu vida normal.

—Mi vida ya nunca será la misma —manifestó con profunda tristeza.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

—¿Cuándo el juicio termine regresarás a Quantico?

Suspiró hondo.

—Sí, tengo mucho trabajo pendiente. Los últimos meses los dediqué casi exclusivamente al

caso de tu hermana. Gracias a Dios, se resolvió antes de lo esperado.

—Te voy a extrañar, Jon “Sin Hache”.

Él notó los ojos vidriosos y el leve temblor en sus labios.

—Yo también te voy a extrañar, pequeña.

Ella asintió y volteó la cara. Fingió prestar atención a las personas que circulaban de un lado al otro del pasillo. No quería que él se diera cuenta de que estaba a punto de llorar.

Un hombre se asomó por una de las enormes puertas ubicadas al otro lado de la escalera y pronunció su nombre. Se pusieron de pie. Con parsimonia atravesaron el pasillo.

Una vez dentro del recinto, Kate fue escoltada hacia el estrado y Jon se quedó en un rincón. El secretario de la Corte se le acercó y extendió una biblia frente a ella.

—Coloque su mano derecha encima —le ordenó.

Kate aún sostenía los guantes, así que los dejó sobre la silla y



puso su mano sobre la biblia.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Miró a Jon y él le sonrió.

—Sí, juro.

—Tome asiento.

Kate retiró los guantes y se sentó. Observó todo a su alrededor con gran curiosidad. Aquello era más imponente que las escenas que había visto alguna vez por televisión. La sala estaba repleta. En ese momento, sintió que todos

los ojos estaban puestos sobre ella.

—Abogado Hayes, puede empezar a interrogar a la testigo — anunció el juez Riggs.

Un hombre de rostro severo y cabello engominado se acercó. Supo que era el defensor de Craig Shadows. Lo había visto muchas veces en las noticias.

—Señorita Giordano, ¿podría relatarnos qué fue lo que vio la noche del veinte de julio?

Kate tragó saliva. Volvió a mirar a Jon antes de responder.

—Vi a mi hermana marcharse en la camioneta de Craig Shadows.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo recuerdo muy bien, pero debió de ser después de las diez.

—¿Está segura?

Kate negó con la cabeza.

—Responda por favor.

—No, ya le dije que no recuerdo la hora exacta.

—Bien. —Lee Hayes colocó una mano en la barandilla y la miró a los ojos unos segundos antes de

formular su siguiente pregunta—. ¿Dónde estaba usted cuando vio que su hermana se iba?

—La escuché bajar por la enredadera que da al patio. Me hice la dormida y corrí hasta el salón para espiarla.

—¿Y que vio entonces?

—Vi la camioneta de Craig Shadows yéndose en dirección a la avenida —afirmó.

—Acláreme una duda, señorita Giordano. ¿Vio usted a la camioneta o a mi cliente?

Kate se removió inquieta en su silla.

—Era la camioneta de Craig. Yo la conocía, la había visto varias veces en el vecindario.

—Eso no responde a mi pregunta: ¿vio a Craig Shadows conduciendo la camioneta?

—Sí, era él.

El abogado se alejó en dirección al púlpito que ocupaban los miembros del jurado. Sin voltearse, preguntó:

—¿A qué distancia estaba

usted de la camioneta, señorita Giordano?

Kate tardó unos segundos en responder.

—No lo sé.

—Yo se lo diré. —Giró sobre los talones y la miró—. Las pericias demuestran que hay por lo menos treinta metros desde el salón de su casa hasta la calle. Estaba oscuro y vio la camioneta tan solo unos segundos antes de que desapareciera. ¿Cómo puede estar tan segura de que era Craig

Shadows quien conducía?

Kate pudo sentir como unas finas gotas de sudor comenzaban a deslizarse por su frente. Ya no quería seguir respondiendo a sus preguntas, lo único que deseaba era salir corriendo de aquel lugar.

—Conteste por favor — insistió Hayes.

—Livy y Craig se habían estado viendo a escondidas.

—¿Le dijo su hermana que saldría con él esa noche?

—Me dijo que tenía una cita, y

yo sabía que a ella le gustaba Craig.

—Pero no le dijo que saldría con él esa noche.

—¡No, ya le dije que...!

—No tengo más preguntas, Su Señoría. —El abogado dejó a Kate con la palabra en la boca.

El juez Riggs volvió a tomar la palabra.

—Señor fiscal, ¿tiene preguntas para la testigo?

Kate notó cierta compasión en su mirada y eso logró que se calmara un poco. Sus preguntas, al



igual que su trato, fueron menos severas que las del defensor de Shadows y, cuando el interrogatorio llegó a su fin, sintió un gran alivio.

Jon se le acercó y le dio un abrazo.

—Lo has hecho muy bien, Katie.

Ella cerró los ojos por un instante. Aquel abrazo le devolvió la paz que había perdido segundos antes en la sala del tribunal. Se habría quedado así para siempre, por eso cuando él se apartó, a punto

estuvo de protestar.

—¿Crees de verdad que mi testimonio sirva para condenar a Craig? —le preguntó mientras atravesaban el pasillo.

—Katie, tenemos su adn. Además, no ha podido aportar una coartada sólida para el momento del crimen. Shadows niega fervientemente que haya estado con Livy, pero las pruebas demuestran lo contrario.

—Era él. —Por más que el abogado hubiese tratado de poner

en duda su testimonio, estaba completamente segura de lo que había visto la noche en que su hermana había desaparecido—. ¿Cuándo conoceremos el veredicto?

—Supongo que en un par de días. Mañana los abogados presentarán sus alegatos, después de eso, el jurado se reunirá a deliberar.

—¿Crees que lo condenen a muerte?

—Es muy probable.

Kate lo miró.

—Sé que está mal desear la muerte de alguien, pero Craig se merece morir por lo que le hizo a mi hermana.

Jon no dijo nada, pero él pensaba lo mismo.

—Ven, será mejor que evitemos a la prensa. —Tomó a la muchachita de la mano y la condujo hacia la parte trasera del edificio.

Una tibia sonrisa brotó de los labios de Kate mientras abandonaba la Corte aferrada al brazo del agente Jon Kellerman.



## Capítulo 7

El público que se había dado cita en el salón de actos de la escuela aplaudió a rabiar la presentación de los alumnos de primer grado. La pequeña Becky, vestida de princesa, saludó a sus padres desde el escenario. Sus inquietos ojos verdes recorrieron el lugar buscando a alguien.

—¡Sabía que Jon lo olvidaría!  
—se quejó Colleen mientras seguía aplaudiendo a su hija.

—Cariño, no creo que se haya olvidado. Probablemente le surgió un imprevisto a última hora. —A Dan siempre le tocaba defender a su cuñado cuando algo como aquello ocurría.

—No lo justifiques. ¡Mira la cara de tu hija! Contaba con que su tío viniese a verla. Tú sabes la ilusión que le hacía.

Dan asió a su esposa del hombro. Entre una marea de padres orgullosos y sonrientes, se acercaron al escenario para

felicitar a su hija. La niña se arrojó a los brazos de su padre y de inmediato, los acribilló a preguntas.

—¿Por qué no vino el tío Jon, mamá?

Colleen soltó un suspiro.

—Trabajo, cariño. El tío tiene que atrapar a los hombres malos, por eso no ha podido venir.

Becky frunció los labios y eso solo significaba que se echaría a llorar en cualquier momento. Colleen miró a su esposo con gesto de “te lo dije”, a lo que Dan



respondió encogiéndose de  
hombros.

Salieron a la calle aún con la  
esperanza de que Jon apareciera.  
Estaban por subirse al auto cuando  
alguien gritó el nombre de la niña.

Jon la esperaba en la esquina.  
Un enorme oso de peluche color  
amarillo lo cubría casi por  
completo. Becky se soltó de la  
mano de su madre y salió  
corriendo.

—Hola, cariño. —Jon se  
arrodilló para estar a su altura.

Observó el brillo en su mirada. Estaba enfadada con él, pero al mismo tiempo se moría de ganas de tener al oso entre los brazos. — Lamento no haber podido llegar para tu actuación. ¿Me perdonas?

La pequeña pareció olvidarse de él y de su enojo en el mismo momento en que tomó posesión del peluche.

—¿Te gusta? —Le rozó la mejilla.

Becky asintió.

—Apenas lo vi, supe que era

para ti. —Se incorporó cuando Colleen y su cuñado se acercaron —. Lo siento. Hice todo lo posible por llegar a tiempo, pero no estaba en la ciudad.

Su hermana no dijo nada. A Jon le bastó ver su semblante para comprender que no se la dejaría pasar tan fácilmente.

—¿Algún nuevo caso, cuñado? —preguntó Dan, poniendo un paño frío a la situación.

—Sí. Un homicidio en Montclair.

Colleen estaba acostumbrada a escuchar a su hermano hablar de crímenes casi a diario. Si bien sabía que se empeñaba al máximo en resolver cada caso que le asignaban, los casi diecisiete años que llevaba en el FBI lo habían endurecido al punto de no permitir que le afectaran demasiado. Sin embargo, por el tono de voz, notó que algo no andaba bien. Le dijo a Dan que llevara a la pequeña a tomar un helado y, cuando se quedó a solas con su hermano, lo miró fijo

a los ojos.

—¿Qué sucede?

Jon soltó un suspiro.

—No pensé que se me notara tanto —dijo esbozando una sonrisa apenas.

—Te conozco. Hacía mucho tiempo que no te veía así.

—Trece años —la interrumpió.

—Sí, exacto. La muerte de esa chica en Burke. Fue el primer caso que te tocó investigar después de que te nombrasen jefe de la Unidad

de Ciencias de la Conducta. ¿Cómo se llamaba?

—Livy Giordano.

Colleen asintió.

—Pasabas mucho tiempo fuera de la ciudad en esa época. Apenas te veía —recordó—. Llegaste a involucrarte demasiado con la familia. ¿Has vuelto a verlos?

—No, cuando finalizó el juicio perdí el contacto con ellos. Creo que fue lo mejor. La muerte de Livy los dejó devastados.

Colleen asintió.

—¿Qué tiene este nuevo caso que te ha dejado así?

—No quiero agobiarte con mis problemas, hermanita. Nunca no le hecho, no voy a empezar ahora. — La verdad era que prefería dejarla al margen de todo aquel asunto. Si las sospechas acerca de que el homicidio de Bonnie Trevors había sido cometido por la misma persona que trece años atrás había matado a Livy Giordano, el FBI la iba a pasar muy mal, principalmente él, por haber sido el agente a cargo

de la investigación.

Colleen frunció el entrecejo.

—Soy tu hermana y no puedes impedir que me preocupe por ti.

—¿Me has perdonado ya por no haber llegado a tiempo para la función de Becky?

Ella se aferró a su brazo y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Sabes que no puedo estar mucho tiempo enfadada contigo; eres mi hermano favorito.

El comentario logró arrancarle una carcajada a Jon.



—¡Soy tu *único* hermano!

—El mejor de todos —

respondió. A pesar de ser la menor, muchas veces, se sentía con la necesidad de protegerlo. Tal vez se debía al hecho de que continuara solo. Había estado enamorado de Erin Campbell durante mucho tiempo y, aunque la exagente del FBI se había casado y era madre de un niño pequeño, temía que aún sintiera algo por ella. Estuvo a punto de preguntarle por Erin, pero Dan y Becky regresaron en ese

momento y no pudo hacerlo. En cambio, le preguntó:

—¿Vienes a cenar a casa, verdad?

Jon miró a su sobrina, quien seguía embelesada con su nuevo amigo de peluche. Necesitaba despejar la mente y nada mejor que pasar el rato en familia.

—Por supuesto. —Levantó a la pequeña en brazos y le dio un beso en la frente—. ¿Te vienes conmigo, Becky?

—¡Sí, quiero ir en el auto del

tío Jon! —gritó con gran entusiasmo.

Colleen y Dan no pudieron negarse.

—Nos vemos en casa —dijo tratando de apartar la enorme cabeza del oso de su cara.

—Conduce con cuidado —le pidió su hermana antes de subirse a la camioneta.

Jon le guiñó el ojo.

—Tranquila. —Bajó a la niña y la tomó de la mano. Mientras se dirigían al sitio donde había

estacionado el coche, Becky le contó lo bien que había bailado en el festival, vestida de princesa.

\* \* \*

Miércoles 19 de septiembre.

A veintiséis días de la ejecución.

Kimberley Abrams salió de su casa a toda prisa. Estaba llegando tarde a la clase de danza y la profesora ya le había advertido que,

la siguiente vez, la dejaría fuera del grupo. Antes de subirse al Ford Focus de su madre, hurgó dentro del bolso y sacó el móvil.

Marcó el número de su amiga, pero saltó el buzón de voz, así que no tuvo más remedio que dejar el mensaje.

—Missy, supongo que todavía estarás durmiendo. Yo estoy yendo a mi clase de danza. Salgo a las diez y me gustaría que nos viéramos. Llámame apenas oigas este mensaje. —Colgó y antes de

encender el motor se retocó el cabello.

Un automóvil oscuro estacionado al otro lado de la calle captó su atención. Se quedó mirándolo unos segundos porque tenía la vaga sensación de que ya lo había visto antes, pero no podía recordar dónde.

Miró el reloj. No tenía tiempo que perder. La señorita Smitrovich no le daría una nueva oportunidad, así que puso el pie en el acelerador y se marchó hacia la academia de

baile.

Esta vez no la seguiría. Sabía muy bien hacia dónde estaba yendo. Había estado estudiando sus movimientos a diario y conocía su rutina a la perfección. Era miércoles y tocaba clase de danza en la academia Smitrovich.

Respiró hondamente y apretó el volante con fuerza.

Kimberley Abrams iba a morir y ni siquiera lo sabía.

\* \* \*

Un muchacho despeinado y con cara de haber dormido poco abrió la puerta del apartamento. Observó al extraño de arriba abajo. Cuando vio la identificación que sacaba del bolsillo de su chaqueta retrocedió unos pasos.

—¿Warren Quinn?

Asintió tímidamente.

—Agente especial Jon Kellerman. ¿Me permite pasar?

Se cruzó de brazos. Seguía sin decir nada. Era evidente que la



presencia del hombre del FBI lo había asustado. Cuando por fin pareció reaccionar, se hizo a un lado para dejarlo entrar.

Jon observó el diminuto salón. Sobre una mesa había desparramados unos cuantos libros abiertos. Una almohada arrugada y un par de mantas revueltas colgaban del sofá.

—Estuve estudiando hasta tarde —explicó al tiempo que intentaba ordenar el lugar.

Jon esperó con paciencia a que

terminase. Finalmente el muchacho se volteó y lo miró a la cara.

—¿Qué es lo que quiere?

—Interrogarte acerca del homicidio de Bonnie Trevors.

El rostro adormilado del muchacho se puso blanco como un papel.

—Bonnie —balbuceó al tiempo que tanteaba el sofá para dejarse caer en él.

—Así es. Por tu reacción, asumo que no sabías de su muerte.

Negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no la veía.

Me enteré de que había desaparecido en la universidad. ¿Cuándo la encontraron?

Jon tomó la silla que estaba junto a la mesa y se sentó.

—El domingo por la noche; el cuerpo fue hallado a un costado de la carretera —informó estudiando su reacción.

Warren se cubrió el rostro con ambas manos y respiró hondamente.

—No puedo creerlo. Bonnie no puede estar muerta.

—Lo está. —Jon apartó la almohada y se sentó en uno de los extremos del sofá—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste o hablaste con ella?

—Hace poco más de dos meses. Habíamos estado saliendo durante un año y nos reencontramos en el cumpleaños de un amigo.

—¿Por qué se separaron?

—Ni siquiera lo sé. Fue Bonnie quien me dejó.

—¿Cómo lo tomaste? —preguntó Jon mientras observaba

cómo Quinn cerraba uno de sus puños con fuerza.

—Me desconcertó su decisión —reconoció—. Teníamos nuestras discusiones, pero la pasábamos bien juntos y, de repente, ya no quiso saber nada conmigo.

—¿Había un tercero involucrado?

—No lo sé. Jamás sospeché nada. Bonnie no es... no era una muchacha fácil. Tenía un carácter explosivo y muchas veces se enfadaba por cualquier cosa.

Supongo que, si ella no terminaba conmigo, eventualmente, lo habría hecho yo.

—El día que volviste a verla, ¿notaste algo fuera de lo normal?

—Estaba igual que siempre. No hablamos mucho, ella iba con sus amigas y yo con los míos.

—¿Dónde estabas el viernes por la noche?

El muchacho lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Acaso sospecha que tuve algo que ver con la muerte de

Bonnie? Ya le dije que hacía tiempo que no la veía.

Jon hizo caso omiso al comentario.

—¿Dónde estabas? —reiteró.

—Aquí, mirando televisión.

—¿Solo?

Asintió rápidamente con la cabeza.

—¿A qué hora te fuiste a dormir?

—Cerca de la medianoche.

—O sea que nadie puede confirmar tu coartada.

—Oiga, tiene que creerme. Yo jamás lastimaría a Bonnie. Pregúntele a sus amigas, ellas le dirán que, mientras estuvimos juntos, siempre la traté bien — aseguró algo nervioso.

No tenía ningún motivo para no creerle. A simple vista parecía ser un buen muchacho, y la muerte de su exnovia sin dudas lo había afectado. Aun así, seguiría siendo considerado persona de interés en la investigación.

—Nadie dice que hayas sido



tú quien la mató, Warren, pero mi deber es interrogar a todas las personas cercanas a Bonnie para poder descartar sospechosos y atrapar al culpable.

Recién en ese punto, Warren Quinn comenzó a tranquilizarse.

—Aquí tienes el número de mi oficina. Si recuerdas algo que crees que pueda ser útil a la investigación, por favor, llámame.

El joven tomó la tarjeta y se la guardó en el bolsillo.

—Lo haré. Pierda cuidado.

Jon salió de allí cargando una enorme frustración. Todavía guardaba la esperanza de que el crimen de Bonnie hubiese sido consecuencia de una disputa amorosa que se había salido de control y no la obra de un asesino sádico que repetía casi con exactitud lo sucedido trece años atrás.

Esperaba que sus compañeros en el FBI tuvieran mejores noticias que él.

## Capítulo 8

—¿Hubo suerte con el exnovio de la víctima? —preguntó Caleb no bien Kellerman puso un pie dentro de la sala de reuniones.

Negó con la cabeza y ocupó su puesto.

—¿Alguna novedad?

Sheena se estiró por encima de la mesa tanto como su abultado vientre se lo permitía y le entregó el informe de la autopsia.

—El examen patológico

confirmó que la hora del deceso se produjo en algún momento entre las doce y las dos de la madrugada del mismo viernes.

—Es decir, que la asesinaron poco después de secuestrarla — puntualizó Jon echando una rápida mirada a las fotografías.

—Sí. La zona es poco concurrida, por eso su cuerpo fue hallado recién el domingo a las siete de la mañana. No hay cámaras de vigilancia y hasta el momento no se ha presentado ningún testigo —

agregó Meredith.

Jon se mesó el flequillo hacia un costado.

—¿Qué hay del sujeto que halló el cuerpo?

—Arnold Hiltz. Según su testimonio, se estaba dirigiendo a la casa de la madre. Se detuvo a orinar y fue cuando descubrió el cuerpo —informó Caleb—. Está limpio. Ni siquiera tiene una infracción de tránsito.

—Ya sé que no se ha podido comprobar si Bonnie fue violada,

pero, por si acaso, he revisado la base de datos de delincuentes sexuales que viven en la región — anunció Sheena—. Dos de ellos estaban a más de trescientos kilómetros de Montclair la noche en la que desapareció. —Miró la lista de nombres nuevamente—. El tercero, Finn Jankow, está en libertad bajo palabra. Vive en un complejo de habitaciones bajo la supervisión del estado las veinticuatro horas del día. Trabaja en una fábrica, pero regresa todas

las noches a las siete de la tarde. He hablado con su oficial de libertad condicional y asegura que Jankow estaba durmiendo en su cama la noche del viernes.

Aquellos datos también echaban por tierra la posibilidad de que Bonnie hubiese sido víctima de un crimen al azar.

Se escuchó un pitido.

Meredith abrió un archivo en su *laptop* y les señaló que prestaran atención a la pantalla virtual ubicada a sus espaldas.

—Acabo de recibir el registro de llamadas del móvil de Bonnie. La noche de su desaparición, recibió un mensaje de texto. —Agrandó la imagen—. “No tardes.” Lo recibió a las ocho y veintidós minutos.

Jon buscó entre las carpetas abiertas encima del escritorio y apartó uno de los papeles. Tras leerlo, manifestó:

—Conrad Trevors declaró que Bonnie salió de su casa cerca de las nueve porque había decidido ir a la



fiesta en casa de Sally MacIntyre. Al menos eso es lo que les dijo. — Se puso de pie y se plantó frente a la pantalla virtual—. Supongamos que no iba a reunirse con sus amigas, sino a verse con la persona que le envió el mensaje de texto. ¿Has podido rastrear la llamada?

—Seguramente es un teléfono descartable —repuso Caleb con pocas esperanzas.

—Te equivocas —dijo Meredith con una sonrisa—. Tenemos el número y hemos

logrado localizarlo.

Les mostró un mapa de la región en donde titilaba un punto en verde.

—¿Dónde está exactamente?  
—preguntó Jon.

—En Fairfax, a unas cuatro millas de Burke.

Se hizo un silencio generalizado. Cada nueva pista que surgía en la investigación parecía apuntar al crimen de Livy Giordano. Jon apretó la mandíbula y se quedó mirando el punto verde

durante un largo rato. Se dirigió rápidamente en dirección a la puerta y, sin mirar atrás, dijo:

—Hablaré con el juez para que pida una orden de allanamiento. Yo mismo comandaré el operativo.

Apenas abandonó la sala de reuniones, Sheena soltó el aire contenido en sus pulmones y se recostó en una silla.

—Creo que este caso está afectando realmente a Jon.

—No es para menos —adujo Meredith—. Fue él quien envió al

asesino de Livy Giordano tras las rejas hace trece años. No debe de ser fácil descubrir ahora que quizá cometió un error. Y no olvidemos el mensaje que le dejó el asesino de Bonnie. Es obvio que buscaban involucrarlo en la investigación.

Sheena asintió.

—He estado leyendo los archivos del caso. Todo señalaba a Craig Shadows. Se halló su ADN en el cuerpo de la víctima, una testigo afirmó haberlo visto con Livy la misma noche que desapareció.

Ningún jurado hubiese dudado en declararlo culpable.

—Sí. —Meredith hizo una pausa—. Yo también he leído algo del caso, y no podemos pasar por alto el hecho de que Craig Shadows siempre proclamó su inocencia y que apeló su sentencia en varias oportunidades.

—Sin éxito —acotó la embarazada, percibiendo cierta vacilación en su compañera. —En su primera declaración, aseguró que esa noche no había visto a Livy.

Después, cuando lo confrontaron con los resultados del ADN, viéndose con el agua al cuello, no tuvo más remedio que confesar que sí había estado con ella esa noche. Además, la testigo estrella de la fiscalía, la hermana de la víctima, terminó por enterrarlo.

Caleb las escuchaba en silencio, perdido en sus propios pensamientos.

En la época en la que había ocurrido el homicidio de Livy Giordano él apenas llevaba un par

de años en la academia. El caso había atraído el interés de la población de inmediato y, mientras había durado la investigación, no se había hablado de otra cosa. Incluso, la trágica muerte de la muchacha había hecho olvidar a muchos la pésima *performance* que habían tenido los Wizards de Washington en el último tramo del campeonato. Finalmente, el caso se había cerrado con un culpable tras las rejas, y el equipo de básquetbol parecía haberse encaminado

nuevamente hacia la gloria gracias a la posible llegada de Michael Jordan como Presidente de Operaciones de la institución deportiva.

El teléfono interrumpió sus cavilaciones.

—Caleb Schwarz.

—Hola, cariño. —Se incorporó de un salto cuando reconoció la voz de Deirdre.

—Hola —respondió mientras miraba de soslayo a sus colegas. Tanto Sheena como Meredith lo



conocían lo suficiente como para darse cuenta de que el rompecorazones más famoso del FBI acababa de recibir una llamada de su nueva “víctima”,

Lentamente se levantaron de sus sillas y lo dejaron para que hablara a gusto.

\* \* \*

Jon le quitó el seguro al arma reglamentaria y acercó el micrófono inalámbrico a su boca. Junto a él,

dos agentes se preparaban para seguir sus instrucciones. El tercero, se encontraba dentro de una furgoneta estacionada a unos pocos metros, monitoreando la señal.

—Bien, lo escucho, agente Dudek.

—El objetivo se encuentra a unos doscientos metros, señor. Sigán derecho hacia el edificio que está junto al callejón.

Avanzaron lentamente bajo una lluvia casi torrencial. Jon iba al frente, seguido por los otros dos

agentes. El hecho de que hubiese poco movimiento jugaba a su favor. Ignoraban con lo que se iban a encontrar y no querían a civiles involucrados en un posible tiroteo. Cuando alcanzaron el edificio, se detuvieron. Jon le hizo señas al agente que iba detrás de él para que se posicionara al otro lado de la calle. El hombre rápidamente se ocultó detrás de una columna de concreto. Desde su ubicación, podía ver más allá del edificio, en dirección al callejón. Observó a su

jefe, esperando con impaciencia una señal de su parte.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó a través del intercomunicador.

—Hay un grupo de cuatro personas. Parecen ser indigentes —le indicó.

A Kellerman todo aquel asunto empezaba a olerle muy mal.

—¿Notas algo sospechoso?

El agente, tras observar el panorama durante unos cuantos segundos, negó con la cabeza.

—Bien. Paxton y yo avanzaremos. Usted nos cubrirá las espaldas, ¿entendido agente Rosenthal?

—Sí, señor.

Jon apretó el arma con fuerza y corrió hacia el callejón. Paxton rápidamente se colocó a su lado.

—¡FBI, al suelo! —gritó apuntando con la pistola.

Los cuatro hombres obedecieron arrojándose sobre el pavimento mojado. Pronto el agente Rosenthal se les unió.

—Dudek, dígame el punto exacto de la señal —ordenó Kellerman.

—No más de un par de metros de donde usted se encuentra.

Jon enfundó la pistola, luego miró alrededor. Solo había un enorme contenedor de basura al final del callejón. Posó los ojos en los cuatro indigentes. Aún restaba una posibilidad. Se arrodilló y comenzó a registrar a uno de ellos. Pronto, los otros dos agentes hicieron lo mismo.

—¡Señor! —Paxton extendió el brazo, mostrándole un teléfono móvil—. Lo tenía oculto dentro de sus botas.

Jon se acercó y ayudó al indigente a levantarse del suelo. Era evidente que estaba borracho, apenas podía sostenerse en pie.

—¿Cómo has conseguido el teléfono?

El hombre se rehusó a contestarle.

—¡Responde! —le gritó sujetándolo por el cuello del

abrigo.

—¡Lo encontré allí la otra noche! —Señaló el contenedor de basura—. ¡No se lo he robado a nadie!

Jon lo soltó cuando se dio cuenta de que aquel pobre miserable le estaba diciendo la verdad. La pista no los había conducido a ningún lado.

—Paxton, que el laboratorio examine el teléfono —ordenó—. Pide también que envíen a los forenses. Tal vez tengamos suerte y



encontremos evidencia física que nos lleve hasta nuestro sospechoso.

Minutos después, entró en la furgoneta y se dejó caer en el asiento. La frustración se reflejaba en el rostro de Kellerman y en el de los demás agentes. Todos tenían la fuerte sensación de que el asesino les llevaba mucha ventaja.

Dudek intentó entablar una charla con él mientras el vehículo se ponía en marcha.

Solo obtuvo silencio.

Kate trataba de concentrarse en la lectura, pero era inútil. Arrojó la última novela de Patterson encima del sillón y se arrebujo en un rincón con la intención de dormir un rato. Había faltado al periódico alegando que no se encontraba muy bien, sin embargo, comprendió de inmediato que encerrarse en su casa no le devolvería el sosiego. Seguía sin poder quitarse a Jon Kellerman de la cabeza. También la rondaba la

idea de investigar el homicidio de Bonnie Trevors después de lo que le había comentado Ross Davies. Sabía que tenía que consultarlo con su jefe, porque, aunque tenía cierta libertad para tratar los temas que quisiera, siempre prefería contar con su aprobación.

Encendió la televisión, aunque tampoco tenía ganas de ver nada.

Se peinó el cabello con los dedos. Lo llevaba corto desde hacía tanto tiempo que no recordaba qué se sentía tenerlo más allá de los

hombros. De niña solía llevarlo recogido en una cola de caballo o en elaboradas trenzas que eran la envidia de sus amigas. Dejó escapar un suspiro. Livy adoraba cepillarle el cabello por las noches, antes de irse a dormir. Ahora que lo pensaba, quizá esa era la razón por la cual había decidido cortárselo, porque Livy ya no estaba para peinarla.

Se levantó de un salto y recogió el libro. No eran las siete todavía, pero se metería en la cama.

Deseaba que aquel día terminase de una buena vez.

Alguien llamó a la puerta y desbarató sus planes. Se apretó el nudo de la bata y fue a ver quién era. Por la mirilla descubrió a Elliot con una expresión de impaciencia en el rostro. Titubeó durante un segundo antes de abrir. No habían acordado encontrarse ese día. ¿O sí lo habían hecho y ella lo había olvidado? La verdad era que no tenía muchas ganas de verlo. Seguramente en la redacción le

habían dicho que no se sentía bien, así que tampoco podía dejar que siguiera creyendo que no había nadie en casa.

Tomó el picaporte y abrió la puerta.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? —Elliot entró tan rápido que Kate no tuvo tiempo de reaccionar cuando él la sujetó de la cintura y la abrazó con fuerza.

—Bien, un poco mejor —respondió al tiempo que intentaba soltarse—. ¿Cuándo has llegado de

Washington?

—Hace un par de horas. Apenas supe que estabas enferma, vine a verte. —La observó de arriba abajo, deteniéndose un momento en el escote abierto de la bata, luego agregó—: yo te veo estupenda.

A él no iba a poder engañarlo.

—Necesitaba salir temprano del trabajo, eso es todo —confesó.

Elliot le rozó la mejilla.

—¿Qué sucede?

—No quiero hablar del asunto.

Los dedos de él descendieron por el cuello de la muchacha.

—¿Qué deseas hacer entonces?

Kate no dijo nada. Tampoco protestó cuando Elliot la asió de la cintura y la condujo hasta el sofá. Hizo que ella se sentara primero, después se ubicó enfrente. Con una mano le desató el nudo de la bata mientras que con la otra le masajeaba la nuca con suaves movimientos circulares.

Lentamente, Kate fue



relajándose. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Él se acercó y la besó en el cuello. Levantó una pierna cuando Elliot comenzó a acariciar la parte interna de su muslo.

El pie de Kate apretó accidentalmente el control remoto, provocando que el volumen del televisor subiera varios decibelios.

“Los manifestantes se hicieron presentes esta tarde en las afueras de la prisión de Greensville donde Craig Shadows se encuentra

cumpliendo una condena por homicidio en primer grado. Según pudimos averiguar, quien encabeza la marcha es Lana Hudson, la novia del convicto.”

Kate abrió los ojos y clavó la mirada en la pantalla del televisor. Elliot seguía acariciándola, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

“—¿Señorita Hudson, qué es lo que pretenden conseguir manifestándose de esta manera?”

—Lo único que pedimos es que se revea la situación de Craig.

Mi novio es inocente y será castigado por algo que no hizo. La ejecución se llevará a cabo en menos de un mes y nos estamos quedando sin tiempo. Alguien tiene que oírnos.”

Después de hablar, la mujer mostró un cartel a la cámara.

“Craig es inocente.”

Lana Hudson no estaba sola. Entre la pequeña multitud que se había apostado frente a la prisión, Kate reconoció a Bradley Shadows. Él también sostenía una pancarta en

defensa de su hermano. Mientras la lente de la cámara se fue alejando, los manifestantes comenzaron a gritar clamando por la inocencia de Craig Shadows.

Se sacó a Elliot de encima de un empujón.

—¿Kate, qué tienes?

Ella se levantó de un salto, sin siquiera mirarlo.

—Vete, Elliot. Quiero estar sola.

El periodista observó cómo Kate subía corriendo las escaleras.

Cuando escuchó cerrarse de un golpe la puerta de su habitación, supo que lo único que le quedaba por hacer era marcharse.

## Capítulo 9

Viernes 21 de septiembre.

A veinticuatro días de la ejecución.

Jon estiró el brazo y miró la hora en el teléfono móvil. Se había dormido. Al darse vuelta se sorprendió al descubrir que el lado opuesto de la cama no estaba vacío como cada mañana. Irene, la vecina que vivía un piso más abajo, dormía apenas cubierta por las

sábanas.

Le dolía la cabeza y tenía los labios reseco. Lo último que recordaba era haberse tomado un par de copas con ella la noche anterior. Era evidente lo que había sucedido luego. Se incorporó despacio para no despertarla y se sentó, dándole la espalda. Respiró hondo. ¿Qué demonios le sucedía? Hacía mucho tiempo que no se emborrachaba al punto de olvidarse de que había pasado la noche con alguien.

Era bastante obvio que los últimos acontecimientos estaban minando su buen juicio. Después de que la pista sobre el móvil que habían usado para enviarle un mensaje de texto a Bonnie la noche de su desaparición resultara un fiasco, la investigación se había estancado. Aunque había otra cosa que lo atormentaba más que nada: el hecho de tener que reabrir el caso de Livy Giordano cuando él mismo lo había cerrado tantos años atrás. Nunca era agradable volver a



escarbar en viejas heridas. No resultaría sencillo para él, mucho menos para la familia de la muchacha.

Completamente desnudo, saltó fuera de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Se volteó antes de cerrar la puerta y descubrió que Irene seguía durmiendo. Era mejor así, tal vez cuando terminase de darse una ducha, descubriría que su vecina ya se había marchado.

Unos cuantos minutos más tarde, al salir del baño, creyó que

la suerte estaba de su lado. No había rastros de la morena por ningún lado. Rápidamente se quitó la toalla y se vistió. Llevaba casi una hora de retraso, por lo tanto, desayunaría de camino a Quantico.

Atravesó el pasillo en dirección a la sala y entonces escuchó ruidos en la cocina. Dejó el nudo de la corbata a medio hacer y entró.

Irene estaba sirviendo café en una taza. Alzó la vista y le sonrió.

—Buenos días.

Intentó sonreír también, pero la verdad era que ni siquiera sabía cómo reaccionar. No estaba acostumbrado a encontrarse con una mujer en la cocina, a no ser, claro, su hermana Colleen.

—Ven, siéntate antes de que se enfríe.

Olía delicioso, y el estómago le rugía de hambre, aunque también era cierto que no podía quedarse.

—Irene, voy retrasado.

Ella se acercó, le tomó una mano e hizo que se sentara. Jon no

tuvo el valor de protestar. Se sentía demasiado culpable por haberla metido en su cama y haber olvidado lo sucedido.

Le ofreció un *pancake* de zarzamora que había ido a buscar a su apartamento mientras Jon se estaba duchando y le alcanzó el periódico. Él bebió un poco de café. No se había equivocado. Ni siquiera su hermana lo preparaba mejor.

Hojeó el ejemplar del *Washington Examiner* y decidió

que no le haría mal a nadie si llegaba un poco más tarde esa mañana.

En silencio, Irene lo observaba mientras terminaba su café. Él se sintió algo inquieto, presentía que, en cualquier momento, ella le saldría con alguna pregunta incómoda. Sin embargo, no fue el posible planteamiento que pudiera hacerle Irene lo que le robó la calma. Casi se atraganta con el *pancake* al toparse con un artículo que hacía referencia al FBI.

El encabezado, escrito con enormes letras negras, decía:

“¿Es posible que el FBI haya metido la pata?”

No esperaba que la noticia saltara tan rápidamente a los medios. Según el autor de aquella nota, alguien que se hacía llamar *Themis* y que escribía para el *Burke Herald*, había sido el primero en cuestionar el accionar de los federales en un renombrado caso ocurrido en Burke, trece años atrás. En un párrafo aparte, se

trascribía un fragmento de lo que *Themis* había publicado en la edición del día anterior en el periódico *on-line*.

Jon seguía sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

“Nadie puede negar que dentro del sistema judicial se cometen errores. Hay gente inocente pagando crímenes ajenos y existen asesinos sueltos en las calles, gozando de una libertad que no merecen. Una de nuestras agencias federales, la más respetada a nivel

mundial, no está exenta de cometer los mismos errores. ¿Pueden dos muertes perpetradas con trece años de diferencia poner en tela de juicio la capacidad del FBI? ¿Es posible que el agente Jon Kellerman haya enviado al hombre equivocado a prisión? Si es así, ¿estará dispuesto a aceptar que se equivocó?”

¡Era inaudito! ¿Cómo se había atrevido el tal *Themis* a mencionar su nombre?

Arrojó el periódico a un lado y dio un fuerte golpe a la mesa.



Irene se sobresaltó.

—Jon, ¿qué pasa?

Se puso de pie bruscamente. Al hacerlo, tiró la silla al suelo. Se detuvo antes de abandonar la cocina.

—Irene, gracias por el desayuno. Asegúrate de cerrar bien la puerta cuando te marches.

—Jon.

—¿Sí?

—Que tengas un buen día —le sonrió tímidamente.

Él ni siquiera le devolvió la

sonrisa. Llevaba un humor de perros.

Apenas puso un pie dentro de las instalaciones de Quantico pudo sentir como todas las miradas se le clavaban en la nuca. Masculló el nombre de *Themis* y maldijo a quien fuera que se escondiera detrás de aquel ridículo apodo. Entró al despacho y se quitó la chaqueta. El teléfono sonó. Se lo quedó mirando durante un momento antes de responder.

Con ímpetu tomó el auricular.

—Kellerman.

—Jon, ¿has leído el periódico?

Respiró hondo. No tenía ganas de lidiar con la prensa. Tenía un homicidio que resolver y no necesitaba distracciones absurdas.

—Zane, temo que medio mundo lo ha leído —repuso incapaz de disimular su enojo.

—No nos conviene que los medios se involucren, Jon. Si lo que sospechamos es verdad, nos van a caer encima como buitres a la

carroña —vaticinó Zane Griffin desde el otro lado de la línea—. Anoche la novia y el hermano de Shadows junto a un importante grupo de personas se manifestaron frente a la prisión de Greenville abogando por la inocencia de Craig. Salieron en el noticiario central. Si le sumamos lo que el tal *Themis* está publicando en el *Burke Herald*, toda la investigación se nos puede ir de las manos. Lo último que necesitamos es que se ponga en duda nuestra labor. Más que nunca

debemos resolver el caso y, de ese modo, demostrar que no cometimos un error cuando detuvimos a Shadows.

—Si existió un error, solo hay un único responsable.

—Kellerman, eres uno de mis mejores hombres; un elemento imprescindible dentro del FBI. Nadie va a culparte de nada. Tú solo hiciste tu trabajo, además, somos un equipo, no olvides eso nunca.

Las palabras de apoyo de su

jefe eran precisamente lo que necesitaba oír esa mañana. Aunque siempre había estado convencido de que había hecho lo correcto, empezaba a tener dudas. Era humano y, como tal, podía haberse equivocado, pero, sobre todo, cuando le había tocado hacerse cargo de investigar el homicidio de Livy Giordano, era joven y con poca experiencia. ¿Habrían influido esos dos factores para que ahora, trece años más tarde, alguien se atreviese a poner en tela de juicio

su accionar?

—¿Sigues ahí?

—Sí, Zane.

—Jon, quería avisarte que el juez Gellar autorizó que se reabra el caso de Livy Giordano. En vista de los acontecimientos suscitados en las últimas horas, creo que sería prudente mantenerlo en secreto. La prensa parece estar dispuesta a hacer añicos nuestra reputación, y es mejor no arriesgarnos.

—Estoy de acuerdo. —Antes de colgar, le preguntó a su jefe si

tenía alguna noticia sobre el refuerzo que había solicitado para su grupo, pero no había novedades todavía. Según las palabras de Griffin, “los especialistas en criminología no crecen en los árboles precisamente”. Aquel comentario había conseguido arrancarle una sonrisa.

Sabía que los demás lo esperaban en la sala de reuniones, así que, sin perder más tiempo, hacia allí se dirigió.

—Ahórrense los comentarios



—fue que primero que exigió no bien entró.

Caleb y Meredith siguieron cada uno de los movimientos de Kellerman atentamente. Él caminó hasta la ventana y metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Su mirada se perdió en el horizonte y, durante unos cuantos segundos, no dijo nada. Ni siquiera preguntó si había novedades.

—Sheena avisó que no viene hoy —anunció Meredith tras esperar un tiempo prudencial antes

de abrir la boca.

Jon se volteó. No se había dado cuenta de que la muchacha no estaba.

—¿Ella está bien?

—Sí, tenía cita con el médico.

Espero que esta vez sí le haga caso y decida quedarse en casa hasta que nazca el bebé.

Los dos hombres concordaron con ella.

—Esperemos contar pronto con la colaboración de un nuevo agente. Zane me dijo que está

complicado, pero, bueno, el FBI está en el ojo del huracán en este momento y, mientras se arregla ese asunto, ocupémonos de hacer bien nuestro trabajo —manifestó Jon y se sentó—. Lo primero, ya contamos con la autorización del juez para reabrir el caso Giordano, así que en vista de que no han surgido nuevos indicios que nos ayuden a avanzar en el homicidio de Bonnie, quiero que repasemos todo lo que sucedió en 1999.

—Me comunicaré con el

departamento de casos cerrados para que nos envíen los archivos — se ofreció Caleb.

—Perfecto —respondió Jon al tiempo que abría su *laptop*—. Meredith, quiero que te encargues de examinar todo el material genético que se recogió aquella vez para volver a analizarlo. La ciencia forense ha avanzado mucho en estos últimos años y pueden surgir nuevas evidencias.

La criminalista asintió.

Jon volvió a concentrarse en

lo suyo. Abrió la página de Google y escribió “*Themis*” en el buscador. Los únicos resultados que obtuvo se relacionaban con la mitología griega y así supo que en la antigüedad *Themis* era considerada la encarnación del orden divino, las leyes y las costumbres. Se rió al leer que la describían como “la de preciosas mejillas”. Se llevó una mano al mentón. ¿Acaso la persona que se escudaba detrás de aquel sobrenombre era en realidad una mujer? No había barajado aquella

posibilidad. Sería sencillo comprobarlo. Entró a la página *web* del *Burke Herald* y buscó datos sobre *Themis*. Se llevó una gran decepción cuando descubrió que en su perfil solo había una fotografía de la diosa, con una balanza en una mano y una espada en la otra. La identidad de la persona que había vapuleado su reputación era un completo misterio.

No importaba. Le encantaba resolver misterios.

Esa tarde, cuando Troy abrió la puerta de la celda de Craig Shadows, lo encontró de buen humor. Supuso que se debía a que era viernes y que recibiría la visita de su novia. Antes de sacarlo al pasillo, le colocó los grilletes en los pies y las esposas alrededor de las muñecas.

La sonrisa en el rostro de Craig ni siquiera se borró al ver, al otro lado del patio, la jaula de

alambre galvanizado donde era metido cada vez que llegaba el día de las visitas. Los condenados a muerte tenían terminantemente prohibido el contacto con cualquiera que viniese del exterior de la prisión.

Como cada semana, Lana iría a verlo. Llevaba haciéndolo más de cuatro años. En la agobiante soledad de su celda, muchas veces se preguntaba por qué se había interesado en un hombre como él. Todo había empezado con una



carta, días después de perder la segunda apelación. Lana había seguido todo el proceso desde el principio y siempre había creído en su inocencia; le había dicho que no podía existir la maldad en un hombre con los ojos tan transparentes. Después de un par de meses de contacto epistolar, había decidido ir a visitarlo y fue allí que se enteró de que Lana coleccionaba todo sobre él, incluso había armado un álbum de recortes y fotografías.

Se sintió algo raro al

principio, sin embargo, con el tiempo se fue encariñando con ella. No la amaba, al menos no como Lana esperaba que él la amase, aunque parecía conformarse con lo poco que le daba: una hora los viernes por la tarde y un par de llamadas al mes. Jamás le había exigido nada más y podía jurar que Lana sería capaz de hacer cualquier cosa que él le pidiera.

Entró en la jaula y esperó.

Un par de minutos después, uno de los guardias entró

acompañando a Lana. Aprovechó para observarla mientras avanzaba hacia él. Era una mujer excedida de peso, unos pocos años mayor que él. Nunca se había atrevido a preguntarle la edad, pero suponía que había pasado los cuarenta hacía tiempo. Llevaba el cabello teñido de rubio recogido en una cola de caballo. Un abundante flequillo le cubría toda la frente. Usaba unas enormes gafas ovaladas de color azul y anillos de fantasía en ocho sus dedos. No era atractiva, aunque

tenía que reconocer que tenía una bonita sonrisa.

Se sentó frente a él y extendió el brazo, olvidándose de que no podía tocarlo. El guardia golpeó la jaula con su porra.

—¿Cómo estás, cielo?

Craig la miró. No había ningún rasgo de emoción en sus ojos. Desde que Lana se había autoproclamado su novia, usaba aquellos términos cariñosos para dirigirse a él. Nunca le había dicho que le molestaba que lo hiciera.

—Bien, Lana. ¿Y tú?

La mujer miró de reojo al guardia. Luego alzó la vista hacia una de las cámaras de vigilancia.

—Anoche salimos en la televisión —le anunció sin poder contener el entusiasmo.

La noticia era buena y logró hacerlo sonreír.

—Bradley cree que, si hacemos ruido, conseguiremos al menos sembrar la duda. *Themis* también se ha hecho eco de nuestra causa. —Juntó ambas manos y

suspiró hondo—. Ha mencionado a Jon Kellerman en su artículo.

La sonrisa en el rostro de Craig se borró rápidamente. Llevaba maldiciendo aquel nombre los últimos trece años de su vida. El soberbio agente del FBI se había ganado su odio. Solo existía una persona en el mundo a quien odiaba más que a él: Kate Giordano. Era gracias a su testimonio que lo habían condenado.

Esa chiquilla malcriada había arruinado su vida.

Apretó los puños con fuerza.

Si hubiese tenido la oportunidad, la habría silenciado para siempre con sus propias manos.

## Capítulo 10

Kate miró a su alrededor. La redacción se estaba quedando vacía. Beth se había retirado temprano para asistir al dentista y Elliot llevaba reunido en la oficina del jefe desde hacía un buen rato. Ella, en cambio, había estado recopilando toda la información disponible en la *web* sobre el homicidio de Bonnie Trevors. Más temprano, había llamado a Ross Davies para que la pusiera en



contacto con su fuente dentro del FBI. Al principio, el productor televisivo se había mostrado algo reticente a revelar su identidad, pero a Kate le bastaron unas cuantas palabras amables y la promesa de que tomarían una copa algún día para conseguir que soltara prenda.

El sujeto que servía de enlace entre los federales y la prensa de Washington se llamaba Ernie Santana. Inmediatamente después de hablar con él, accedió a enviarle

toda la información que tenía sobre el caso. Muy a su pesar, Kate descubrió que era menos de lo que esperaba. Solo había conseguido una copia del informe de la autopsia y un documento donde se detallaban los últimos movimientos de la víctima. Notó que no se mencionaba al sujeto que el barman había visto con Bonnie un par de semanas antes de su desaparición.

Imprimió todo y metió la carpeta dentro del bolso. Se llevaría la documentación a casa

para estudiarla con calma. Lamentaba no haber podido aprovechar más su breve aparición en el funeral de la muchacha para obtener información extra sobre Bonnie Trevors. Si Jon Kellerman no hubiese aparecido...

Alzó la cabeza cuando escuchó a Elliot acercarse por detrás. Cerró rápidamente la ventana del navegador y se volteó hacia él.

—¿Te vas ya? —Elliot recostó el cuerpo sobre la pared y se cruzó de brazos.

Kate negó con la cabeza.

—Tengo trabajo pendiente — dijo al tiempo que fingía ordenar un par de carpetas.

—Yo estoy exhausto, así que me retiro. —Se acercó y colocó las manos en los hombros de Kate. Se inclinó y le besó el cuello—. Me gustaría que pasemos el fin de semana juntos. Necesito relajarme; Oliver quiere que empiece a cubrir la campaña del senador Neville a partir del lunes, y sabes lo agotador que resulta siempre.

Ella le rozó la mano.

—No creo que pueda. Quiero hacerle una visita a Daryl para tranquilizar a mamá —le dijo. Podía sonar a excusa, pero era la verdad.

Elliot la soltó rápidamente. Kate percibió que su respuesta no había sido la esperada.

—¿Qué tal un almuerzo? —sugirió dispuesto a no rendirse.

No tuvo el valor de negarse.

—Está bien. Reserva una mesa en el Taco Bell. Me apetece un

poco de comida mexicana —  
accedió por fin.

El rostro de periodista especializado en política se iluminó con una sonrisa y abandonó la redacción de buen humor.

Kate se concentró nuevamente en la pantalla del ordenador. Revisó por última vez su artículo antes de enviárselo al editor y, por último, miró en la bolsa de empleo para ver si aparecía algún puesto de acuerdo a sus expectativas. Nada. A ese paso, jamás lograría ejercer

como criminóloga. ¿Acaso se había equivocado al elegir la carrera? Le gustaba el periodismo, pero siempre había sido para ella una segunda opción.

En momentos como aquel, le venían a la mente las palabras que su madre no se cansaba de repetirle: “La ciencia forense es cosa de hombres. Una mujer bonita e inteligente como tú, solo necesita una cosa en la vida: un esposo que la haga feliz”.

Se colgó el bolso al hombro y

salió hacia el elevador.

En su época de adolescente, no se parecía en nada a las demás muchachas de su edad, y eso era un hecho que a su madre le había costado asimilar durante mucho tiempo. Grace Giordano había depositado en su hija menor todos los sueños que le fueron arrancados a Livy semanas antes de cumplir los dieciocho años. Al principio, Kate no se quejaba, pero cuando creció y pudo tomar sus propias decisiones, empezaron las asperezas. El crimen



de su hermana había sido el disparador para que se decidiera a estudiar criminología, pero también había sido su única vía de escape cuando la convivencia se volvió asfixiante. La espantosa muerte de Livy los había destrozado como familia y había sido una época muy dura para todos. La conducta de Daryl se había tornado más errática: solía desaparecer durante largos períodos en los cuales ni siquiera llamaba. Su madre, quien se sostenía a base de

antidepresivos, se empeñaba en que ella viviera la vida que Livy habría podido tener y no la suya. Su padre, agobiado con el trabajo y la precaria salud mental de su esposa, después de que ella se marchase a Florida, había decidido mudarse a Chesapeake para empezar de nuevo.

Con el paso del tiempo, las cosas se fueron acomodando y, cuando ella regresó a Virginia para quedarse, la relación con su madre comenzó a mejorar. Trataba de visitarlos todos los fines de

semana, y se hablaban por teléfono casi a diario. Les estaba yendo muy bien en Chesapeake. Su padre había abierto una *trattoria*, y su madre, que ya no dependía de pastillas, lo ayudaba en la parte administrativa.

Dejó escapar un suspiro. El único que parecía no haber encarrilado su camino aún era Daryl.

Bajó al estacionamiento. El lugar estaba vacío, lo único que se oía era el eco de los tacones de sus zapatos contra el cemento. Llegó

hasta el puesto donde dejaba la bicicleta y le quitó el candado. Se puso el gorro de lana y los guantes. De repente, tuvo el presentimiento de que ya no estaba sola. Observó a su alrededor. No vio a nadie. Los latidos del corazón se le aceleraron. Rápidamente se montó en la bicicleta y se marchó del edificio sin mirar por encima del hombro ni siquiera una sola vez.

\* \* \*

Sábado 22 de septiembre.

A veintitrés días de la ejecución.

Jon sabía que lo más prudente era que él mismo se pusiera en contacto con los Giordano para explicarles por qué habían decidido reabrir el caso de Livy. Le estaba dando vueltas al asunto desde hacía buen rato, pero buscaba cualquier excusa para aplazar el momento de hacerlo. Era sábado y tal vez era mejor dejarlo para el lunes, sin

embargo, su acérrimo sentido de la responsabilidad no se lo permitía. La dirección de su casa figuraba en los archivos; en realidad, todavía la recordaba. Burke estaba a tan solo unas cuantas millas de distancia y le llevaría menos de una hora llegar.

No tenía caso posponerlo, así que le avisó a su secretaria que se marcharía durante el resto de la mañana y abandonó Quantico cerca de las diez.

Apenas el auto se adentró en la zona residencial de Crownleigh,

comenzó a experimentar cierta nostalgia. Hacía mucho tiempo que no recorría aquellas calles arboladas de casas de madera y cercas pintadas de blanco. Giró en Sutherland y siguió hasta Chelmsford. Cuando llegó a Hollins Lane aminoró la velocidad. Reconoció la propiedad de los Giordano de inmediato. Se detuvo y apagó el motor. Observó el camino que conducía al patio trasero. No había ningún vehículo estacionado. Las ventanas estaban cerradas y

parecía que la casa se encontraba vacía.

Se bajó y avanzó lentamente hacia la puerta principal. Miró a un costado, esperando quizá que *Mozart* saliera de alguna parte y se le arrojara encima. Sonrió. El San Bernardo seguramente hacía tiempo que habría muerto. Se quitó las gafas al tiempo que subía los escalones. ¿Seguirían todavía allí? No había verificado aquel dato antes de abandonar Quantico. Muchas cosas podían cambiar en



trece años. Entonces pensó en Katie. Si no erraba en sus cálculos, debía de tener unos veintiocho años en la actualidad y dudaba de que continuase viviendo bajo el mismo techo que sus padres.

Dio tres golpes a la puerta. Nadie respondió. Volvió a llamar. Fue inútil. No quería marcharse con las manos vacías. Esperó un rato más y lo intentó nuevamente. Cuando dio por sentado que su viaje hasta Burke había sido en vano, finalmente, un joven pelilargo

y con barba de varios días le abrió. Reconoció a Daryl Giordano.

—Daryl, no sé si me recuerdas. —Sacó su identificación—. Soy el agente Jon Kellerman.

El muchacho continuaba con la puerta entreabierta. Parecía que no tenía la más mínima intención de invitarlo a pasar.

—¿Qué quiere? —preguntó de mala manera.

Jon notó las pupilas dilatadas y la mirada casi perdida. No hacía falta ser un experto para darse

cuenta de que el hijo mayor de los Giordano estaba completamente drogado.

—¿Podría hablar con tus padres?

—Ya no viven aquí. Se mudaron a Chesapeake hace unos años —respondió apoyando la cara en el marco de la puerta.

—¿Katie también se mudó?

Daryl respiró con fuerza y se tocó la nariz.

—Sí, pero sigue viviendo en Burke, en Lakepointe.

—¿Me puedes dar su dirección?

—¿Para qué quiere hablar con ella ahora? Creí que ya no teníamos nada que ver con el FBI.

Jon no respondió.

—¿Me vas a decir dónde vive o no? —insistió.

Tras un largo silencio, finalmente Daryl le dio la información que tanto quería.

—Vive en el número 9794 de Whitewater Drive.

Jon se colocó las gafas y se

alejó. A mitad de camino, giró y lo miró fijo.

—Sé que es meterme donde no me llaman, Daryl, aun así te voy a dar un consejo: si tienes problemas, la droga no va a solucionarlos. Todo lo contrario, se convertirá en tu problema más grande. Le guardo un gran aprecio a tu familia y no creo que se merezca lo que estás haciendo.

—Usted lo dijo, agente. No debe meterse donde no debe. —Le hizo un gesto obsceno con el dedo y

cerró la puerta de un golpe.

\* \* \*

Missy Lisbon se quedó boquiabierta cuando entró en la habitación de su amiga y la vio de pie frente al espejo.

—¡No puedo creer que te lo hayas comprado! ¡Costaba casi doscientos dólares!

Kimberley dio un par de giros y lució su última adquisición con orgullo.

—Siempre consigo lo que quiero —dijo sin poder contener la risa.

Missy cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama.

—Ojalá mi madre fuese como la tuya —se quejó haciendo un puchero con la boca—. Shirley complace todos tus caprichos, te deja el coche cada vez que quieres...

Kimberley se sentó a su lado y puso cuidado en no arrugar el vestido.

—A veces quisiera que fuese menos permisiva y compartiera más tiempo conmigo. —Una sombra de tristeza nubló los enormes ojos castaños de Kimberley.

Missy apoyó la cabeza en el hombro de su mejor amiga.

—Tu madre se desvive por ti, Kim. Se la pasa metida en la oficina diez horas por día para que tú puedas comprarte un vestido como este —le recordó.

La muchacha dejó escapar un suspiro.



—Lo sé. Es solo que extraño las cenas en familia, sobre todo a papá quejándose de que usara el móvil en la mesa. —Se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Miró a Missy a través del espejo y se puso de pie —. Será mejor que me lo quite. He pensado que podía estrenarlo en la fiesta del club, ¿qué te parece?

—Es una idea estupenda. — Missy fue hacia la ventana. Movi6 un poco la cortina y observ6 el cielo—. Creo que va a llover de

nuevo.

—Espero que no. No quiero que el clima arruine nuestra tarde de cine y pizza —dijo mientras colgaba el vestido en el armario.

—Kim, hay un sujeto extraño dentro de un auto estacionado frente a la casa de los Froggat.

—¿Qué dices? —Se colocó rápidamente la camiseta por encima de la cabeza y se acercó a la ventana.

—¡Espera! —Missy la sujetó de la muñeca—. ¡Se ha dado cuenta

de que lo he estado mirando!

Kimberley, que era la más despreocupada de las dos, se zafó de su agarre y se asomó por detrás de la cortina.

—Creo que ya lo he visto antes.

—¿Estás segura? —preguntó su amiga bajando la voz.

—No puede oírnos —dijo Kimberley conteniendo la risa.

—¿Cuándo lo has visto?

—El miércoles por la mañana cuando salía hacia mi clase de

danza. Estaba estacionado unos pocos metros más adelante de donde está ahora.

—¿Es el mismo sujeto?

—No sé, aunque puedo jurar que es el mismo vehículo — aseveró apartándose de la ventana.

—¿Quién crees que sea?

Kimberley se encogió de hombros.

—Deberíamos llamar a la policía.

—¿Estás loca? Lo más probable es que sea un detective

privado vigilando a alguien del vecindario. —Tomó las manos de su amiga entre las suyas y abrió exageradamente los ojos—. ¡Quizás el señor Nelson lo contrató para que espiara a su esposa! No es secreto para nadie que le mete los cuernos con el chico que les cuida el jardín. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Preston Jennings está mucho más apetecible que su marido — bromeó.

Missy logró sonreír.

—Puede que tengas razón —

dijo no muy convencida.

—La tengo. Ven, olvidémonos del sujeto y vayamos a la cocina a prepararnos algo para comer. ¡Me muero de hambre!

\* \* \*

Jon se subió a su auto e ingresó la dirección que le acababa de dar Daryl Giordano en el gps. Lo único que sabía de Lakepointe era que se encontraba al noroeste de Burke. Siguió las instrucciones

hasta llegar a la intersección de Whitewater Drive y Spillway. Viró a la derecha y condujo despacio unos cincuenta metros mientras observaba a través de la ventanilla los números de las casas.

Cuando divisó el 9794, se detuvo.

Apagó el motor y se tomó un tiempo para contemplar el lugar. Parecía un vecindario acogedor, con viviendas de estilo colonial de tejados color azul oscuro y muros revestidos con vistosos ladrillos.

Por el espejo retrovisor vio que una camioneta se estacionaba detrás de él. Un hombre se bajó y se dirigió hacia la casa.

La puerta principal se abrió, y movió el espejo para tener una mejor visión del panorama.

Una muchacha salió y, poniéndose en puntas de pie, besó al recién llegado en la mejilla. La espalda del hombre no le permitía ver demasiado, tampoco ayudaba el hecho de que ella llevase un gorro de lana y un abrigo de cuello alto.



Luego, la pareja se dirigió hacia la camioneta. Jon se agachó cuando pasaron a su lado. Apoyó las manos en el volante y se quedó observando el vehículo hasta que desapareció al doblar la esquina.

Trató de hacer memoria y recordar la última vez que había visto a Katie Giordano.

Había sido una tarde de noviembre poco después de que terminase el juicio en contra de Craig Shadows.

# Capítulo 11

Burke, Virginia.

13 de noviembre de 1999

—¡Katie, el agente Kellerman está aquí!

—¡Dile que enseguida bajo, papá!

Corrió hasta el espejo y revisó su aspecto. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho desde que Jon le había avisado que pasaría a verla antes de regresar a

Quantico. Se acomodó el cabello para que no le cayera en el rostro. Estaba acostumbrada a llevarlo casi siempre recogido en una trenza o una cola de caballo, pero había preferido dejárselo suelto.

Se alisó la falda y se paró erguida para ver si parecía más alta. Miró el pañuelo de seda blanco encima del tocador. Sabía que lo más sensato era devolvérselo a Jon “Sin Hache” antes de que se marchara, Sin embargo, le daba cierta pena

desprenderse de él. Por lo tanto, si no lo reclamaba, se lo guardaría de recuerdo.

Se puso un poco de *rouge* en los labios para darles un poco de color y unas cuantas gotas del perfume que Livy le había regalado cuando había cumplido catorce y que olía a gardenias.

Salió de la habitación y bajó las escaleras lentamente para poder escuchar las voces que provenían del salón.

—Supongo que volverá pronto

a visitarnos, agente Kellerman — comentó Victor Giordano dándole una palmadita en el hombro—. Nuestra familia le debe mucho y quiero que sepa que siempre será bienvenido en esta casa.

Kate se detuvo a mitad de camino, esperando quizá oír decirle a Jon que volvería a Burke a pesar de que ya nada lo retenía allí. Sin embargo, él no dijo nada.

Esbozó una sonrisa cuando notó su presencia.

—Hola, Katie —la saludó—.

¿Cómo te encuentras?

Se acercó y su padre la atrapó entre los brazos.

—Mi *bambina* es más fuerte de lo que parece, agente. —Le dio un beso en la coronilla y la despeinó—. Ha cuidado de su madre todo este tiempo y hemos olvidado que todavía es una niña.

—Ya no soy una niña, papá — se quejó al tiempo que intentaba peinarse el cabello con las manos.

Victor Giordano la miró durante unos cuantos segundos antes

de dejar escapar un suspiro.

—*Vero*, ya tiene quince años y se ha convertido en una mujercita. —Tomó el rostro de su hija por la barbilla y se dirigió a Jon—: crecen demasiado rápido para mi gusto, agente. El día que sea padre, sabrá a qué me refiero.

Kellerman sonrió.

—Falta mucho para eso, señor Giordano.

Katie paró las orejas. Si quería saber el estado civil de Jon “Sin Hache”, aquella era su

oportunidad. No la iba a desperdiciar.

—¿No tienes novia? — preguntó de repente.

—Katie, esa es una pregunta demasiado personal —intervino Victor cuando descubrió de qué manera miraba su hija al agente Kellerman. En ese momento, el teléfono del despacho comenzó a sonar y no tuvo más remedio que retirarse.

—¿Quieres que vayamos al patio? —sugirió ella antes de que



su padre decidiera regresar.

—Solo si prometes que *Mozart* no me morderá los zapatos.

La jovencita se rió.

—No te preocupes, creo que ya le caes bien.

No bien pusieron un pie en el exterior, el San Bernardo se levantó y avanzó hacia ellos. Jon retrocedió unos pasos, pero el perro ni siquiera se fijó en él. Comenzó a olfatear el brazo de su dueña en busca de una caricia. Una vez que obtuvo lo que quería, regresó a su

sitio para continuar con la siesta.

Fueron hacia la glorieta. Ella se sentó primero, luego Jon se acomodó a su lado.

Estaba nerviosa y no sabía cómo disimularlo.

—Me gusta cómo te queda — comentó él de repente.

Kate agachó la mirada. Podía sentir el calor subiéndole por las mejillas.

—Tu cabello; es la primera vez que veo que lo llevas suelto.

—Gracias.

—Deberías peinarlo así más a menudo.

Contempló embelesada cómo él levantaba el brazo y le acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Le pareció que el tiempo trascurría más lento de lo normal y deseó con todas sus fuerzas que aquel momento durase para siempre.

—¿Cómo te sientes?

Tragó saliva. Por primera vez, no supo qué decir.

Jon confundió el repentino

silencio con angustia.

—De a poco el dolor irá pasando. —Le tomó una mano y la apretó suavemente—. Tu padre tiene razón, eres una niña fuerte y lograrás salir adelante.

No le gustaba que la viera como una niña. ¿Acaso no se daba cuenta de que no lo era? Lo miró de frente y, por un instante, tuvo ganas de decírselo, pero no se atrevió.

—¿Se sabe cuándo ejecutarán a Craig? —preguntó en cambio.

—Todavía no. Su abogado ya

anunció que apelará la condena. Aunque seguramente la corte rechazará la apelación y establecerá la fecha de ejecución en unos días.

—¿Será pronto?

Se sentía incapaz de mentirle.

Ella no se lo merecía.

—Si su abogado sigue apelando, pueden pasar varios años antes de que Shadows sea ejecutado.

Kate torció la boca en un gesto de resignación. Sabía que la herida

que había dejado la muerte tan violenta de Livy no cicatrizaría hasta el asesino pagase por lo que le había hecho. Esperaba que la pesadilla terminase en el mismo momento en que Craig Shadows expulsara su último suspiro.

Jon le soltó la mano y comenzó a mirar el reloj con insistencia.

—¿Ya debes marcharte?

—La verdad es que debo estar en Quantico en una hora.

—¿Ya estás trabajando en un nuevo caso? —preguntó con la

esperanza de retenerlo un momento más a su lado.

—Sí.

—¿Otro homicidio?

Le sonrió.

—No quiero hablar más de muertes contigo, Katie.

—Está bien. —Enderezó la espalda y movió ligeramente el cuerpo hacia adelante, haciendo que sus pequeños pechos se marcaran debajo de la blusa de algodón—. Creo que me debes una respuesta, Jon “Sin Hache”

Él la miró completamente desconcertado. Percibió su cambio de actitud y su extraña posición.

—¿A qué te refieres?

—A la pregunta que te hice en el salón y que gracias a mi padre no tuviste oportunidad de contestarme.

—¡Ah, esa pregunta! — exclamó, aguantando la risa.

—¿Y bien? — insistió.

Entornó los párpados y la miró. Fingió ponerse serio.

—Jamás pensé que la vida amorosa de un aburrido agente del



FBI pudiera ser interesante para una jovencita como tú.

Kate, cansada de estar estirada, cambió de postura.

—No digas eso, eres estupendo y no tienes nada de aburrido, Jon. —Cuando se dio cuenta de que se estaba poniendo en evidencia se detuvo, luego añadió —: quiero decir que tu vida como agente federal debe de estar llena de emociones y de riesgos.

En ese momento, deseó encogerse hasta desaparecer.

¿Cómo podía ser tan tonta?

Él se quedó observándola durante unos segundos antes de responderle.

—Pues mi trabajo absorbe todo mi tiempo. Hace poco que me hice cargo de la Unidad de Ciencias de la Conducta y no es fácil tener a un grupo de personas bajo tu supervisión, tampoco ganarte el respeto de tus pares cuando creen que el puesto te queda grande.

Kate apoyó las manos en el banco, a ambos lados del cuerpo y

asintió. Se moría por preguntarle cuántos años tenía.

Adivinando sus pensamientos, Jon dijo:

—Tengo veintisiete, pero llevo en el FBI más de cuatro años.  
—Se puso de pie de repente, y ella lo imitó.

—¿Ya te marchas?

Sacó las gafas del bolsillo y limpió el cristal con la punta de la corbata. Luego la miró a los ojos.

—Sí, me están esperando.

—¿Volveré a verte?

Ninguno de los dos se había movido de su sitio. Jon se encogió de hombros.

—No lo sé, pequeña.

Ella bajó la cabeza, pero Jon la asió del mentón y la obligó a mirarlo. Notó la humedad en sus ojos.

—No quiero verte triste. Prefiero llevarme tu sonrisa de recuerdo —le dijo aparentando una fortaleza que no tenía. Jamás habría imaginado que le dolería tanto despedirse de ella.

Kate esbozó una tenue sonrisa, luego apretó los labios para que dejasen de temblar. No deseaba llorar delante de él.

—La vida no ha sido justa contigo ni con tu familia. Eres una jovencita muy valiente y has sabido sobreponerte al dolor de haber perdido a tu hermana. Todo pasa, hasta la pesadilla más terrible desaparece cuando abres los ojos. —La soltó y se puso las gafas—. Sé que vas a ser feliz porque te lo mereces y seguramente en un par de

semanas ya ni siquiera te acordarás de mí.

Katie habría querido decirle que eso no ocurriría nunca, que, por más que pasara el tiempo, seguiría recordándolo, sin embargo, guardó silencio y lo acompañó a despedirse de su padre.

Jon la saludó con la mano antes de subirse al auto. Ella le devolvió el saludo al tiempo que hacía un gran esfuerzo por sonreírle desde la distancia.

Cuando Jon “Sin Hache”

desapareció de su vista, corrió hacia la casa y se encerró en su habitación.

Buscó desesperadamente el pañuelo, luego se arrojó encima de la cama y se echó a llorar.

\* \* \*

Lunes 24 de septiembre.

A veintiún días de la ejecución.

Kate volcó el café recién

hecho sobre la mesa cuando escuchó sonar el teléfono. Farfulló unas cuantas palabrotas mientras arrojaba la taza al fregadero, luego corrió hacia el salón. Se tiró en el sofá y tomó el auricular.

—Diga.

—Katie, soy yo.

Ella elevó la mirada y dio gracias al cielo por oír la voz de su hermano después de tanto tiempo.

—¡Maldición, Daryl! ¿Dónde demonios te habías metido?

—¡Vaya, hermanita, no



recuerdo haberte escuchado decir tantas blasfemias juntas en una misma oración!

Kate trató de calmarse, pero cuando se trataba de Daryl, eso era prácticamente imposible. Después de estar desaparecido por varios días, tenía el atrevimiento de bromear con ella.

—¿Sabes lo preocupados que estábamos? Mamá no ha parado de llorar desde la última vez que habló contigo. —Estaba dispuesta a cualquier golpe bajo con tal de que

su hermano entrase en razón de una buena vez—. Daryl, ya no eres un adolescente rebelde; es hora de que pienses seriamente en encarrilar tu vida. No quiero despertarme una mañana y enterarme de que te encontraron muerto en algún callejón. —Se le quebró la voz y ya no pudo continuar.

Desde el otro lado de la línea solo se oía la respiración pausada de su hermano.

—Katie, lo siento.

—No es suficiente, Daryl. —

Se secó los ojos con la manga del pijama.

—Después de lo de Livy, no ha sido sencillo.

—No fue sencillo para nadie, sin embargo, logramos salir adelante. Solo tú te empeñas en quedarte estancado en el pasado.

—Lo intentaré, lo prometo.

Con todas las fuerzas de su corazón, quiso creer en su palabra, pero ya le había hecho la misma promesa tantas veces, que estaba segura de que no iba a cumplirla.

—Mamá te necesita, y lo sabes. ¿La has llamado al menos?

Daryl tardó en responder y se dio cuenta de que no lo había hecho.

—Quiero verte. ¿Por qué no vienes esta noche y cenamos juntos? Puedes llamar a mamá desde aquí y...

—No puedo, Katie —la interrumpió de repente—. En realidad, te llamaba para avisarte que el FBI te está buscando.

Se incorporó de inmediato y

apretó con fuerza el teléfono.

—¿El FBI?

—Sí. Vino a verme aquel agente que investigó la muerte de Livy.

Kate comenzó a respirar un poco más ligero.

—¿Jon Kellerman? —preguntó aun a sabiendas que solo podía tratarse de él.

—El mismo. Quería hablar con papá y mamá, pero le dije que se habían mudado a Chesapeake, entonces me preguntó por ti. No

tuve más remedio que darle tu dirección.

—¿Cuándo fue eso?

—El sábado por la mañana.

—¿Y me avisas recién ahora?

—le reprochó.

—Se me olvidó.

¿Cómo diablos lo había olvidado? Prefirió ignorar la respuesta a aquella pregunta porque estaba segura de que no le iba a gustar saberlo.

—¿No te dijo qué quería?

—No.

Cortó después de conseguir que Daryl aceptara cenar con ella esa noche. Se hundió en el sillón y tomó uno de los cojines. Comenzó a estrujarlo mientras trataba de poner en orden sus ideas.

Hacía dos días que Jon sabía dónde encontrarla. ¿Por qué no se había presentado todavía? ¿Qué querría? Si era lo que se imaginaba, debía estar preparada.

Tras cavilar durante unos minutos sin obtener ninguna conclusión certera, subió a su

habitación para terminar de  
arreglarse.



## Capítulo 12

Martes 25 de septiembre.

A veinte días de la ejecución.

Troy se cercioró de que nadie lo estuviese viendo y le entregó a Shadows el periódico.

—¿Tienes lo mío?

Craig caminó presuroso hacia la cama y sacó un pequeño sobre de debajo de la almohada.

—Aquí tienes.

El guardia sonrió. Estaba

quebrando las normas, pero no le importaba. Nunca antes se había ganado doscientos dólares tan fácilmente. Además, ¿qué perjuicio podría causar que Craig Shadows leyera el periódico con un día de anticipación? Solo le estaba haciendo un favor; al sujeto le quedaba menos de un mes de vida y a él no le costaba nada hacer una excepción.

—¿Por qué tanta prisa en leer la edición de hoy? Te la iba a traer mañana de todos modos —comentó

guardando el pequeño fajo de billetes en el bolsillo trasero de los pantalones.

Shadows ni se molestó en responderle. Se recostó en la cama y abrió el periódico. Tampoco escuchó el ruido de la puerta al cerrarse.

Troy lo espía durante unos segundos. “Vaya sujeto más extraño”, musitó rascándose la cabeza.

Sonrió cuando descubrió que *Themis* no solo mencionaba su

nombre, sino que también había publicado la carta que le había enviado un par de días atrás. Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y cerró los ojos apenas un instante antes de disponerse a leer.

¿Qué hacer cuando la justicia nos da la espalda? ¿Puede un error humano condenar a muerte a una persona? Queridos lectores, a diario, ustedes me han visto abogar por causas que otros creían perdidas. Mi cruzada ha sido siempre luchar con la pluma por

aquellos a quienes se les han cerrado todas las puertas. Leo cada carta que me llega y, aunque desearía poder dedicarles a todos la misma atención, hay causas urgentes que no pueden esperar. Mi prioridad en este momento es darle voz y espacio a Craig Shadows, un hombre condenado a muerte que proclama ser inocente.

Al llegar a ese punto, el corazón de Craig comenzó a latir más rápido de lo normal.

Quiero que todos ustedes

conozcan su caso, por eso, a continuación, los dejo con la carta que el señor Shadows me ha enviado.

*Themis,*

Ante todo quiero darte las gracias por haber leído mis cartas. Imagino que recibes muchas a diario, y no sabes cuánto significa para mí que me des la oportunidad que se me ha negado tantas veces.

Había perdido la fe y confieso que incluso esperaba el día de mi muerte con resignación. Eso fue

hasta que leí tu primer artículo. Sentí que eras la única persona que podría escucharme, que podría creer en mí, por eso me atreví a escribirte. Tal vez, a través de ti, consiga por fin demostrar que soy un hombre inocente.

Yo no asesiné a Livy Giordano. He pasado casi la mitad de mi vida detrás de estas deprimentes paredes pagando por un delito que no cometí. El FBI se ensañó conmigo hace trece años: necesitaban a un culpable y lo

encontraron. Jamás barajaron la posibilidad de que alguien más hubiese cometido el asesinato. Ni siquiera ahora cuando otra jovencita apareció muerta bajo circunstancias similares.

El FBI se niega a creer que Bonnie Trevors y Livy Giordano hayan sido asesinadas por la misma persona, simplemente, porque no están dispuestos a reconocer que se equivocaron. No pido salir en libertad, tan solo un poco de clemencia. Quiero tener otro juicio



para poder demostrar, no solo mi inocencia, sino también la ineptitud del FBI, en especial, la del agente Jon Kellerman.

Queridos amigos, no podemos permitir que la injusticia prevalezca por encima de la verdad. Craig merece ser escuchado y, hasta que no obtengamos respuestas, yo, *Themis*, seré su voz.

Recuerden que permitir una injusticia es abrir el camino a todas las que siguen.

Craig cerró el periódico y lo

dejó sobre la cama.

Respiró hondo. No se había equivocado al elegir a *Themis*.

No solo abogaría en su favor; si actuaba con inteligencia, conseguiría, a través suyo, perpetrar su venganza en contra de Jon Kellerman.

Se regodeó ante aquella posibilidad.

Sería bueno matar dos pájaros de un tiro.

\* \* \*

Llegó al periódico media hora más tarde de lo habitual por culpa de un retraso en el metro. De inmediato, percibió que algo sucedía. Algunos de sus compañeros se habían agrupado en un rincón de la redacción para charlar, otros trabajaban en sus escritorios o, al menos, pretendían hacerlo. No tenía ánimos de escuchar el sermón de nadie esa mañana. Había estado esperando a Daryl la noche anterior inútilmente.

Lo peor de todo era que se había esmerado en la preparación de su plato favorito y había rentado una película de Al Pacino para ver después de la cena. Empezaba a creer que cualquier intento de ayudar a su hermano no servía para nada.

Beth se asomó por encima de su cubil y le hizo señas de que se acercara.

—El director quiere verte — fue lo primero que le dijo.

—¿Se enojó porque llegué

tarde? —No se preocupó en disimular que estaba molesta—. Si hubiera adivinado que mi retraso lo pondría de mal humor, habría venido en bicicleta, pero el pronóstico anunciaba fuertes lluvias y no quise arriesgarme.

Beth negó enérgicamente con la cabeza.

Iba a preguntarle entonces qué sucedía, pero, en ese preciso momento, la puerta del despacho de Oliver Kincade se abrió.

Kate le dedicó una sonrisa

forzada, pero el director ni siquiera se inmutó. Dejó el bolso encima del escritorio y atravesó el pasillo bajo la atenta mirada de sus compañeros.

Oliver se hizo a un lado para dejarla pasar y cerró la puerta.

Cuando vio al hombre que, en ese momento, se ponía de pie y extendía el brazo hacia ella, fue incapaz de dar un paso más.

—Es bueno verte después de tanto tiempo, Kate. ¿O debería llamarte *Themis*?

La muchacha deseó que una

enorme grieta se abriera debajo de sus pies y se la devorase. Si hubiese tenido el valor, habría salido huyendo, a pesar de que se sentía incapaz siquiera de moverse. No era sencillo estar frente a Jon Kellerman después de tanto tiempo.

Los enormes ojos azules de Kate iban de un hombre al otro. Oliver Kincade carraspeó.

—El agente Kellerman quiere hablar contigo sobre los últimos artículos que has escrito. —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo

mientras sonreía nervioso.

Jon se desabrochó el saco y colocó ambas manos en la cintura.

—En realidad, señor Kincade, me interesa discutir con su periodista estrella la carta que ha salido publicada en el periódico de esta mañana. —Centró toda la atención en ella y esperó que dijese algo.

—Agente Kellerman, le pido por favor que se tome las cosas con calma —pidió Oliver Kincade. No era la primera vez que tenían



problemas con las autoridades, pero nunca antes un agente del FBI se había presentado en su oficina para exigirle hablar con uno de sus periodistas. No era descabellado pensar en una demanda por difamación o algo peor. Se arrepentía de haberle dado carta blanca a Kate para que escribiera sobre Craig Shadows.

Jon lo miró. El pobre hombre apenas podía sostenerse en pie. Tenía una mano apoyada en el borde del escritorio y con la otra se

secaba la frente.

—Señor Kincade... Oliver; es lo que estoy tratando de hacer. ¿Podría hablar con la señorita Giordano a solas?

—¡Por supuesto! —Se dirigió hacia la salida, ansioso por desembarazarse de aquella situación de una buena vez—. Les cedo mi oficina para que conversen tranquilos. ¿Le apetece un café, agente Kellerman?

—No, gracias.

Cuando el hombre azotó la

puerta, Kate dio un respingo. Recién en ese momento se dio cuenta de que se había quedado a solas con él.

Jon le señaló la silla.

—Siéntate. —Fue una orden no un pedido.

Ella le dirigió una mirada desafiante, luego le dio la espalda y caminó lentamente hacia la ventana.

Él esperó que dijera algo y, cuando el silencio se hizo demasiado abrumador, decidió tomar la palabra.

—Katie.

—Kate —le aclaró

volteándose de repente. Solo sus padres y su hermano la llamaban “Katie”. Ni siquiera Elliot lo hacía.

Su actitud lo desconcertó. Notó cierto recelo en su mirada. Quedaba muy poco de la jovencita que había conocido tiempo atrás.

—Está bien, Kate. Tenía planeado buscarte y hablar contigo, pero primero quería ocuparme de *Themis*. —Exhaló con fuerza y se la quedó mirando unos segundos antes

de continuar—. Ni en un millón de años habría imaginado que tú estabas detrás de los artículos a favor de Shadows.

Ella se cruzó de brazos y se recostó contra la pared. Logró sostenerle la mirada a pesar de que aún seguía conmocionada por aquel inesperado reencuentro.

—*Themis* siempre está a favor de la justicia —musitó.

Jon entornó los ojos y movió la cabeza a un lado y hacia el otro.

—Kate, ese hombre asesinó a

tu hermana. ¡No puedo creer que ahora abogues por su inocencia!

—Sé lo de Bonnie Trevors — dijo mientras intentaba controlar el temblor de sus piernas. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué le afectaba tanto volver a ver a Jon? Ya no era esa adolescente enamoradiza que, después de que él desapareciera de su vida, dormía con su pañuelo debajo de la almohada. Se había atrevido a cuestionar su capacidad profesional escudándose detrás de *Themis* y

ahora apenas podía enfrentársele.

Jon estuvo perdido en sus propios pensamientos durante unos segundos, de repente, pareció recordar algo.

—¡Eras tú la periodista en el cementerio!

Ella asintió y rogó en silencio que no le preguntase por qué había salido huyendo cuando él se acercó a las amigas de Bonnie Trevors. Por fortuna, no lo hizo.

—Que esa muchacha y Livy hayan sido asesinadas de la misma

manera, no significa que Shadows sea inocente —explicó—. Tú mejor que nadie sabes que había pruebas suficientes en su contra para condenarlo.

Kate se acomodó el cabello en un acto mecánico y volvió a cruzarse de brazos. Hasta hacía apenas unos días, ella también creía que el asesino de su hermana estaba tras las rejas, sin embargo, ahora vivía abrumada por la duda.

—¿Y si te equivocaste, Jon?  
¿Y si yo me equivoqué y no era



Craig Shadows quien conducía la camioneta esa noche? —le planteó.

—No te hagas esto. No ahora. Era él, su ADN no miente.

—Craig terminó reconociendo que se había acostado con Livy esa noche.

—Sí, después de que lo confrontamos con los resultados. No fue más que un manotazo de ahogado para intentar salirse con la ayuda. Lo mismo intenta hacer ahora para evitar ser ejecutado, y tú eres su medio para lograrlo. —

Frunció el ceño y le clavó la mirada—. Supongo que Shadows no sabe quién eres, ¿verdad?

Kate negó con la cabeza.

—Tus artículos están levantando mucho revuelo. Ha habido varias manifestaciones en contra de la ejecución comandadas por su novia y su hermano. No es prudente que continúes escribiendo sobre él.

Ella se apartó de la pared.

—No puedes obligarme a hacerlo. Conozco mis derechos —

lo increpó.

—Después de haber ensuciado mi nombre y el de mi gente debería demandarte a ti y al periódico por calumnias e injurias. —Hizo una pausa cuando vio la expresión de temor en el rostro de la muchacha —. Sin embargo, estoy dispuesto a olvidar todo este asunto si tú también lo olvidas.

—¡Ni hablar! —saltó ella.

—Kate, escucha. Puedo valerme de otros métodos.

—Si lo haces, recurriré a la

primera enmienda —lo desafió—. La ley está de mi parte.

Jon respiró hondo. Lo peor de todo era que tenía razón. Podía amenazarla con interponer alguna acción legal en su contra por mencionar su nombre y el del FBI en sus artículos, pero no podía hacer nada para que dejase de escribir sobre Shadows o publicase cuanta carta él le mandara. Kate lo sabía y por eso no sería sencillo convencerla. Decidió poner paños fríos a la situación y cambiar

radicalmente de tema.

—¿Te gusta lo que haces?

A Kate le sorprendió la pregunta.

—No es mi pasión, aunque tampoco me disgusta —respondió bajando la guardia por primera vez.

Le sonrió.

—Por la manera en la que escribes, nadie diría que no le pones pasión a tu trabajo.

Ella se lo quedó viendo. Los hoyuelos que se le formaban a ambos lados de la boca cuando

sonreía y sus profundos ojos verdes eran los dos rasgos de Jon que más recordaba.

—El periodismo siempre fue mi segunda opción.

—¿Cuál es la primera? —preguntó con interés.

—Soy criminóloga especializada en delitos sexuales. Me gradué hace cinco meses en la universidad de Sarasota con uno de los mejores promedios —manifestó sin dejar de mirarlo.

Le sorprendió su respuesta.

—¿Y por qué no trabajas en tu área?

—Fácil: nadie quiere contratar a una mujer que, encima, no tiene experiencia.

Jon percibió cierto dejo de desazón en sus palabras. Debía de ser frustrante para ella no conseguir un puesto acorde a su preparación. De pronto, se le cruzó una idea descabellada por la cabeza: su unidad necesitaba refuerzos, y Kate un trabajo como criminóloga. Tal vez había hallado la manera de que

ella por fin aceptara abandonar su cruzada a favor de Craig Shadows. Griffin seguía dándole largas al asunto y con la inminente baja de Sheena, necesitaban un elemento más en el equipo. Kate era joven e inexperta, sin embargo, podía ser la pieza que estaban buscando.

Se puso de pie y se acercó a ella. Notó que nuevamente se ponía a la defensiva.

—Tengo un trato para proponerte.

Captó su atención de



inmediato.

—¿Qué clase de trato? — preguntó sin dejar de lado el recelo.

—Te ofrezco un puesto en el FBI, dentro de la Unidad de Ciencias de la Conducta si, a cambio, renuncias a tu trabajo en el periódico.

Kate contuvo el aliento un segundo. Llevaba meses esperando escuchar una oferta como aquella, pero nunca se imaginó que vendría nada más y nada menos que de Jon “Sin Hache” Kellerman.



## Capítulo 13

La oferta era sumamente tentadora, aun así, debía sopesar la situación con calma. Jon le estaba ofreciendo el puesto de sus sueños, pero demandaba que también renunciara a ser *Themis*.

—¿Y bien? ¿Qué dices?

—No es justo lo que me pides

—repuso para ganar tiempo.

—Si te llevo a trabajar conmigo, lo menos que puedo esperar de ti es lealtad, Kate.

¡Conque era eso! Le estaba ofreciendo trabajo para evitar que siguiera mencionándolo a él y al FBI en sus artículos.

—Tu propuesta me suena a chantaje y no me gusta que me digan lo que tengo que hacer —objetó, molesta.

—Kate, no seas testaruda. — Hizo una pausa cuando ella lo fulminó con la mirada—. Es imposible que te integres al FBI y al mismo tiempo sigas cuestionando nuestro trabajo escondiéndote

detrás de un alias. No es ético, tampoco lógico.

La muchacha no iba a dar el brazo a torcer tan fácilmente.

—¿Quién más en el FBI sabe que soy *Themis*?

—Solo yo.

—¿Entonces qué problema hay? Podemos mantener el secreto.

Jon levantó las manos.

—¡Espera, espera! ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Quiero seguir siendo *Themis*, mucho más ahora que Craig

Shadows ve en mí a una aliada. Yo también estaba convencida de que asesinó a mi hermana, sin embargo, lo ocurrido en Montclair no hace más que poner en duda su culpabilidad. En este momento, soy el único nexo que tienes con él. Craig confía en mí, y podemos usar esa confianza a nuestro favor.

Él la escuchaba con atención y, cuando se detuvo, la instó a continuar.

—Creo que soy la más interesada en descubrir la verdad.

Si en realidad no fue él quien mató a Livy, entonces hay un asesino suelto que ha vuelto a atacar. Si, por el contrario, solo está tratando de evitar ser ejecutado y alguien más asesinó a Bonnie Trevors, tal vez con la complicidad de Shadows, que yo siga en contacto con él, no perjudica a nadie. —Se quedó mirándolo, esperando su opinión.

—Lo que sugieres es absurdo, no puedo ocultarle a mi jefe quién eres.

—¿Por qué no? —repuso ella.

—Existen muchas razones de peso que no voy a explicarte ahora, pero la principal es que, si miento sobre tu “otra identidad”, puedo perder mi placa.

Kate comprendía su posición, pero se le presentaba la oportunidad no solo de ejercer como criminóloga, sino también de descubrir la verdad sobre lo sucedido trece años atrás.

—Sé que el FBI trabaja con agentes encubiertos todo el tiempo



—alegó con el único propósito de convencerlo.

—Lo que tú pretendes es diferente —dijo él, reacio a ceder.

—Solo aceptaré tu oferta si permites que *Themis* continúe publicando sus artículos.

Jon no podía comprender cómo había llegado a aquel punto. Kate prácticamente, había torcido todo a su favor. Ahora era ella la que ponía condiciones. Podía negarse y olvidarse de todo.

—Parece que te he dejado sin

argumentos —dijo ella esbozando una sonrisa.

Se llevó una mano al mentón. La verdad era que el plan de Kate podía resultar. No sería la primera vez que iba a trasgredir las normas. Sabía que Griffin no dudaría un instante en echarlo a patadas del FBI si descubría que le estaba mintiendo, aun así, estaba dispuesto a arriesgarse.

—No voy a negar que en la unidad necesitamos imperiosamente cubrir una vacante, y tu

especialidad nos viene como anillo al dedo. —Percibió el brillo en su mirada—. Incluso estoy dispuesto a reconocer que la conexión que se ha creado entre Shadows y *Themis* puede resultar beneficiosa en la investigación.

—¿Pero? —Lo miró, enarcando las cejas. Sabía que vendría un “pero”.

—Me preocupa que Shadows descubra quién eres. Hace trece años atestiguaste en su contra y debe de guardarte mucho rencor.

—Tú tampoco le caes simpático —le recordó—. No debes temer por mi seguridad, Jon. Sé cuidarme muy bien las espaldas.

Eso parecía. Le había bastado estar con ella unos minutos para comprobar que se había convertido en una mujer con carácter. Físicamente no había cambiado demasiado, aunque ya no tenía el cabello largo, sino recortado a la altura de la nuca y las graciosas pecas que salpicaban su rostro de adolescente habían casi

desaparecido, pero seguía distinguiéndose por sus enormes ojos azules. En ese momento, ella comenzó a jugar con un cenicero e inevitablemente contempló su mano izquierda. No llevaba anillo, por lo que dedujo que seguía soltera. ¿Estaría saliendo con alguien? Aunque pecara de indiscreto y su pregunta estuviera absolutamente fuera de lugar, no se iba a quedar con la duda.

—Kate.

La puerta se abrió de golpe y dejó a Jon con ganas de saber más sobre la vida privada de la muchacha.

—¿Han solucionado sus problemas? —preguntó Oliver Kincade tomando nuevamente posesión de su oficina.

—Señor, el agente Kellerman me ha hecho una propuesta difícil de rechazar. —Miró a Jon por encima del hombro esperando que él quizá la interrumpiera—. Me integraré al FBI, pero quisiera

seguir escribiendo para el periódico si usted está de acuerdo, por supuesto.

El hombre se quedó atónito. ¿Qué había sucedido dentro de aquellas cuatro paredes? Se había estado preparando para lo peor y ahora resultaba que Kate conseguía un trabajo en el FBI después de haber ensuciado la reputación de los federales en sus últimos artículos sin ningún miramiento.

—¿Es eso cierto, agente Kellerman?

Jon asintió. No sabía si le pesaría la decisión apenas tomada. Sospechaba que lo iba a averiguar tarde o temprano.

Oliver Kincade soltó un suspiro de alivio y sonrió.

—Me alegro por ti, querida. —Asió a Kate de los hombros, abrazándola—. No sé qué has hecho, pero gracias —le susurró al oído.

Ella se apartó y preguntó:  
—¿Puedo conservar mi puesto aquí?



El director del *Burke Herald* lanzó una fugaz mirada a Kellerman y volvió a dirigirse a Kate.

—¿El FBI estaría de acuerdo?

Ella se volteó. Miró a Jon directamente a los ojos.

—No veo inconveniente alguno en que la señorita Giordano siga trabajando en el periódico.

Kate abría y cerraba las manos compulsivamente. Estaba tan contenta que con gusto se habría puesto a brincar de alegría. Se integraría a la prestigiosa Unidad

de Ciencias de la Conducta del FBI amparada nada más y nada menos que por Jon Kellerman, aquel hombre que había estado a su lado en el peor momento de su vida. No sabía qué la hacía más feliz, si la oportunidad de trabajar por fin en lo suyo o volver a estar junto a él después de tanto tiempo.

Cuando abandonaron la oficina de Kincade, atraieron las miradas curiosas de todos, especialmente la de Beth. Antes de que el atractivo agente del FBI que había provocado

que a su jefe casi le diera un síncope se dispusiera a marcharse, decidió acercarse.

—¿Cómo te ha ido? —la pregunta era para Kate, pero toda su atención estaba en el hombre a su lado.

—Mejor de lo esperado.

—¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Agente especial del FBI, Jon Kellerman —se adelantó Jon, extendiendo un brazo.

—Demasiado largo para mi

gusto. Prefiero llamarte Jon. —La cronista de espectáculos le apretó la mano y no se la soltó durante unos cuantos segundos—. Soy Beth Vaughan, la mejor amiga de Kate. ¿No vas a detenerla, verdad?

Él sonrió.

—No. —Contempló a la rubia—. Kate no ha cometido ningún delito, aunque me temo que la llevaré conmigo de todas formas.

Ella se sonrojó, su amiga, en cambio, abrió los ojos como platos.

—Voy a trabajar en el FBI,

Beth —se apresuró a aclarar.

—¿Nos dejas?

—No, seguiré con *Themis*, aunque ya no vendré a la redacción a diario. Mis nuevas obligaciones me lo impiden. No hemos arreglado los detalles todavía, pero seguramente el señor Kincade estará de acuerdo en que trabaje desde casa —le explicó.

Beth dejó escapar un suspiro.

—No será lo mismo, cielo. —  
Soltó la mano de Jon y tomó la de Kate—. Me cambias por este

moreno de ojos verdes; dudo de que te acuerdes de venir a verme.

Kate sonrió nerviosa. Jon creyó que se debía a lo que acababa de decir su amiga, pero descubrió que la razón era la aparición de un hombre que acababa de entrar a la redacción.

—¿Me disculpan un momento?

Lo reconoció enseguida. Era el mismo que había visto la mañana del sábado fuera de la casa de Kate. Observó cómo él la sujetaba del brazo y la apartaba hacia un rincón

para hablar a solas.

—Creo que el que más lamentará la noticia es Elliot — comentó Beth.

—¿Por qué lo dices?

El tono informal con que el agente se había dirigido a ella, provocó que sonriera.

—Kate y él tienen un romance secreto —le contó—. Creo que a Elliot no le importaría que todo el mundo lo supiera.

—¿Y ella? —preguntó con interés.

—Se empeña en esconderlo —  
reveló al tiempo que miraba a la  
pareja que conversaba en un rincón.

—¿Por qué crees que lo hace?

Beth se encogió de hombros.

—Es una muchacha joven y  
supongo que no quiere atarse a  
nadie todavía. —Respiró hondo—.  
Envidio su sentido de la  
independencia. ¡Ya me gustaría a  
mí ser como ella! Cargo con un par  
de divorcios a mis espaldas, aun  
así, no estoy dispuesta a renunciar  
al matrimonio. Kate en cambio,



parece ser feliz con una relación libre de compromisos. ¿Qué hay de ti? ¿Eres casado? —preguntó de repente.

Negó con la cabeza.

—¿Cómo es que nadie ha logrado atraparte?

Jon no respondió. Seguía atentamente lo que sucedía a unos cuantos metros de allí con mucho interés.

\* \* \*

—Pensé que te alegrarías por mí.

Elliot no iba a fingir que el hecho de que Kate se fuera a trabajar al FBI lo ponía feliz.

—Me sorprende que, después de escribir pestes de ellos, ahora de repente hayan decidido contratarte.

La muchacha se cruzó de brazos.

—Es la oportunidad que he estado esperando, Elliot.

Él miró al sujeto que charlaba animadamente con Beth.

—¿Y ese tal Kellerman será tu jefe?

—Así es. Jon dirige la Unidad de Ciencias de la Conducta —le volvió a explicar por enésima vez.

A Elliot le molestó que lo llamase por el nombre.

—Imagino que tu nuevo trabajo no interferirá en nuestra relación, ¿no? —Se acercó y le acarició la mejilla.

Kate retrocedió.

—Elliot, no hagas eso —le recriminó. Miró disimuladamente a

Jon. Descubrió que él también la estaba mirando. Tomó aire y contó hasta cinco. Estaba harta de aquella situación. Lo peor era que estaba empezando a cansarse de Elliot también.

—Perdona, a veces no puedo contenerme cuando te tengo cerca —dijo bajando el tono de voz—. ¿Cuándo te incorporas al FBI?

—Asumo que en un par de días. Debo regresar con Jon ahora —dijo con la intención de poner punto final a aquella conversación.

—Me gustaría conocerlo.

Ella no pensó que fuese una buena idea.

—Tal vez en otro momento.

Debo arreglar un par de asuntos todavía con él, y me dijo que debía regresar a Quantico cuanto antes.

—Solo serán un par de minutos, Kate —insistió.

—Está bien, como quieras —aceptó finalmente.

Se dirigieron al cubil de Beth, y le presentó a Elliot como a un compañero de trabajo.

—Es un placer conocerlo, agente Kellerman —dijo el periodista especializado en política, estrechándole la mano con firmeza.

—Lo mismo digo, señor Fraser.

Se estudiaron uno al otro durante unos segundos y se suscitó una extraña tirantez entre ambos que no pasó desapercibida para nadie.

Jon soltó la mano de Elliot y miró a Kate.

—Debo irme ahora. Hablaré

hoy mismo con el director de Recursos Humanos. Seguramente tendrás que presentarte mañana en su oficina.

—¿Tan pronto?

—Sí, cuanto antes te incorpores, mejor —aseveró—.

Puedo pasar a buscarte a las nueve.

¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Nos vemos mañana entonces.

Los últimos segundos habían estado hablando como si no hubiese

nadie más a su alrededor y, cuando Jon se marchó, una sonrisa afloró en los labios de Kate.

—Ven aquí, cariño. No te he felicitado como debía. —Beth la abrazó—. Sé que soy una egoísta, pero te deseo lo mejor.

—Gracias. —Miró hacia un costado. Elliot había desaparecido. Luego posó los ojos en la puerta que acababa de cerrar Jon. Se aferró a su amiga y soltó un suspiro.

Sabía que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.





# Capítulo 14

Miércoles 26 de septiembre.

A diecinueve días de la ejecución.

Jon se bajó del auto y cruzó la calle en dirección a la casa de Kate. Se peinó el cabello con los dedos, comprobó si su aliento estaba fresco soplando en la palma de la mano y, por último, se enderezó la corbata. Cuando estaba a punto de llamar, la puerta se abrió

de repente.

Kate todavía no estaba lista. Tenía una toalla en la cabeza y llevaba puesta una enorme bata color azul.

Miró el reloj.

—¿Llegué demasiado temprano? —preguntó.

—No, me quedé dormida. — Se hizo a un lado para permitirle el paso—. Entra, estaré lista en unos minutos. Hay café recién hecho si te apetece.

—Me encantaría.

La siguió a través del salón. Ella iba descalza y se movía rápidamente. La bata se le caía un poco hacia atrás y le revelaba la curva de los hombros. Jon dedujo que no era suya. El dueño debería de usar al menos un par de tallas más. Asumió que le pertenecía al tal Fraser.

—Hay panecillos en la alacena —le dijo mientras le servía el café—. Iré a terminar de arreglarme, regreso enseguida. ¿Tenemos tiempo, no?

Jon se sentó en la banqueta y se desabrochó el botón de la chaqueta.

—Tranquila, Westmore, de Recursos Humanos, nos espera a las diez.

Kate asintió.

—¿Fue fácil convencer a tu jefe de que me contratara?

Él no respondió enseguida.

—La verdad es que, cuando supo que eras la hermana de Livy, se negó rotundamente. —Notó la ansiedad en el rostro femenino—.

Me recordó el reglamento y terminó soltándome un par de reprimendas, sin embargo, logré convencerlo de que tu incorporación no perjudicaría el caso. Obviamente, no le mencioné nada de *Themis*. Necesitamos refuerzos en la unidad y el hecho de que te especialices en delitos sexuales jugó a tu favor. Le hablé de tu excelente promedio y de tus ganas de ejercer como criminóloga —añadió haciendo referencia a sus propias palabras. Bebió un poco de café.

Sonrió aliviada. Le reconfortaba saber que, tal vez muy a su pesar, Jon había intercedido por ella.

—Eso sí, me mantendrás al tanto de cada uno de tus movimientos para evitar problemas —le advirtió.

—Me parece bien —concordó.

—¿Puedo confiar en que no cometerás ninguna locura? Si Griffin se entera de lo de *Themis*, no dudará ni un segundo en

apartarte del caso y denunciarme a mí a Asuntos Internos.

—No te preocupes, Jon, jamás haría nada que te perjudicase —lo tranquilizó.

—Lo sé, pe... —se detuvo de repente. Iba a llamarla “pequeña” como en los viejos tiempos. Dejó la taza encima de la mesa y la miró. Kate ya no era una niña, ahora tenía frente a él a una mujer vehemente, obstinada y, tenía que reconocerlo, completamente fascinante.

Se instaló entre ambos un



silencio bastante incómodo.

—Será mejor que termine de arreglarme. —Kate giró rápidamente y desapareció por la puerta de la cocina.

Jon esbozó una sonrisa. No era muy avezado en asuntos de faldas, aunque los años que llevaba trabajando en la Unidad de Ciencias de la Conducta le permitían interpretar un gesto o descifrar una mirada. Terminó el café y decidió esperar a Kate en la sala.

\* \* \*

Escaleras arriba, Kate se enfrentaba a un gran dilema. Sobre la cama había colocado sus tres mejores *tailleurs* y le costaba decidir cuál llevar. Era su primer día en el FBI y no quería desentonar con los demás. Cuando se dio cuenta de que estaba tardando más de la cuenta, tomó el conjunto *beige*, se paró frente al espejo y se lo probó por encima. Conforme con

su imagen, optó por ponérselo. Se peinó el cabello hacia atrás, lo fijó con un poco de gel para que no se le viniera a la cara y se maquilló apenas. Metió lo necesario en el bolso y, antes de abandonar la habitación, se miró una última vez en el espejo.

Iba bajando las escaleras cuando escuchó la voz de Jon hablando por teléfono.

—Iba a llamarte hoy mismo, Erin.

Kate aminoró el paso.

—Sé que sonará a excusa, pero estoy en medio de una investigación complicada y no he tenido tiempo —dijo saliendo de la cocina en dirección a la sala.

Kate se ocultó detrás de la pared para evitar que la viera y, aunque sabía que no estaba bien escuchar la conversación de Jon con la tal Erin, paró bien la oreja.

—¡No serías capaz! —exclamó él antes de soltar una carcajada—. Por supuesto que me encantará verte.

¿Quién sería Erin? Por la forma en la que le hablaba, era evidente que tenía una relación estrecha con ella.

—Avísame a qué hora llega tu vuelo, así paso a recogerte. —Hizo una pausa—. Hasta pronto.

Kate observó cómo Jon se quedaba contemplando el móvil durante unos cuantos segundos antes de guardarlo en el bolsillo de los pantalones. Se sintió algo tonta, así que salió de su escondite y se acercó.

Jon se volteó.

—¿Estás lista?

Ella asintió.

—¿Tienes auto?

—No, odio conducir —

respondió yendo hacia la salida.

Junto a la puerta, tomó el paraguas,

porque se esperaban lluvias

nuevamente—. Prefiero moverme

en bicicleta, aunque en esta época

del año, no me queda más remedio

que usar el metro o tomar un taxi.

La miró de arriba abajo.

Dudaba de que con aquella falda

estrecha pudiese montarse encima de una bicicleta.

El viaje a Prince William no les llevó más de cuarenta minutos, tiempo en el cual Jon aprovechó para ponerla al tanto de lo que sucedería una vez que se integrase a la Unidad de Ciencias de la Conducta y, sobre todo, le habló de quiénes serían sus compañeros. Así, Kate se enteró de que Sheena, la otra criminóloga del grupo, estaba a punto de convertirse en madre y los abandonaría en pocos

días más.

Kate esperaba oír el nombre de Erin de un momento a otro, pero eso nunca sucedió.

Llegaron a Quantico justo cuando empezaba a llover. El estacionamiento no tenía techo, así que Jon se bajó primero y corrió hasta el lado del pasajero. Ayudó a Kate a descender del vehículo y se colocó junto a ella debajo del paraguas.

Kate se sintió más incómoda por su proximidad que por el hecho



de caminar ligero bajo la lluvia con sus zapatos de tacones altos. Jon pareció darse cuenta de que estaba yendo demasiado rápido, así que redujo su andar.

Una vez dentro del edificio, Jon la acompañó a la oficina de Recursos Humanos y la esperó en el pasillo. Unos cuantos minutos más tarde, Kate salió sonriendo. Prendida en la cintura de la falda llevaba su placa. En la mano derecha sostenía una Glock de veintidós milímetros.

—Supongo que sabrás usarla  
—bromeó Jon.

—Cuando estaba en Sarasota, asistía al polígono una vez a la semana —respondió mientras guardaba el arma dentro del bolso —. El reclutamiento no será oficial hasta que me entreguen mi identificación. Le proporcioné a Westmore una fotografía. Me dijo que estará lista en un par de días. No pensé que fuera todo tan rápido: cuando entré, ya tenía la placa y el arma preparadas —comentó.

—Fui yo quien pedí que aceleraran los trámites. No quería perder más tiempo —afirmó.

Kate esbozó una sonrisa.

—Gracias por lo que has hecho, Jon.

No dijo nada, solo se quedó mirándola. El murmullo de gente acercándose sirvió para poner fin a aquel momento cargado de tensión que, una vez más, se había suscitado entre ambos.

Jon la condujo al área donde funcionaba la Unidad de Ciencias

Forenses y, cuando entraron al recinto, tanto Caleb como Meredith dejaron lo que estaban haciendo y se voltearon para observar a la recién llegada.

Kate tuvo la fuerte sensación de que estaba siendo estudiada.

—Chicos, les presento a Kate Giordano. A partir de hoy trabajará con nosotros. —Le puso una mano en la cintura y le dio un pequeño empujón.

—¿Giordano? ¿Eres *esa* Kate Giordano? —preguntó Caleb

bajando un poco la cabeza para mirarla por encima de las gafas.

Ella asintió.

—Griffin aceptó que se uniera a la investigación, a regañadientes, eso sí. ¿Algún problema con eso, Schwarz?

—No, claro que no. —Sonrió nervioso.

Meredith se acercó y le dio a Kate un abrazo de bienvenida para solidarizarse con ella.

—Soy Meredith, es un placer conocerte. —La soltó y la

contempló. Echó una mirada fugaz a Jon. ¿Es que ella era la única que veía el increíble parecido que había entre la hermana de Livy Giordano y Erin Campbell?

Caleb también se acercó y le tendió la mano.

—Caleb Schwarz. Bienvenida a Quantico, Kate.

Ella estrechó suavemente la mano masculina.

—El placer es mío —en ese momento se dio cuenta de que había estado apretando la correa de su

bolso con tanta fuerza que los nudillos de los dedos se le habían puesto blancos.

—Meredith te mostrará luego dónde está tu oficina —le informó Jon.

Kate sonrió para sus adentros. Tendría su propia oficina en el FBI. Todavía no lo podía creer. Si se hubiese atrevido, le habría pedido a cualquiera de los tres que la pellizcara para comprobar que no estaba soñando.

—Siéntate. Lo primero que

haremos es ponerte al tanto de cómo va la investigación. —Se dirigió a Caleb—. ¿Han llegado ya los archivos del 99?

—Sí, están allí —señaló unas cuantas cajas apiladas en un rincón—. Para nuestra desgracia, nadie se preocupó por digitalizar el caso y ahora nos toca revisar todo a mano.

—Creo que lo más prudente es que tú le eches un vistazo al expediente de Bonnie Trevors —sugirió Jon a Kate—. Nosotros podemos encargarnos del de Livy.



Ella estiró los brazos encima de la mesa.

—Jon, agradezco que quieras protegerme, pero estoy aquí como criminóloga especializada en delitos sexuales y no como la hermana de Livy.

—¿Estás segura?

—Completamente. Es la primera oportunidad que tengo de demostrar que puedo ser una buena profesional, por lo tanto, no quiero ninguna clase de privilegio — afirmó bajo la atenta mirada de los

demás.

Fue el mismo Jon quien le alcanzó el expediente con el informe de la autopsia de Livy, pero antes retiró disimuladamente las fotografías. Gesto al cual Kate respondió con una sonrisa. Luego se dedicó a leer el documento. La imagen de la silueta humana mostraba tres lesiones fundamentales: una contusión en la mejilla derecha, desgarros en la zona genital y las marcas de la cuerda de guitarra alrededor del

cuello. El cuerpo también presentaba unas cuantas marcas en las muñecas.

—Hay signos de abrasiones en los miembros superiores — puntualizó dejando el papel encima de la mesa para que todos lo vieran. Se dirigió a Jon—. ¿Se pudo establecer si son del mismo tipo que presentaba el cadáver de Bonnie Trevors?

Caleb se apresuró a buscar el reporte de la autopsia de la muchacha y lo leyó.

—Según el experto, a Bonnie la maniataron con una soga de nylon.

Kate echó un vistazo a la carpeta en la que estaban guardados los resultados de todas las pericias que se le habían hecho al cuerpo de su hermana.

—Livy no tenía marcas de ataduras, solo cardenales en ambas muñecas. En algún momento del ataque, el agresor la sujetó con fuerza. Sé que mi hermana se habría defendido con uñas y dientes, por

eso, el sujeto tuvo que darle un golpe para poderla dominar. — Señaló la lesión que Livy tenía en el rostro—. Generalmente, el asalto sexual es un crimen de violencia en el que las víctimas son elegidas por su vulnerabilidad. Pocas veces se trata de satisfacer una necesidad sexual; lo que el agresor realmente busca es controlar a la víctima y ejercer un poder absoluto sobre ella. Lo que lo excita es el sufrimiento.

—Por eso elige una muerte

lenta y dolorosa —intervino Jon.

—Exacto. Además hay algo más siniestro. Estrangular para él es un acto íntimo, en donde puede mirar directamente a los ojos de su víctima mientras le quita la vida.

—Entonces los moretones en las muñecas de Livy y Bonnie no coinciden. —Jon esbozó una sonrisa—. Otro punto a nuestro favor.

Todos asintieron. No sabían si aquel pequeño descubrimiento los llevaría a resolver el caso, aun así,

era un detalle más que se sumaba a los que ya tenían y que ayudaba a echar por tierra la teoría de que ambos homicidios habían sido cometidos por la misma persona.

De repente, Kate pidió ver las declaraciones que habían tomado tras el asesinato de Bonnie Trevors. Las leyó con cuidado. Jon notó que buscaba algo.

—¿Nadie habló con el sujeto del bar que frecuentaba Bonnie?

—¿Qué sujeto? —preguntó Jon frunciendo el ceño.

—El día del funeral de Bonnie, estuve en Montclair. Entré por casualidad en un bar. Resulta que el barman la conocía y me dijo que un par de semanas antes de que desapareciera, la había visto con un hombre fuera del local. Me aseguró que no pertenecía al grupo de amigos con los que solía reunirse la muchacha.

—Bien. Lo interrogaremos y tal vez obtengamos una descripción del sujeto. Kate y yo iremos esta misma tarde a Montclair —anunció



sin siquiera mirarla.

Siguieron revisando los expedientes del caso de Livy. Eran más de una veintena de cajas y les llevaría tiempo analizar todo el material. Pararon solo para almorzar, momento en el cual Meredith aprovechó para mostrarle a Kate su oficina.

—¿Te gusta?

Kate atravesó lentamente el espacio que había entre la puerta y el escritorio. Los tacones de sus zapatos se hundían en la mullida

alfombra que cubría todo el piso. Dejó el bolso sobre la butaca y se acercó a la ventana para observar el panorama. No estaba mal: podía divisar el río Potomac desde allí.

—Tienes suerte, yo desde mi ventana solo veo la carretera — comentó Meredith, que seguía de pie junto a la puerta.

Kate giró y le sonrió.

—Es agradable. —Se ubicó detrás del escritorio. Había un moderno ordenador que ya estaba encendido, un lapicero de madera y

un teléfono.

—En la parte inferior tienes los números de los internos y, en cuanto al ordenador, puedes ingresarle tu propia contraseña —le informó la criminalista acercándose. Puso el bolso de Kate encima del escritorio y se sentó. Parecía que no planeaba irse pronto.

—Gracias. —La muchacha tomó posesión de una silla y miró alrededor. Era un lugar cómodo, pero demasiado formal para su

gusto. Pensó entonces en su pequeño cubil en el *Burke Herald* y en los coloridos adornos de Beth colgando de la pared o esparcidos en el escritorio. Había cumplido su sueño al entrar al FBI, pero, al mismo tiempo, no podía evitar añorar lo que había perdido. Cuando miró a Meredith, notó que la miraba fijamente.

—¿Qué sucede? —se tocó la cara, debajo de los ojos. Quizá la lluvia había arruinado el poco maquillaje que llevaba.

—Perdona, es que más te miro y más veo el parecido.

Frunció el ceño.

—¿De quién hablas? —Sin dudas, había despertado su curiosidad.

—De Erin.

Aquel nombre de nuevo.

—¿Erin?

—Erin Campbell. Estuvo hasta hace poco más de un año con nosotros. Era perfiladora, una de las mejores del país. Se había retirado y estuvo alejada durante

cuatro años del FBI. Jon logró convencerla de que regresara para trabajar en un caso, una serie de homicidios en Wichita, Kansas. Allí conoció al que hoy es su esposo y decidió abandonar el trabajo para dedicarse a la familia y a escribir novelas románticas. Creo que Jon aún resiente su decisión.

—¿Eran muy unidos? — preguntó la rubia, interrumpiendo el relato.

—No es secreto para nadie

que siempre estuvo enamorado de ella.

Kate se hundió en la butaca. No se esperaba una verdad así. ¿Jon amaba a la tal Erin? Su extraño comportamiento cuando había hablado por teléfono con ella parecía confirmar esa teoría; sin embargo, Meredith también acababa de decirle que la tal Erin estaba casada. ¿Habría sido su amor no correspondido el culpable de que Jon todavía siguiese soltero?

—Por eso, cuando te vi entrar

en el salón de asambleas acompañando a Jon, me pareció que el tiempo volvía para atrás.

—¿De verdad me parezco a ella? —Se incorporó despacio. Deseó en ese momento tener a Erin Campbell enfrente para comprobar si era cierto.

—Mucho —contestó Meredith—. Jon tiene una fotografía de ella encima del escritorio. Solo tienes que ir hasta su oficina y verás que no desvarío.

—No es necesario. Tengo



entendido que ella vendrá a Virginia. Oí a Jon decir que la pasaría a recoger por el aeropuerto.

Meredith sonrió.

—Estupendo, será bueno volver a verla después de tanto tiempo. ¿No sabes cuándo llega?

Kate negó con la cabeza. No iba a reconocer que había obtenido la información de manera “clandestina”. Para animarse un poco, aceptó la invitación a almorzar de Meredith. Necesitaba un respiro antes de volver a meterse

de lleno en los homicidios.

## Capítulo 15

Salieron de Quantico cerca de las cinco después de haber estado revisando los archivos por más de tres horas. Kate se subió al Nissan Pathfinder de Jon y se acomodó el paraguas en el regazo. Ya no llovía, pero unas cuantas nubes negras todavía se movían peligrosamente surcando el firmamento. Jon entró al auto unos segundos después y, cuando se inclinó para guardar su pistola dentro de la guantera, rozó

la rodilla de Kate. Ella se echó hacia atrás de inmediato, como si hubiese recibido una descarga eléctrica y comenzó a jugar con el mango del paraguas para calmar la inquietud. Debía aprender a controlarse. Ya no era una adolescente torpe y enamoradiza que sentía mariposas en el estómago cada vez que Jon Kellerman andaba cerca. Lo miró de soslayo. No notó nada diferente en el semblante de él. Era evidente que el roce no le había movido ni

un pelo. Lanzó un soplido y se dedicó a contemplar el paisaje. Estaba molesta y ni siquiera lograba discernir si era por la indiferencia de Jon o por su propia reacción. Supo desde el principio que no iba a ser sencillo trabajar a su lado.

La voz profunda de Jon interrumpió sus cavilaciones.

—Me dijo tu hermano que tus padres se mudaron a Chesapeake.

Kate apartó la vista del camino y lo miró.

—Sí. Fue difícil para ellos seguir en Burke. Creo que, si no se hubiesen marchado, mi madre habría terminado por enloquecer.

Jon concordó con ella. El frágil estado emocional en el cual se había sumido Grace Giordano tras el asesinato de su hija había afectado al resto de la familia.

—El sueño de papá fue siempre abrir una *trattoria*, y tomó la decisión correcta en el momento oportuno. Poco a poco, mi madre fue saliendo de su depresión y hoy

lo ayuda en la parte administrativa.  
—Se permitió esbozar una sonrisa  
—. Les va muy bien y los vecinos  
del barrio los adoran.

—Supongo que los visitas a  
menudo —comentó Jon  
deteniéndose en un semáforo.

Ella asintió.

—Trato de pasar los fines de  
semana con ellos. Cuando no voy,  
mamá se inquieta mucho. Por si  
fuera poco, vive angustiada por  
culpa del irresponsable de mi  
hermano.

Jon guardó silencio. Después de haber comprobado con sus propios ojos en qué se había convertido Daryl por culpa del consumo de drogas, sospechaba que a ella no le resultaba fácil hablar sobre él.

—¿Sigue tocando en esa banda...? ¿Los Black Leather?

Kate sonrió.

—Black Rebels —lo corrigió—. No, abandonó el grupo poco después de lo de Livy. Lamentablemente, lo que no pudo



dejar fue su adicción a las drogas. Lo ocurrido solo empeoró la situación. Logramos que ingresara a un centro de rehabilitación, pero, cuando salió, volvió a recaer. En esa época, mi madre ignoraba muchas de las cosas que pasaban a su alrededor. Daryl seguía entrando y saliendo de rehabilitación hasta que hace unos ocho años, más o menos, empezó a diseñar camisetas para una tienda en Edgewater y retomó su afición a la fotografía. Parecía que por fin se había

encaminado, pero me temo que ha vuelto a las andadas. Suele desaparecer durante semanas y nos tiene con el corazón en la boca, temiendo lo peor. ¡Prometió venir a cenar la otra noche y me dejó plantada! ¡Es un maldito egoísta! — No pudo continuar hablando, solo quería echarse a llorar, pero no podía permitírselo.

Jon se reprendió a sí mismo por haberle mencionado a su hermano. Viró en Caton Hill, estacionó frente al bar y apagó el

motor. Se volteó hacia ella. Extendió el brazo y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Kate contuvo el aliento cuando se encontró de frente con su intensa mirada. Tragó saliva. Jon no dijo nada, solo siguió acariciándole suavemente el rostro, consolándola con una sonrisa. Ella hizo el segundo movimiento. Puso una mano encima de la de él y la apretó. Cerró los ojos cuando el dedo pulgar de Jon comenzó a recorrer la curva de su labio inferior. Exhaló

profundo, dispuesta a ir por más. Se quedó con las ganas. Jon la soltó tan rápido que apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cuando lo hizo, él ya estaba descendiendo del auto. Confundida, pero, sobre todo, perturbada por lo que acababa de suceder, también salió del Nissan Pathfinder y lo alcanzó en la puerta del bar.

Jon le hizo espacio para que pasara, y ella se dio cuenta de que evitaba mirarla a los ojos.

El barman dejó de lado la

copa que estaba lavando y alzó la cabeza. Una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó en el rostro cuando la reconoció.

—Rubia, ¿tú de nuevo por aquí? —Se secó las manos con el delantal y se reclinó encima de la barra.

Ella le mostró la placa.

—Kate Giordano, del FBI. Este es mi compañero, el agente Kellerman.

El hombre se quedó de piedra.

—¿FBI?

—exclamó

sorprendido—. La última vez me dijiste que eras periodista.

—No le mintió —intervino Jon—. ¿Cuál es su nombre?

—Justin Gillespie.

—Bien, señor Gillespie, tengo entendido que antes de que Bonnie Trevors desapareciera usted la vio con alguien aquí en el bar.

—Así es. Se encontró con un sujeto justo antes de entrar, estuvieron hablando un momento y se marcharon juntos.

—¿Recuerda cómo era?

—En realidad, no pude ver mucho. Llevaba una gorra deportiva y un abrigo con el cuello levantado. Tenía bigotes... oscuros —agregó tras pensarlo durante unos segundos.

Jon descartó de inmediato que se tratase del exnovio de Bonnie. Para su mala suerte, la descripción del barman era demasiado vaga como para conseguir un retrato robot del desconocido que se había acercado a la muchacha semanas antes de su desaparición.

—Si damos con el sospechoso, ¿cree que podrá reconocerlo?

Justin Gillespie se encogió de hombros.

—Haré el intento, al menos.

Kate se alejó hacia la puerta y salió. Regresó unos segundos después.

—¿La cámara de vigilancia funciona?

—No, rubia, es solo una fachada. Pero puedes preguntar en el banco de allí enfrente.



Seguramente la de ellos sí funciona —manifestó sin quitarle los ojos de encima.

—Lo haremos, gracias.

Jon le entregó su tarjeta.

—Oiga, ¿y si mejor me quedo con la de ella? —bromeó al tiempo que le guiñaba el ojo a Kate.

Su desparpajo le causó gracia a la muchacha, no así al agente Kellerman.

Lamentablemente, los del banco borraban las grabaciones cada cuarenta y ocho horas, así que

se marcharon con las manos vacías. No habían obtenido una descripción del hombre que había sido visto con Bonnie, aunque tampoco era seguro que estuviesen yendo por el camino correcto. Tal vez el sujeto de la gorra deportiva y los bigotes no tenía nada que ver con el asesinato. Aun así, era demasiado pronto para saberlo y cualquier indicio era bienvenido.

Tras subirse al vehículo, nuevamente el incómodo silencio. La frustración de no haber podido

dar un paso más en la investigación más la tensión que se había creado entre ambos, era asfixiante.

Unos minutos más tarde, finalmente Jon fue el que habló.

—Te llevaré hasta tu casa. —  
La miró apenas durante un instante y volvió a concentrarse en el camino.

—No es necesario, Jon. No quiero desviarte de tu camino.

—Lakepointe no está lejos de mi apartamento.

—¿Dónde vives? —Ahora que parecía que podían conversar como

lo que eran, dos compañeros de trabajo, el nudo en el estómago empezaba a desaparecer.

—En Ballston. Me mudé allí cuando ingresé a la academia.

Ella asintió. Conocía el lugar y sabía que era uno de los suburbios más bonitos de Arlington. Quería seguir preguntándole, pero, en ese momento, sonó su móvil. Hurgó dentro del bolso y, cuando vio el nombre de Elliot en la pantalla, dudó en responder.

Jon la miró de soslayo.

Alcanzó a leer la identidad de la persona que llamaba. Sujetó con fuerza el volante.

—Diga.

—Kate, cariño, ¿dónde estás?

—En Montclair.

—¿Tardarás mucho en regresar a Burke? Me encantaría que pasáramos la noche juntos.

Kate respiró profundo.

—No lo sé. Tengo que ponerme al día. Lo más probable es que pase por Quantico antes de ir a casa —mintió.

Jon se relajó y, casi sin darse cuenta, dejó escapar una sonrisa.

—Nos vemos mañana... sí, te lo prometo —agregó bajando la voz.

Regresó el móvil dentro del bolso y ya no tuvo el coraje de seguir preguntándole cosas a Jon sobre su vida personal. Lo único que deseaba era que el viaje llegara a su fin.

Él encendió la radio y lo primero que oyeron fue el nombre de Craig Shadows.

“Nuevamente una multitud se ha reunido en las afueras de la prisión estatal de Greenville para pedir por la vida de Shadows. Hemos hablado en exclusiva con su hermano Bradley.”

Por unos segundos solo se oyó el clamor de la gente exigiendo clemencia.

“—Señor Shadows, está saliendo en vivo para el programa de Larry Talbot. Díganos cómo se encuentra su hermano a tan solo diecinueve días de la ejecución.

—Craig confía plenamente en que toda nuestra lucha no será en vano. Contamos con el apoyo de mucha gente. Al gobernador Singer no le quedará más que escucharnos.

—¿Cree que la muerte de esa chica en Montclair finalmente absolverá a su hermano?

—Lamento mucho que Bonnie Trevors haya tenido que morir para poder demostrar que Craig es inocente y que el asesino de Livy Giordano sigue suelto. Si la investigación se hubiese hecho bien



desde un principio, las cosas serían muy distintas.

—¿Está apuntando directamente al FBI, señor Shadows?”

Kate y Jon se miraron.

“—Por supuesto. Y no soy solo yo quien pone en tela de juicio su labor; *Themis*, en sus artículos, también se ha hecho eco de nuestro reclamo y ha dejado bien en claro que el agente Kellerman cometió un *grosso* error hace trece años, y no estamos dispuestos a permitir que

vuelva a cometer otro.

—¿Querría agregar algo más?

—Sí. —Hizo una pausa—.

Espero que el FBI atrape al verdadero asesino antes de que ataque de nuevo.”

Las palabras de Bradley Shadows permanecieron en el aire durante unos cuantos segundos, incluso después de que Jon decidiera apagar la radio.

—¿Crees que pueda haber una nueva víctima? —preguntó Kate mirándolo fijamente a los ojos.

No le respondió. Odiaba tener que darle la razón a Shadows, pero temía que en cualquier momento sonara el teléfono y alguien le dijera que habían hallado a otra muchacha estrangulada. Soltó un suspiro. Qué falta le hacía darle una buena pitada a un cigarrillo. Ni Kate, ni su familia se merecían pasar por todo aquello otra vez. Demostraría que no había cometido ningún error. Aunque fuese lo último que hiciera en la vida.

Kate no necesitó oírlo de sus

propios labios. Supo interpretar el silencio demasiado bien. Intentó en vano concentrarse en el camino que iban dejando atrás, pero no pudo apartar a su hermana de los pensamientos durante el resto del viaje.

Se movió inquieta cuando Jon aminoró la marcha al llegar a Whitewater Drive. Estaba anocheciendo ya y la temperatura había descendido unos cuantos grados. Él estacionó justo frente a su casa. Se colgó el bolso en el

hombro, lista para bajarse; de repente, se volteó y lo miró.

—¿Te gustaría pasar a tomar un café?

La pregunta quedó suspendida en el aire un instante que a Kate le pareció eterno.

—Es tarde, tal vez en otra ocasión —respondió finalmente él acabando con la incertidumbre.

—Hasta mañana entonces. —  
Abrió la puerta y sacó una pierna. El brazo de Jon fue lo que la detuvo esta vez.

El corazón de la muchacha le saltó dentro del pecho. ¿La besaría? ¿Llegaría por fin el momento que había soñado por tanto tiempo?

—Espera, ¿quieres que venga por ti mañana por la mañana?

Era eso. No pudo evitar desilusionarse.

—No es necesario. Pasaré por casa temprano para hablar con mi hermano. Gracias de todos modos.

Él asintió. Todavía no la había soltado. Cuando lo hizo, la muchacha se apresuró a salir del

auto. Golpeó el volante. ¿En qué demonios estaba pensando? Cuando la había sujetado del brazo, su intención no había sido precisamente ofrecerse a llevarla a Quantico.

Tan solo unos cuantos minutos antes, en su afán por brindarle apoyo, había estado a punto de traspasar la barrera. Kate ya no era esa niña de trenzas a la que años atrás había intentado proteger del dolor.

Era una mujer capaz de volver

loco a cualquier hombre. Incluso a uno como él.

Se puso en marcha nuevamente una vez que se aseguró de que la joven cerraba la puerta de la casa. Encendió la radio y sintonizó una estación de música rock para tratar de no pensar en cosas que no debía.

Kate Giordano podía haberse convertido en una mujer encantadora, pero a su lado se sentía un viejo. La diferencia de edad que existía entre ellos le pareció más abismal que nunca.



\* \* \*

—¡Kim, no olvides sacar la basura! —gritó Shirley Abrams desde el cuarto de baño.

Kimberley puso mala cara y se levantó de la cama con pocas ganas. Buscó el reproductor de mp3 y, tarareando una de las canciones de Lady Gaga, bajó corriendo las escaleras en dirección a la cocina. Tomó la bolsa que estaba debajo del fregadero y, cuando se

incorporó, una cosa peluda le rozó la pierna y saltó por la ventana. El corazón se le subió a la garganta.

—¡Mierda! —El gato de la vecina nuevamente se había colado en la casa con la intención de comerse al canario. Después de recuperar el aliento, salió por la puerta lateral. No había señal del condenado animal por ninguna parte. Luego le recordaría a su madre que cerrara la ventana la siguiente vez.

Subió el volumen cuando

empezó a sonar *Bad romance*. Dejó la bolsa de basura dentro del contenedor y se puso a bailar al ritmo de su canción favorita.

Se detuvo en seco cuando vio una sombra recortarse contra el césped.

Había alguien detrás de ella.

Cuando se volteó, fue demasiado tarde; ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar.

# Capítulo 16

Jueves 27 de septiembre.

A dieciocho días de la ejecución.

Kate descendió de la bicicleta y la dejó a un costado de la casa. Subió corriendo los escalones y llamó a la puerta. Daryl no respondió. Era temprano, por lo que supuso que estaría durmiendo, así que tomó sus propias llaves y entró.

Se desenroscó la bufanda del

cuello y dejó el bolso en la mesita del recibidor. Cuando entró al salón, vio una manta tirada en el sofá, pero no había señales del muchacho. Sobre una mesa había varias camisetas ordenadas una encima de la otra. Se acercó y tomó una de ellas. Parecía que estaba lista para ser llevada a la tienda. La acomodó nuevamente en su sitio y se dirigió hacia la cocina. Contrario a lo que había imaginado, estaba ordenada. La única cosa fuera de lugar era un vaso con un poco de

agua encima de la mesa.

Fue hasta la habitación, pero era evidente que nadie había dormido allí en varios días. Miró dentro de la mesita de noche: su identificación y su pasaporte seguían allí. También la costosa cámara de fotos. Luego hizo lo mismo con el armario. No se había llevado ropa tampoco.

Se pasó una mano por la cabeza. ¿Dónde demonios se había metido?

Por las dudas, revisó la

habitación que había sido de sus padres y la que ella había compartido con su hermana. Nada. Observó el patio trasero desde la ventana. El jardín lucía descuidado, y las hojas se acumulaban debajo del viejo roble. Dejó escapar un suspiro. El silencio que reinaba en la casa le pareció más abrumador que nunca.

Regresó a la planta baja. Atravesó el largo pasillo que conducía al sótano, pero descubrió que estaba cerrado. Movi6 el

picaporte porque siempre solía trabarse, pero seguramente Daryl le había echado llave a la puerta.

Frustrada, se acercó hasta el salón y escribió una nota. La dejó debajo del teléfono, a la espera de que su hermano la encontrara no bien volviera. Recogió el bolso y salió. Se acomodó la bufanda y montó en la bicicleta. Debía de estar en Quantico a las nueve, así que se dio prisa. Fue hasta su casa para dejar la bicicleta y revisar la correspondencia. Había pedido que



todo lo que le llegara al *Burke Herald* se lo enviaran a su domicilio. Sonrió al ver que había una carta de Craig Shadows. No tenía tiempo, la leería de camino al trabajo. La estación del metro estaba a solo tres calles de allí, así que decidió ir a pie. Hacía frío, pero al menos no llovía. Llegó cinco minutos tarde. El pasillo que conducía a la sede de la Unidad de Ciencias de la Conducta le pareció más extenso que nunca. Mientras se iba acercando, no podía dejar de

pensar en el pedido que le había hecho Craig en su carta. Entró con una sonrisa en los labios a la sala de reuniones.

—Buenos días, lamento el retraso. —Caminó apresurada hacia su sitio y se sentó. Miró de soslayo a Jon.

—No te preocupes —dijo él sin apartar los ojos de su *laptop*. Luego guardó silencio.

Kate notó cierta frialdad de su parte. ¿Estaba molesto con ella? ¿Por qué lo estaría? No recordaba

haber hecho nada malo. Se dirigió a Caleb.

—¿Alguna novedad?

El joven negó con la cabeza.

—Seguimos revisando los archivos hasta que surjan nuevas pistas.

—A mí me toca ponerme en contacto con la familia y los amigos de Bonnie para preguntarles por el sujeto con el cual fue vista en el bar —comentó Meredith.

—Puedo ayudarte con eso si quieres —se ofreció Kate.

La criminalista le pasó parte de la lista y, tras hablar con los padres y los allegados de la muchacha, llegaron a la conclusión que habían supuesto desde un principio: nadie conocía al sujeto. Sin embargo, estaban convencidos de que era el mismo hombre que le había enviado el mensaje de texto a Bonnie la noche de la desaparición y el que había tirado su teléfono a la basura para despistarlos.

—Hablé con Sheena anoche  
—dijo Meredith cambiando

rotundamente de tema—. Se encuentra bien. El doctor le dijo que el bebé no nacerá hasta dentro de unos días. Clint pidió permiso en su trabajo, así que se queda con ella todo el día. ¡Creo que el pobre teme que la loca de Sheena se escape y venga a trabajar!

El comentario logró arrancarles una sonrisa a todos, incluso a Jon.

—Les manda un beso. —Miró a Kate—. Se muere por conocerte.

—Yo también, he oído hablar

tanto de ella que me entró la curiosidad.

—Iré a visitarla este fin de semana, si quieres, puedes venir conmigo.

—Me encantaría, pero tal vez vaya a Chesapeake a ver a mis padres. Se han acostumbrado a que los visite todas las semanas — explicó.

Jon fingía estar concentrado en el trabajo, pero, en realidad, seguía con atención la charla entre las dos mujeres. Kate saldría de la ciudad

el fin de semana. ¿La acompañaría el novio a casa de sus padres? Su compañera en el *Burke Herald*, la tal Beth, le había dicho que ella prefería mantener en secreto el romance con Elliot Fraser. ¿Le ocultaría también a Grace y Victor Giordano que estaba saliendo con él? La única manera de saberlo era preguntárselo, sin embargo, seguía sin atreverse a hurgar en su vida privada, podría no gustarle lo que averiguara. La observó mientras seguía hablando con Meredith. Le

sentaba bien la camisa que llevaba. El tono celeste pálido le resaltaba el azul de los ojos, y la tela se le ceñía al cuerpo delicadamente. Tenía brazos delgados y manos pequeñas con las uñas apenas largas. De vez en cuando se acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja en un gesto casi involuntario. Llevaba poco maquillaje, aunque no lo necesitaba para nada. Su piel era blanca, tirando a pálida y todavía conservaba algunas pecas de la



época de adolescente. Ella se puso de pie para beber un poco de agua. Jon continuó contemplándola a sus anchas, olvidándose por un momento de que Caleb y Meredith también estaban allí. La falda estrecha de color azul marino se le movía al compás de las caderas. Los zapatos de tacón que llevaba la hacían lucir más alta, aun así no pasaba del metro sesenta. Sin darse cuenta, soltó un suspiro. Era su segundo día de trabajo, la había visto ya luciendo aquel atuendo

elegante y formal, sin embargo, le pareció que la estaba viendo por primera vez.

El grito de Meredith puso fin a sus pensamientos.

—¡Oh, por Dios! ¿Erin?

Jon tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

Desde un rincón, Kate observaba como él y la mujer que acababa de llegar se daban un abrazo que parecía no terminar

jamás.

\* \* \*

Jon seguía sin soltar a Erin mientras los demás observaban la escena con curiosidad. Kate más que los demás.

—¿Por qué no me avisaste que venías? Me habría encantado ir a recogerte al aeropuerto. —Jon la apartó y la contempló de arriba abajo—. ¡No has cambiado nada!

—¡Jon, ni que lleváramos años

sin vernos! Pasó solo poco más de cuatro meses desde el bautizo de Parker —le recordó ella al tiempo que se prendía al brazo masculino—. Aunque eso de que no he cambiado, no te lo creo. La maternidad suele causar algún que otro estrago en la silueta femenina, y yo no soy la excepción.

Kate no veía ningún cambio en su figura. Erin Campbell era una mujer bellísima. Llevaba unos pantalones vaqueros y un *sweater* anaranjado con cuello cisne. Un

soberbio rodete en lo alto de la cabeza le dejaba el rostro completamente despejado. No pudo evitar sentirse celosa. ¿De verdad se parecía a ella? Volvió a posar los ojos en la visita. Ambas tenían el cabello rubio y los ojos azules. No encontró ningún otro rasgo similar. Además, aunque le costara aceptarlo, Erin era mucho más bonita y sofisticada que ella.

Saludó a Meredith y Caleb también con cálidos abrazos. Luego puso toda su atención en la

muchacha que no paraba de mirarla desde que había llegado.

—¿Eres nueva?

Kate iba a responder, pero Jon se acercó y se puso al lado de Erin. Parecía embobado con ella.

—Erin, te presento a Kate Giordano, es nuestra flamante incorporación. Es criminóloga, especialista en delitos sexuales. La situación de Sheena nos puso en un aprieto, así que tuvimos que reclutarla para que nos dé una mano.

—Un placer, Kate. Soy Erin Campbell y solía trabajar aquí. — Su brazo quedó extendido durante unos cuantos segundos antes de que Kate por fin le estrechara la mano.

—Lo mismo digo — respondió, forzando una sonrisa.

—¿Cómo va todo por aquí? ¿El bebé de Sheena ya ha nacido?

—Erin se dirigió al sillón y se sentó. Cruzó una pierna encima de la otra y se llevó la mano al mentón.

—Está en eso —fue Meredith quien le contestó—. El doctor dice

que nacerá la semana que viene. Sheena está encantada porque coincide con el cumpleaños de su madre.

—Pasaré a verla antes de volver a Kansas.

Jon se sentó a su lado.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Regreso mañana mismo. Querría poder quedarme más, pero a Parker le han empezado a salir los dientes y está muy irritable. Mimie es un sol, pero conozco a mi hijo y



se vuelve muy chillón si yo no ando cerca —contó antes de soltar un suspiro.

—¿Y Tyler?

Kate pensaba que nunca le preguntaría por su esposo.

—Mejor que nunca. Es un padre maravilloso, aunque se empeña en malcriar a Parker a mis espaldas. Por si fuera poco, se complota con su hermano para hacerlo. Le han llenado la habitación de juguetes y balones de fútbol, ¡hasta Rick le ha regalado su

colección de muñecos de *Star Wars*! —se quejó al tiempo que esbozaba una sonrisa. Miró a los demás—. Supongo que vendrán mañana a mi firma, ¿verdad? Es a las diez.

—Por supuesto, no me la perdería por nada del mundo —aseguró Meredith.

—Ni yo —concordó Caleb.

—Sabes que allí estaré. —Jon le rozó la mano—. Como siempre.

Erin se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

Kate se preguntó si ellos tres no estarían de más. Era evidente que había una relación bastante cercana entre Jon y Erin. Bastaba verlos juntos para darse cuenta de lo mucho que se querían.

Un pitido proveniente de uno de los ordenadores acabó con aquella conmovedora escena.

Jon se acercó al escritorio y leyó el informe que le acababa de llegar. Después del asesinato de Bonnie Trevors había solicitado que lo pusieran en alerta si ocurría

algún hecho similar. Se pasó la mano por el cabello y respiró hondo. Los demás supieron que algo no andaba bien.

—Anoche ha desaparecido una muchacha en Burke. Kimberley Abrams, de diecisiete años. —Les mostró una foto—. El parecido con Livy y Bonnie es demasiado grande como para ignorarlo. Hablaré ya mismo con la policía del lugar para hacernos cargo de la investigación.

Caleb regresó a su silla y comenzó a teclear en el ordenador.

—La noticia aún no se ha filtrado a la prensa —informó tras recorrer *on-line* las diferentes portadas de los periódicos locales.

—Contamos con la ventaja de que Kimberley aún puede estar viva. Han pasado menos de doce horas desde que desapareció —repuso Kate.

—Tienes razón, debemos movernos rápido. Caleb, consigue su registro telefónico. Meredith, apenas me ponga en contacto con la policía local, encárgate de las

evidencias. Kate y yo interrogaremos a la familia.

Desde que les había llegado la noticia, Erin había pasado a un segundo plano y observaba todo desde un rincón. Dejó escapar un suspiro. Por un segundo tuvo la sensación de que el tiempo había vuelto atrás.

—Erin, ¿dónde te hospedas?

—En el Dupont.

—Esta noche cenaremos juntos. Pasaré por ti a las siete. — Levantó el teléfono—. Pediré un

auto para que te lleve.

—Jon, no es necesario —lo interrumpió—. Me gustaría dar un paseo antes de regresar al hotel.

—¿Segura?

Erin asintió. Luego se despidió de todos, arrancándoles la promesa de que irían a la firma de libros la mañana siguiente. Incluso logró que Kate aceptara ir también.

Después de que la policía de Burke accediera a dejar el caso de la desaparición de Kimberley Abrams en manos del FBI, cada

cual se abocó a realizar su trabajo.

A Kate y Jon les tocaba acercarse al lugar para hablar con los padres de la muchacha. No bien puso un pie dentro del Nissan Pathfinder, Kate recordó la carta de Shadows. Con el revuelo que había causado la inesperada visita de Erin, se le había pasado mencionarle el asunto a Jon.

—¿Pudiste hablar con tu hermano finalmente?

Le sorprendió la pregunta.

—No, no había nadie en la



casa. No sé dónde diablos se pudo haber metido. No ha salido de la ciudad, todas sus cosas estaban allí.

—Si quieres, puedo hablar con un amigo para ver si puede hacer algo —se ofreció él echando a andar el auto.

—Ni se te ocurra. Si Daryl ve a un policía, es capaz de salir corriendo. No te lo he contado, pero en la época en la que se drogaba, se metía en líos y lo detuvieron un par de veces. —Sonrió—. Agradezco tu ayuda, pero

supongo que aparecerá tarde o temprano, como siempre lo hace. Espero que dé señales de vida antes del fin de semana. Quiero llevarle buenas noticias a mamá.

—¿Irás a Chesapeake entonces?

Ella asintió.

—Me gustaría pasar un día a saludar a tus padres.

Kate pensó que había dicho aquello sin siquiera pensarlo o, peor aún, para ser condescendiente con ella. Jamás se habría imaginado

la verdadera razón que se escondía detrás del comentario.

Jon le estudió la expresión del rostro, y esperó en vano que ella le dijera que podía acompañarla ese mismo fin de semana. Que no lo hiciera, solo confirmaba sus sospechas. Llevaría al tal Fraser en su lugar.

—Jon.

Él alzó las cejas.

—Dime.

—He recibido otra carta de Craig. —Sacó el sobre del interior

del bolso y se lo mostró.

Se movió inquieto. Seguía sin gustarle que Shadows le escribiera.

—¿Qué te dice esta vez?

Kate se ladeó hasta quedar frente a él. Al hacerlo, la falda le trepó unos cuantos centímetros por encima de la rodilla. Ella ni reparó en aquel suceso. En cambio, a Jon le costó apartar los ojos de aquella parte de la anatomía femenina.

—Quiere que lo llame por teléfono —le soltó a boca de jarro.

Eso sí que provocó que Jon

levantara la vista.

—Por supuesto, no pensarás hacerlo. —Fue imposible adivinar qué pasaba en ese instante por la cabeza de Kate. Temía la respuesta que pudiera darle.

—Tengo que hacerlo. Mucho más ahora que ha desaparecido otra muchacha. Espera mi llamada mañana a las diez. —Entonces recordó que la hora coincidía con la firma de libros de Erin. Perfecto, sin querer, Craig Shadows le había dado una excusa excelente para no

asistir.

Jon le clavó la mirada.

—¿Qué seguirá después? ¿Una visita a la prisión? —preguntó sin disimular el sarcasmo.

—No exageres. —Guardó la carta en el bolso y se cruzó de brazos.

—Sé que nada va a impedir que lo hagas, pero no olvides que nadie más en el FBI sabe de tu “relación” con Shadows, cualquier error o infidencia puede costarnos el trabajo. La conversación será

monitoreada seguramente, así que mucho cuidado con lo que dices.

—No te preocupes, Jon, no voy a meter la pata.

—Creo que será mejor que yo esté presente —dijo de repente—. No podemos hablar desde Quantico, sería demasiado arriesgado. Lo haremos desde tu casa. ¿Te parece bien?

¿Cómo podía negarse? Sonrió para sus adentros cuando comprendió la magnitud de lo que acababa de suceder. Jon estaría a su

lado cuando hablara, por primera vez en trece años, con el asesino de su hermana. Reprimió las ganas de darle un abrazo. Había otro detalle que la llenaba de alegría: si Jon se quedaba con ella, no iría a la firma de libros de Erin.

Se hundió en el asiento y se perdió en sus propios pensamientos durante el resto del viaje.



## Capítulo 17

Craig caminaba rápidamente de un extremo al otro del patio de la prisión. Los guardias que lo vigilaban se preguntaban qué le sucedía. Dudaban de que su estado de ansiedad se debiera a que se acercaba el día de visitas. Las dos únicas personas que iban a verlo, aparte de su abogado, eran su hermano menor y su novia.

Lo vieron detenerse de repente. Al voltearse, descubrieron

por qué. Uno de los funcionarios que se encargaba de tramitar los pedidos de los convictos se acercó y pidió hablar con él.

—Shadows, acaban de confirmarme que mañana a las diez en punto recibirás una llamada. Hablaré con los muchachos para que te saquen unos minutos antes de tu celda —le dijo con aire compasivo.

El rostro siempre empaldecido de Craig se iluminó con una sonrisa. Observó al hombre

que tenía frente a él por encima de las gafas. Tenía más aspecto de sacerdote que de funcionario judicial. Antes de que se fuera, musitó:

—Gracias.

Desobedeciendo las reglas, le dio una palmadita en el hombro.

—De nada, muchacho.

Los guardias reaccionaron inmediatamente.

—No debería hacer eso, señor Graves.

—Ese pobre hombre será

ejecutado en un par de semanas y mucha gente allí fuera duda de que sea culpable; además parece inofensivo. ¿Qué daño podría causarme?

Los guardias no estaban tan seguros. Uno de ellos lo escoltó hacia la salida y regresó luego con su compañero.

—¿Crees de verdad que sea inocente?

El más joven se encogió de hombros.

—Solo él y Dios pueden

saberlo.

Ajeno a aquella charla, Craig continuaba vagando por el patio, aunque más tranquilo. Había conseguido que *Themis* aceptara hablar con él.

Que fuera a verlo a Greensville sería el siguiente objetivo.

\* \* \*

Missy Lisbon trataba de consolar a la angustiada madre de

Kimberley, pero la verdad era que ella no se encontraba mejor.

—Señora Abrams, necesitamos que nos cuente todo lo que recuerde sobre lo sucedido anoche antes de que su hija desapareciera —le pidió Jon tras varios segundos de silencio. A su lado, Kate intentaba tomar distancia de la situación. No le resultaba sencillo olvidar que años atrás su propia madre había estado en el lugar de Shirley Abrams.

—Yo le pedí que sacara la

basura porque siempre se olvidaba.  
—Sus manos temblorosas  
estrujaban un pañuelo de papel.

—¿Qué hora era?

—Cerca de las diez.

—¿Dónde estaba usted cuando  
Kimberley salió de la casa?

—Dándome un baño.

—¿Qué sucedió después?

—Cuando terminé, pasé por su  
habitación para preguntarle si había  
sacado la basura. No la encontré.  
Bajé a la cocina; la puerta que da al  
patio estaba abierta. La llamé, pero

no respondió. La busqué por toda la casa y supe entonces que algo pasaba. Llamé a Missy porque Kim a veces solía ir a su casa sin avisar, tampoco estaba allí. Ella me ayudó a contactar a sus otras amigas. — Apretó la mano de la muchacha—. Nadie la había visto. Regresé y llamé a la policía.

—¿Notó algo diferente antes de la desaparición de su hija? — Fue Kate quien formuló la pregunta.

—Missy me ha dicho que vio a un sujeto extraño la semana pasada.



Kate miró a la mejor amiga de Kimberley Abrams.

—¿Cuándo lo has visto exactamente?

—Fue el sábado por la tarde. Lo vi desde la habitación de ella. Estaba en un auto frente a la propiedad de los Froggat. Ella mencionó que creía que lo había visto antes.

—¿Recuerdas el modelo del auto? —preguntó Jon.

—Era de color oscuro y pequeño. Lo siento, no sé mucho de

autos —añadió.

—No te preocupes. —Kate le sonrió—. ¿Qué hay del hombre que lo conducía? ¿Pudiste verlo?

—Llevaba una gorra y lentes oscuros; parecía joven, aunque no estoy muy segura.

Kate y Jon se miraron. La descripción se acercaba bastante a la del sujeto que había sido visto con Bonnie Trevors un par de semanas antes de desaparecer.

—¿Cuánto tiempo estuvo vigilando la casa?

—No mucho, agente Kellerman. Después de que lo descubrimos, bajamos a comer algo. Cuando regresamos a la habitación de Kim, ya se había marchado.

—Vamos a intentar algo que quizá te ayude a recordar algún detalle, ¿te parece?

Ella asintió tímidamente.

—Bien. Quiero que cierres los ojos y respires hondo.

Missy obedeció.

—Ahora expulsa el aire muy

suavemente.

Kate observaba como Missy se iba relajando a medida que él le hablaba.

—Es sábado por la tarde y te encuentras en la habitación de Kimberley de pie junto a la ventana. Dime qué ves.

—El cielo está plomizo, parece que va a llover. —Hizo una pausa—. Hay un hombre dentro de un auto que está mirando hacia la casa.

—Observa el auto con

atención. ¿Cómo es?

—Es color azul. Tiene dos enormes faros en la parte delantera. Uno de ellos está roto.

—Bien, ahora concéntrate en el hombre que está dentro del auto. ¿Qué es lo primero que te llama la atención de él?

—Su gorra. Le cubre parte del rostro. Lleva gafas de sol y bigotes.

—¿Qué más?

—Nada más. Kim y yo bajamos a la cocina porque tenemos hambre. Volvemos a la habitación

unos minutos más tarde y ya se han marchado.

—De acuerdo. Ya puedes abrir los ojos. —Jon le sonrió—. Lo has hecho muy bien.

La muchacha asintió y dejó que la madre de Kimberley la abrazara.

—Tráiganme a mi hija de vuelta, agentes. Es lo único que tengo en la vida —pidió al borde del llanto.

A Kate se le hizo un nudo en la garganta. Volvió a pensar en su

madre y en Livy. Jon percibió que estaba angustiada y le buscó la mano. La apretó con fuerza. Ella lo miró. Le temblaban las piernas. Había pensado que como agente del FBI podía ser capaz de enfrentarse a aquella situación sin resultar afectada; se había equivocado. La desaparición de Kimberley Abrams no había hecho más que remover en su pasado. Jon la sacó rápidamente de allí y una vez dentro del auto le preguntó cómo se sentía.

Kate expulsó el aire contenido

en los pulmones y cerró los ojos por un instante.

—Fue como volver el tiempo atrás. La misma incertidumbre, la misma desesperación. Perdón, no pensé que me fuera a impresionar tanto.

—No te preocupes. Es mi culpa, no tendría que haber dejado que me acompañaras. Debí imaginar que algo así podría suceder —se reprochó a sí mismo.

—Te he dicho que no quiero que me protejas —le recordó—. Ya



no soy una niña, Jon.

Él tragó saliva. Por supuesto que se daba cuenta de que ya no lo era, aun así, sentía una enorme necesidad de cuidarla.

—Parece que se trata del mismo hombre —comentó ella antes de que, una vez más, el incómodo silencio se instalara entre ambos.

Él asintió.

—Si seguimos la hipótesis de que el asesino es alguien que quiere liberar a Shadows de la muerte, no

necesitamos buscar muy lejos.

—¿Estás pensando en su hermano? Bradley no coincide con la descripción del barman, tampoco con la de Missy Lisbon.

—No me preocuparía demasiado por ese detalle —repuso Jon concentrado en sus pensamientos—. Sabemos que las dos únicas personas que lo visitan en prisión, además de su abogado, son Bradley y su novia. No sería descabellado pensar que Craig ha tramado los homicidios con su

ayuda.

—Una razón más para seguir en contacto con él —alegó Kate defendiendo nuevamente su postura.

—¡No sé qué voy a hacer contigo! ¿Sueles salirte siempre con la tuya?

Ella comenzó a morderse el labio inferior. Ya no era una chiquilla, pero aquel gesto la hacía ver como una. Le inspiraba ternura... y algo más. Metió la llave en el encendido y puso el auto en marcha antes de cometer una locura

de la cual seguramente se arrepentiría después.

Decidió llevarla directamente a su casa. Podían prescindir una tarde de ella en Quantico. Condujo por Spillway y, cuando viró hacia Whitewater Drive, Elliot Fraser se hallaba en el porche esperándola.

Estacionó frente a la propiedad y apagó el motor.

—Mañana te presentarás temprano como siempre. Antes de las diez nos iremos, así puedes hablar con Shadows sin correr

ningún riesgo.

No le gustó la frialdad que le notó en el tono de voz.

—Dijiste que lo haríamos desde aquí.

Volvió a encender el motor.

—¿Crees que no habrá nadie en tu casa a esa hora? —preguntó al tiempo que miraba de mala manera a Elliot Fraser.

—Tranquilo, me aseguraré de que se marche antes de las diez — le respondió con toda la intención de fastidiarlo.

Jon respiró hondo. Le estaba costando, y mucho, disimular que no le agradaba en lo más mínimo descubrir que Kate pasaría la noche con su *novio no tan secreto*.

—Te veo mañana entonces — dijo cortante.

Kate se bajó tan rápido como pudo. Cerró la puerta y se volteó con la intención de despedirse de él, pero Jon no le dio tiempo de hacerlo. Apretó el acelerador y se alejó a toda velocidad del lugar.

Se quedó allí parada hasta que

vio desaparecer el Nissan Pathfinder. La voz de Elliot la trajo de nuevo a la realidad.

\* \* \*

—¿Vas a decirme qué te pasa o tendré que echar mano a mis oxidadas dotes de psicóloga forense para averiguarlo?

Jon dejó la copa de vino sobre la mesa. Había esperado aquel momento durante meses y ahora estaba arruinándolo. Era evidente

que no era buena compañía para nadie esa noche.

—Perdona, Erin, no sé qué me pasa. Debe de ser el *stress* del trabajo; la investigación está en un punto muerto y otra adolescente ha desaparecido.

Erin sonrió. Lo conocía demasiado bien como para tragarse ese cuento. Le ocurría algo más, y no se marcharía sin saber lo que era.

—¿Olvidas que he trabajado contigo? Sé cuándo te preocupa un



caso y cuándo te inquieta otro asunto.

¿Inquietud? ¿Era eso realmente lo que sentía? Era patético que ni siquiera él mismo pudiera descifrar qué le sucedía.

—Si no es trabajo, que estoy segura de que no es —comenzó a decir Erin—, es algo personal. ¿Se trata de Colleen?

Jon negó con la cabeza antes de beber el último sorbo del excelente Grenache que les había recomendado el *sommelier*.

—No, ella está bien. Becky crece sana y fuerte. —Sacó la billetera y la extendió por encima de la mesa.

Le dio ternura que le mostrara la fotografía de su sobrina. Se le parecía tanto. Tenía sus mismos ojos verdes.

—En mi oficina tengo la foto del bautizo que me enviaste —le contó—. Supongo que Parker también ha crecido mucho.

—Sí, creo que heredará la altura del padre. Lamento no

haberlo podido traer conmigo para que lo vieras. —Esbozó una sonrisa—. No te quedará más remedio que ir a Kansas. Tal vez cuando todo esto termine puedas pasar unos días en casa. Parker y Tyler estarán encantados de verte.

Sonaba bien, sin embargo, no le apetecía alejarse de Virginia.

—No te veo muy entusiasmado —comentó ella estudiándolo desde el otro lado de la mesa—. ¿Acaso hay algo que te retenga aquí?

Jon guardó la foto dentro de la

billetera y la dejó junto a la botella de vino.

—¿Qué podría retenerme aquí? —retrucó. Intentó poner cara de póker, pero con Erin era imposible.

—Una mujer —le soltó.

Jon carraspeó. Había planeado una cena tranquila con una querida amiga a quien no veía desde hacía tiempo. Nunca sospechó que aquella reunión se convertiría, lisa y llanamente, en un interrogatorio.

—Se trata de Kate, ¿verdad?

Se quedó atónito. ¿Cómo lo había descubierto?

—Me di cuenta esta mañana de que algo pasaba entre ustedes. Es una mujer bonita y encantadora, creo que no podrías haber elegido mejor.

—¡Espera! ¿Qué dices? No pasa nada entre Kate y yo.

—¿Estás seguro?

No lo estaba, pero no iba a reconocerlo, mucho menos delante de ella.

—No habría nada de malo en

que tú y ella tuvieran algo.

—Conozco a Kate desde que era prácticamente una niña. Investigué el homicidio de su hermana hace trece años —le aclaró, esperando quitarse de la cabeza la absurda idea de que Kate y él pudiesen estar juntos algún día.

—Lo recuerdo, la chica que fue estrangulada con una cuerda de guitarra.

Jon asintió.

—Bueno, pero, como te habrás dado cuenta, la niña creció y se

convirtió en una hermosa mujer — lo observó por encima de la copa.

El soltó una carcajada.

—Creo que tu nuevo rol de escritora de novela romántica te ha nublado el juicio —bromeó.

—Para nada. Kate Giordano te gusta y tú le gustas a ella. Cualquiera lo puede ver, no es necesario escribir novelas románticas para darse cuenta —replicó.

—Te equivocas, Erin. Kate tiene novio.

No se lo esperaba. Esa misma mañana habría jurado que la muchacha se derretía por Jon. La manera en que lo miraba... ¡si hasta se había puesto celosa de ella! No le cerraba que ahora Jon le dijese que tenía novio.

—Eso no es verdad.

—Lo es. Se llama Elliot Fraser y trabaja con ella en el *Burke Herald* —le informó.

—¿Kate trabaja además en el periódico?

Había cometido un descuido.



Tenía que arreglar su torpeza antes de que el olfato detectivesco de Erin entrara nuevamente en acción.

—Trabajaba. Dejó el empleo cuando ingresó al FBI.

—Entiendo —dijo no muy convencida aún. Decidió arremeter con otra pregunta—: ¿Y el único motivo que te impide acercarte a ella es ese novio?

No le respondió enseguida porque no supo qué contestarle. ¿A quién trataba de engañar? Apenas conocía al tal Elliot Fraser. Había

cruzado un par de palabras con él, Sin embargo, le caía peor que una patada en el hígado. Le daba rabia pensar que mientras él estaba allí, tratando de esconder sus sentimientos, Kate dormiría con otro hombre.

Aunque le costara reconocerlo, los celos lo estaban carcomiendo. Más allá de Fraser y de la diferencia de edad que existía entre ellos, comprendió que Erin estaba en lo cierto.

Kate le gustaba. Le gustaba

mucho.

## Capítulo 18

Beth apartó la vista de la televisión para observar el reloj. Casi las ocho. No esperaba a nadie. ¿Quién estaría llamando a la puerta? Se levantó del sillón y con paso cansino se dirigió a abrir.

¡Cómo sea uno de mis ex, me va a oír! Pensó al tiempo que se estiraba para espiar por la mirilla de la puerta.

Se sorprendió cuando descubrió de quién se trataba.

—¡Kate, cielo, qué sorpresa!  
Ella le sonrió.

—¿Tienes tiempo para una amiga que necesita consejo?

—Siempre. —La asió del brazo y la arrastró hacia el salón. Apagó la televisión y se dirigió hasta el minibar.

—Te voy a servir un *cognac*, creo que te hace falta.

Kate lo aceptó con ganas y bebió el primer sorbo hasta que sintió que le quemaba la garganta.

Beth se le sentó al lado y

disparó la primera pregunta.

—¿Qué sucede?

Kate subió una pierna en el sofá. Balanceó la copa y, por unos cuantos segundos, se concentró en el líquido oscuro moviéndose. Levantó la vista y suspiró.

—Elliot ha venido a casa esta noche y le he pedido que se fuera. Lo nuestro ya no funciona.

Beth abrió la boca en un gesto de sorpresa.

—¿Terminaste con él?

—No tenía sentido que

siguiéramos juntos, Beth. Él pretendía más de lo que yo estaba dispuesta a darle.

—No estás enamorada de él.

Kate negó con la cabeza.

—¿Cómo lo tomó?

—No muy bien, aunque presumo que solo herí su orgullo de macho al dejarlo. Tampoco creo que estuviera enamorado de mí realmente —arguyó, tal vez, para sentirse menos mal.

Beth le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Bueno, cielo, si la relación no iba a ninguna parte, fue lo mejor que pudiste hacer. Celebro que hayas tomado la decisión cuando debías; si yo hubiese hecho lo mismo, me habría ahorrado muchos dolores de cabeza con mis ex.

Kate sonrió. Se sentía aliviada de que Elliot ya no formara parte de su vida. Estaba segura de que venía madurando la decisión desde hacía tiempo, pero solo en ese momento se había animado a dar el paso definitivo.



—Ahora dime; ¿dejaste a Elliot porque no querías una relación más comprometida o hay algo más que yo no sé?

Kate bebió otro sorbo.

—¡Ay, Beth! ¡Mi vida amorosa es un verdadero desastre! —dejó la copa en la mesita, luego tomó el cojín que tenía en su espalda y se lo colocó sobre el regazo—. Estuve con un hombre al cual no amo por casi tres meses, ¿y sabes qué es lo peor de todo?

Beth movió la cabeza,

negando.

—Que he estado enamorada de un imposible desde que tenía quince. —Era la primera vez que se animaba a decir aquello en voz alta.

—¿Lo conozco? —La confesión de Kate había despertado su curiosidad.

—Sí, es Jon... Jon “Sin Hache” —respondió antes de soltar un profundo suspiro.

Su amiga frunció el ceño.

—¿Te refieres al agente Kellerman?

—El mismo.

—¡Nunca mencionaste que lo conocías desde antes! —le reprochó.

—Él investigó el homicidio de mi hermana hace trece años. Estuvo al lado mío y de mi familia durante todo aquel terrible proceso, incluso me acompañó a la corte a declarar durante el juicio. Luego se marchó y no volví a verlo hasta hace unos pocos días.

—¿Y estuviste enamorada de él durante todo este tiempo?

Ella asintió.

—¿Soy patética, verdad?

—Para nada, cariño. ¿Él lo sabe?

Kate se encogió de hombros.

—Deberías decírselo.

—¡Jamás! —saltó la más joven.

—¿Por qué?

—Porque Jon está en la misma situación que yo, Beth —señaló—. Una de las chicas en Quantico me contó que lleva años enamorado de la misma mujer. Se llama Erin

Campbell, es escritora. Ahora vive en Kansas, está casada y tiene un hijo, pero es evidente que aún la ama. Vino a Washington para una firma de libros. Deberías haber visto cómo se puso Jon cuando ella apareció esta mañana en la oficina.

Beth percibió que su amiga no la estaba pasando bien.

—Insisto en que tienes que decirle lo que sientes por él, cielo.

—No puedo, Beth. No solo es por Erin, tengo la sensación de que Jon ha erigido una barrera entre los

dos y que no me va a dejar traspasarla fácilmente. —Se recostó en el sillón—. Supongo que todavía me ve como a esa niña que conoció hace trece años y a la que ayudó a superar el peor momento de su vida.

—Perdona que te lo diga, pero si el apuesto agente Kellerman piensa eso, es un tonto. Eres una mujer y deberías demostrárselo para que el concepto le quede más que claro —le sugirió.

Kate no dijo nada. Se perdió

en sus pensamientos, dándole vueltas a las palabras de su amiga una y otra vez.

¿Demostrarle a Jon que era una mujer? Solo conocía una manera de hacerlo. ¿Se animaría a seducirlo sin poner en juego sus sentimientos?

Con Jon quería todo o nada, no valían las cosas a medias.

Se marchó del apartamento de Beth decidida a seguir su consejo.

\* \* \*

Viernes 28 de septiembre.

A diecisiete días de la ejecución.

Jon se quedó dormido, así que, después de una ducha rápida, desayunó una taza de café y un par de tostadas que casi se le quemaron.

Culpó a Erin de su insomnio. Después de abandonar el restaurante, habían ido a dar un paseo por el puente peatonal y el



tema saliente de la noche había vuelto a ser Kate. Se había animado a contarle que nadie en el FBI sabía que ella era *Themis* y mucho menos que seguía manteniendo contacto con Craig Shadows. De manera inteligente, Erin había sabido sonsacarle todos los detalles y así terminó también enterándose de que Kate hablaría en pocas horas con el asesino de su hermana por teléfono. No se había molestado por que no iba a asistir a la firma de libros, es más, le dijo que Kate lo iba a

necesitar más que ella esa mañana.

Se colocó la chaqueta y salió del apartamento. Cuando divisó a Irene al final del pasillo, trató de simular que no la había visto. Caminó de prisa hacia el ascensor y entró. Creyó que lo había logrado, pero la morena fue más rápida que él.

—¿Pensabas irte sin saludarme, Jon? —Se acercó a él —. Vi que llegaste más tarde de lo habitual anoche, ¿mucho trabajo?

¿Lo estaba controlando? ¿Con

qué derecho? Lo de ellos no había sido más que un buen revolcón. Por su conducta, Irene no pensaba lo mismo.

—Sí —mintió—. Ha habido otro asesinato.

—Lo lamento. —Ella puso cara de pesar. Ni lerda ni perezosa, se aproximó más a él, hasta que sus cuerpos entraron en contacto—. No paro de pensar en lo que sucedió la otra noche.

Soltó un suspiro de alivio cuando llegaron al piso de Irene.

Ella no pudo despedirse como hubiese querido porque una pareja de ancianos entró al ascensor, convirtiéndose así, en la campana de salvación de Jon.

Llegó a Quantico cerca de las nueve. Meredith y Caleb se hallaban ya en la sala de reuniones. No había señales de Kate por ningún lado. Se volteó rápidamente cuando escuchó la puerta abrirse a sus espaldas.

Kate entró y le lanzó una fugaz mirada antes de ubicarse en su

lugar. Vio el gafete con su foto colgando del bolsillo de su impecable chaqueta color gris perla. Supuso entonces que había pasado por la oficina de Drew Westmore. Verla después de haber descubierto sus sentimientos hacia ella no era sencillo. Necesitaba concentrarse en otra cosa, si no se volvería loco.

—Caleb, ¿pudiste obtener algo de los registros telefónicos de Kimberley?

—Nada relevante. Verifiqué

todas las llamadas. Usó el móvil por última vez el mismo día del secuestro, a las siete de la tarde para hablar con su amiga Missy Lisbon.

—Todo indica que, a diferencia de Bonnie, Kimberley no conocía a su raptor.

—Había huellas de arrastre fuera de la casa —puntualizó Meredith—. Nadie vio nada, pero un vecino afirma haber escuchado un auto pasar a gran velocidad más o menos a la hora en la que

Kimberley desapareció.

Jon asintió.

—Hablando de autos, buscamos un modelo pequeño, azul oscuro y con un faro roto en la parte delantera. Puede ser el vehículo en el cual se movilizaba el sospechoso. ¿Han enviado los de tránsito las cintas de vigilancia?

—Quedaron en hacerlo hoy.

—Bien. —Miró de soslayo a Kate. Ella escuchaba todo con atención, sin decir nada. Se dirigió hacia la pizarra y señaló la

fotografía de Craig Shadows—. Vamos a concentrarnos en la teoría más viable: alguien está tratando de hacernos creer que metimos al hombre equivocado en prisión. Repasemos lo que tenemos hasta ahora: Bonnie Trevors y Livy Giordano fueron asesinadas de la misma manera y sus cuerpos aparecieron en circunstancias similares, a un lado de la carretera.

—El asesino se quiso asegurar de que se relacionaran las dos muertes enviándole a Jon la foto de



Bonnie con una de las medallitas que llevaba Livy al momento de la desaparición —intervino Kate.

—Exacto. No hay nada todavía que pruebe fehacientemente que Shadows no mató a Livy Giordano. No se pudo hallar ADN en el cuerpo de Bonnie porque la lluvia destruyó cualquier rastro que el asesino pudo dejar. Hecho muy conveniente para él. También sabemos que fue maniatada con una soga de nylon mientras que Livy no tenía señales de ataduras —puntualizó Jon—.

Cada vez me convenzo más de que nuestro SuDes es cómplice de Shadows; solo existen dos personas que podrían secundarlo en semejante plan: su hermano y su novia.

Los demás concordaron.

—Hay otro detalle: al igual que su hermano trece años atrás, Bradley también tiene acceso al arma homicida. Sé que todavía sigue tocando y hace giras por todo el estado con su antigua banda. Han logrado incluso grabar un par de

discos —informó Kate—. Cuando Craig asesinó a Livy se comprobó que la cuerda con la que había sido estrangulada era de las mismas características que las de la guitarra de Bradley.

—¿Nunca fue considerado sospechoso? —preguntó Meredith.

—No, tenía una coartada sólida para la hora en la que Livy fue asesinada; estaba en un partido de básquet con un grupo de amigos y su novia. Pero ahora todo es diferente. —Jon hizo una pausa

para colocar dos fotografías al lado de la de Craig—. A partir de ahora, Bradley Shadows y Lana Hudson están en nuestro punto de mira. Quiero saber qué auto conducen y si tienen coartada para las noches en las que desaparecieron las víctimas. —Miró a Caleb—. Llama al juez y pídele una orden para conseguir las entrevistas que se hicieron fuera de Greenville, especialmente aquellas en las que salga Bradley. Citaremos al barman y a la amiga de Kimberley para que

vean los videos. —Se alejó de la pizarra—. No hay tiempo que perder, chicos. Todavía tenemos esperanza de hallar a Kimberley Abrams con vida.

Kate observaba nerviosa el reloj.

—La agente Giordano y yo debemos salir ahora, pero regresaremos antes del mediodía — anunció Jon.

—¿No irán a la firma de libros de Erin? —preguntó Meredith sorprendida.

Kate esperó a ver qué decía Jon para salir del paso.

—Haremos lo posible por llegar a tiempo.

La misteriosa salida de Jon y la nueva integrante del equipo de la Unidad de Ciencias de la Conducta se convirtió de inmediato en la comidilla de todos en Quantico.

Durante el viaje, Kate había recibido cuatro mensajes de texto de Elliot, los cuales prefirió ignorar. Llegaron a su casa cuando faltaban cinco minutos para las

diez. Craig le había dado el número y le había pedido claramente que fuera puntual. Ella creyó que se debía al régimen carcelario, sin embargo, empezaba a sospechar que era la manera que tenía Shadows de controlar la situación.

Se sentaron en el sillón de la sala sin decir nada. Prácticamente no habían cruzado palabra desde que habían salido de Prince William.

Kate se desabrochó la chaqueta para estar más cómoda.

Con gusto se habría quitado los zapatos, pero aunque estaban en su casa, optó por no hacerlo. Estaba nerviosa. Sus ojos azules saltaban del reloj al teléfono y viceversa.

Fue Jon quien acabó con la tensión del momento.

—Ya es hora.

Kate asintió. Leyó el número anotado en la carta una vez más y, con manos temblorosas, tomó el teléfono.

No respondieron enseguida. Luego una voz masculina le pidió



que se identificara. Cubrió el auricular con la mano y miró a Jon.

—Quieren que me identifique.

—Diles que eres Lana

Hudson.

Ella asintió. Mientras esperaba, lo buscó con la mirada. Agradecía tener a Jon a su lado en aquel momento.

Escuchó una pesada respiración al otro lado de la línea.

—Craig, soy *Themis*.

## Capítulo 19

Craig contuvo el aliento al oír la voz femenina. Desde que había comenzado a leer sus artículos en el *Burke Herald*, había barajado la posibilidad de que *Themis* fuese una mujer. En ese momento, no le había importado realmente quién se escondía detrás del seudónimo que hacía alusión a la diosa de la justicia. Lo único que buscaba era que alguien abogara por él en los medios. Descubrir ahora que se

trataba de una mujer le sumaba un interés morboso.

—*Themis*... por fin —musitó curvando los labios en una sonrisa.

—¿Cómo estás, Craig?

Le gustaba su voz. Era melodiosa y suave. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Ahora que hablo contigo mucho mejor. Cuando el guardia me dijo que quien llamaba era Lana pensé que me habías defraudado. — Hizo una pausa para respirar hondo. Le temblaban las piernas. ¿Qué

demonios le sucedía?—. No tenías que mentir, *Themis*.

Ella tardó en contestar y por un segundo creyó que le había cortado.

—Lo siento, Craig; prefiero mantener mi verdadera identidad en el anonimato.

—¿Nunca vas a decirme cómo te llamas? ¿No te parece justo que quiera saber tu nombre? Nuestro lazo es especial. Me diste la oportunidad que otros me negaron; creíste en mí.

¿Su nombre? Podría haber inventado uno cualquiera, sin embargo, hizo uso de su locuacidad. Sabía exactamente qué decirle para alimentar su ego y, de paso, evitar que insistiera en conocer su nombre.

—He sabido de otros detenidos en tu misma situación que no tuvieron esa oportunidad. Nadie los escuchó ni los ayudó. Tus cartas me llegaron al alma, Craig. Proclamabas tu inocencia con tanto ímpetu que no podía ignorarlas.

Él experimentó algo muy parecido a la excitación al oír aquellas palabras. Hacía años que no se sentía así, con la sangre corriéndole caliente por las venas y la adrenalina invadiéndole cada centímetro del cuerpo.

—No me equivoqué contigo; volví a tener esperanzas gracias a ti.

—No olvides a tu hermano y a tu novia, ellos también están luchando por probar tu inocencia.

—Aprecio su esfuerzo, pero

dudo de que alguien los escuche.

—¿Y crees que a mí sí me escucharán?

—Tú eres especial, *Themis*. No cualquiera se atreve a dejar en ridículo al FBI públicamente. Cuestionaste al agente Kellerman y a su investigación.

—El FBI todavía no anunció ante los medios que los homicidios de Livy Giordano y Bonnie Trevors estén relacionados —alegó ella.

—Nunca van a reconocer que se equivocaron, mucho menos el

soberbio de Jon Kellerman.

—¿Lo odias?

Craig apretó el cable del teléfono.

—Ese hombre arruinó mi vida. El homicidio de Livy fue su primer caso como jefe de la Unidad de Ciencias de la Conducta. Era joven, inexperto y estaba hambriento de demostrar que estaba hecho para llevar adelante la investigación. Vio en mí al sospechoso perfecto y ni siquiera se ocupó de buscar al verdadero responsable. Sé que



jamás va a aceptar que cometió un error. Él cree que metió al culpable tras las rejas, pero el asesino de Livy sigue suelto y disfrutando de una libertad que no merece.

—Craig, el ADN te comprometía seriamente con el crimen.

—Les expliqué una y mil veces que había tenido sexo con ella esa noche. Un experto que presentó mi abogado atestiguó en el juicio que era posible hallar restos de semen incluso muchas horas

después de haber mantenido relaciones sexuales. Por supuesto, su testimonio no fue tomado en cuenta por el jurado, prefirieron creerle a una estúpida niña de quince años que juró verme con Livy esa noche. Te juro que ella regresó sana y salva a su casa.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. ¿Crees entonces que la hermana de Livy mintió?

—Katie se equivocó. Estoy seguro de que fue influenciada por alguien para que dijera que era a mí a quien había visto esa noche irse con ella.

—¿Quién podría haber hecho semejante cosa?

—¿Quién más? ¡Jon Kellerman! —exclamó con rabia—. Mi abogado me dijo que se había vuelto muy cercano a los Giordano, que incluso acompañó a Katie a la corte el día que debía declarar.

—Craig, ¿tú sabes quién

asesino a Livy entonces?

—No lo sé. Si lo supiera, lo habría dicho hace tiempo.

—¿Por qué crees que volvió a atacar precisamente ahora, cuando están a punto de ejecutarte?

Él respiró hondo, tomándose un tiempo para responder.

—Tal vez lo que quiere es burlarse del FBI.

—Tienes que reconocer que el hecho de que se cometiera un nuevo homicidio solo beneficia a una persona.

—¿Crees que tengo algo que ver con la muerte de Bonnie Trevors?

—No he dicho eso.

—Pero lo sospechas.

—Como todos, quiero descubrir la verdad de lo que sucedió esa noche. Es lo único que va a ayudarte, Craig.

Notó su cambio de actitud.

—*Themis*, no me sueltes la mano, tú no.

—Si eres inocente, haré todo lo que esté a mi alcance para

demostrarlo —le aseguró.

Estaba dudando de él. Supo en ese momento que no soportaría perder su apoyo. La necesitaba a su lado.

—“Una injusticia hecha en perjuicio de uno solo es una advertida amenaza contra todos”. Es de Emerson, mi autor favorito.

Ella no hizo ningún comentario.

—Quiero conocerte, *Themis* —dijo de repente—. Estoy seguro de que cuando me veas a los ojos,

te darás cuenta de que siempre he dicho la verdad.

—No lo sé.

—¡Hoy es día de visitas, si tú quieres, puedo avisarle al guardia que vendrás a verme para que te dejen pasar! —Se detuvo cuando notó que sonaba demasiado entusiasmado—. Perdona, no quise presionarte. Puedes pensarlo y, si te decides a venir, te esperaré el próximo viernes, ¿de acuerdo?

—Está bien, lo pensaré.

Craig vio acercarse al guardia.

Los minutos que le concedían para sus llamadas telefónicas estaban a punto de concluir.

—Debo colgar ahora. —Bajó el tono de voz para que el guardia no lo escuchara—. Fue un placer hablar contigo por fin, *Themis*.

—Hasta pronto.

—Hasta el viernes —dijo él antes de colgar.

Se quedó mirando el teléfono durante unos cuantos segundos.

—Vamos, Shadows. Parece que esa noviecita tuya está loca por



ti. No se conforma con venir a verte esta tarde, también te llama por teléfono. —Soltó una carcajada—. ¡Es una pena que los condenados a muerte no puedan disfrutar del *bis a bis!*

Shadows hizo caso omiso a los irónicos comentarios del guardia y pidió ser llevado directamente a su celda a pesar de que todavía le quedaba otro rato de esparcimiento en el patio.

Se recostó en el camastro y cerró los ojos. La dulce voz de

*Themis* aún le resonaba en los oídos. Trató de adivinar cuál sería su aspecto. La imaginó joven, tal vez de unos treinta años. ¿Sería rubia o morena? Le iban más las de pelo oscuro. Como Livy. ¿Tendría pechos pequeños o grandes? Su respiración se volvió más pesada. Se llevó la mano hasta la zona de su entrepierna y comenzó a tocarse. Rápidamente, el recuerdo de Livy se mezcló con la imagen de *Themis* que había creado en su mente.

—Supongo que ahora sí me harás caso y desistirás de toda esta locura —dijo Jon inmediatamente después de que Kate cortó con Shadows—. No has conseguido nada de él y no hace falta que te diga que tienes terminantemente prohibido ir a verlo.

Ella lo miró. No quería que se diera cuenta de que todavía estaba temblando. Él tenía razón. Hablar con Craig había servido solamente

para comprobar una cosa: el odio que le tenía a ambos. Se le puso la piel de gallina al recordar el tono que había usado para referirse a ella; incluso la había llamado “Katie”.

—Se puso a la defensiva cuando le dije que creía que podía estar involucrado con la muerte de Bonnie —musitó.

—¿Qué esperabas? ¿Qué se confesara contigo?

No supo si estaba demasiado sensible o qué, pero tenía muchas

ganas de echarse a llorar. Que Jon le hablara de aquella manera, no le ayudaba en nada. Se hundió en el sillón y se cruzó de brazos. Durante los siguientes segundos, se quedó callada con la vista fija en un punto imaginario.

Jon se sintió un idiota. ¿Acaso nunca aprendería a tratar a las mujeres? Parecía que lo único que se le daba bien era vincularse con criminales. La conversación con Shadows le había afectado más de lo que quería aparentar. Kate

necesitaba su apoyo, no sus reproches. Se mesó el cabello y se acercó a ella.

—Kate, lo siento.

Se puso de lado para que no descubriera que estaba llorando. Entonces Jon la asió de la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—Sé que no ha sido fácil hablar con Shadows, pero entiende que ya es hora de que termines con este plan tuyo que no hace más que causarte daño.

Ella alzó la vista. A Jon se le

estrujó el corazón cuando descubrió sus lágrimas.

—Ven aquí.

La rodeó con los brazos y ella no opuso resistencia alguna. Apoyó la cabeza en el hombro masculino y cerró los ojos. Odiaba mostrarse débil frente a los hombres, sin embargo, con Jon todo era diferente.

Él comenzó a acariciarle el cabello con movimientos lentos. Era suave como la seda y olía a caramelo.

—Llora, Katie, que te hará bien.

Por un segundo, pareció que el tiempo había retrocedido trece años.

Ella se apartó y lo miró con sus penetrantes ojos azules. Parecía algo molesta.

—No me llames así, Jon —le pidió—. Ya no soy una niña.

Jon frunció el ceño. ¿A qué venía aquel planteo?

—Por supuesto que no lo eres.

—¡Entonces deja de tratarme



como si tuviese quince años! —Se levantó del sillón y se alejó de él. Estaba confundida. Había buscado el consuelo de Jon casi desesperadamente, pero le daba rabia que él viera todavía en ella a la adolescente que había conocido en el pasado. Se le erizó la piel de la nuca cuando escuchó que se acercaba. Se colocó detrás de ella.

—Perdóname, a veces me comporto como un imbécil. —Hizo una pausa y miró por la ventana. Llovía de nuevo—. ¿Recuerdas el

día que nos conocimos?

Ella asintió.

—Eras una jovencita de casi quince años que acababa de perder a su hermana de una manera atroz y, sin embargo, la pena no te derrumbó, te hizo más fuerte. Todo este tiempo guardé esa imagen de ti en mi memoria, por eso me cuesta verte como lo que eres: una mujer hermosa e independiente.

El corazón de Kate dejó de latir por una milésima de segundo. No había compasión o ternura en su

mirada, sino algo completamente diferente. Se mordió el labio inferior. Tenía ganas de arrojarse a los brazos, no precisamente para llorar, sin embargo, logró contenerse.

—¿Me perdonas por mi falta de tacto? Prometo no cometer el mismo error nunca más.

Kate se quedó prendada de los hoyuelos que se le asomaron alrededor de la boca cuando él sonrió.

—Te perdono, Jon “Sin

Hache” —dijo devolviéndole la sonrisa.

Él sonrió. Luego miró el reloj.

—La firma de Erin debe de haber terminado.

—Siento que te la hayas perdido por mi culpa.

—No te preocupes, era aquí donde quería estar.

Kate no dijo nada. La lluvia comenzó a caer con más intensidad y empañó los cristales de la ventana.

—Será mejor que regresemos

a Quantico —propuso Jon rompiendo la magia del momento.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Sí, es lo mejor. —Se abrochó nuevamente la chaqueta y revisó la contestadora antes de salir. No había ningún mensaje de su hermano—. No sé qué les diré a mis padres mañana cuando me pregunten por Daryl.

—Mi oferta de hablar con mi amigo sigue en pie —le recordó.

Una idea loca cruzó por la cabeza de Kate.

—Podrías hacer otra cosa por mí —le dijo en tono misterioso.

Jon alzó las cejas.

—¿Qué quieres que haga? —A esas alturas, y conociendo a Kate, le podría salir con cualquier locura.

—Acompáñame a Chesapeake mañana. Me sentiría más tranquila si estuvieras conmigo cuando tenga que contarles a mis padres que hemos reabierto el caso de Livy; sería horrible que se enterasen por la prensa. Comentaste el otro día que te gustaría volver a verlos, y

estoy segura de que ellos estarán encantados de recibirte. ¿Qué dices? —le soltó todo a borbotones.

—¿Ir a Chesapeake contigo?

—¿Tienes otros planes para el fin de semana? —¡Pues claro, tonta!, pensó. Seguramente Jon tenía cosas mejores que hacer que ir con ella a visitar a sus padres.

La propuesta de Kate lo tomó desprevenido. No tenía planes, salvo pasar la tarde del sábado en el gimnasio. No supo exactamente

qué lo llevó a aceptar la invitación; tal vez lo había hecho porque tenía la ligera sospecha de que si él no la acompañaba, lo haría su novio o porque había decidido hacer caso a los consejos de Erin y trataría, por fin, de averiguar qué era lo que sentía realmente por Kate.

Regresaron a Quantico, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

\* \* \*



Kimberley no paraba de llorar. Arrebujada en el sucio colchón, su cuerpo se sacudía en fuertes convulsiones. Tenía las manos atadas por delante y una mordaza en la boca. Acababa de despertarse. Le habían dado un poco de agua antes de que se quedara dormida. Se tocó la entrepierna. Todavía le dolía. Apretó los ojos con fuerza. El olor rancio de la humedad se mezclaba con el de la sangre. Aquel cerdo se le había arrojado encima y la había lastimado. No pudo verle

la cara porque llevaba una máscara. Solo recordaba el sonido de su voz; jamás lo olvidaría.

La oscuridad alrededor era aplastante. Era imposible dilucidar si era de día o de noche, tampoco podía saber cuántas horas llevaba encerrada.

Pensó en su madre y en Missy. Nunca la encontrarían allí. La única certeza que tenía era que ya no volvería a verlas.

Todo el cuerpo se le paralizó cuando escuchó pasos en la

habitación de arriba. Él había vuelto. Hizo el intento de ponerse de pie, pero no lo logró. Estaba demasiado aturdida como para coordinar los movimientos. Exhausta, volvió a recostarse en el colchón.

Al sentir el chirrido de la puerta, el corazón le empezó a latir más ligero. Lo oyó acercarse. Percibió su olor. Lo buscó en medio de las sombras, pero su rostro seguía siendo invisible para ella. Apretó los párpados cuando él

se arrodilló a su lado y la colocó boca abajo.

Mientras la penetraba violentamente y jadeaba encima de ella, Kimberley trató de pensar en cosas bonitas.

La tortura era interminable. Sintió su mano sudada acariciándole el rostro. Luego la asió con fuerza del cabello, tironeándola hacia atrás. El dolor era tan desgarrador que Kimberley solo deseaba morir.

Minutos después, se levantó y

volvió a dejarla sola.

¿Por qué no la mataba de una vez?

## Capítulo 20

—Tranquila, Missy, solo dínos si el hombre que viste fuera de la casa de Kimberley aparece en el video, ¿de acuerdo?

La muchacha miró a Jon con ojos asustados y luego prestó atención a la pantalla del ordenador que habían puesto frente a ella. Caleb era el encargado de mostrarle los videos.

Los del canal local de Burke les habían enviado todas las

grabaciones que habían hecho durante las manifestaciones a favor de Shadows a regañadientes. En varias de ellas, aparecía Bradley, y esperaban que los dos únicos testigos oculares que tenían pudieran hacer una identificación positiva.

—¿Reconoces a alguien? — preguntó Jon después de un par de minutos.

—¿Podría volver a ver el video anterior?

—Por supuesto —dijo Caleb

tocando un par de teclas.

Una multitud rodeaba a la cronista que en ese momento entrevistaba a Lana Hudson. Detrás de ella, aparecía Bradley Shadows. La cámara hizo varios acercamientos y Missy observó cada uno de aquellos rostros con atención.

Jon se dio cuenta de que la muchacha estaba haciendo un gran esfuerzo por intentar reconocer a alguien.

—¿Has visto al sujeto entre



esa gente?

—Es difícil —dijo volteándose hacia él—. Llevaba bigotes y una gorra que le tapaba parte de la cara; podría ser cualquiera.

Trató de disimular la frustración.

—Está bien, Missy. Gracias por haber venido.

—Lo siento, agente Kellerman.

—No te preocupes.

Salió al pasillo donde la esperaban sus padres.

Caleb congeló el video. En la imagen aparecía Bradley Shadows.

—¿Crees que tengamos más suerte con el otro testigo?

—Lo dudo. Probablemente, el bigote y la gorra deportiva sean los elementos que usó para camuflarse. Pongamos énfasis en el vehículo ahora.

—Los de tránsito no han encontrado nada todavía. Sabía perfectamente qué camino tomar para evitar las cámaras de vigilancia que hay instaladas en la

ciudad. Tiene que ser alguien que vive en Burke.

Jon asintió.

—Otro indicio que apunta a Bradley Shadows.

—Chicos, acaba de llegar el otro testigo —anunció Meredith asomándose a la puerta.

No se sorprendieron cuando Justin Gillespie tampoco pudo distinguir, entre los rostros que exponía la cámara, al hombre que había visto con Bonnie Trevors antes de su desaparición.

Cuando regresaron a la sala de reuniones, hallaron a Kate sentada frente al ordenador.

—¿Dónde se ha metido Meredith? —preguntó Jon dejándose caer en la silla.

Kate apartó la vista de la pantalla y lo miró.

—La llamaron con urgencia del laboratorio, parece que han hallado algo en el cadáver de Bonnie.

Aquella novedad puso en el rostro abatido del agente Kellerman

una sonrisa. Se quedó viéndola fijamente, lo que provocó que se sonrojara. Ella recordó que no estaban solos, así que optó por continuar hablando.

—Los de tránsito acaban de enviarnos los archivos de Bradley Shadows y Lana Hudson. Ninguno de ellos conduce un auto como el que ha descrito la amiga de Kimberley.

Jon se levantó de la silla y se acercó. Se colocó detrás de ella para leer lo que decía el informe.

—Aquí dice que Bradley conduce un Camaro Convertible color azul del 69 y Lana Hudson, un Volkswagen Lupo color rojo. Seguimos en las mismas —suspiró en un gesto de fastidio. Kate se estremeció cuando sintió su aliento caliente en la nuca.

—Bradley pudo haber alquilado otro coche para vigilar y secuestrar a Kimberley.

—Es muy posible. —Jon se apartó cuando se dio cuenta de que lo estaba haciendo de nuevo.

Buscaba cualquier excusa para acercarse a ella—. Le haremos una visita esta misma tarde. Caleb tú irás conmigo.

—De acuerdo.

Kate sabía que habría sido una imprudencia presentarse en casa de Bradley como agente del FBI, aun así, le habría gustado ser ella la que acompañara a Jon.

Caleb se sirvió un vaso de agua mientras los observaba desde lejos. A la misteriosa salida de esa mañana, ahora se sumaban miradas

y silencios sospechosos. Parecía que Meredith iba a tener razón después de todo. Kellerman y la nueva se traían algo gordo entre manos.

\* \* \*

Cuando la recepcionista le anunció a Kate que había alguien esperándola, se inquietó. Primero pensó en Elliot, quien no paraba de enviarle mensajes. Lo creía capaz de presentarse allí y armar un



escándalo, pero, de inmediato, otro pensamiento más terrible cruzó por su cabeza: Daryl.

¿Y si venían a avisarle que lo habían encontrado tirado en algún callejón, víctima de una sobredosis?

Atravesó el pasillo a toda prisa, con una intensa punzada aguijoneándole el pecho. Abrió la puerta y se detuvo en seco al ver a Erin Campbell.

—Hola, Kate.

Ella trató de recuperar el ritmo

normal de la respiración.

—¿Te encuentras bien? —Erin se acercó y la ayudó a sentarse—. Estás blanca como un papel.

—Sí, estoy bien.

—¿Segura?

Asintió con la cabeza.

—Esperabas ver a otra persona.

—Hace poco que empecé a trabajar aquí y no suelo recibir visitas. Me asusté cuando me dijeron que alguien había venido a verme. Mi hermano lleva días sin

aparecer y creí que lo habían encontrado —le explicó sin entrar en demasiados detalles, prefirió cambiar de tema rápidamente—. Pensé que habías regresado a Kansas.

—Mi vuelo sale a las seis. Vine a ver a Jon, pero me han dicho que no está. Me da pena marcharme sin poder despedirme de él.

—Él también lo lamentará mucho. Quería disculparme por no haber asistido a la firma de libros esta mañana.

Erin hizo un gesto con las manos, dándole a entender que no se preocupara.

—No faltará oportunidad. —  
Cruzó una pierna encima de la otra y la escudriñó con la mirada—. Dime, ¿cómo te sientes en tu nuevo trabajo? ¿Has conseguido adaptarte enseguida?

Kate rodeó el escritorio y se sentó.

—Trabajar en el FBI ha sido siempre mi sueño y, si no fuera por Jon, jamás lo habría logrado.

—Le debes mucho, ¿no?

Kate asintió. De repente, tuvo la sensación de que Erin quería indagar mucho más allá del plano profesional.

—Ha estado a mi lado en un momento muy doloroso de mi vida.

—Ese es nuestro Jon, como uno de esos príncipes de cuentos que siempre están dispuestos a luchar por la damisela en peligro.

A Kate le pareció graciosa la comparación.

—Ha sido mi mejor amigo por

años y también me tendió una mano cuando toqué fondo. La única vez que se alejó fue porque yo misma lo eché de mi lado. Jon significa mucho para mí.

—Para él también eres importante —comentó Kate con un nudo en la garganta.

—Lo sé. —Dejó escapar un suspiro—. Lamento no haber correspondido nunca a sus sentimientos, todavía me siento culpable de que no haya encontrado a alguien. Supongo que no es

ninguna novedad que Jon siempre me quiso. Todos en Quantico siempre apostaron a que él y yo terminaríamos juntos, ¡incluso mi madre pretendía convertirlo en su yerno!

—¿Nunca sentiste nada por él?

—No. Durante mucho tiempo preferí alejarme de todo y de todos. Renuncié al FBI, me mudé a Lexington con mi perro *Apollo* y comencé a escribir novelas románticas. No tenía planes de rehacer mi vida; sin embargo, el

destino me tenía preparada una sorpresa —alzó la mano y le mostró el anillo—. Conocí a Tyler, me casé y pocos meses después me convertí en madre. Y todo se lo debo a Jon. Por eso quiero que él también sea feliz; no solo para aligerar un poco la culpa, sino porque se lo merece.

La criminóloga no supo qué decir.

—Es un gran hombre. La mujer que conquiste su corazón será muy afortunada.



Kate carraspeó. No había que ser muy avispada para darse cuenta de que se estaba refiriendo a ella.

—No te esfuerces en ocultarlo.

Se hundió en la butaca. ¿Era así de transparente? ¿Quién más se habría dado cuenta de lo que sentía por Jon?

—Si lo amas de verdad, no lo dejes escapar. Jon suele ser bastante tozudo y créeme que tengo experiencia en tratar con hombres así. Le cuesta demostrar sus sentimientos. ¡Trabajamos juntos

por más de diez años, y jamás me dijo que estaba enamorado de mí!

—Yo lo quiero y estoy dispuesta a correr el riesgo. Aunque al mismo tiempo tengo miedo de darme la cabeza contra una pared y salir lastimada. —Suspiró hondo—. Nos conocimos cuando yo tenía quince años, ahora creo que eso me juega en contra. Él mismo reconoció que le cuesta verme como mujer.

—¡Patrañas! No es más que una excusa para ocultar lo que de

verdad siente. Lo conozco mejor que nadie y te puedo asegurar que él sí te mira como un hombre mira a una mujer. Además, tienes todas las armas para conseguir que se rinda a tus pies. Eres bonita, inteligente y, no te molestes por lo que te voy a decir, pero te pareces a mí y a Jon siempre lo volvieron loco las rubias —agregó en son de broma. Se puso de pie y se acomodó la falda—. Debo irme, le prometí a Sheena que pasaría a verla antes de marcharme.

Kate le sonrió. Lamentaba que Erin tuviera que regresar a Kansas justo cuando comenzaba a caerle bien.

—No le menciones nada a Jon de nuestra pequeña conversación, se moriría de la vergüenza si supiera que hemos estado hablando de él. Fue un placer conocerte, Kate. Espero verte en Wichita para el cumpleaños de Parker, eso sí, prendida del brazo del agente Kellerman —dijo al tiempo que le guiñaba el ojo.

Trataría de hacer todo lo que estuviera a su alcance para lograrlo. Si había tenido algún reparo antes, las palabras de Erin habían terminado de darle el empuje que necesitaba para animarse.

Si Jon no daba el primer paso, lo daría ella.

\* \* \*

—Qué raro que un hombre de su edad todavía siga viviendo en la

casa paterna —comentó Caleb mientras subía las escalinatas que daban al porche.

Jon se plantó frente a la puerta y tocó el timbre. Lo hizo tres veces más hasta que por fin fueron atendidos.

Bradley Shadows ni siquiera se inmutó cuando los vio.

Jon sacó la placa y se la colocó delante del rostro.

—Agente Kellerman del FBI, él es mi compañero, el agente Schwartz.

—No es necesario tanto protocolo, agente —dijo en tono burlón—. Sé muy bien quién es usted. ¿Qué quieren?

—Hacerles algunas preguntas.

—¿Sobre qué? —Bradley seguía flanqueando la entrada. No estaba dispuesto a dejarlos pasar.

—Sobre el homicidio de Bonnie Trevors. —Obvió mencionar a Kimberley Abrams, porque su desaparición todavía no había saltado a los medios.

—¿La chica asesinada en

Montclair?

Jon asintió.

—No entiendo por qué vienen a verme a mí. Yo no sé nada. ¿Por qué, en vez de estar perdiendo el tiempo conmigo, no buscan al asesino?

—Es lo que estamos haciendo —respondió Jon seriamente.

—¿Creen que tengo algo que ver con la muerte de esa chica? —Soltó una carcajada—. Ustedes los federales son realmente patéticos. Primero culpan a mi hermano de un



crimen que no cometió y ahora sospechan de mí. ¿Qué tiene en contra de nosotros, agente Kellerman?

—Señor Shadows, nos limitamos a hacer nuestro trabajo.

—Se acordaron un poco tarde, ¿no cree? —lo interrumpió—. Si hubieran actuado con competencia hace trece años, Craig no estaría ahora a punto de ser ejecutado.

Caleb observó la vena hincharse en la frente de Jon. Cuando él dio un paso adelante, se

interpuso entre ambos para evitar que su jefe cometiera una locura.

—¿Dónde estuvo usted la noche del viernes 14 de septiembre?

Bradley se cruzó de brazos, se rascó la barbilla y observó al agente más joven de arriba abajo con altivez.

—Tendría que hacer memoria —respondió riendo con ironía.

—Responda, Shadows —le ordenó Jon a punto de perder la paciencia.

—Lamento decepcionarlo, agente Kellerman, pero no estaba en la ciudad, ni siquiera me encontraba dentro del estado. Mi banda y yo dimos un concierto en Greensboro. Tengo miles de testigos que pueden confirmar mi coartada.

No se lo esperaban. Pensaban que, cuando confrontaran a Bradley Shadows con aquella pregunta, les saldría con una coartada débil, sencilla de refutar. El principal sospechoso que tenían se les escapaba como arena entre los

dedos.

—¿Alguna cosa más que quieran saber? —Desafió a Jon con la mirada, satisfecho de haberse salido con la suya.

No podían irse sin conocer sus movimientos la noche en la que Kimberley Abrams había desaparecido.

—¿Qué me dice del miércoles? ¿Dónde estaba entre las nueve y las once de la noche?

—¿Por qué quieren saber qué hice esa noche?

—Limítese a responder.

—No lo haré si no me dice de qué se trata. Conozco mis derechos, agente.

Jon apartó a Caleb hacia un rincón.

—Necesitamos saber si también tiene una coartada firme para la noche en la que desapareció Kimberley —le explicó bajando la voz.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—¿Confías en mí, muchacho?

Caleb asintió. Jon le dio una palmadita en el hombro y volvió con Shadows.

—El miércoles por la noche desapareció otra joven de diecisiete años con las mismas características físicas de Bonnie Trevors y Livy Giordano.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, agente Kellerman? —Se recostó contra el quicio de la puerta—. Acaba de reconocer que las tres chicas fueron víctimas del mismo sujeto.

—Yo no he dicho tal cosa. —

Se acercó más a él, hasta quedar a unos pocos centímetros de su rostro —. Ambos sabemos que es cuestión de tiempo para que descubramos la verdad.

Bradley no se amilanó.

—¿Quiere saber cuál es mi coartada para el miércoles a la noche? Se la voy a decir; estaba en casa de Lana, la novia de mi hermano.

—¿Qué hacía allí a esa hora?

—¿Qué cree usted, agente

Kellerman?

¿Bradley y Lana Hudson estaban liados? Esa sí que era una sorpresa.

—¿Sabe su hermano que usted se acuesta con su novia?

Bradley no le respondió. En cambio, dijo:

—Si no tiene más preguntas, preferiría que se marcharan, agentes. Hoy es viernes y es día de visitas.

—Dele saludos a Craig de mi parte cuando lo vea.



Bradley se metió dentro de la casa con un portazo.

—¿Qué piensas? —le preguntó Caleb tras subirse al auto de Jon.

—Parece tener una coartada sólida para la noche en la que desapareció Bonnie Trevors, pero, aun así, no podemos descartarlo como sospechoso, mucho menos ahora que sabemos que se acuesta con Lana Hudson. Cada vez me convengo más de que ella es su cómplice. Tuvo que ser ella quien secuestró a Bonnie mientras

Bradley estaba dando el concierto en Carolina del Norte. Lana también es su coartada para la noche del miércoles. Todo ha sido fríamente calculado, y es Craig quien maneja los hilos desde la prisión.

—No va a ser sencillo probar que fueron ellos; saben cubrirse muy bien las espaldas.

—No, ahí te equivocas. Hasta el asesino más meticuloso comete errores. Craig Shadows no es la excepción.



## Capítulo 21

Tras el regreso a Quantico, les llevó solo unos pocos minutos descubrir que la coartada de Bradley Shadows era tan sólida como una roca. Otro obstáculo que se interponía en el camino. La siguiente en la lista de sospechosos era Lana Hudson, quien, según la apreciación de Kate, era seguramente el eslabón más débil en aquella alianza y, si la presionaban en un interrogatorio,

podría ser la primera en cometer un error.

Sin embargo, no todo estaba perdido. La visita de Meredith al laboratorio no había sido en vano. Habían hallado una diminuta fibra de color azul enredada en el cabello de Bonnie Trevors. Era sintética y pertenecía a un tipo de alfombra que había dejado de fabricarse al menos dos décadas atrás en el país. No tenían una muestra para comparar, pero, sin dudas, era un avance dentro de la

investigación.

Lo que más angustiaba a todos era que Kimberley Abrams no aparecía. Los equipos de búsqueda y rescate que habían dispuesto seguían sin encontrar nada. Habían rastreado el área periférica de Burke sin ningún resultado. Si el asesino repetía el mismo patrón, no tardaría en aparecer. Ya nadie guardaba la esperanza de hallarla con vida. A medida que las horas pasaban, las probabilidades de Kimberley de salvarse disminuían.

Jon les ordenó a todos que se marcharan a descansar. Ya no había nada más que pudieran hacer esa noche. Le ofreció a Kate llevarla hasta su casa y se marcharon de Quantico, plenamente conscientes de las miradas curiosas de sus compañeros.

Durante el trayecto siguieron intercambiando comentarios sobre la investigación. No hablaron en ningún momento del pedido de Shadows.

—¿A qué hora quieres salir

mañana? —preguntó él, al tiempo que se adentraba en el coqueto vecindario de Lakepointe.

Ella se encogió de hombros.

—Suelo tomar el autobús que sale después del mediodía para llegar a Chesapeake antes de que anochezca —respondió.

—Iremos en mi auto, así que podemos salir un poco más tarde. ¿Te parece bien a las tres?

—Perfecto.

—¿Saben tus padres que voy contigo?



Negó con la cabeza.

—Quería darles la sorpresa, aunque creo que mejor hablaré con mamá antes. Puede alarmarse si me ve aparecer con un agente del FBI.

Jon concordó con ella. Estacionó frente a su casa y dejó encendido el motor.

—Hemos llegado.

Ella se colgó el bolso en el hombro.

—Gracias por haberme traído. A este paso, vas a terminar malacostumbrándome. Sin

mencionar el hecho de que probablemente suba algo de peso por no usar la bicicleta a diario como lo hacía antes —se quejó.

Jon se echó a reír.

—Bueno, por lo menos tendrás a quien echarle la culpa cuando eso suceda —bromeó—. Además, supongo que un par de kilos extras no te vendrían nada mal.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Insinúas que estoy demasiado delgada?

—Yo no he dicho eso —

objetó.

—Agente Kellerman, nunca se meta con el peso de una mujer, puede salir muy mal parado.

Habría querido decirle que así estaba perfecta, pero, por supuesto, no se atrevió.

Kate se bajó del Nissan Pathfinder cuando comprendió que él no iba a pedirle que lo invitara a pasar. Se volteó para saludarlo con la mano. Jon le devolvió el saludo y esperó hasta que ella entrase a la casa para alejarse.

Kate se recostó sobre la puerta y cerró los ojos. Estaba exhausta, sin embargo, la idea de ir a Chesapeake con Jon la tenía tan excitada que dudaba de que pudiese conciliar el sueño esa noche.

Se quitó los zapatos, arrojó el bolso en el sofá y caminó descalza hasta la cocina. Sacó una copa de la alacena y se sirvió un poco de vino. La casa estaba en penumbras, pero la luz que provenía de la calle y que se colaba por el gran ventanal era suficiente para alumbrar toda la

planta baja.

Dejó caer pesadamente el cuerpo en los mullidos cojines y observó la contestadora automática: la lucecita roja no dejaba de titilar. Con languidez se estiró y apretó el botón para escuchar los mensajes.

Tenía seis, y todos eran de Elliot. Aquello se estaba volviendo abrumador. Decidió escucharlos antes de borrarlos. Comprendió entonces que haber terminado la relación había sido más sencillo para ella que para él.

Alguien golpeó a la puerta y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Dejó la copa de vino sobre la mesita y se puso de pie. Por la cabeza se le cruzó la loca idea de que fuera Jon. Caminó deprisa hasta el vestíbulo y, cuando espió a través de la mirilla, descubrió, decepcionada, que se trataba de Elliot.

Pensó en ignorarlo, pero se dijo a sí misma que esa habría sido una actitud cobarde de su parte. Respiró hondo y asió el picaporte

con fuerza. Estuvo en duda hasta el último segundo. Cuando por fin abrió, el olor a alcohol la hizo retroceder. Elliot se sujetó del marco de la puerta y le sonrió.

—Hola, cielo —dijo a punto de perder el equilibrio.

—¡Elliot! ¡Estás completamente borracho! Será mejor que te vayas.

Él logró meterse en la casa antes de que ella tuviera la posibilidad de empujarlo fuera.

—Quiero que hablemos. —Se

acercó a ella y le acarició el cabello—. No has respondido a mis llamadas, ¿por qué no quieres hablar conmigo?

Kate trató de quitárselo de encima, pero aun borracho, Elliot tenía más fuerza que ella. De pronto, se vio arrinconada contra la pared.

—¡Suéltame! —le ordenó mientras intentaba zafarse.

Él le colocó los brazos en la espalda para poder inmovilizarla. Usó una de sus piernas para evitar



que ella se siguiera retorciendo.

—Te amo, Kate; no puedes dejarme —le dijo al borde del llanto—. No voy a permitir que me cambies por ese tipo.

Ella echó la cabeza hacia atrás. El aliento de Elliot apestaba a alcohol y le daba nauseas.

—Te he visto bajar de su auto. ¿Es por él que me has dejado, verdad? —La asió de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—¡Déjame, Elliot! Me estás haciendo daño.

—¿Y qué hay del daño que me haces tú al dejarme de esa manera? Creí que me amabas.

—Las cosas estuvieron claras desde el principio. Nunca dije que te amara.

Él apretó los dientes.

—No eres más que una zorra —musitó.

De repente todo cambió. Había odio en su mirada y, cuando intentó besarla por la fuerza, Kate se defendió y le mordió la lengua. Dio un grito de dolor y creyó que

por fin la soltaría, sin embargo, su reacción fue completamente inesperada. Le metió la mano por debajo de la falda y comenzó a frotarse contra ella.

Trató de no perder la calma, solo debía esperar el momento justo para actuar. Cerró los ojos y empezó por controlar el ritmo de su respiración. Era experta en delitos sexuales y se suponía que sabía cómo enfrentar una situación como aquella. Pensó en los cientos de casos que había estudiado, en las

víctimas que no habían logrado escapar.

No iba a convertirse en una de ellas.

Elliot seguía tocándola mientras le mordisqueaba el cuello. Abrió los ojos y vio su bolso en el sofá.

Todavía tenía posibilidades de terminar con aquella pesadilla. Estaba más lúcida que él y lo usaría a su favor. Si era necesario, entraría en el juego.

—Elliot, bésame.

Dejó de mordisquearle el cuello. La contempló, algo confundido. Entonces ella le acercó la boca y lo besó con intensidad, dejándolo sin aliento. Sonrió.

—Sabía que me amabas.

—Tienes razón, Elliot. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—se apoyó contra él, restregándose contra su erección.

Completamente excitado y embotado por el alcohol, Elliot cayó en la trampa. Mientras continuaba besándolo, Kate lo fue

arrastrando a través del salón. Giró y lo empujó hasta que cayó en el sillón.

—Ven aquí —extendió el brazo hacia ella.

Kate lo observó durante un momento. Era ahora o nunca. Con un rápido movimiento, tomó el bolso y sacó la pistola.

—¡Vete ahora mismo de mi casa! —gritó, al tiempo que le apuntaba en la cabeza con la Glock. Las lágrimas le nublaban la visión, pero tenía el pulso firme y, si era

necesario, estaba dispuesta a disparar.

—Guarda eso, Kate —le pidió hundiéndose en el sillón.

—¡Levántate, Elliot! —Le quitó el seguro a la pistola y retrocedió unos pasos.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Dando tumbos se dirigió a la salida. Antes de marcharse, se volteó hacia ella.

—Perdóname, Kate. Yo no quería...

No le dio la oportunidad de

disculpase. Avanzó hacia él con el arma en alto y lo obligó a salir. Apenas él puso un pie fuera, cerró de un golpe la puerta y le echó llave. Volvió a ponerle el seguro al arma y, en vez de guardarla de nuevo en el bolso, corrió escaleras arriba hacia su habitación y la colocó debajo de la almohada.

Sin quitarse la ropa, se acostó en la cama. Cerró los ojos y, solo entonces, se permitió llorar.

\* \* \*



Sábado 29 de septiembre.

A dieciséis días de la ejecución.

Temprano por la mañana, Jon decidió hacerle una visita a su hermana. Cuando iba de camino, llamó a Kate, pero ella no respondió. Al saltar la contestadora, prefirió no dejarle ningún mensaje. Habían acordado que pasaría por ella a las tres de la tarde, sin embargo, no sabía

exactamente por qué, tuvo la repentina necesidad de escuchar su VOZ.

Colleen se puso feliz de verlo y la pequeña Becky enseguida lo arrastró hasta su cuarto para que jugara con ella.

—¿Te quedas a almorzar, verdad? —le preguntó Colleen asomándose por la puerta. Contuvo la risa al ver a su hermano sentado en la diminuta silla de Becky mientras le enseñaba los nuevos accesorios de la casita de muñecas.

Jon se movió apenas, para no caerse y asintió con un ligero movimiento de cabeza. No se había percatado de lo mucho que extrañaba reunirse con su familia hasta que se encontró sentado a la mesa con ellos, charlando de trivialidades y disfrutando del delicioso almuerzo. Al menos por una hora, había conseguido apartar de la mente los problemas que lo agobiaban. La regla principal que había impuesto Colleen era, precisamente, no hablar de trabajo,

y se cumplía a rajatabla cada vez que se reunían.

Jon alabó el pastel de manzana y, aunque estaba más que satisfecho, no podía irse sin probar un poco. Se masajeó el estómago y luego llevó el plato sucio a la cocina para lavarlo.

—Deja, lo hago yo después — dijo Colleen entrando detrás de él.

Jon se volteó y le sonrió.

—Has heredado la habilidad de la abuela para los pasteles —la elogió.

—Nada de eso, no soy tan buena. Lo que sucede es que extrañas la comida hecha en casa. Cada vez que abro la puerta de tu nevera me doy cuenta de la falta que te hace una mujer, hermanito — le soltó—. No podrás vivir a base de hamburguesas, pizza congelada o macarrones con queso toda la vida.

Jon no se sorprendió de que saliera de nuevo con aquel asunto. Parecía que últimamente cualquier charla entre ellos terminaba yendo por los mismos derroteros.

Solamente una mujer le vino a la mente. Sin darse cuenta, empezó a sonreír.

Colleen lo escudriñó con la mirada.

—¿Y esa sonrisita? ¿A qué se debe? —Abrió los ojos como platos—. ¡Espera! ¿No me digas que por fin voy a estrenar cuñada?

Él no asintió ni negó nada. No hizo falta; Colleen no veía aquella expresión de carnero degollado en el rostro de su hermano desde la época en la que estaba

perdidamente enamorado de Erin Campbell.

Frunció el ceño de repente.

—No será tu vecina, ¿verdad?

—preguntó algo preocupada—. No tengo nada en su contra, pero definitivamente no es tu tipo.

—Tranquila, no es Irene.

—¿Me lo juras?

—¿Tan mal te cae? —No quería imaginarse qué diría si se enteraba de que la morena había pasado ya por su cama.

—Es una descarada. La

semana pasada me la encontré en el ascensor. Se la pasó coqueteando todo el rato con el señor Gable. ¡Y con su esposa presente! —agregó, escandalizada.

Conocía las mañas de Irene demasiado bien, por lo que no le sorprendió lo que acababa de escuchar. Al parecer, él no era su único interés.

—Creo que Irene ha convertido el edificio en un coto de caza —comentó en son de broma.

—¿Caíste en sus redes? ¡Debí



suponerlo! —Hizo un gesto de resignación con las manos—. Ustedes, los hombres, son tan predecibles... ¡y tan débiles! Ven un par de piernas y allí van, corriendo a ciegas como perros detrás de un conejo.

La comparación le arrancó una carcajada.

—Entonces si no es ella —lo miró expectante—. ¿Quién es la culpable de que ahora tengas esa expresión de “niño que acaba de levantarse la mañana de Navidad y

descubre un montón de regalos debajo del árbol”?

No iba a poder ocultarle una verdad tan grande y extraordinaria como aquella por mucho más tiempo.

—Se llama Kate —dijo por fin.

El nombre no le sonaba para nada.

—¿La conozco?

—Es Kate Giordano.

La confesión de Jon logró algo casi imposible: que Colleen se

quedase muda. Cuando por fin pudo reaccionar, lo asió del brazo y lo sacó fuera de la cocina.

—Ven, vayamos al salón y pongámonos cómodos. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido.

Jon no tuvo más opción que dejarse arrastrar por su hermana. Ya había abierto la boca, así que sería una misión casi imposible tratar de escapar de su bombardeo de preguntas.

## Capítulo 22

Kate abrió los ojos. Se incorporó lentamente, llevándose una mano a la cabeza. Le dolía horrores. Había conseguido conciliar el sueño recién a la madrugada y, cuando observó el reloj, descubrió que había dormido más de ocho horas. Apenas le quedaba tiempo para darse un baño y preparar sus cosas. Ni siquiera se preocuparía por comer algo. Todavía tenía el estómago revuelto.

En algún momento de la noche se había quitado los zapatos y, al apoyar los pies en el suelo, un escalofrío le recorrió la espalda.

Jon no tardaría en llegar, y todavía no había avisado a su madre que iría con él a visitarlos. El baño podría esperar. Bajó al salón y marcó el número de la casa de sus padres en Chesapeake. Victor Giordano fue quien contestó.

—*Piccola*, ¿todavía no has salido de Burke? —le preguntó sorprendido.

—No, papá. Esta vez no tomaré el autobús. Ha habido algunas novedades estos últimos días. —Esperó que no se tomaran a mal el hecho de que no les hubiera contado aún de su nuevo empleo—. Estoy trabajando en el FBI, papá.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Te acuerdas de Jon Kellerman?

—Claro que me acuerdo.

—Pues he vuelto a verlo y ha sido él precisamente quien me ha conseguido un puesto en la Unidad

de Ciencias de la Conducta como criminóloga.

—¡Eso es maravilloso, Katie!  
—exclamó, evidentemente emocionado.

—Lo es, papá. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Lo he invitado a pasar el fin de semana en Chesapeake, espero que a ti y a mamá no les importe.

Por unos cuantos segundos, Kate solo oyó la respiración del otro lado de la línea.

—¿Tiene que ver la repentina

aparición del agente Kellerman con la muerte de esa muchacha en Montclair?

Se dejó caer en el sillón. Odiaba tener que tratar aquel asunto por teléfono.

—Tu silencio es bastante elocuente, *bambina*. Entiendo que no hayas querido contarnos nada, pero es imposible no enterarse cuando la prensa habla del homicidio a diario.

—¿Cómo lo ha tomado mamá?

—He tratado de mantenerla al



margen de todo. Hemos salido a pasear a diario y he alquilado sus películas favoritas para evitar que mire los noticieros. Grace cree que estamos teniendo una segunda luna de miel y que todo lo he hecho para que no se angustie tanto pensando en el irresponsable de tu hermano.

—Mamá debe saber lo que está pasando. Yo pensaba contarles todo este fin de semana, por eso le pedí a Jon que me acompañara.

—¿Lo crees necesario?

—El FBI ha reabierto el caso

—le explicó.

—Entonces es verdad lo que dicen. Shadows no asesinó a nuestra Livy.

—No lo sabemos aún.

Victor Giordano respiró hondo.

—Está bien. ¿A qué hora sales de Burke?

—Jon pasará por mí a las tres.

—Miró el reloj. Ya eran casi las dos y media—. Tengo que colgar ahora, papá. Nos vemos más tarde.

—*Ciao, ti voglio bene.*

—Yo también te amo, papá.

Sintió cierto alivio de que su padre ya estuviera al tanto de lo que sucedía. Él siempre había sido el gran sostén de la familia, sobre todo, después de la tragedia que los había golpeado en el pasado. Físicamente, Kate había heredado los rasgos irlandeses de su madre, pero, sin dudas, llevaba en la sangre el carácter fuerte y entusiasta de los Giordano. De no haber sido así, se habría derrumbado después de la experiencia traumática que

había sufrido la noche anterior.

Subió corriendo las escaleras y se metió en el cuarto de baño. Tras una ducha rápida, se vistió con lo primero que encontró: unos *jeans* que sin dudas habían visto mejores épocas y el *sweater* que le había tejido su madre el verano anterior. No tenía ánimos de esmerarse en su aspecto. Tampoco tenía tiempo. Peinó el cabello hacia atrás, lo sujetó con un broche en lo alto de la coronilla y se echó unas gotitas de perfume en el escote. Bajó la

maleta del armario y metió algo más de ropa.

Oyó que un auto frenaba delante de la casa. Las tres menos cinco minutos. Ahora sabía que la puntualidad era una de las virtudes de Jon. Esperaba descubrir las demás durante el fin de semana.

Se cercioró de que no olvidaba nada y, con maleta en mano, se dirigió hacia la puerta principal. La abrió antes de que él llamara.

Kate se quedó con la boca

abierta. El Jon que tenía frente a ella no se parecía en nada al distinguido agente Kellerman del FBI.

Llevaba pantalones vaqueros oscuros que se ajustaban perfectamente a sus piernas largas y musculosas. La chaqueta de cuero negra prendida hasta el cuello junto con el cabello revuelto y la incipiente barba le daban un aire de muchacho rebelde. Estuvo a punto de soltar un suspiro, pero logró evitar ponerse en evidencia.

—¿Estás lista? —le preguntó mientras le sacaba la maleta de la mano.

Lo siguió hasta el Nissan Pathfinder. Él le hizo señas de que esperara. Se acercó por detrás y abrió la puerta del acompañante para ella. No recordaba que lo hubiese hecho antes. Sin dudas, la caballerosidad iría a la lista de virtudes que poseía Jon Kellerman y que había empezado a elaborar en su mente. Cuando lo vio pasar por delante del auto, agregó una más:

buen trasero. Sonrió por el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

Él entró y, en vez de poner en marcha el auto, se volteó hacia ella.

—¿Estás bien?

—¿Por qué lo preguntas? —se miró fugazmente en el espejo retrovisor. ¿Acaso se notaba que había pasado una de las peores noches de su vida?

—Estás algo pálida, y esas ojeras me indican que no has dormido bien.



No le gustaba que los hombres fueran tan observadores.

—¿Estás así porque tienes miedo de cómo van a reaccionar tus padres cuando sepan lo que sucede?

Kate asintió. Prefería que creyera que estaba preocupada por sus padres. No podía contarle del terrible episodio con Elliot.

—He llamado para avisarles que iba contigo —le dijo en cambio.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Hablé con papá. Le

sorprendió escuchar de ti después de tanto tiempo. Él ya sabe que hemos reabierto el caso de Livy; tuve que decírselo porque me preguntó sobre la muerte de Bonnie Trevors. —Se recostó en el asiento y respiró hondo antes de continuar —. Se las ha arreglado para ocultárselo a mi madre, pero ya no tiene caso hacerlo. Se lo diremos hoy mismo.

Jon asintió. Puso el auto en marcha y, de vez en cuando, la observaba de soslayo. Percibía que

algo más la mortificaba. Barajó varias posibilidades: la desaparición de su hermano podía ser la causa, también la charla que había tenido con Shadows el día anterior. No quería agobiarla con preguntas; era evidente que ella prefería no hablar del asunto. Si la culpa de su angustia era Craig Shadows, la obligaría a cortar cualquier tipo de relación con él. Estaba dispuesto incluso a pedirle a Oliver Kincade que la despidiera del *Burke Herald* si era necesario.

Sería una medida drástica y, seguramente, Kate lo odiaría por ello, pero no soportaba verla de aquella manera.

Encendió la radio porque el silencio lo estaba volviendo loco. Sintonzó una estación de música *country* y subió un poco el volumen cuando la voz grave de Johnny Cash entonó las primeras estrofas de *Ring of fire*.

Kate comenzó a moverse en el asiento.

—¿Podrías apagarla, por

favor? —suplicó con la voz quebrada.

—¿No te gusta Johnny Cash?

Ella lo miró con los ojos vidriosos.

—¡Solo apaga la maldita radio!

La reacción de Kate lo dejó estupefacto. Hizo lo que le pidió y aparcó el auto a un costado del camino.

—Vas a decirme qué es lo que te sucede ahora mismo —le exigió.

Kate se cruzó de brazos, al

tiempo que se hundía en el asiento.

—No puede ser que una canción te ponga de esa manera. Por favor, dime qué es lo que te pasa. Puedes confiar en mí, lo sabes.

Kate apartó la mirada. Tenía un enorme nudo en la garganta, pero no iba a llorar.

—No es nada. No te preocupes por mí.

—Mírame. —No se lo pidió, más bien se lo ordenó.

No obedeció.

—¿Es por Daryl?

Ella no respondió.

—¿Te sigue inquietando la conversación que tuviste con Shadows?

Siguió sin decir nada.

Entonces pensó en otra posibilidad.

—¿Se trata de tu novio?

Kate volteó la cabeza y le clavó la mirada.

—Elliot Fraser, tienes una relación con él. Beth me lo contó el día que estuve en el periódico —le

explicó.

Beth y su boca floja, pensó Kate.

—Elliot ya no forma parte de mi vida —dijo por fin.

Jon notó que le temblaban las manos. ¿Tanto le afectaba haber terminado con él?

—¿Lo amas? —se atrevió a preguntar. Debía de sentir por el periodista algo muy fuerte para haber quedado en ese estado después de terminar con él.

—No; librarme de Elliot ha



sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Jon estaba más confundido que antes.

—¿Entonces por qué estás tan angustiada?

A Kate le conmovió la preocupación de Jon. Habría deseado tener el valor de contarle lo que había sucedido.

—Algo serio debió de pasar. —Le tomó la mano y la apretó suavemente—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Cuando quieras contármelo, aquí estaré.

Las palabras de Jon derribaron todas sus defensas. Sin previo aviso, se le arrojó a los brazos para aferrarse a él con fuerza. No lloraba, parecía que era incapaz de derramar una sola lágrima.

Él la apretó suavemente y respiró hondo para absorber el perfume que le emanaba del cabello. Casi sin darse cuenta, comenzó a acariciarle la espalda con movimientos circulares. Kate

respondió y le puso los brazos alrededor del cuello. Así que Jon hizo lo único que podría hacer un hombre en una situación como aquella: la asió por la nuca con la intención de besarla. Pero la muchacha se apartó antes de que él consiguiera su objetivo. No quería que su primer acercamiento con Jon fuera consecuencia de un momento de debilidad. Ella no estaba bien, y él solo buscaba consolarla.

Jon tensó la mandíbula, y Kate notó que se ponía rígido. Cuando

sus ojos se encontraron, él apartó la mirada enseguida. Volvió a poner al auto en movimiento y Kate se arrinconó en el asiento.

El resto del viaje se hizo en absoluto silencio.

Llegaron a Chesapeake a las seis y media de la tarde. Victor Giordano le dio un fuerte abrazo de bienvenida a Jon y lo llevó a conocer la *trattoria*. No le sorprendió descubrir que se llamaba “Katerina”, mucho menos que estaba orgulloso del negocio.

Kate subió sola a la casa, donde la esperaba su madre.

—¿Dónde está Jon? —le preguntó Grace no bien puso un pie dentro de la cocina.

Kate se sorprendió.

—Oí a tu padre hablar por teléfono contigo. Lo confronté y no tuvo más remedio que contármelo todo. Agradezco que hayan tratado de evitarme el disgusto, pero creo que yo también tengo derecho a saber la verdad —le dijo con cierto aire de reproche.

—Lo siento, mamá.

—¿Has sabido algo de Daryl?

—le preguntó, cambiando de tema.

Negó con la cabeza.

—Si no aparece, llamaré a la policía —concluyó.

Kate no objetó la decisión. Después de no saber nada de él en semanas, era lo más lógico. La dejó preparando la cena y fue hasta la habitación de huéspedes. Guardó la maleta dentro del armario y se recostó un rato. La cabeza ya no le dolía. No cerró los ojos por temor a

quedarse dormida. Se levantó de inmediato cuando escuchó voces en la sala.

La cena transcurrió sin ningún sobresalto. Grace aprovechó para agradecer a Jon la oportunidad que le había dado a su hija de incorporarse al FBI. Para sorpresa de todos, manifestó también que la tranquilizaba saber que Kate formaba parte del equipo que reabrirla la investigación por el homicidio de Livy.

Después de cenar, Víctor

convenció a Jon de mirar un partido de *soccer* en la televisión. Kate ayudó a su madre en la cocina y, con la excusa de que estaba cansada, se retiró a dormir temprano. No había una habitación de huéspedes extra, así que Jon tuvo que conformarse con el sillón de la sala. Tuvo que doblar las piernas para poder caber en él y no terminar en el suelo. La almohada por lo menos era blanda y olía bien.

No supo si culpar al maldito sillón o a la inquietante idea de que



Kate dormía a tan solo unos metros de allí, pero tardó en conciliar el sueño.

\* \* \*

Kate no paraba de dar vueltas en la cama. Encendió la lámpara por enésima vez para observar el reloj. Solo habían transcurrido diez minutos desde la última vez que lo había mirado. Se levantó de un salto y se calzó las pantuflas. Con sigilo, abandonó la habitación en

dirección a la cocina. Tal vez un vaso de leche tibia fuera la solución para su insomnio. Cuando pasó por el salón, vio a Jon en el sillón, con la espalda arqueada y cubierto con la manta. Parecía dormir plácidamente. Siguió por el pasillo y abrió la puerta de la cocina lentamente para evitar que chirriara. Se pasó la mano por el cabello y emitió bostezó. Arrastró los pies hasta la nevera y sacó la caja de leche. Colocó un poco en una cacerola pequeña y la calentó.

Husmeó entre los especieros hasta hallar el que contenía la canela.

Al voltearse, descubrió a Jon apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Insomnio? —le preguntó torciendo la boca en una sonrisa.

—Sí. ¿Tú también?

—Ahá. —La recorrió de arriba abajo con la mirada. Kate llevaba un pantalón pijama a rayas por debajo de la cintura y una camiseta sin mangas. Notó que no tenía sostén, y los ojos se le deleitaron con la redondez de sus

pechos por un instante.

Kate, cohibida por el poder de esa mirada, giró sobre los talones y apagó el fuego. Se dio cuenta de que había comenzado a respirar más ligero. Vertió la leche en un vaso.

—¿Te sientes mejor?

Escuchó su voz más cerca. De pronto, sintió que se movía detrás de ella. Agregó una pizca de canela y la revolvió enérgicamente.

Ella asintió moviendo la cabeza, luego se bebió toda la leche

de un solo trago.

—¿Podrías al menos mirarme cuando te hablo?

Dejó el vaso dentro del fregadero y se dio vuelta. Era evidente que él también había pasado una noche de perros. Tenía los ojos un poco hinchados y el cabello revuelto. Aun así, estaba más encantador que nunca.

Jon se acercó más. Sus cuerpos no alcanzaban a tocarse, pero Kate se sintió atrapada entre la mesada y él. No tardó en dar el

siguiente paso. Le acarició la mejilla y con el dedo pulgar le rozó los labios.

Kate se quedó inmóvil. No estaba segura de querer escapar esa vez.

## Capítulo 23

Sin dejar de mirarlo, Kate le colocó las manos en los hombros. Jon pensó que su intención era empujarlo, pero ella le envolvió los brazos alrededor de la cintura. Se fundió contra él apenas sintió la caricia en su boca. Él dejó ir una mano por la dorada seda del pelo, la empujó contra él y la besó como había deseado durante toda la noche: profunda, caliente e intensamente.

“Te está besando. ¡Jon Sin Hache por fin te está besando!”

Fue el último pensamiento coherente antes de que la lengua de Jon penetrara hondamente en su boca. Pero no era solo un beso. Era un asalto en toda regla a sus sentidos: el tacto aterciopelado de esa lengua, el frescor de la loción de afeitar, la presión del torso.

Un calor intenso le inundó todo el cuerpo y le provocó un aleteo en el estómago que jamás había sentido, que la indujo a



apretarse más contra él. Al profundizar el beso, Jon le rozó el labio inferior con la lengua. Ella gimió suavemente, mientras él repetía el gesto. Kate estaba perdida en él, perdida en sus movimientos y sentimientos, mientras él la comía, la devoraba, la seducía con la boca.

Estaba casi sin aliento cuando él apartó los labios. Perdida en un mundo de sensaciones, con la cabeza aún tambaleante, lo miró fijamente. Entonces la besó otra vez

y ella no pensó en nada más. Su boca la devoró y la empujó contra la nevera. Por la garganta de ella salió un sonido parecido al gemido y sus caderas se irguieron por reflejo. La tela de la camisa le rozaba con dureza los pezones erectos. Se pegó más a él, aplastando los pechos contra el pecho duro. Jon alzó una rodilla para metérsela entre las piernas. La levantó parcialmente para acariciarle el sexo con el muslo. No respiraba bien, pero no le

preocupó. Kate enterró las manos en el pantalón y dio un tirón; quería que se acercase más a ella, deseaba sentir el roce de su piel.

Jon farfulló un par de maldiciones cuando reconoció el *ringtone* del teléfono. Soltó a Kate de mala gana y se dirigió hacia el salón.

Mientras él buscaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta, Kate trataba de calmar sus temblores. El hormigueo le iba de la cabeza a los pies, el cuerpo le palpitaba de

necesidad. Aunque lo intentaba, no podía dejar de estremecerse.

Tuvo que sentarse. Había planeado seducir a Jon ese fin de semana y ni siquiera había tenido que mover un dedo para conseguir su objetivo. Sonrió cuando comprendió la magnitud de lo que había sucedido.

Erin tenía razón; él ya no la veía como a una niña. Él la deseaba como solo un hombre puede desear a una mujer y acababa de demostrárselo.

Cuando regresó a la cocina y vio su semblante, se alarmó.

—Era Zane. Debemos regresar a Quantico de inmediato. Han encontrado el cuerpo de Kimberley Abrams a un costado de la interestatal 643.

Kate se puso de pie rápidamente.

—¿Tenía...?

—Sí. —respondió adivinando la pregunta—. Tenía una cuerda de guitarra alrededor del cuello.

Domingo 30 de septiembre.  
A quince días de la ejecución.

Meredith le dio un codazo solapadamente a Caleb al abrirse la puerta de la sala de reuniones. Las sospechas que habían barajado los últimos días fueron confirmadas cuando Kellerman y la nueva aparecieron juntos a las tres de la mañana, vistiendo ropa informal y con cara de haber dormido poco.

—¿Qué tenemos? —ordenó

Jon mientras se quitaba la chaqueta de cuero.

Caleb carraspeó antes de hablar.

—Uno de los rescatistas locales encontró el cuerpo poco después de la medianoche. Estaba desnuda y con una cuerda de guitarra enroscada alrededor del cuello. Tenía marcas de ligaduras en manos y pies.

Kate también se quitó la chaqueta y se sentó. No dijo nada,

prefirió seguir escuchando.

—El forense que examinó el cuerpo en la escena del crimen confirmó que Kimberley llevaba muerta menos de dos horas — informó Meredith.

—Ha cambiado el *modus operandi* —manifestó Kate algo contrariada.

Jon la miró. Tenía razón.

—A las víctimas anteriores las mató poco después de haberlas secuestrado. ¿Por qué no hizo lo mismo con Kimberley? ¿Por qué



retenerla por más de dos días antes de asesinarla?

—Tal vez sintió una conexión especial con ella —argumentó Kate, aunque muy poco convencida—. Si busca culpar a alguien más por el homicidio de Livy, ¿por qué cambió el patrón precisamente ahora? No tiene sentido.

Los tres concordaron con ella.

—Hay algo más —intervino Meredith—. A Kimberley le faltaba uno de sus aretes.

Aquel detalle sí formaba parte

del ritual del asesino y solo podía significar una cosa: Kim no sería su última víctima.

—¿El cuerpo ya está en la morgue? —preguntó Jon.

Caleb asintió.

—El doctor Wasaki le está haciendo la autopsia en este momento.

—Iré a ver cómo va —dijo Meredith levantándose con pereza de la silla. La aparición del cadáver de Kimberley Abrams había puesto patas arriba a todos en

Quantico.

Jon se mesó el cabello. Si hubiera estado en su oficina, se habría fumado con gusto un cigarrillo.

—¿Alguien le ha avisado a los padres? —esperaba que sí. No quería ser el encargado de comunicarle a Shirley Abrams que su hija ya no regresaría nunca más. Sintió alivio cuando Caleb le informó que Zane había enviado a un par de agentes a Burke para hablar con la madre de la víctima.

—¿Hay algún testigo o cámaras de vigilancia? —preguntó Kate con pocas esperanzas.

—Nada. De nuevo eligió una zona apartada para deshacerse del cuerpo. La policía había estado en ese mismo lugar pocas horas antes, es decir que esperó a que se fueran para arrojarlo a un lado de la carretera.

Jon frunció el entrecejo.

—¿Por qué volvieron a peinar la zona si ya lo habían hecho antes?

—No lo hicieron. El perro de

uno de los miembros de la brigada de rescates se escabulló de su dueño, tal vez, atraído por el olor. Cuando lo encontró, el animal estaba echado junto al cadáver de Kimberley. Fue él quien avisó a los demás.

—Si no podemos conseguir nada por el lado de Shadows, presionaremos a Lana Hudson. La interrogaremos a primera hora. Caleb, tú sigue insistiendo con lo del coche. Quiero saber a quién demonios pertenece —le pidió,

luego miró a Kate—. Voy a la morgue, ¿vienes conmigo?

Ella asintió. Sería su primera visita a la sala de autopsias desde que había ingresado al FBI.

Jon la detuvo antes de entrar.

—Puedes esperarme aquí si prefieres.

Ella sonrió. ¿Hasta cuándo seguiría con aquella manía de querer protegerla? Iba a tener que concordar con Erin: Jon era como esos protagonistas valientes y apuestos de los cuentos de hadas

que solía leerle su madre cuando era pequeña.

Él empujó la pesada puerta y se hizo a un lado para que pasara. De inmediato, el potente olor del formol le invadió las fosas nasales. Al acercarse a la mesa, se detuvo en seco. Kimberley Abrams tenía el torso completamente abierto con los órganos internos expuestos. Jon notó su reacción.

—Wasaki, te presento a la agente Kate Giordano.

El forense; un hombre

extremadamente delgado y entrado en años, apartó la vista del cadáver y la miró a través de las gafas protectoras.

—Agente Giordano, un placer conocerla.

Kate le sonrió, pero se puso seria rápidamente.

—¿Estás bien? —le preguntó Jon al oído.

Ella iba a decir algo cuando el doctor Wasaki extrajo lo que creyó era uno de los pulmones y lo colocó en una balanza. Tragó saliva.



La puerta se abrió y Meredith entró con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Kate se preguntó cómo podía sonreír cuando ella solo tenía ganas de vomitar.

Les mostró una bolsa.

—Los de rastros han hallado una fibra diminuta adherida al cuerpo de la víctima. Es de color azul y coincide con la fibra hallada en el cabello de Bonnie Trevors. Sabemos que es de un tipo de alfombra que ya no se fabrica en el país. Hemos elaborado una lista

con todas las tapicerías del estado donde todavía la venden. Logramos reducir las probabilidades a veinte.

—Bien, mañana lunes quiero agentes en cada una de esas tapicerías. Si hallamos al dueño de esa alfombra, atraparemos a nuestro asesino.

No bien salieron al pasillo, Kate se apoyó contra la pared y respiró hondo. Tenía la sensación de que cada rincón del cuerpo le olía a formol. Deseaba irse a casa y meterse bajo la ducha, pero no lo

haría. Tenían un nuevo homicidio entre manos y un asesino al cual detener.

Zane Griffin mandó a llamar a Jon. Ella se dirigió a la oficina y aprovechó para avanzar en el artículo que publicaría al día siguiente en el *Burke Herald*. Había decidido abandonar la cruzada en favor de Shadows. Jon tenía razón. La situación se le estaba yendo de las manos y no podía permitir que él descubriera quién era *Themis* en realidad. Con la llamada había

tenido suficiente. Seguir escribiendo sobre la supuesta inocencia de Shadows, sería entrar en su juego, y esa no había sido nunca su intención. De todas maneras, no estaba dispuesta a olvidarse ni de Bonnie Trevors, ni de su hermana, por eso, y con la anuencia de Oliver Kincade, *Themis* se dedicaría a cubrir los homicidios desde el punto de vista de las víctimas. Se sentó frente al ordenador y conectó el *pendrive*. Rápidamente se concentró en la

escritura y consiguió olvidarse de todo lo demás.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Jon entró y se acercó al escritorio. Aún le costaba acostumbrarse a verlo con aquellos pantalones vaqueros y la camisa fuera de la cintura.

—¿Qué haces? —se estiró, tratando de husmear en el ordenador.

—Le doy los últimos toques al

artículo de *Themis*.

Él la fulminó con la mirada.

—Olvídate de Shadows, ya te lo dije.

Kate se reclinó en la silla y comenzó a jugar con un bolígrafo.

—Ya no volveré a escribir sobre él —dijo por fin.

Él soltó un suspiro de alivio.

—¿Estás hablando en serio?

Ella asintió con un ligero movimiento.

—¿De qué escribirás

entonces? —preguntó presa de la curiosidad.

—He tomado la determinación de seguir escribiendo sobre los crímenes, pero ya no abogaré por él. —Volteó la pantalla del ordenador—. Puedes echarle un vistazo si quieres.

Se sentó en uno de los extremos del escritorio con ganas de leer lo que Kate acababa de escribir, pero se frenó de golpe cuando recordó que no llevaba encima las gafas. Estaban en su

oficina y, sin ellas, las diminutas letras negras de la pantalla solo eran unos cuantos puntos indescifrables.

—No, mejor no —giró el ordenador y se levantó—, prefiero leerlo mañana cuando ya esté publicado.

A Kate le pareció rara esa actitud, sin embargo, no dijo nada. Lo siguió con la mirada cuando él se dirigió hasta la ventana y se dedicó a observar el panorama. Acababa de amanecer, y el sol se



asomaba tímidamente por encima del río Potomac. ¿Cuánto tiempo más estarían sin hablar sobre lo que había sucedido en la casa de sus padres? Kate estaba segura de que si el teléfono no los hubiese interrumpido, habrían terminado haciendo el amor en la cocina de los Giordano.

Jon se volteó de repente y la miró con intensidad. Ella apoyó los brazos encima del escritorio. Estaba preparada para lo que él tuviera que decirle.

—¿Me acompañas a la casa de Lana Hudson?

No era exactamente lo que esperaba oír.

—¿Quieres ir ahora? —Miró el reloj—. No son las ocho todavía.

—No me importa en lo más mínimo sacarla de la cama tan temprano. ¿A ti?

Le sonrió.

—Por supuesto que no.

—Vamos entonces. Después te dejaré en tu casa; debes de estar agotada.

—Lo estoy. —Se llevó una mano al cuello y comenzó a masajearlo.

Jon, que iba detrás de ella, la observó a *piacere* mientras atravesaban el pasillo. El suave y erótico movimiento de sus caderas enfundadas en aquellos *jeans* ajustados ejercía un poder hipnótico sobre él.

La deseaba de una manera irracional. No se había podido borrar de la mente la manera en la que había respondido a sus caricias

apenas unas horas antes. Ensimismado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que ella ya se encontraba en el interior del ascensor.

—¿Vienes?

Entró y se colocó detrás. El espacio entre ambos se redujo cuando un par de agentes subieron un piso más abajo.

Era una tortura china tenerla tan cerca y no poder tocarla. Cerró los ojos un instante para olerla. La mezcla de sudor y perfume lo

embriagó por completo. Cuando abrió los ojos nuevamente, Kate lo estaba mirando. Disimuladamente y sin titubeos, retrocedió un par de pasos hasta prácticamente quedar recostada sobre él. Jon contuvo el aliento. Tenía sus caderas afirmadas a la entrepierna y se movía hacia él en un suave balanceo. Si no hubiese sido por los dos agentes que los acompañaban, habría sucumbido a sus provocaciones.

El ascensor se abrió por fin.

Kate se separó de él y salió en primer lugar. Una vez fuera del edificio, la alcanzó, la sujetó del brazo y la obligó a voltearse. Observó que no hubiese nadie cerca y la besó desenfrenadamente. Cuando la soltó, Kate apenas podía respirar. Jon se colocó las gafas y, sin mediar palabras, se alejó en dirección al Nissan Pathfinder y la dejó allí, en medio del estacionamiento, toda alborotada y con los labios enrojecidos.

## Capítulo 24

Lana Hudson se asomó por la ventana cuando escuchó un auto detenerse delante de su propiedad. Reconoció de inmediato al hombre que bajó de él. No se sorprendió. Después de que Bradley le contó de la visita que había recibido del FBI, sabía que ella sería la siguiente.

Abrió la puerta antes de que Kellerman tuviese la oportunidad de llamar.

—Señorita Hudson, Jon Kellerman del FBI, ella es mi compañera, la agente... —Se detuvo y miró a Kate. Acababa de darse cuenta de que no podía ponerla en evidencia.

—Meredith Pilgrim —dijo ella para salir del paso.

—Llego tarde a la iglesia, agentes. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —No había una pizca de amabilidad en su semblante. Ni siquiera se preocupaba en disimular que le molestaba que estuvieran



allí. Aun así, notaron que su presencia la había puesto nerviosa.

—Necesitamos hacerle unas preguntas sobre los homicidios de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams.

Lana abrió los ojos como platos.

—¿Ha muerto otra muchacha?

—Sí. Hemos encontrado su cuerpo anoche —le informó Kate al tiempo que trataba de dilucidar si la noticia la había sorprendido de verdad o solo estaba fingiendo.

—Lamento que alguien más muriera. Espero que ahora sí la justicia repare el error que cometió en el pasado, y que ustedes atrapen al verdadero culpable.

Jon no tenía ganas de escuchar otra perorata más en defensa de Shadows. Mucho menos un domingo por la mañana después de no haber dormido en toda la noche.

—Señorita Hudson, sabemos que Bradley Shadows se encontraba en Carolina del Norte la noche en la que Bonnie Trevors fue

secuestrada. ¿Dónde estaba usted?

—¿Qué día fue?

—El viernes 14 —le indicó

Kate.

Lana guardó silencio durante unos cuantos segundos, y Kate tuvo la sensación de que no estaba tratando de hacer memoria, sino de repasar en la mente lo que les iba a decir.

—Visitando a mi madre en Palmyra. Tiene Alzheimer y vive en una residencia desde hace un par de meses. Viajo siempre que puedo

para pasar un par de días con ella —respondió sin titubear y mirándolos a la cara.

—¿Alguien puede corroborar su historia?

—No mi madre, por supuesto. Cada vez que voy a verla, me confunde con alguien distinto, pero las enfermeras del lugar confirmarán que ese viernes sí estuve allí.

—¿Y dónde estaba el miércoles, señorita Hudson?

—Aquí en casa, agente

Kellerman.

—¿Sola?

Tardó en responder.

—No, Bradley estaba conmigo. Se quedó a pasar la noche.

Su testimonio coincidía con lo que les había dicho Shadows, sin embargo, viendo la clase de mujer que era Lana Hudson, era muy probable que estuviera protegiéndolo.

—¿Necesitan algo más o puedo irme ya? —preguntó

sonriendo por primera vez.

No tenían otra opción, así que por esa vez, la dejarían ir. Regresaron al auto y esperaron. Lana Hudson partió raudamente en dirección norte a bordo de su Volkswagen Lupo color rojo.

Como habían acordado, Jon llevó a Kate hasta su casa para que descansara. Después del coqueteo en el ascensor y del sorpresivo beso, ella había estado a punto de invitarlo a quedarse, pero ambos estaban exhaustos y necesitaban

recuperar horas de sueño para estar frescos al día siguiente.

Entró a la casa y fue quitándose la ropa por el camino hasta llegar a su habitación. Preparó un baño de espuma con sales aromáticas y solo se concentró en relajarse. Le costó salir del agua tibia. Cuando apagó el secador de pelo, creyó escuchar ruidos en la planta baja. Aguzó los oídos.

Nada.

Se miró al espejo y se rió de

ella misma. Estaba volviéndose paranoica. Cuando se había convencido de que solo era su imaginación, un ruido seco, hizo que se le helara la sangre.

Elliot. Había regresado. No le había devuelto las llaves de la casa y, después de lo sucedido, tampoco se las había pedido.

Corrió hacia la cama. Sacó la pistola de debajo de la almohada y le quitó el seguro. Esa vez no dejaría que él le pusiera un dedo encima. Dispuesta a todo, salió de



la habitación y bajó las escaleras con sigilo.

El ruido provenía de la cocina. Hacia allí se dirigió. Sujetó la Glock con fuerza y echó un vistazo. Solo alcanzó a ver una sombra recortada contra la pared.

Respiró hondo y contó hasta cinco. Con la pistola en alto entró en la cocina.

\* \* \*

Daryl cerró la puerta de la

nevera y se volteó. La lata de cerveza que sostenía en la mano saltó por los aires.

—¡Por Dios, Katie, soy yo! —gritó alzando los brazos.

—¡Mierda, Daryl! ¿Me quieres matar de un susto? —bajó el arma y la colocó encima de la mesa.

Él se agachó, levantó la cerveza y optó por regresarla a la nevera.

—¿Desde cuándo cargas con una pistola?

Kate ya respiraba con normalidad. Lo observó. Tenía buen aspecto. Parecía que estaba volviendo de unas vacaciones.

—Desde que soy agente del FBI—respondió con seriedad.

Primero, Daryl la miró con los ojos entrecerrados; creyó que le estaba gastando una broma. Después, cuando comprendió que su hermana le estaba diciendo la verdad, no supo cómo reaccionar.

—¿Trabajas en el FBI?

—Sí. Conseguí el empleo hace

unos días. Gracias a Jon. ¿Te acuerdas que fue a buscarme a casa, no?

Daryl asintió. Se le había resecaado la garganta de repente. Abrió de nuevo la nevera y sacó la lata de cerveza que acababa de guardar.

—Jamás lo habría imaginado. ¿Has dejado el periódico?

—No, todavía escribo para el *Burke Herald*. —Puso los brazos en jarra y frunció el ceño—. ¿Dónde demonios te habías metido?

Te esperé la otra noche, pero nunca apareciste —lo increpó.

—Lo siento, hermanita.

—¡Haces bien en sentirlo! —

Lo señaló con el dedo acusador—. Mamá estaba como loca porque no sabía nada de ti. No puedes desaparecer de esa manera y regresar como si nada hubiera pasado.

Él bebió un poco de la cerveza y escuchó sin interrumpir el sermón que le estaba echando su hermana.

—Eres un estúpido egoísta,

¿sabes lo que es vivir con el corazón en la boca, con temor a que en cualquier momento alguien llame por teléfono o golpee a mi puerta para avisarme que estás muerto? ¿Dónde estabas? ¿Drogándote en la casa de algún amigo?

Daryl arrojó la lata al fregadero y se acercó. Intentó abrazarla, pero ella se echó para atrás.

—¡No vas a arreglar las cosas con un abrazo!

La alcanzó y la sujetó de las

muñecas con fuerza. Ella se retorció, pero no consiguió soltarse.

—Katie, ya te he dicho que lo siento y no; no he estado drogándome en la casa de nadie, simplemente necesitaba desaparecer por un tiempo.

—¿Te has metido en líos de nuevo? Es eso, ¿verdad? —dejó de luchar. Si no hubiera estado tan enfadada, hacía rato que se habría arrojado a sus brazos, contenta de tenerlo de regreso sano y salvo.

Daryl suspiró hondo y no dijo

nada. Ese silencio valía más que mil palabras.

—¿Qué has hecho ahora? — preguntó y trató de prepararse para lo que él tuviera que contarle.

—Cometí un error muy grave. El más grave de mi vida —dijo por fin con la voz cansina.

Se preocupó. No recordaba haberle visto aquella expresión sombría en la mirada ni siquiera en las peores épocas cuando entraba y salía de rehabilitación.

Ella dejó el enojo de lado y lo



abrazó. Apoyó la cabeza en su pecho y dijo:

—Cuéntamelo.

Daryl le acarició el cabello.

—Le debo dinero a gente pesada. Me quedé con algo que no me pertenecía, y ahora quieren que se los devuelva.

Kate se apartó y lo miró. Tenía los ojos húmedos.

—¿Drogas?

Él fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Sí.

—¿Cuánto debes?

Tardó unos segundos en responder.

—Demasiado.

—¿Por eso has vuelto? ¿Para pedirme dinero?

—No, necesito un lugar donde quedarme, Katie.

—Te estás escondiendo.

Daryl se apartó.

—Creo que será mejor que me vaya. Nunca debí venir a buscarte; no puedo involucrarte en mis problemas.

Kate lo detuvo.

—No, te quedarás aquí. Eres mi hermano, y no voy a abandonarte ahora que me necesitas, solo quiero pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Prométeme que vas a alejarte de esa gente y que vas a poner todo tu empeño en recuperarte, si no lo haces por mí, hazlo por mamá y papá.

Él la abrazó de nuevo y la besó en la cabeza.

—Te lo prometo.

Ella cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que esa vez, sí cumpliera con su palabra.

\* \* \*

Lunes 1.ro de octubre.

A catorce días de la ejecución.

Jon entró a toda prisa al despacho y cerró la puerta tras de sí. La recepcionista acababa de comunicarle que esa mañana temprano había llegado un sobre sin

remitente dirigido a él.

Lo vio encima del escritorio. Era similar al que había recibido el detective Grimes después del homicidio de Bonnie Trevors. Se acercó y lo abrió.

No fue ninguna sorpresa hallar una fotografía de Kimberley Abrams.

La muchacha yacía en un colchón sucio, el mismo en el cual había sido fotografiada la primera víctima. Estaba completamente desnuda con las piernas abiertas y

la zona genital expuesta a la lente de la cámara.

La observó con atención; entonces descubrió que Kimberley llevaba un broche en forma de mariposa en el pelo. Era el que había perdido Bonnie Trevors. Volvía repetirse el macabro patrón.

Hurgó en el sobre, presintió que nuevamente habría un mensaje para él.

No se equivocó.

Desplegó el papel. Como el anterior, estaba escrito a máquina y

era de color amarillo. Lo leyó.

“La única manera de seguir adelante es reconocer los errores. ¿Cuántas jovencitas más deben morir para que aceptes el tuyo, Jon?”

Ya no era Kellerman, sino “Jon” a secas. Volvió a meter el anónimo y la fotografía en el sobre y se lo llevó a los de Rastros para que lo examinaran.

Cuando salió del despacho, se topó con Kate, que acababa de llegar. Ella estaba a punto de

preguntarle si era cierto que había recibido otro mensaje cuando vio el sobre.

—¿Puedo verlo?

Jon se lo entregó.

—Se ha vuelto más osado. No solo en el lenguaje que usó para dirigirse a mí, la foto también es diferente.

Después de leer el mensaje, tuvo que concordar con él. Al mirar la fotografía, descubrió también que el asesino se había esmerado más con Kimberley. Le había peinado el



cabello, y le había colocado a un costado de la cabeza el broche que había pertenecido a Bonnie Trevors y que había conservado para ella.

—Quiso humillarla aun después de muerta —comentó mientras observaba la posición denigrante en la que Kimberley había sido colocada en aquel colchón.

—¿Qué quiere demostrar?

—Que es él quien controla la situación. Sabes... me sigue dando vueltas en la cabeza el hecho de que

el SuDes haya pasado tres días con ella antes de matarla. ¿Por qué a Bonnie la asesinó poco después de secuestrarla?

—Mencionaste que quizá tenía una conexión especial con Kimberley.

—Sí, pero sabemos que los asesinos en serie organizados rara vez se salen de su esquema. Repiten el mismo patrón una y otra vez, incluso se perfeccionan con el paso del tiempo. Tal vez Bonnie y Kimberley no fueron asesinadas por

la misma persona —se aventuró a decir—. Tenemos dos sospechosos que, creemos, pueden estar siguiendo órdenes de Shadows. ¿Y si a Bonnie la asesinó Lana Hudson? Bradley estaba en Carolina del Norte, es imposible que haya sido él. ¿Han podido comprobar la coartada de Lana?

—Todavía no. Caleb se iba a encargar de ponerse en contacto hoy con la residencia en la que se encuentra ingresada su madre —le informó.

Se echaron a andar en dirección a la sala de reuniones.

—El cuerpo de Bonnie estuvo expuesto a la lluvia y a las bajas temperaturas durante más de dos días. *A prima facie*, la autopsia reveló que tenía una lesión en la zona genital, pero el forense no se atrevió a afirmar que hubiese sido violada. Tampoco se hallaron rastros de ADN. —Se detuvo y miró a Jon—. No es descabellado pensar que haya sido una mujer quien la mató.

Jon se quedó pensativo.

—No, no lo es.

Si el pasillo no hubiese estado lleno de gente, la habría besado allí mismo.

## Capítulo 25

Martes 2 de octubre.

A trece días de la ejecución.

Craig dobló cuidadosamente el papel y lo metió dentro del sobre. Lamió la superficie pegajosa y selló la carta. Desde que había hablado por teléfono con *Themis* sentía que el lazo que los unía se había hecho más fuerte. Esperaba con ansias que llegase el día de visitas para poder descubrir si ella

aceptaría ir a verlo.

No le mencionaba nada en esa última carta, porque su intención no era presionarla. Prefería que decidiese visitarlo ese viernes por decisión propia. Había percibido sus dudas al respecto, pero guardaba la esperanza de poder conocerla por fin.

Le excitaba tanto la idea de poder tenerla frente a él, que apenas había podido dormir las últimas noches.

Metió la carta debajo del libro

de Emerson cuando escuchó el estridente y monótono ruido del mecanismo que abría las celdas. Troy entró y le entregó la edición del *Burke Herald* del día anterior. Ya no le pedía los demás, desde que *Themis* había empezado a escribir sobre él, era el único que leía. Lo observó mientras se sentaba en la cama y se colocaba las gafas. Hacía más de veinte años que trabajaba como guardia en Greensville y estaba acostumbrado a tratar con los criminales más



peligrosos, sin embargo, Craig Shadows era diferente. No tenía pinta de asesino, más bien parecía un hombre común y corriente, como el profesor que le enseñaba Historia a su hija o el vendedor de zapatos de la tienda que estaba a la vuelta de su casa. Siempre callado y perdido en sus propios pensamientos, sin embargo, estaba allí, esperando el día de la ejecución porque había estrangulado a su novia de la juventud con una cuerda de guitarra.

Salió de la celda y siguió mirándolo hasta que la puerta se cerró.

Una vez que se quedó solo, abrió el ejemplar del *Burke Herald* y buscó con ansias en las últimas páginas con la ilusión de que *Themis* hubiese escrito algo sobre la conversación que había tenido con él la mañana del viernes.

La sonrisa se le borró de repente cuando se topó con el título del artículo.

“La voz de los inocentes: el

crimen de Bonnie Trevors.”

Leyó el contenido. No lo mencionaba ni una sola vez, solo hacía referencia a la terrible muerte que había tenido la muchacha de Montclair. Apretó los dientes cuando, más abajo, apareció el nombre de Jon Kellerman. *Themis* le pedía disculpas públicamente a él y al FBI por sus artículos anteriores.

Se levantó de la cama, arrojó el periódico al suelo y lo pisoteó hasta destruirlo. El ritmo de su

respiración se aceleró y le aparecieron unas gotas de sudor en la frente.

Fue hasta la mesita, apartó el libro de Emerson y tomó la carta. La observó durante unos cuantos segundos con la vista nublada por la furia. Luego la estrujó entre las manos y la arrojó al retrete.

*Themis* lo había abandonado y tampoco iría a verlo, ahora lo sabía. Le había soltado la mano cuando le había pedido que no lo hiciera.

Le debía una explicación; era lo menos que se merecía. Se había jurado a sí mismo que nunca más dejaría que alguien lo humillara.

*Themis* lo había hecho, y ahora tenía que saber por qué.

\* \* \*

Miércoles 3 de octubre.

A doce días de la ejecución.

La investigación seguía avanzando a paso de tortuga. Lo

único tangible que tenían y que inexorablemente conectaba a las dos víctimas era la diminuta fibra azul que se había hallado en ambos cadáveres. Ahora ya ni siquiera estaban seguros de que hubiesen sido ultimadas por el mismo perpetrador. La ecuación, sin embargo, seguía cuadrando, ya que tenían dos sospechosos en mente.

Caleb había hablado con una de las empleadas en Palmyra para saber los movimientos de Lana Hudson el día en el que Bonnie

había sido asesinada. Efectivamente, la mujer había ido a visitar a su madre a la residencia de ancianos y se había marchado poco después de las seis de la tarde. El viaje desde Palmyra hasta Burke llevaba poco más de dos horas, lo que le daba el tiempo suficiente para acercarse hasta el vecindario de Bonnie Trevors y secuestrarla. El auto de Lana no era el que había descrito la amiga de la segunda víctima, pero eso no la descartaba. Aun así, no eran más que conjeturas

y ningún juez expediría una orden de registro del Volkswagen Lupo basándose solo en sospechas. Lo de las tapicerías, también había sido un callejón sin salida. No conservaban registros tan antiguos y ya no tenían dónde buscar.

Sin dudas, el caso traía a todos de cabeza, pero Jon de inmediato se dio cuenta de que algo más preocupaba a Kate. Estaba nerviosa y evitaba quedarse a solas con él. Los últimos días, no se habían visto fuera de Quantico, así que ese



miércoles por la noche se ofreció a llevarla hasta su casa con la esperanza de que se abriera con él y le contara qué sucedía.

Estacionó el Nissan Pathfinder y apagó el motor. Ella se preparó para bajarse, pero él la detuvo.

—He respetado tu silencio, pero necesito saber qué es eso que te tiene tan angustiada. ¿Acaso no confías en mí?

—No, Jon, confío en ti ciegamente, es solo que no quiero involucrarte en mis problemas

personales.

Problemas personales. Dedujo entonces que se trataba de su hermano o del tal Elliot Fraser. Empezaría primero por indagar sobre el tema que menos le agradaba.

—¿Has vuelto a ver al periodista?

Ella apartó la mirada.

—No, ya te dije que terminé con él.

Le produjo un gran alivio saberlo.

—¿Es Daryl entonces?

Kate se mordió el labio inferior. Le había prometido a su hermano que no diría nada, sin embargo, ella no sabía cómo ayudarlo. Se había ofrecido a pagar la deuda, pero él se había negado rotundamente a aceptar dinero.

—Sí. —Tenía que contárselo a alguien, si no, iba a explotar—. Se ha metido en un lío muy gordo.

Jon frunció el ceño.

—¿Qué clase de lío?

—Se quedó con parte de

mercancía durante una transacción. Ahora el *dealer* quiere que le pague lo que le debe, por eso ha venido a buscarme. Daryl necesita mi ayuda.

—Tu hermano cometió un delito grave, no hay nada que puedas hacer para ayudarlo. —Hizo una pausa cuando comprendió la magnitud de la situación—. Está contigo, ¿verdad? Lo estás encubriendo.

—¡No lo estoy encubriendo! ¡Esos tipos lo van a matar si no paga! Solo le estoy ofreciendo un

sitio seguro donde quedarse.

—Está bien, tranquilízate —le acarició las manos temblorosas.

—Tengo algo de dinero ahorrado; no cubre la deuda, pero podría pedir un préstamo en el banco.

—No harás eso. No voy a dejar que te involucres —le advirtió.

—No te preocupes, Daryl me ha dejado bien en claro que no quiere mi dinero.

—¿Entonces cómo piensa salir

de ese embrollo?

Kate se encogió de hombros.

—Puedo hablar con un amigo que trabaja en Narcóticos. Tu hermano podría llegar a un arreglo con ellos. —Le parecía la solución más apropiada.

—No lo sé. Daryl le tiene pavor a la policía.

—¿Quieres que hable yo con él? —Se desabrochó el cinturón de seguridad—. Puedo ser muy persuasivo si me lo propongo.

Seguía teniendo dudas.

Agradecía la buena disposición de Jon en querer ayudar, pero no quería actuar a sus espaldas.

—No pierdes nada, mucho menos Daryl. Déjame intentarlo.

Ella soltó un suspiro. Jon tenía razón. Se bajaron del auto y se dirigieron a la casa. Buscó la llave en el bolso y se sorprendió cuando Jon la sujetó del brazo. Se volteó para mirarlo. Él le señaló la puerta.

Estaba abierta.

Jon la apartó y sacó el arma.

—Quédate aquí —le ordenó.

—¡Pero...!

—¡Obedece, soy tu superior!

Kate puso mala cara.

Él entró sigilosamente. Le costó distinguir algo más allá de las sombras. Podía haber alguien todavía en el interior, así que no encendió las luces. Avanzó por el pasillo y, cuando se volteó para cerciorarse de que Kate se había quedado fuera, descubrió que lo estaba siguiendo con la pistola en la mano. Le lanzó una mirada reprobatoria, y ella negó con la



cabeza para darle a entender que no pensaba obedecer.

Cuando llegaron a la sala, todo estaba patas arriba. Jon siguió hasta la cocina: había sufrido el mismo final. Los cajones abiertos colgaban de la mesada, y la vajilla estaba hecha añicos en el suelo.

Kate subió corriendo las escaleras, lo que provocó que Jon se enfadara de verdad. La alcanzó frente a su habitación. Él abrió la puerta. El colchón estaba dado vuelta y le habían arrojado al suelo

toda la ropa. Jon revisó el baño y, cuando estuvo seguro de que no había nadie, guardó la pistola.

Kate dejó la suya encima de la mesita de noche. Se volteó y miró el caos alrededor. Se llevó una mano a la boca. Intentó controlarse, pero estaba realmente asustada.

—¿Dónde está tu hermano?

—¡Por Dios, Daryl! —Salió corriendo de la habitación hacia el desván. Esperaba ver todo revuelto, pero la cama estaba hecha y su ropa descansaba sobre un viejo baúl.

Jon tuvo que agacharse para poder entrar. Le sorprendió que todo estuviera ordenado.

—No está —dijo Kate casi al borde del colapso.

Jon se acercó a la cama. Cuando miró hacia la mesita de noche, descubrió un papel. Lo leyó.

—Tranquilízate, Kate. Tu hermano está bien. —Le entregó la nota para que ella misma la leyera.

“Katie, he salido a hacer unas fotos. No te preocupes si no llego a dormir. Te quiero, Daryl.”

Soltó el aire contenido en los pulmones. Lo primero que la muchacha había cruzado en la mente al entrar en la casa había sido que alguien se había llevado a su hermano para ajustar cuentas.

A Jon, en cambio, le inquietaba que el desván no hubiese sido blanco del ataque cuando el resto de la propiedad parecía un campo de batalla.

—¿Quién pudo haber hecho esto? ¿El sujeto a quien Daryl le debe dinero? —preguntó Kate un

poco más calmada.

Jon no supo que decirle.

—Regresemos abajo —sugirió en cambio—. Será mejor que no toquemos nada. Mañana enviaré a los de Rastros para que vengan a procesar la escena.

Fueron hasta el salón. Era difícil moverse entre los cojines y los muebles.

Jon se llevó las manos a la cintura. Echó un vistazo al lugar y llegó a una conclusión.

—Te vienes conmigo.

Ella frunció el ceño.

—¿Adónde?

—A mi apartamento. No puedes quedarte aquí. Aún no sabemos por qué motivo alguien destrozó así tu casa. —Bajó un poco el tono de su voz—. No pienso poner tu vida en peligro.

Ella no se opuso. No tenía el más mínimo deseo de dormir allí esa noche.

—Está bien. Dame unos minutos para poner un poco de ropa en un bolso y estoy contigo.

También quiero llamar a Daryl para cerciorarme de que está bien.

Jon asintió y la esperó en la cocina.

Un instante después, ella gritó su nombre. Subió corriendo las escaleras. La encontró en el interior de la habitación sentada en el colchón con ambos brazos rodeándole las piernas. En el suelo, a unos pocos centímetros de distancia, había una fotografía en la que aparecían ella y su hermano.

El rostro de Kate había sido

desfigurado con algún objeto punzante. Era evidente que el blanco de aquel ataque había sido ella y no Daryl.

Jon dejó la fotografía encima del tocador y se acercó a ella. La ayudó a ponerse de pie.

Tenía la mirada perdida y no paraba de temblar. Le acarició las mejillas.

—Kate, ¿quién ha hecho esto?  
—Tenía el fuerte presentimiento de que ella sabía de quién se trataba.

Seguía en estado de *shock*,



incapaz de pronunciar palabra.

La asió de la barbilla para obligarla a que lo mirara. Soltó un suspiro de alivio cuando los ojos azules de la muchacha encontraron los suyos.

Lo primero que hizo al reaccionar fue apoyarle la cabeza en el pecho. La estrechó con fuerza para que sintiera su calor. De a poco dejó de temblar.

Tenía que sacarla de allí cuanto antes, así que la sujetó de la cintura y la condujo fuera de la

casa. Al intentar separarse para subirse al auto, Kate le apretó la mano.

—Todo va a estar bien.

La ayudó a subir. Cuando se le colocó al lado, se acurrucó y le apoyó la cabeza en el hombro.

Jon le tomó la mano y se la besó. Maldijo para sus adentros mientras encendía el motor. Nunca antes se había sentido tan inútil.

Prefería a la Kate intrépida y de carácter impetuoso. No soportaba verla angustiada de

aquella manera.

Encendió el motor y partieron  
rumbo a Arlington.

## Capítulo 26

Kate seguía sin soltarlo. Salieron del ascensor y en el pasillo se toparon con Irene Webb, quien precisamente venía de su apartamento.

La morena se sorprendió al verlo llegar en compañía de una mujer. A la única que solía ver a su alrededor era a su hermana Colleen. No se preocupó en ocultar que estaba molesta. Estudió a la muchacha que se le aferraba a la

cintura como si fuera de su propiedad. Según su criterio, era rubia e insípida. Demasiado delgada y sin gracia.

—Hola, Jon. Pensaba hacerte una visita esta noche —dijo arrastrando las palabras y sonriendo seductoramente.

Kate percibió la mirada cargada de animadversión que le dedicó la mujer.

—Lo siento, Irene. No va a poder ser —respondió él cortante.

—¿No vas a presentarme a tu

amiga? —volvió a prestarle atención a Kate y se esforzó por sonreír.

Él estaba perdiendo la paciencia. No le gustaba para nada la actitud posesiva de Irene.

—Soy Kate Giordano y trabajo con Jon en el FBI —le informó, abriendo la boca por primera vez—. ¿Quién eres tú?

Kellerman le lanzó una mirada amenazadora a la morena.

—Soy Irene Webb, vecina y amiga de Jon.

Kate creyó la primera parte, sin embargo, dudaba de que solo fuera una amiga.

—Es tarde y debemos descansar. —Jon la asió de la cintura, para instarla a continuar, pero ella se apartó y prefirió caminar a su lado.

Irene se quedó observándolos hasta que entraron en el apartamento.

Jon cerró la puerta y al voltearse lo primero que notó fue el cambio de actitud de Kate.

—No es lo que piensas —se atajó.

—Yo no pienso nada, pero tengo ojos y veo. —Se mesó el cabello—. Esa mujer estaba que trinaba de los celos.

Jon dejó escapar un suspiro. Sería sincero con ella; no se merecía que le mintiera.

—Irene y yo nos acostamos una vez. Yo había bebido, y ella estaba más que dispuesta a ser mi paño de lágrimas esa noche. Fue un momento de debilidad; solo eso.



Ella asintió. No tenía derecho a reclamarle nada; era un hombre atractivo y deseable. Estaba segura de que la tal Irene no era la única mujer que había tenido el privilegio de pasar por su cama. Debía de tener una larga lista de amantes y sintió celos de todas ellas.

—No tienes que darme ninguna explicación, Jon.

—Yo quiero dártelas — respondió él.

Kate tragó saliva. Percibió franqueza en sus palabras. Se sintió

mal por no haber confiado en él y haberle contado lo que le había hecho Elliot. Estaba a punto de hacerlo cuando él la interrumpió.

—¿Quieres llamar a tu hermano?

Daryl. Lo había olvidado por completo.

—Sí.

—Ven. —La acompañó hasta la pequeña sala de estar y se le sentó al lado.

Marcó el número de Daryl. De inmediato saltó la contestadora.

Intentó varias veces más, pero no obtuvo respuesta.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo Kate ahogando las lágrimas que pugnaban por salir.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Ayer por la tarde; salió a vender camisetas. Regresó cuando yo ya estaba en la cama a eso de las diez.

—¿Suele desaparecer todo el día cuando se va a sacar fotos?

Kate asintió.

—Le apasiona la fotografía. Es muy bueno. Hubo una época en la que incluso intentó dedicarse profesionalmente a ello. Iba a abandonar la banda y poner un pequeño estudio fotográfico, pero, después de la muerte de Livy, su vida y sus sueños se derrumbaron.

—Kate, la persona que entró en tu casa no lo buscaba a él.

Ella asintió con la cabeza.

Jon le apretó la mano.

—Sospechas de alguien, ¿verdad?

Lo miró. Era tan fácil para ella perderse en esos ojos verdes y olvidarse del mundo si quisiera, pero primero necesitaba deshacerse del peso que cargaba y que le impedía seguir adelante.

—Creo que ha sido Elliot — dijo por fin.

Jon torció la boca en una mueca.

—¿Elliot?

Tensó los brazos a ambos lados del cuerpo. Había comenzado a temblar nuevamente.

—Sí. No acepta que hayamos roto nuestra relación. La otra noche se presentó en mi casa; estaba borracho e intentó... —Ni siquiera podía decirlo. Tenía la sensación de que, si cerraba los ojos y aspiraba fuerte, olería el aliento caliente de Elliot en su cuello—. Intentó tomarme por la fuerza.

—¡Por Dios! ¿Por qué no me has dicho nada? —Estaba tan disgustado que ni cuenta se dio de que había levantado la voz. Cuando vio la mirada temerosa de Kate,

cerró la boca. Le acarició el cabello—. Lo siento, lo he vuelto a hacer, ¿no?

Ella tragó saliva. Se había esforzado para no llorar, pero estaba a punto de flaquear.

—Debes denunciarlo. Ese hijo de puta debe pagar por lo que te hizo —la exhortó. Le hervía la sangre de la rabia, sin embargo, disimuló para no mortificarla más de lo que ya estaba.

—No creí que pudiera llegar a tanto. Estuve con él durante tres

meses y no lo conocía realmente.

—Ese sujeto es de armas tomar. Primero intentó violarte, ahora se ha metido en tu casa para darte un mensaje. —Trató de no pensar demasiado en la fotografía con el rostro destrozado. Mucho menos quería imaginarse qué habría sido de ella si Fraser la hubiera encontrado en casa al momento del ataque. Se le puso la piel de gallina.

—Supongo que deberé tener más cuidado la próxima vez —



respondió ella mientras trataba de enterrar aquellos horribles momentos en algún rincón de la memoria.

—No va a haber una próxima vez —le aseguró—. Mañana mismo ordenaré su detención.

Kate no habría querido que las cosas llegaran a tanto, pero, después de lo que había hecho, Elliot se había convertido en una amenaza.

—Está bien, será como tú quieras.

Él le sonrió.

—Me muero de hambre.

Colleen estuvo el lunes y, como siempre, procura que su hermano mayor se alimente bien. —Se dirigió a la cocina seguido por Kate y abrió la nevera—. Tenemos una porción generosa de *Ham Hock* con judías verdes y pastel de calabaza de postre. —Se volteó y la miró con gesto interrogante—. ¿Cenamos?

Sonaba y olía delicioso. Era imposible resistirse a semejante

invitación a pesar de que tenía el estómago hecho un nudo.

Decidieron disfrutar de aquel manjar en la sala de estar. Colocaron todo encima de la mesa ratona y se acomodaron en el suelo sobre unos cómodos cojines. Jon abrió uno de los mejores vinos que tenía.

—Brindemos por este momento. Por que no sea el único —dijo y alzó la copa.

Kate sonrió y chocó la suya con un golpe suave. Bebieron un

poco mientras se miraban el uno al otro.

Jon no había exagerado cuando había dicho que tenía hambre. Su plato rápidamente se quedó vacío. Kate, en cambio, apenas había tocado la comida. Hizo un esfuerzo por probar el pastel de calabaza para no desairarlo ni a él ni a Colleen. Tras unos cuantos bocados, dejó la cuchara encima del plato y se echó hacia atrás.

—¿Quieres más vino? —le preguntó Jon después de devorarse

el último trozo del pastel.

—No, mejor no.

Él se puso de pie, tomó un cojín y se le sentó al lado. Kate comenzó a jugar con la pequeña borla de lana que le colgaba del *sweater*.

—Kate...

Pronunció el nombre de tal manera que a ella se le erizó la piel.

—¿Dónde voy a dormir, Jon?

—preguntó de repente, poniéndose a la defensiva.

—En mi cama, por supuesto  
—respondió con total naturalidad.

Ella lo miró con los ojos bien abiertos.

—Y yo dormiré aquí —le aclaró al notar que se había puesto inquieta.

—No puedo permitir que hagas eso. Te has dañado la espalda durmiendo en casa de mis padres.

—Podemos compartir la cama entonces —la interrumpió.

No supo si hablaba en serio o

le estaba gastando una broma. Cuando vio el destello del deseo en su mirada, comprendió que no bromeaba.

Kate no dijo nada y él a aprovechó para realizar el segundo movimiento. Le tocó suavemente los dedos y la sintió estremecerse.

Soltó un suspiro.

Se moría de ganas de besarla y de mucho más. No iba a soportar que ella lo rechazara.

—Quiero terminar lo que empezamos la otra noche. ¿Qué

dices?

Notó cómo respiraba profundamente, sintió el calor que desprendía su mirada y supo que él no iba a esperar una respuesta por mucho tiempo más.

Sin previo aviso, la asió con brusquedad por la cintura y se la pegó al cuerpo, mientras su boca descendía por la de ella.

Antes de que Kate pudiera recuperarse, le enredó los dedos en el cabello para evitar que retirara la cabeza. La mantuvo de una forma



gentil, pero firme, como si quisiera hacerle notar que no tenía intenciones de arrancarle por la fuerza una reacción. Su boca se movió sobre la de ella con suavidad.

Kate no se resistió. Con largos y lentos movimientos de lengua, Jon le separó los labios y la deslizó hacia el interior. El beso le hizo perder el control. El deseo que había contenido todo ese tiempo, la sacudió con una intensidad arrolladora y se aferró a él para no

desfallecer.

Jon hurgó debajo del *sweater*. Un gemido escapó de los labios de Kate cuando su mano se cerró posesiva sobre uno de sus pechos. Los hábiles dedos de Jon buscaron y encontraron el pezón erecto. Kate sintió un placer casi insoportable. Entonces, impulsado por su propia necesidad, Jon empezó a pellizcar aquella zona sensible del cuerpo hasta hacerla estremecer de pasión.

Sonrió con profunda satisfacción cuando se apartó y

descubrió que ella temblaba de pies a cabeza, demasiado atontada por la pasión como para hablar siquiera.

Kate tuvo la impresión de no poder respirar mientras seguía sintiendo los fuertes latidos de su corazón. Tenía los senos tensos y los pezones casi le dolían de tan sensibles. La palpitante sensación que notaba entre las piernas le hizo desear que él diera el siguiente paso.

Tomó la iniciativa. Lo apartó y lentamente se puso de pie. Lo miró

desde arriba. Extendió el brazo hacia él y Jon se levantó, pegando su cuerpo al de ella mientras lo hacía. Kate le rodeó el cuello con las manos y se elevó los pocos centímetros necesarios para situarse a la misma altura que él; necesitaba sentir toda la tensión de aquel cuerpo que había deseado en silencio durante tanto tiempo. En cuestión de segundos, Jon la empujó contra la pared y la rígida turgencia de sus vaqueros empezó a ejercer presión donde más agradable

resultaba. La pared estaba fría como un témpano, pero Jon ardía mientras ella se frotaba contra él.

De pronto, detuvo el movimiento de manos y caderas y apartó los labios de los de ella.

—Espera. —La palabra sonó quejumbrosa, pero ella estaba demasiado excitada para prestar atención a eso—. Kate, mírame. — La muchacha abrió los ojos. Él se encontraba tan cerca que podía contar todas y cada una de sus pestañas—. Yo ya te he dicho lo

que deseaba. ¿Estás segura de que tú quieres lo mismo?

—Sí, Jon. —Las dos palabras brotaron en un susurro—. Quiero que me ames esta noche y todas las noches del resto de mi vida.

Él exhaló un suspiro.

—Te deseo tanto, Kate. No creo poder ir despacio.

—Pues no lo hagas.

Con lentitud, él asintió; bajó las manos hasta asir el elástico del *sweater* y se lo pasó por la cabeza. Cuando se le enredó con el pelo,

soltó una jadeante carcajada. Entre los dos lo desenmarañaron, y él se puso serio al contemplar el delicado encaje blanco del sujetador.

Tragó saliva.

—Dios, qué bella eres.

Kate notaba el corazón sacudirse dentro del pecho.

—Tócame, Jon. Por favor.

Los ojos de él volvieron a centellear y, de nuevo con movimientos rápidos, la despojó de la prenda de encaje

desabrochándole el cierre delantero. Ella no dispuso más que de un instante para sentir la frescura del aire en la piel antes de que él le rodeara un seno con la cálida palma de la mano y el otro con su aun más cálida boca. Ella le entrelazó los dedos en el cabello y lo atrajo hacia sí; luego cerró los ojos y se dispuso a sentir. Qué bien le sentaba aquello; cuánto lo necesitaba.

—¿Dónde tienes la cama? — preguntó ella.



Jon sonrió al tiempo que elevaba los ojos al techo.

—Arriba.

Kate se le acercó para besarlo nuevamente. Le desabotonó a tientas la camisa y él le bajó la cremallera de los pantalones. Salieron de la sala de estar a trompicones, despojándose de prendas a un ritmo frenético a medida que se aproximaban a la escalera. Él se detuvo en el primer peldaño y la empujó contra la balaustrada. Estaba completamente

desnuda, pero él aún llevaba puestos los *boxers*. Apartó los ojos de su rostro para admirarle el cuerpo mientras el pecho le subía y le bajaba como si cada vez tuviera que obligar a los pulmones a respirar.

—Te necesito, Jon.

Él soltó un gruñido y se hizo con el control del beso. Profundizó en él mientras recorría la espalda de la muchacha con las manos. Le acarició las nalgas y la atrajo hacia sí. Ella notó palpitar su erección;

empezó a mover las caderas y se acercó para frotarse contra él, pero necesitaba más.

—Jon, por favor. Ahora.

Un escalofrío le sacudió el cuerpo. En ese instante supo que estaba tan a punto como ella. Retrocedió y la asió de la cintura para conducirla arriba, pero ella lo tomó de sorpresa: deslizó las manos bajo el elástico de los *boxers* y se los bajó. Tampoco esa vez la defraudó; le rodeó el miembro con la mano y lo oprimió,

lo que le arrancó un peculiar gemido.

Ella lo empujó y se le montó a horcajadas sobre las caderas mientras él se agachaba hasta quedar sentado en la escalera.

Ella le cubrió la boca con la suya; luego descendió y lo introdujo en su cuerpo. Lo notó caliente y duro. Cerró los ojos ante la sensación de plenitud.

Él la aferró por las caderas y le hincó los dedos en la piel.

—Tómame. —Arqueó la

espalda y al hacerlo lo introdujo más en ella. Luego abrió los ojos y observó cómo él los cerraba despacio, cómo el mentón de barba incipiente se tensaba, cómo el atractivo cuerpo se ponía completamente rígido. Entonces empezó a moverse, primero despacio, luego con más rapidez y vigor al notar que se aproximaba al clímax.

Alcanzó el orgasmo con un grito y se dejó caer hacia delante, asiéndose al escalón

inmediatamente superior. Besó con fuerza a Jon y su boca ahogó el gemido que él emitió mientras sacudía las caderas con movimientos salvajes. Entonces la espalda se le tensó y empujó con movimientos espasmódicos al alcanzar el orgasmo.

Jadeando como si acabara de echar una carrera, se apoyó hacia atrás sobre los codos y dejó caer la cabeza hasta posarla sobre la escalera. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Luego

Kate se hizo a un lado y se sentó en el escalón inferior. Recostó la cabeza en el muslo de Jon. Él le acarició el cuello.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —

respondió entrelazando los dedos a los de él.

Jon se inclinó hacia delante y le mordisqueó la oreja. Kate se estremeció.

—Creo que mi pobre espalda se ha resentido —reconoció a regañadientes.

Ella se volteó y lo miró.

—¿Te duele?

Se preocupó al ver la expresión de congoja en su rostro. Sonrió para tranquilizarla.

—Nada que unos buenos masajes no alivien.

Ella se puso de pie. La piel desnuda lucía satinada por efecto de la luz que se colaba por la ventana. Extendió un brazo hacia él.

—Ven. Tengo el mejor remedio para una espalda dolorida.

Jon le asió la mano y, al



levantarse, ella lo provocó, pegándosele al cuerpo. Kate sonrió complacida. Se puso en puntas de pie y le susurró:

—No te preocupes, esta vez sí llegaremos hasta tu cama.

## Capítulo 27

Jueves 4 de octubre.

A once días de la ejecución.

El cuerpo desnudo y sudado de Kate brillaba por efecto de la luz. Se encontraba boca abajo y las sábanas se le perdían en la curva sinuosa de las caderas. Jon recorrió la línea de su espalda con la mirada. Tenía un pequeño lunar a la altura de la cintura. Dormía plácidamente con la cabeza girada

hacia él.

Se había despertado hacía rato, pero no deseaba moverse de allí. Contempló el rostro de la muchacha. Tenía los labios entreabiertos y respiraba lentamente. ¡Dios, era preciosa! La noche anterior ambos se habían dejado arrastrar por la pasión, sin pensar en las consecuencias o en el después.

Ella en ese momento abrió los ojos y descubrió que estaba sonriendo. Se desperezó y se

acercó.

—¿En qué piensas? —puso la mano en el pecho de Jon y comenzó a dibujarle pequeños círculos alrededor de las tetillas. Luego descendió a través del abdomen plano y se detuvo de repente.

Jon ahogó un gemido.

—En lo hermosa y sensual que eres —dijo cuando fue capaz de articular una palabra.

—¿Cómo está tu espalda, te sigue doliendo?

La tomó de la cintura y la

colocó encima de él.

—¿Tú qué crees?

Ella soltó una carcajada. Le parecía imposible poder reír después de lo sucedido. Llegó a la conclusión de que Jon era el único responsable de su exultante estado de ánimo. Se inclinó hacia delante y lo besó, mordiéndole el labio inferior antes de apartarse.

Jon se regocijó con la mirada traviesa de sus ojos. Al mismo tiempo, echó un vistazo al reloj. Se le había hecho tarde. Todavía debía

darse una ducha y desayunar antes de irse, sin embargo, la sola idea de poder hacer el amor una vez más con Kate le trastornaba la cabeza.

Ella regresó a su lado de la cama cuando comprendió que no había tiempo para otro revolcón.

Jon se levantó, y Kate admiró su espléndida desnudez mientras se dirigía al cuarto de baño. Se detuvo al llegar a la puerta y giró sobre los talones.

—No irás a Quantico hoy —le anunció—. Voy a mandar a detener

a Fraser y prefiero que no estés presente.

Se dispuso a objetar esa decisión, pero él le dio la espalda y desapareció detrás de la puerta del baño.

Se cubrió con las sábanas y volvió a recostarse. De nuevo, él intentaba protegerla. Siempre había sido una mujer independiente y le costaba mucho hacerse a la idea de que alguien intentara construirle una burbuja alrededor para evitar que le hicieran daño.

Esa vez le haría caso porque toparse con Elliot no le apetecía en lo más mínimo. Ella tenía otras cosas de qué ocuparse esa mañana.

Le preparó a Jon el desayuno. Él le hizo prometer que se cuidaría y que no cometería ninguna estupidez. Claro que, cuando hizo la promesa, cruzó los dedos por detrás de la espalda.

Apenas se marchó hacia Quantico, llamó a su hermano. Una vez más, fue imposible localizarlo. Ya no soportaba la incertidumbre.



La cabeza de Daryl tenía un precio, y él no aparecía. Tenía que hacer algo, de otra manera terminaría enloqueciendo.

Se dio una ducha rápida y pidió un taxi. Cerca de las diez de la mañana, partió rumbo a Crownleigh.

\* \* \*

Elliot Fraser esperaba en la sala de interrogatorios tras haber sido detenido por intento de

violación. Llevaba más de una hora allí. Sacó el tercer cigarrillo del paquete y se lo llevó a la boca. Levantó la cabeza cuando se abrió la puerta.

Jon Kellerman entró y avanzó hacia la mesa con lentitud. Miró al hombre y reprimió el impulso de hacerle pagar por lo que le había hecho a Kate.

Tomó la silla y se sentó. Luego colocó en el centro de la mesa la carpeta con las fotos que los peritos habían tomado en la casa de Kate

temprano esa mañana.

—No pienso decir nada sin un abogado presente —manifestó al tiempo que echaba una calada al cigarrillo.

Jon se echó hacia atrás para evitar que el humo se le impregnara en las fosas nasales. Hacía muy poco que había dejado de fumar y tenía que confesar que aquello se estaba convirtiendo en una verdadera tortura.

—¿Podría apagar el maldito cigarrillo? —le ordenó perdiendo

los estribos.

Fraser lo miró con los ojos entornados. Tardó unos cuantos segundos en obedecer. Aplastó el cigarro en el cenicero y se cruzó de brazos.

—No tienen pruebas en mi contra —fue lo primero que dijo.

Jon sonrió. Había desistido demasiado rápido del derecho a que un abogado lo asesorara durante el interrogatorio.

—La víctima asegura que la noche del viernes 28 usted se

presentó en su domicilio e intentó abusar de ella.

Elliot negó con la cabeza.

—Eso es mentira. Kate se negó a acostarse conmigo, pero nunca intenté tomarla por la fuerza —respondió con voz firme.

Sabía que, en una corte, sería el testimonio de Kate contra el de él y ningún juez le daría validez. Necesitaría pruebas.

Abrió la carpeta y sacó unas cuantas fotografías. Las colocó en fila y estudió la reacción del

periodista.

Elliot Fraser ni siquiera se inmutó.

—Anoche alguien entró a la casa de Kate y destruyó todo lo que encontró a su paso.

—¿Está insinuando que yo lo hice? —Se quedó boquiabierto.

Jon sacó una fotografía más del interior de la carpeta y se la mostró.

—Es evidente que no pensaba permitir que ella lo dejara. Un hombre con el ego herido es capaz

de cualquier cosa.

—Usted está loco; yo no tengo nada que ver con ese asunto —se defendió. Se había puesto pálido de repente al ver el rostro de Kate totalmente desfigurado en la fotografía.

—Tenía motivos, Fraser. La persona que cometió este delito sentía especial odio hacia ella —dijo acercándole más la foto.

—Yo no la odio —replicó. Luego, bajó un poco los hombros y respiró hondo—. Lo que sucedió la

otra noche fue un error: había bebido y no podía soportar la idea de que Kate ya no quisiera seguir conmigo. A la mañana siguiente me di cuenta de lo que había hecho, pero estaba demasiado avergonzado como para pedirle perdón.

—Este posible arrepentimiento no sirve para demostrar inocencia, Fraser —lo increpó.

—¿Cuándo dijo que sucedió lo del allanamiento?

—Ayer por la noche.



Elliot sonrió.

—Me encontraba fuera de Burke ayer, regresé esta mañana a las seis.

No se lo esperaba.

—¿Dónde estuvo?

—Cubro la campaña del senador Neville. Estuve en Washington los últimos tres días —alegó—. Puede preguntar en el *Burke Herald* o en el comité electoral. Ellos le dirán que no me moví de allí desde que llegué, el lunes al mediodía.

Jon guardó silencio. Esperaba tener algo concreto con lo que atraparlo por haber agredido a Kate. El ataque a la casa parecía la mejor opción. Sin embargo, ante la falta de pruebas en su contra y la coartada sólida que acababa de brindarle, supo que sería una misión imposible.

Salió de la sala de interrogatorios por un momento y buscó a Caleb.

—Dice la verdad, Jon. Acabo de llamar a Washington y al menos

una docena de personas confirman que se encontraba cubriendo una gala de beneficencia que organizó el senador Neville en la Academia Nacional de Ciencias.

Lanzó una maldición al aire. Si no había sido Fraser, ¿entonces quién? Estaba seguro de que el blanco del ataque había sido Kate, así que descartó de inmediato al *dealer* que había amenazado a su hermano.

Una terrible sospecha le cruzó por la mente en ese momento.

\* \* \*

Kate entró a la casa y de inmediato se dio cuenta de que Daryl no estaba. Encendió las luces del pasillo y se dirigió a la habitación. Tal vez podía encontrar algo que le diera indicios de dónde se podría haber metido. Revolvió el lugar sin suerte. No estaba dispuesta a rendirse. Encontraría a su hermano aunque fuese lo último que hiciera en la vida.

Bajó las escaleras y se acercó al sótano. Descubrió que la puerta todavía permanecía con llave. Era extraño que Daryl la mantuviera cerrada. Recordaba que solía trabarse porque la manija estaba vieja y oxidada.

En algún lado debía de estar la llave. Fue hasta la cocina, pero no la halló. Buscó en el escritorio que estaba en el salón, revisó en el interior de los cajones y halló el llavero de repuesto. Cuando intentó sacarlo, una de las llaves se atascó

con algún objeto. Se agachó para ver mejor y descubrió que se trataba de la medallita en forma de medialuna que usaba Livy la noche del secuestro y que seguía perdida.

La sostuvo en la mano y la contempló.

¿Cómo era posible que la medalla apareciera ahora? Livy nunca se la quitaba y estaba segura de que se la había visto en el cuello la noche en la que había desaparecido.

Trató de ponerle freno al

torbellino de pensamientos que se le agolparon en la mente en ese instante. Le temblaban las piernas y tuvo que sentarse.

Debía haber una explicación razonable.

Alzó la cabeza. Desde allí se veía perfectamente la puerta del sótano. Seguía dándole vueltas el hecho de que le hubiesen echado llave.

Sacó el móvil del bolso y le marcó nuevamente a su hermano. Él era la única persona que podía

esclarecer todo aquel asunto.

Lanzó una retahíla de maldiciones cuando volvió a saltarle por enésima vez el buzón de voz.

Solo le quedaba una cosa más por hacer: llamar a Jon.

Él salió de Quantico inmediatamente después de recibir la extraña llamada de Kate. Le llevó menos tiempo de lo habitual llegar a Burke. La había notado inquieta; ella se había rehusado a contarle por teléfono qué estaba



sucediendo.

Saltó fuera del Nissan Pathfinder y corrió hacia la casa. Entró sin llamar y encontró a Kate sentada frente al escritorio. Estaba blanca como un papel. Se alarmó. Avanzó hacia ella y se arrodilló a su lado. Entonces notó que apretaba algo en la mano.

—Kate, ¿qué ha pasado?

Ello lo miró y le enseñó la medalla.

Jon se quedó de una pieza. Reconoció el delicado objeto de

inmediato.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba escondida allí. —Le señaló el cajón abierto.

Él espío en el interior. Había unas cuantas hojas en blanco y, debajo, algunos recibos. Los leyó: eran de una tienda de ropa.

—Trend. ¿La conoces?

—Sí. Es la tienda que le compra las camisetas a Daryl.

—Tu hermano guardó los recibos aquí, es imposible que no haya visto la medalla —aseveró.

Kate negó con la cabeza.

Una sórdida hipótesis fue cobrando fuerza en la cabeza de Jon.

—¿Has podido localizarlo?

—No.

Jon apretó la mano temblorosa de Kate cuando percibió su angustia. Quería decirle algo que la calmara, pero no fue capaz. Presentía que la investigación por el homicidio de su hermana estaba a punto de dar un vuelco inesperado.

De repente, Kate tomó el

manejo de llaves que estaba encima del escritorio y se alejó rumbo al pasillo. Jon fue detrás de ella.

Abrió la puerta del sótano y encendió la luz. Se volteó y lo miró.

—Tengo miedo de lo que podemos encontrar allí abajo.

—Deja que vaya yo.

—No, iremos juntos.

—Está bien, pero yo bajo primero.

Kate asintió y descendió por las escaleras siguiéndolo de cerca.

Lo primero que percibieron

fue el hediondo olor a humedad.

—Cuando vine la otra vez, la puerta también estaba cerrada — comentó Kate llegando al final de los escalones—. Me extrañó porque papá nunca solía hacerlo.

Jon la sujetó de la muñeca para impedir que diera un paso más.

—¿Qué sucede?

—Kate.

Ella se soltó y pasó junto a él. Se paralizó cuando vio el colchón sucio tirado en un rincón. Encima,

había restos de una sábana y un pedazo de cuerda.

Se llevó una mano a la garganta, al tiempo que comenzó a mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro, negándose a aceptar lo que veían sus ojos.

Jon se acercó y le tocó el hombro para que girarse hacia él. Mientras la abrazaba, observó todo alrededor.

Acababan de encontrar la escena del crimen.

Jon se paseaba de un lado al otro como una fiera enjaulada. Kate había querido ir a Quantico con él para estar al tanto de los nuevos avances en la investigación, pero había conseguido convencerla de quedarse en su apartamento. Colleen le estaba haciendo compañía, aun así, se sentía inquieto.

La puerta de la sala de reuniones de la Unidad de Ciencias

de la Conducta se abrió y Meredith entró con los resultados de las pericias que se habían hecho en la escena del crimen.

Se lo entregó a Jon y él con manos torpes, abrió la carpeta. Después de leer el informe final dos veces, dejó los papeles encima del escritorio y se dirigió hacia la ventana.

Ya no había dudas: Bonnie Trevors y Kimberley Abrams habían estado cautivas en el sótano de los Giordano.



También se sumaba el hecho de que ahora, trece años después, hubiese aparecido una de las medallas que llevaba Livy la noche en que fue vista por última vez.

Pensó en Daryl; jamás se le había cruzado por la cabeza que él fuese el responsable de las tres muertes.

Pero las evidencias no mentían y además, no aparecía por ningún lado. Dudaba de que estuviera ocultándose porque se la hubiese jugado a un traficante de drogas.

Respiró hondo. ¿Dónde quedaban los hermanos Shadows y Lana Hudson en su investigación? ¿Acaso habían estado mirando hacia el lado equivocado todo ese tiempo? Maldijo para sus adentros. Había cometido un error trece años atrás y lo estaba cometiendo ahora.

Se volteó y miró a sus dos compañeros. Agradeció que Kate no estuviera en ese momento allí para que fuera testigo de lo que estaba a punto de decir.

—Caleb, llama al juez y

pídele una orden de detención en contra de Daryl Giordano por secuestro, violación y homicidio.

Nadie dijo más nada durante los próximos segundos; luego Caleb cumplió con el mandato que le había dado su jefe.

## Capítulo 28

Colleen observó a la muchacha que dormía en la cama de su hermano. Había tenido que darle un sedante para que lograra conciliar el sueño. Se encontraba allí, al pie del cañón siguiendo las instrucciones de Jon de que no la dejara sola hasta que él llegase. Estaba tranquila porque había dejado a Becky en casa de su cuñada, y Dan pasaría a buscarla luego de que saliera de la consulta.

Bajó hasta la cocina y preparó un poco de té. Cuando regresó a la habitación, Kate estaba despierta.

—¿Quieres que te sirva? — dejó la bandeja encima de una mesa y se volteó hacia ella. La pobre muchacha estaba deshecha. Tenía los ojos hinchados de haber estado llorando hasta quedarse dormida y el rostro blanco como un papel. Aun así, le pareció bonita y comprendió por qué había deslumbrado a su hermano.

—Sí, gracias —respondió la

rubia con un hilo de voz. Se sentó en la cama y apoyó la cabeza en el respaldar.

—Lamento que hayamos tenido que conocernos en circunstancias tan terribles —dijo la mujer mientras se le sentaba al lado.

Kate bebió el té y luego apretó la taza caliente entre las manos. Estaban tan heladas que ni siquiera sintió el calor.

—¿Has hablado con Jon?

—No, pero me prometió que

volvería en cuanto le fuera posible.

Kate asintió. Dejó la taza encima de la mesita de noche porque ya no podía tragar más. El nudo en la garganta la estaba ahogando. No saber lo que sucedía la inquietaba, pero imaginarse a su hermano como un asesino la estaba volviendo loca. Quería estar en Quantico y seguir de cerca la investigación, pero en el estado deplorable en el que se encontraba, sabía que no era lo más prudente.

—¿Sabes qué sucede? —le

preguntó a la hermana de Jon con la intención de sonsacarle algo de información.

Colleen negó con la cabeza.

—Lo siento. No debe de ser nada sencillo para ti descubrir que tu hermano es el responsable de las muertes de esas dos chicas.

Por más que las pruebas indicaran lo contrario, se negaba a aceptar que Daryl hubiese sido capaz de asesinar a Bonnie Trevors y a Kimberley Abrams. Debía encontrarlo antes que la policía y



hablar con él. Sobre todo necesitaba mirarlo a los ojos y preguntarle si lo había hecho.

—Quisiera poder dormir un poco antes de que Jon regrese —se recostó y apoyó la cabeza en la almohada.

Colleen le dio una palmadita en la pierna y recogió la taza de té. Se dirigió hacia la salida y, tras abandonar la habitación, cerró la puerta.

Rápidamente, Kate se levantó de la cama y buscó su bolso. Sacó

el teléfono y escribió un mensaje de texto. Cuando comprobó que había sido enviado, volvió a acostarse, aunque le fue imposible conciliar el sueño otra vez.

\* \* \*

Antes de dirigirse a su apartamento, Jon decidió pasar por Lakepointe con la intención de recoger algo de ropa para Kate. Subió corriendo las escalinatas y notó que había correspondencia en

el buzón. Echó un vistazo: además de algunas facturas, le habían enviado desde el *Burke Herald*, las cartas que estaban dirigidas a *Themis*. Las fue viendo una a una y de repente se detuvo.

Reconoció el sello del Departamento Federal de Correccionales en la parte superior izquierda.

Sin ponerse a pensar que estaba cometiendo un delito, rasgó el sobre por uno de los extremos y sacó el papel que había en el

interior.

Las primeras líneas que había escrito *Shadows* le bastaron a Jon para comprender que no le iba a perdonar a Kate que lo hubiera abandonado.

“Me has traicionado, *Themis*. Tú, la única persona en la que confiaba. Has cometido un error y los errores, tarde o temprano, se pagan.

Eres una zorra. Lo supe cuando escuché tu voz en el teléfono. Dulce y suave, pero

dispuesta a venderte al primer postor como una puta barata.

No podrás olvidarte de mí, porque no voy a dejar que lo hagas.

Vas a saber de mí más pronto de lo que te imaginas.”

Estrujó el papel hasta convertirlo en un bollo. No iba a mostrarle la carta a Kate; ya estaba demasiado abrumada por lo de su hermano y no quería que se preocupara también por el imbécil de Shadows. Entró a la casa, los peritos habían estado esa mañana

temprano y todo seguía dado vuelta. Contrataría una agencia de limpieza para que se encargara de poner orden en el lugar, en caso de que Kate decidiera regresar.

Se subió al auto y, mientras conducía en dirección a Burke, no podía parar de darle vueltas a la carta de Shadows.

Él había amenazado a *Themis*, no a Kate. Era imposible que supiera que, quien se escondía detrás del seudónimo, era ella. Sin embargo, cuando constató que no

había sido Elliot Fraser la persona que se había metido en la casa, por un segundo, barajó la posibilidad de que Shadows estuviera detrás del ataque; que hubiese decidido vengarse porque ya no escribía sobre él en el periódico. Pero había apartado esa idea rápidamente: Craig no sabía que *Themis* era Kate.

¿Y si hubiera conseguido enterarse? Se le tensó el estómago. Si habían llegado a sospechar que Shadows contaba con la

complicidad de su novia y de su hermano para cometer los asesinatos, no era descabellado creer que podría haber enviado a cualquiera de los dos al periódico para averiguar quién era la persona detrás del seudónimo.

Se desvió del camino; antes de ir a la casa de Kate, se daría una vuelta por el *Burke Herald*.

\* \* \*

Kate se encontraba sentada en



la cama con la mirada fija en el teléfono móvil. Habían pasado más de dos horas desde que le había enviado un mensaje a su hermano. La angustiada espera se hacía cada vez más insoportable. Escuchó a Colleen en la planta baja haciendo ruido en la cocina. Seguramente estaría preparando la cena. Se puso de pie y caminó descalza hacia la ventana. Había oscurecido ya; otro día que terminaba y seguía sin saber de Daryl.

El corazón le brincó dentro del

pecho cuando escuchó el *ringtone* del teléfono. Corrió hacia la cama y lo sujetó con las dos manos. Casi se echó a llorar cuando vio el nombre en la pantalla.

—¡Daryl! ¡Por fin!

—Katie.

—¡Daryl, dime que no es verdad! —le suplicó—. ¡Necesito saber que todo esto no es más que un terrible error!

—La policía y el FBI me están buscando. Mi foto ha salido en todos lados.

Kate contuvo el aliento. No iba a soportar que lo cazaran de esa manera.

—Quiero verte, Daryl.

—No, hermanita. No vas a involucrarte en esta pesadilla tú también. Me metí solo en ella y solo saldré —le dijo atropelladamente.

Kate supo que estaba drogado.

—Dime dónde estás e iré a buscarte. Me merezco una explicación. Tienes que decirme qué fue lo que pasó la noche en la

que Livy murió.

Lo oyó respirar con dificultad.

—¿Recuerdas la fábrica abandonada donde solíamos jugar los tres al salir de la escuela?

—Sí, la que está al otro de la iglesia.

—Esa misma. Estoy en el viejo galpón donde guardaban las máquinas de hilar —le indicó—. Ven sola, Kate. Si veo a Kellerman o a algún policía, desapareceré antes de que puedan encontrarme.

—Está bien, no te preocupes.

Iré sola. Tú no te muevas de ahí,  
¿de acuerdo?

Escuchó un golpe seco  
proveniente del otro lado de la  
línea. Luego, un angustiante  
silencio. Marcó el número  
nuevamente, pero Daryl no volvió a  
responder.

Supo entonces que algo malo  
le había sucedido. Sin perder  
tiempo, se puso los zapatos y, sin  
siquiera revisar su aspecto en el  
espejo, bajó al salón. Se detuvo en  
seco cuando se dio cuenta de que no

tenía la bicicleta y tampoco había pedido un taxi. Solo le quedaba pedirle a Colleen que la acercara hasta Burke. Entró en la cocina; ella estaba lavando unas verduras en el fregadero.

—Colleen, necesito que me ayudes. Es un asunto de vida o muerte. —Se paró junto a ella—. ¿Podrías acercarme hasta Burke?

La hermana de Jon cerró la canilla y se secó las manos.

—¿Por qué quieres ir allí ahora?

—No puedo decírtelo. Por favor, debo darme prisa.

—Kate, lo siento, pero no voy a llevarte a ningún lado. Mi hermano te dejó a mi cargo y, si algo te sucede, no me lo perdonaría jamás.

No imaginaba que se toparía con una negativa.

—¿Colleen, tu amas a Jon, verdad?

Ella asintió.

—¿Harías cualquier cosa por él?

—Sí, Kate lo haría. ¿A qué vienen tus preguntas? —Ella no le respondió, pero adivinó de inmediato qué estaba sucediendo—. Tu hermano se ha puesto en contacto contigo.

—Por favor, tengo que ir a verlo. Sé que algo le ha sucedido —le rogó nuevamente.

Colleen siempre había tenido el sí fácil, pero sabía que Jon la mataría si ponía la vida de Kate en peligro. ¿Qué podía hacer? Nunca antes se había metido en un dilema



como aquel.

En ese momento, escucharon que se abría la puerta de la sala de estar. Colleen respiró aliviada cuando vio a Jon. Él podría convencer a Kate de que lo que pretendía hacer era una locura.

—¿Qué pasa? —preguntó no bien puso un pie en la cocina.

Kate se volteó y lo fulminó con la mirada.

—¿Has ordenado la detención de Daryl! —lo increpó.

Él tragó saliva. Había

imaginado aquel momento tantas veces, Sin embargo, no supo cómo reaccionar. La muchacha estaba dolida y enfadada.

—No tenía otra opción, lo sabes —se justificó.

—Podrías haber esperado un poco al menos.

—¿Para qué? ¿Para que tu hermano volviera a desaparecer?

—No lo hará —le aseguró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acabo de hablar por teléfono con él. ¡Te lo suplico, Jon!

Tengo un mal presentimiento.  
Déjame que vaya a verlo, estaba  
asustado y drogado.

—Iré contigo.

—¡No, Daryl me ha pedido  
que fuera sola!

—De ningún modo. Vas  
conmigo o no vas nada —le  
advirtió.

Supo que no tenía  
posibilidades de elegir.

—Está bien, pero debemos  
irnos ya. —Lo soltó y caminó  
raudamente hacia la salida.

El viaje en ascensor se hizo en absoluto silencio, pero, cuando entraron al Nissan Pathfinder, Kate disparó la primera pregunta.

—¿Qué hallaron los peritos en el sótano?

Jon se tomó en tiempo para responder. Encendió el motor y echó a andar el auto. Respiró hondo y la miró de soslayo.

—Había adn de las dos víctimas en los restos de cuerdas y en el colchón.

Kate solo asintió con un leve

movimiento de cabeza. No creía estar preparada para escuchar nada más, sin embargo, necesitaba conocer la verdad, por más dura que fuera.

—¿Y en la medalla de Livy?

—Encontraron una huella parcial. La compararon con las huellas de tu hermano que estaban ingresadas en el sistema; hubo coincidencia.

Se hizo un ovillo en el asiento. Se cruzó de brazos y apretó durante unos segundos los ojos para detener

las lágrimas. No iba a llorar; no más.

—Daryl no pudo lastimar a Livy; él la adoraba —dijo al tiempo que trataba de hurgar en el pasado para encontrar una explicación.

—¿Recuerdas dónde estaba la noche de la desaparición de tu hermana?

Negó con la cabeza.

—En esa época, Daryl ya se había metido en las drogas. Seguía tocando en la banda de Bradley Shadows y solía ausentarse por las

noches, según él, para ensayar.

—¿Se llevaba bien con ella?  
—preguntó en su afán de entender por qué el muchacho podría haber acabado con la vida de su hermana de esa manera.

—Sí. —Recostó la cabeza contra la ventanilla y miró a Jon—. Tal vez Daryl solo encontró la medalla y la conservó todos estos años como un recuerdo.

Jon lo dudaba, pero no se lo dijo. Cuando iban a llegando a Burke, le preguntó:

—¿Dónde te dijo que estaba?

—En Fleetwood Drive. En una vieja fábrica abandonada, a unas pocas calles de casa.

Jon viró en Chapel Road y siguió derecho.

—¿De verdad pensabas aparecerte allí sola?

Ella asintió.

Jon no lo dudaba. Extendió el brazo y le acarició el cuello.

—Todo va a estar bien.

Le besó la mano y se esforzó por sonreír. Se quedó mirándolo



mientras conducía. Todavía no le había mencionado nada del arresto de Elliot. Tenía la sensación de que estaba evitando tratar el tema.

—¿Cómo ha ido con Elliot?

Jon la soltó y aferró el volante con fuerza.

—Primero negó que haya intentado violarte —comenzó a decir—. Sin una confesión, sería ese testimonio en contra del tuyo y ambos sabemos que el fiscal desestimaría presentar cargos. Luego cuando le mostré las fotos

del ataque a tu casa, se sorprendió. Sintió remordimientos por lo que había hecho y se justificó diciendo que había intentado llamarte para pedirte perdón.

Kate lo interrumpió.

—¿No fue él quien entró en casa entonces?

—No. Estaba en Washington trabajando.

—La campaña del senador Neville; lo había olvidado.

—Así es.

—Pero si no ha sido Elliot,

¿quién?

Ya no podía demorar más aquella situación. Kate tenía que saber de la amenaza de Shadows y de lo que había descubierto esa tarde durante la visita al periódico.

Metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó un papel todo arrugado. Se lo entregó.

—Estaba en el buzón de tu casa. Pasé para recoger algo de ropa para ti y la encontré.

Reconoció la caligrafía de Craig Shadows de inmediato.

También se dio cuenta de que la carta era más breve de lo habitual. Cuando comenzó a leerla, descubrió el motivo.

—Imaginaba que algo así podía suceder. No debí cortar la relación con él de esa manera. Tendría que haberme despedido al menos.

—¡Ni siquiera lo intentes! Echarte la culpa es precisamente lo que Shadows quiere que hagas. Ese sujeto está loco y te odia.

Se detuvo de repente y Kate

supo que había algo más.

—Dilo, Jon, lo que sea. Deja de protegerme porque no sirve de nada —le reprochó.

—Bradley Shadows fue quien entró en tu casa anoche, Kate.

—¿Qué dices? Eso no puede ser.

—Estuvo en el *Burke Herald* preguntando por *Themis* ayer por la mañana. Beth me contó que un hombre se presentó con un enorme ramo de flores para ti... para *Themis* —se corrigió—. Le hizo

algunas preguntas, y tu amiga, que ignoraba lo que sucedía, le mostró una fotografía que se habían tomado la Navidad pasada en la redacción. Beth me jura que no le dijo cómo te llamabas en realidad, aunque presumo que te reconoció de inmediato. No has cambiado mucho en los últimos años. Tampoco le dio tu dirección.

—No la necesita, seguramente sabe muy bien dónde vivo. Daryl dejó la banda, pero sé que ha estado en contacto con Bradley los

últimos años. —Se incorporó y señaló hacia la derecha—. Gira allí. La fábrica se encuentra en esa calle.

Jon siguió las instrucciones. Viró en Clifton Road y se estacionó frente al edificio en ruinas. Apagó el motor y sacó una linterna de la guantera. Luego se aseguró de que la pistola estuviera cargada.

Kate lo miró y tragó saliva.

—¿Lo crees necesario?

—Kate, no sabemos con qué vamos a encontrarnos. Es mejor

estar preparados. —Miró su atuendo—. No traes la tuya, así que te mantendrás detrás de mí en todo momento, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Se adentraron por el enorme terreno baldío que había delante de la vieja fábrica. Jon sostenía la pistola y había colocado la linterna encima para poder alumbrar el camino.

—Daryl me dijo que iba a estar en el galpón en el que se guardan las máquinas de hilar.



Debemos seguir hasta allí. —  
Señaló una cerca de alambre de al  
menos dos metros de altura.

—Bien, vamos.

Kate lo seguía a una prudente  
distancia. Temía la reacción de su  
hermano cuando la viera aparecer  
con Jon.

Llegaron hasta la cerca y ella  
tomó la delantera.

—¡Kate!

Movió un par de cajones de  
plástico y descubrió un agujero en  
la pared.

—Es aquí —le indicó.

Jon la asió del brazo y la empujó hacia atrás. Entró primero y alumbró. El lugar estaba completamente a oscuras. Se dio cuenta de que él no avanzaría demasiado, la que conocía la zona era Kate. Giró sobre los talones y le apuntó la linterna en el rostro.

—¿Hacia dónde?

—Derecho hasta las escaleras.

—Bien. Mantente detrás de mí

—le advirtió.

Avanzaron por un pasillo

estrecho con paredes de ladrillos. Jon elevó la vista. Había una puerta cerrada al final de las escaleras. Una rendija de luz en la parte inferior, indicaba que había alguien del otro lado.

—La sala de máquinas — manifestó Kate al tiempo que ponía el pie en el primer peldaño, adelantándose a Jon de nuevo.

La sujetó del brazo y la frenó.

—¿Qué parte de “mantente detrás de mí” no has entendido?

Ella lo miró directamente a los

ojos, sin parpadear. Jon no supo cuál era su intención hasta que fue demasiado tarde. Logró escabullirse y subió hasta el final.

Abrió la puerta, pero no avanzó ni un solo paso. Jon se asustó. La alcanzó y, cuando miró hacia el interior de la sala de máquinas, sus ojos se toparon con una escena espantosa.

Daryl yacía en el suelo, sobre una pila de periódicos viejos. De su brazo izquierdo, colgaba una jeringuilla. Una espuma blanca le

brotaba de la boca.

Cuando pudo reaccionar, Kate trató de correr hacia él, pero Jon no se lo permitió.

## Capítulo 29

—¡Jon, suéltame! —gritó Kate intentando zafarse.

La sujetó por la espalda para evitar que se soltara, pero ella se retorció con tanta fuerza que creyó que terminaría por derribarlo.

—¡Kate, no!

—¡Déjame, por favor! —le suplicó sollozando como una niña.

Atrajo su cabeza hacia él para evitar que mirara el cuerpo sin vida de Daryl. Kate pataleó y gritó hasta

que ya no pudo más. Poco a poco, el llanto se fue convirtiendo en un débil sollozo. Jon le masajeó la nuca para ayudarla a calmarse. Tenía que sacarla de allí cuanto antes. Tras asegurarse de que no intentaría correr hacia su hermano, la apartó un poco y la miró.

—Debemos marcharnos.

Ella negó con la cabeza.

—Te lo suplico, Jon. Déjame verlo.

Kate no merecía quedarse con aquella imagen en la retina, sin

embargo, sabía que no tenía derecho a impedirselo. Muy a su pesar, la soltó.

Ella caminó lentamente hacia el fondo de la sala de máquinas. A medida que avanzaba, trataba de aturdir su mente con recuerdos bonitos de Daryl. Su primera comunión; el campeonato de ajedrez que había ganado con la escuela; la última fiesta de cumpleaños que había dejado que le festejaran. Se arrodilló a tan solo unos pocos centímetros del



cadáver. Las lágrimas le nublaban la vista. Detuvo su mirada en las zapatillas. Se las había regalado ella la última Navidad. Llevaba sus pantalones vaqueros favoritos. Estaban viejos y gastados, pero él los adoraba. Siguió recorriendo con la mirada lo que quedaba de su hermano. Tenía una camiseta oscura con una sola inscripción en el pecho: Monarchkey. Tocó la tela. Era similar a las que él diseñaba, sin embargo, notó algo inusual. Tal vez era porque la palabra parecía

estar mal escrita.

Respiró hondo y le contempló el rostro. Se inclinó sobre él y llevó hacia atrás un mechón que le caía en la frente. Trató de no prestar atención a la espuma blanca que se le había pegado a la boca. Bajó la mirada y vio el cinturón atado alrededor del brazo. Se negaba a aceptar que la maldita heroína finalmente se lo hubiese arrebatado.

Sintió que Jon se acercaba.

—Kate, vámonos. Acabo de llamar al forense. No tardarán en

llegar.

—¿Qué les voy a decir a mis padres? —le preguntó levantando la cabeza hacia él.

Jon sabía que ella era fuerte, que podía enfrentarse a un monstruo como Craig Shadows o a un exnovio borracho con la intención de violarla. Sin embargo, dudaba de que pudiera soportar una tragedia. Imaginarse la reacción de los Giordano al enterarse de lo sucedido, le estrujaba el corazón.

Kate depositó un beso en la

frente todavía tibia de su hermano y, con la ayuda de Jon, se puso de pie.

\* \* \*

Viernes 5 de octubre.

A diez días de la ejecución.

A la mañana siguiente, y para sorpresa de todos, Kate se presentó en Quantico para acompañar a Jon. Recibió las condolencias de sus compañeros y trató de esbozar una

sonrisa cuando Meredith le anunció que Sheena acababa de dar a luz a un hermoso varoncito.

Se ubicó en su sitio y esperó que los demás se acomodaran.

—Me ha costado convencer a Jon de que me dejara venir. No podía soportar quedarme en casa sin hacer nada.

Caleb y Meredith se miraron. No era secreto para nadie que Kate estaba viviendo en el apartamento de Jon. A uno de los peritos se le había escapado que él había ido

hasta la casa de ella a buscarle algo de ropa y, rápidamente, el chisme se esparció por todo Quantico como reguero de pólvora.

Jon se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. Como conocía a Kate, presentía que no tardaría en preguntar cómo iba la investigación, así que decidió ganarle de mano y evitar que hurgara en detalles escabrosos sobre la muerte de su hermano.

—Wasaki estableció que Daryl murió aproximadamente una

hora antes de que lo encontráramos.

Ella ya lo sabía, por eso lo siguiente que quiso saber fue cuál había sido la causa de la muerte.

—Paro cardiorrespiratorio traumático causado por una sobredosis de heroína —respondió Caleb al ver que Jon se había quedado callado—. El forense no pudo determinar si se trató de un accidente o de un suicidio.

—Daryl no se suicidó; tampoco fue un accidente.

Los tres las miraron.

—¿Qué insinúas? —Jon estudió cada uno de sus gestos. Reconocía aquella mirada que ponía cada vez que creía que tenía la razón.

—Daryl estaba hablando por teléfono conmigo cuando alguien lo atacó —afirmó.

—Kate, no puedes estar segura de eso.

—Lo estoy, Jon. Escuché un ruido, luego absolutamente nada. Después, alguien cortó. Puedo jurar que no fue mi hermano.



—No se hallaron evidencias de que hubiese alguien más con en el lugar —adujo Jon tratando de hacerle ver que estaba equivocada—. No digo que Daryl se haya suicidado, Kate. Me inclino por la teoría del accidente.

—Mi hermano ha sido un adicto más de la mitad de su vida. Sabía perfectamente hasta dónde llegar. En sus peores épocas, consumía a diario; probó de todo, desde marihuana hasta crack. Luego empezó a inyectarse heroína. No me

cierra que sea un accidente, mucho menos un suicidio. Daryl me había llamado, estaba dispuesto a contarme todo; creo que alguien decidió silenciarlo.

La hipótesis que planteaba la muchacha no era del todo descabellada, sin embargo, no podía sustentarla con pruebas.

Ella estaba a punto de agregar algo más cuando sonó el teléfono. Meredith activó el altavoz.

—Soy Kramer, del laboratorio, estábamos revisando

las pertenencias de Daryl Giordano y hemos hallado algo que creo que deberían ver.

—Estaremos allí en un minuto —anunció Jon y se puso de pie.

Kate lo imitó.

—Voy contigo —le anunció.

Sabía que sería en vano tratar de detenerla. Abandonaron la sala de reuniones y se dirigieron hasta el ascensor, ya que el Laboratorio de Rastros se hallaba dos plantas más abajo.

Él se acercó y le acarició el

rostro.

—¿Cuándo llegan tus padres?

—Esta noche. —Respiró

hondo—. Fue horrible tener que decirles lo de Daryl por teléfono.

—Lo sé, Katie.

Ella lo miró. No le molestaba que la llamara así. Sabía que ya no la veía como a una niña y usaba aquel apelativo como una muestra de afecto.

—Mamá me comentó que Daryl los había ido a visitar el día que me dejó la nota que de decía

que iba a sacar unas fotos. Supongo que quiso darles una sorpresa; me tranquiliza que al menos lo hayan visto antes de que muriera.

Jon asintió. Se inclinó un poco y la besó. Fue un beso tierno, pero cargado de emoción. Cuando él la soltó, Kate se recostó en su pecho y cerró los ojos. Habría deseado quedarse allí, en los brazos de Jon, hasta que toda la pesadilla acabara, pero el ascensor se detuvo y tuvieron que separarse.

Ingresaron al laboratorio y, de

inmediato, Kramer los condujo a la enorme mesa en la que se hallaban las cosas de Daryl. La camiseta con la enigmática inscripción estaba apartada de todo lo demás.

—¿Qué has encontrado, Danny?

El criminalista, un hombre de aspecto jovial a pesar de sus casi cincuenta años, acercó la lámpara y enfocó la luz directamente hacia la camiseta.

—Mire allí, agente.

Jon se inclinó un poco hacia

delante y observó la etiqueta pegada en el cuello de la prenda.

—“Para Kate” —leyó.

Rápidamente, la muchacha empujó a Jon para tomar su lugar. Observó la etiqueta durante unos cuantos segundos, luego volvió a enfocar la atención en la palabra grabada en el frente de la camiseta: “Monarchkey”.

—Lo sabía. —La expresión de su rostro cambió.

—¿Qué sucede? —preguntó Jon intrigado.

Se volteó hacia él.

—Es un mensaje cifrado.

Daryl nunca me dedicaba sus camisetas; siempre ponía *DarylG.* en las etiquetas, esa era su marca. Además, mira la inscripción en la parte delantera. ¿No notas nada extraño?

Jon hizo lo que ella le pedía.

—Está mal escrita.

—Exacto. Daryl nunca habría cometido un error tan grosero como ese, además, sus diseños eran completamente diferentes. En raras



ocasiones usaba palabras en las camisetas, él prefería imágenes abstractas.

Jon clavó la mirada en la prenda nuevamente.

—“Monarchkey”. Son dos palabras en una. Tu hermano tergiversó la última sílaba, Kate. ¡Quiere que busquemos una llave!

—Sí. ¿Recuerdas cuando encontré la medalla de Livy? Había un manojo de llaves dentro del mismo cajón.

—Sí, ¿pero qué abre esa

llave?

Ella guardó silencio, estaba perdida en sus propios pensamientos. De repente, esbozó una sonrisa. ¿Cómo no lo había visto antes? Todo empezaba a cuadrar.

Jon observó su reacción y esperó con impaciencia que dijera algo.

—¡Esa llave abre una caja de seguridad en el Monarchy Bank! Hay una sucursal en Chesapeake.

—Daryl estuvo allí hace unos

días.

Kate asintió. Nunca habían estado tan cerca de la verdad como en ese momento.

\* \* \*

Después de constatar que, efectivamente, Daryl tenía una cuenta en el Monarchy Bank, Jon envió a un agente a su casa para recoger las llaves.

Ese mismo mediodía, Kate y Jon partieron rumbo a Chesapeake.

Cuando llegaron al banco y solicitaron que les permitieran abrir la caja de seguridad, un empleado se negó rotundamente a hacerlo sin una orden del juez. Jon exigió hablar con el gerente. Sonrieron aliviados cuando el hombre les comunicó que Daryl había autorizado a Kate para abrir la caja en caso de que él no pudiera hacerlo. Tras mostrarle una identificación, los condujo a la parte trasera del banco. Entraron al recinto y el gerente le pidió la llave

a Kate. La introdujo en una de las cajas, dio dos giros y colocó una segunda llave para completar el mecanismo. Retiró la caja y la colocó encima de la mesa. Cuando los dejó solos, Kate la abrió.

Se sorprendió de hallar su cámara fotográfica. La sacó y se la entregó a Jon. Debajo había dos sobres. Abrió el más pequeño. Encontró una nota dirigida a ella.

“Katie, lo siento. Jamás quise lastimarla, tú sabes cuánto la amaba.”

Tuvo que sentarse porque las piernas ya no le respondían. Aquel mensaje, escrito en una hoja de anotador, era la confesión de Daryl. Respiró hondo para poder continuar. Dejó el papel encima de la mesa y abrió el otro sobre. Estaba lleno de fotografías de Livy. Había algunas que databan de mucho antes de su muerte.

—¡Dios! ¡Yo no lo sabía!

Jon leyó la nota y, cuando observó la gran cantidad de fotos que Daryl le había hecho a Livy,

comprendió todo.

—Kate, tu hermano estaba obsesionado con ella.

Ella asintió.

—La quería mucho, era su preferida. Nunca sospeché que viera a Livy de esa manera. —En su mano sostenía una foto de ambos. Había sido tomada durante un viaje a Myrtle Beach—. ¿Qué hay en la cámara? ¿Más fotos de ella?

—No. Son fotos artísticas — contestó.

—Llevemos todo esto a

Quántico para analizarlo —sugirió Kate mientras se ponía de pie. Al menos ya no le temblaban las piernas.

\* \* \*

Craig Shadows entró a la sala de visitas y apenas se inmutó cuando el abogado extendió la mano para saludarlo. Se sentó y colocó los brazos encima de la mesa.

—Buenas noticias, muchacho



—le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Muchacho? Así que ya no era Shadows. Cada vez que lo veía, le resultaba más patético. Había empezado a considerar seriamente la posibilidad de prescindir de sus servicios.

Lee Hayes, al ver que su cliente seguía sin decir nada, continuó hablando.

—He recibido un mensaje de la oficina del gobernador esta mañana. Me ha concedido una

audiencia para el lunes. —Hizo una pausa para ver si él hacía algún comentario. Craig seguía en silencio—. Al parecer, la presión de los medios y un nuevo homicidio ocurrido en Burke, han bastado para que Singer al menos se digne a escucharme. Es un gran avance, ¿no crees?

Se encogió de hombros. No había un ápice de emoción en su fría mirada. Que el gobernador hubiese accedido a entrevistarse con él no significaba nada. Faltaban

diez días para la ejecución y se estaban quedando sin tiempo.

Hayes continuaba hablando, aunque ya no lo escuchaba.

Fantaseó con la idea de abandonar por fin aquel inmundo lugar; de respirar aire fresco y de sentir la hierba mojada bajo los pies.

Pero había una cosa que deseaba hacer más que nada en el mundo: buscar a Kate Giordano y hacerle pagar por lo que le había hecho.

En su mente, tenía todo planeado. La secuestraría y se la llevaría lejos. Disfrutaría haciéndola sufrir. Luego se esmeraría en que su muerte fuese lenta y dolorosa. No tendría piedad alguna por ella.

Cerró los ojos y vio a Kate retorciéndose debajo suyo, desnuda, suplicándole que la soltara. Se relamió y sonrió.

Lee Hayes hacía rato que había dejado de hablar.

## Capítulo 30

Examinaron cuidadosamente el resto de las fotografías que habían quedado guardadas en la cámara de Daryl. Si él la había dejado allí, debía de significar algo. Caleb las había impreso y estaban todas colocadas una al lado de la otra en la pizarra.

Jon las observó por enésima vez.

—No hay personas, tampoco

es posible distinguir dónde fueron tomadas. Son solo sombras. —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir. Miró a los demás, por último, posó los ojos en Kate—. Es Shadows. Siempre ha sido él.

Caleb frunció el ceño.

—Las pruebas que tenemos solo apuntan a Daryl Giordano — les recordó.

—Eso es porque Bradley ha sabido cubrir sus rastros demasiado bien. Sabemos que seguía en

contacto con Daryl a pesar de que él ya no formaba parte de la banda. Podía tener acceso fácilmente a la casa de los Giordano y retener a las víctimas en el sótano, ya que Daryl solía desaparecer durante semanas. Cuando regresó, descubrió lo que había estado sucediendo y se convirtió en una amenaza para el plan de Shadows. Por eso decidió eliminarlo —explicó.

—¿Y el homicidio de Livy? —  
fue Meredith la que preguntó.

—En realidad, esa muerte

nunca estuvo relacionada con los crímenes de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams —puntualizó Kate—. Solo le sirvió a Craig Shadows para sus propósitos. No iba a permitir que lo ejecutaran por algo que no había hecho.

—Sí, pero seguimos sin tener pruebas contundentes, solo unas cuantas fotografías que cualquier abogado defensor de medio pelo echaría por tierra en un juicio —insistió Caleb—. La única evidencia física con la que



contamos es la fibra de la alfombra que recuperamos de ambas víctimas. En el sótano de los Giordano no encontramos nada con qué comparar las muestras.

—¿No hay ninguna novedad del auto que rondaba a Kimberley antes de su desaparición? La fibra podría provenir de allí.

—Todavía no.

—¿Y si presionamos a Lana Hudson? —sugirió Kate.

Jon negó con la cabeza.

—Dudo de que logremos

sacarle algo. Esa mujer está obsesionada con los hermanos Shadows. Creo que preferiría ir a la cárcel antes que delatarlos. Sigamos vigilándola, tal vez cometa un error.

La secretaria de Zane Griffin se asomó por la puerta y le hizo saber a Jon que su jefe lo requería urgentemente en el despacho.

Lo inquietó la prisa del director en verlo. Se presentó ante él un par de minutos más tarde.

—Jon, he estado revisando los

informes del caso y necesito que me aclares un par de dudas. —Lo instó a tomar asiento.

—Tú me dirás.

—¿Qué sucedió con el tal Elliot Fraser? Aquí dice que mandaste a detenerlo por una supuesta tentativa de violación. Luego lo interrogaste por lo sucedido en la propiedad de Kate Giordano y, por lo que veo, no está ni siquiera detenido.

Jon se mesó el cabello y se irguió hacia atrás en la silla.

—El caso por tentativa de violación fue descartado. Kate decidió no presentar cargos —le explicó—. En cuanto a lo segundo, pudimos corroborar que no se encontraba en la ciudad cuando entraron a la casa.

—Perfecto. Eso lo entiendo. Pero, si no fue él, ¿entonces quién? ¿Lo sabes al menos?

Debía ser cuidadoso con lo que iba a decir. Revelarle que el motivo del ataque había sido que Craig Shadows había averiguado

que Kate era *Themis* sería ponerse en evidencia, por lo tanto, decidió disfrazar la verdad, por su bien y por el de ella.

—Fue Bradley Shadows. Lo envió su hermano.

Zane frunció el entrecejo.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque se enteró de que Kate formaba parte de la investigación. Craig no solo me ha odiado a mí durante todos estos años. Kate también fue blanco de su odio. No olvides que atestiguó en

su contra en el juicio.

El director guardó silencio, y Jon pensó que no había sido lo suficientemente convincente. Soltó un suspiro de alivio cuando él por fin sonrió.

—Tiene sentido. ¿Puedes probarlo?

—Lamentablemente, no. — Debía ocultarle también que Beth Vaughan, la amiga de Kate, lo había identificado positivamente cuando Bradley se presentó en el *Burke Herald*. No le había comentado

nunca que la muchacha trabajaba en el periódico por temor a que la relacionara de inmediato con *Themis*. No le gustaba mentirle, pero no podía arriesgarse a que lo separara de la investigación o le abrieran un expediente en Asuntos Internos. Primero tenía un caso que resolver. Después de ponerlo al tanto de las demás novedades, regresó a la sala de reuniones.

Cuando entró, Kate se estaba preparando para marcharse.

—Debo recoger a mis padres

en el aeropuerto. Acabo de pedir un taxi —le informó.

—Kate, me gustaría ir contigo, pero debo hacer algo importante. No te importa, ¿verdad? Pasaré a saludarlos más tarde.

Ella le sonrió.

—No te preocupes. —En realidad, habría querido preguntarle qué era eso tan importante que tenía que hacer, pero sabía que no se lo diría.

La acompañó hasta la calle, y esperaron juntos el taxi. Antes de



que ella subiera, la sujetó de la mano y la hizo voltearse hacia él.

—Cuídate.

—Lo haré. —Se puso en puntillas y le dio un beso. En ese momento, no le importó que alguien pudiera verlos. A juzgar por la reacción de Jon, que la estrechó fuertemente entre los brazos para profundizar el beso, a él tampoco.

\* \* \*

Craig se asombró al escuchar

el dispositivo que abría las puertas de la prisión. El horario de visita ya había terminado. Troy entró en la celda con las esposas.

—Levántate, Shadows, han venido a verte.

Él apartó la vista del libro de Emerson y lo miró.

—¿A esta hora?

—Sí. ¡Vamos, levántate!

—¿Quién ha venido a verme?

—Ya lo verás con tus propios ojos.

Le cruzó por la cabeza la loca

idea de que podía tratarse de *Themis*. Se incorporó de un salto. Se contempló en el espejo antes de salir. Decidió que no llevaría las gafas puestas. Las plegó y las dejó encima de la mesita. Antes de que le pusieran las esposas, se acomodó el cabello lo más que pudo.

—No te esmeres tanto, Shadows. No vale la pena —se burló el guardia.

Lo miró con frialdad; a Troy Morgan se le quitaron enseguida las ganas de seguir burlándose.

Cuando se dio cuenta de que lo estaban llevando a la sala en la que se reunía con el abogado en vez de al sector de visitas, se decepcionó.

No era *Themis*.

Tampoco podía ser Hayes. La audiencia con el gobernador estaba pautada para el lunes. Al entrar, el lugar estaba vacío. El guardia lo obligó a sentarse y lo esposó a la abrazadera de hierro que estaba debajo de la mesa. Se sintió como un maldito perro encadenado.

Troy se alejó hacia un rincón y

se plantó allí con los brazos cruzados encima del ancho torso.

La puerta que daba a las dependencias de la prisión se abrió. Craig alzó la cabeza y no dio crédito a lo que veían sus ojos.

El mismísimo Jon Kellerman en persona.

Lo miró con una sonrisa cargada de sarcasmo.

—¡Vaya, hasta que volvemos a vernos las caras, Kellerman!

Jon se acercó. Apartó la silla y se sentó. Llevaba una carpeta que

dejó encima de la mesa.

Contempló al hombre que tenía enfrente: Craig Shadows no había cambiado demasiado en trece años. Unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos parecían ser la única señal de que había envejecido.

—Supongo que no me esperabas —comentó para evaluar su reacción. Le notó algo más que sorpresa en el semblante. Había satisfacción en sus ojos azules.

—La verdad que no; esperaba a otra persona.

—A *Themis*.

—Empezamos mal, Kellerman.

—Se inclinó hacia delante hasta que sintió que la cadena de acero se tensaba—. No tiene caso que trates de engañarme. Sé muy bien quién es ella, la pequeña zorra que me envió aquí dentro.

Jon le sostuvo la mirada.

—Claro que lo sabes, por eso enviaste a tu hermano a destrozarle la casa.

Shadows siseó con la lengua.

—¿Se asustó?

No le respondió.

—Me habría gustado verle la cara en ese momento; ¿le llegó mi mensaje?

—Kate no te tiene miedo. Ha logrado sobreponerse a situaciones más difíciles. Un patán como tú no va a derrumbarla —manifestó Jon con la intención de borrarle la sonrisa socarrona.

—Sigues defendiéndola igual que hace trece años atrás. — Entrecerró los ojos y lo miró de costado—. Dime, Kellerman,



¿cómo se ha puesto la zorrita? Era bonita de niña, presumo que ahora está mucho más apetecible. ¿Ya la has probado?

Jon no aguantó más. Se levantó bruscamente y apoyó ambos brazos en la mesa. Inclinandose hacia él, le advirtió:

—¡No te atrevas siquiera a pensar en ella, hijo de puta!

Troy le hizo señas de que se volviera a sentar. Jon tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no romperle la cara.

—¿Sabes que es muy posible que me libre de la inyección?

Respiró hondo. Era muy probable que consiguiera no solo la conmutación de la pena, sino también la libertad. Existían pruebas para al menos otorgarle el beneficio de la duda.

—Puede que me haya equivocado contigo en el pasado, Shadows, pero sé que ahora eres responsable de los homicidios de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams.

—¿El vanidoso agente Kellerman reconociendo que cometió un error? ¡Eso sí que es para festejarlo con bombos y platillos! —ironizó.

—No he venido para hablar sobre lo que sucedió hace trece años. Me interesa el presente —le aclaró.

—Vuelves a equivocarte. De nuevo, tu arrogancia te lleva por el camino incorrecto. Yo no tengo nada que ver con la muerte de esas dos chicas. —Señaló a su alrededor

— Mira donde estoy. ¿Qué crees? ¿Qué me he escabullido a través de los muros de la prisión para asesinarlas?

— No te hacía falta. Tenías una mano ejecutora fuera de Greenville.

— Sigues desvariando.

— Sabemos que planeaste la muerte de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams para salvar tu pellejo. Convenciste a tu hermano de que las asesinara y culpara a Daryl.

—Muy buen argumento para una novela —respondió sin dejar el sarcasmo de lado.

—También planeaste la muerte de Daryl y la hiciste pasar por un accidente o un posible suicidio.

—¿El hermano de la zorrita ha muerto? No lo sabía.

Mentía.

—No te sirvió de nada deshacerte de él. El muchacho tenía guardadas en una caja de seguridad algunas cosas interesantes. —Abrió la carpeta y situó las fotografías

delante de él.

Craig se encogió de hombros. Ni siquiera las miró.

—¿Qué tiene que ver conmigo? Hace años que no lo veo y, cuando estaba en la banda de mi hermano, apenas nos hablábamos.

—Se aseguró de que pagaras por todos tus crímenes. Dime, ¿qué ves en estas imágenes?

Bajó la mirada y contempló las fotos por primera vez.

—Un trabajo pésimo del fotógrafo —respondió riéndose.

—Todo lo contrario. Quien estaba detrás de la lente buscaba plasmar una sola cosa en las fotografías: sombras. —Empezó a señalar una a una—. ¿Las ves?

Observó la que tenía Kellerman en la mano. Aparecía la sombra de un árbol.

—¿Y crees que yo estoy detrás de todo esto solamente porque un loco adicto tomó fotografías de sombras?

—Tenías motivos más que suficientes para hacerlo, Shadows.

Tramaste un plan casi perfecto: asesinar a Bonnie Trevors de la misma manera en la que había sido asesinada Livy para sembrar la duda sobre tu culpabilidad. ¿Quién iba a sospechar de ti? La gente prefería creer que nosotros habíamos hecho mal nuestro trabajo. Debo reconocer que fue muy ingenioso, sobre todo lo de la medalla; el último toque para relacionar los dos crímenes.

—¿Medalla?

—Sí, la que llevaba Livy la



noche en la que fue secuestrada. Apareció en el cuello de Bonnie Trevors.

—Livy usaba siempre dos medallas —recordó—. Una en forma de medialuna y otra con su nombre grabado.

—Lo sabemos. La otra fue hallada en casa de los Giordano.

—¿De cuál de ellas estás hablando?

—La que tenía forma de medialuna.

—Eso es imposible; esa

medalla me la regaló Livy la última noche que nos vimos. Cuando supe que había sido asesinada y que vendrían por mí, le pedí a mi hermano Bradley que se deshiciera de ella.

—¿Se la entregaste a tu hermano?

Él asintió.

Jon trató de ordenar las ideas en la mente y de atar los cabos sueltos.

Shadows.

Daryl nunca se había referido

a Craig.

¿Era posible que el menor de los hermanos hubiera urdido solo todo aquel siniestro plan?

—¿Crees que Bradley pudo ser capaz de asesinar a esas muchachas para salvarte de la ejecución?

—No lo sé; supongo que te toca a ti averiguarlo, Kellerman — se mofó.

—“Todo poder humano se forma de paciencia y de tiempo” — dijo Jon citando a Emerson.

A Shadows se le borró la sonrisa de la cara.

—Estabas presente cuando hablé con ella.

Ni siquiera le respondió. Se puso de pie. Lo miró por última vez. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Shadows no había asesinado a Livy y ahora era muy probable que tampoco estuviera detrás de las muertes de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams.

Se alejó hasta la puerta.

—Kellerman.

Él se volteó.

—Dile a Katie que fue un placer haber hablado con ella.

Jon apretó los puños.

No le seguiría el juego.

Decidió marcharse antes de cometer una locura.

## Capítulo 31

Kate bebió un poco del té que le había preparado su padre. A pesar de las dos cucharaditas de azúcar que le había puesto, le supo más amargo que nunca. Desde que había visto a su hermano, tenía el estómago revuelto, pero había aceptado beberse aquel té ante la insistencia de Victor.

Su madre descansaba en una habitación. Ella misma había tenido que suministrarle un sedante para

tranquilizarla. No había dejado de llorar desde que había bajado del avión.

Subió las piernas en el sillón y bebió otro sorbo. Su padre apareció por la puerta que daba a la cocina y se le sentó al lado.

—¿Cómo estás?

Kate se volteó para dejar la taza encima de la mesita y se recostó en el regazo de su padre como cuando era niña.

—Todavía no lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Respiró

hondo y comenzó a acariciarle la cabeza—. No dejes de preguntarme qué he hecho mal. ¿Cómo no pudimos ver que algo así iba a pasar?

—No es tu culpa, papá, ni la de mamá. Nadie podía imaginar lo que sucedería. —Si para Kate había sido difícil comunicarles a sus padres que Daryl había muerto, había sido más duro todavía contarles lo que había hecho.

—Dime, ¿cuándo podremos sepultar a nuestro hijo?



—Supongo que en un par de días. Mañana preguntaré cuando vaya a Quantico —respondió. Sabía que querían terminar con aquella pesadilla cuanto antes, sobre todo por el bienestar de Grace.

—¿Estás cómoda allí, *bambina*?

Esbozó una sonrisa. Tiempo atrás, le había recriminado que la siguiera llamando así, especialmente delante de los demás, pero comprendió que ya no le importaba, que solo era otra

manera que tenía su padre para demostrarle cariño.

—Sí, es el trabajo que siempre soñé.

Él asintió.

—¿Y dime, has logrado ya conquistar al agente Kellerman?

Kate se incorporó y lo miró, sorprendida.

—Si tu plan era mantenerlo en secreto, lamento decirte que te ha salido el tiro por la culata — manifestó curvando los labios en una sonrisa.

Ella dejó escapar un suspiro.

—¿Le has dicho ya que llevas años enamorada de él?

Negó con la cabeza.

—Pero eso tiene solución. Deja que hable con él.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió.

—Solo estaba bromeando. — Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Deberás decírselo algún día, ¿no crees?

Kate escuchó un auto estacionarse fuera de la casa.

Reconoció el Nissan Pathfinder de Jon.

—Es él, papá.

—Bueno, al menos sabemos que cumple con su palabra. — Victor se levantó, recogió la taza de té y se dirigió a la cocina.

Ella ni siquiera esperó a que Jon llamara, corrió hasta la puerta y la abrió. Cuando lo vio, descubrió que no soportaba pasar tanto tiempo separada de él. Sin dudarlo, se arrojó a sus brazos. No hacía más de tres horas que habían dejado de

verse y le parecía que había trascurrido un siglo. No era racional que lo extrañara de esa manera.

Entraron a la casa. Jon saludó a Victor, quien rápidamente los dejó solos con la excusa de ir a ver cómo se encontraba su esposa.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó cuando ya estaban en la cocina.

—Me tomaría un escocés, pero mi deber me lo impide —dijo ubicándose en la banqueta. La miró

e hizo un esfuerzo por sonreír.

Kate percibió su estado de ánimo. Algo lo angustiaba. Se acercó y se le paró al lado. Le rozó la mano.

—¿Qué sucede?

Él cerró los ojos y respiró hondo.

—Llevo casi diecisiete años en el FBI y ahora me pregunto si no debí dedicarme a otra cosa.

—No digas eso, diriges una de las unidades más importantes y prestigiosas. Además, eres el mejor

agente que conozco.

—No creo que estés siendo muy objetiva.

—Tal vez, no, pero soy sincera —respondió.

Logró arrancarle una sonrisa. Le apretó la mano suavemente. Kate tenía el poder de hacer que todo pareciera menos doloroso.

—Cuando elegí entrar en la academia para convertirme en agente, estaba convencido de que atraparía a los hombres malos y haría justicia en nombre de las

víctimas. Uno de mis superiores me dijo una vez que nuestro trabajo era hablar por los que ya no podían hacerlo. Es lo que siempre he tratado de hacer. En los años que llevo en el FBI he visto de todo, pero te acostumbras y convives a diario con la realidad de que allí afuera hay gente capaz de cometer los crímenes más atroces. No sé si eso es bueno o malo; lo único que sé es que cuando nosotros cometemos un error, son otras personas las que terminan pagando



por él.

Ahora sabía por qué estaba tan mal.

—Nadie está exento de equivocarse. Yo declaré en contra de Shadows, y mi testimonio lo envió a prisión —le dijo compartiendo la culpa con él.

—No. Fue mi incompetencia la que lo puso tras las rejas.

—Tú mismo dijiste que todas las pruebas lo señalaban. El jurado estaba convencido de que era culpable.

—Y ahora sabemos que no lo era, que cuando proclamaba su inocencia a los cuatro vientos, decía la verdad. —Hizo una pausa; la miró a los ojos y a ella se le encogió el alma. Nunca lo había visto tan abatido—. ¿Te imaginas como me hubiera sentido si lo ejecutaban por culpa del error que cometí en el pasado?

—Eso no va a suceder; cuando salga a la luz que fue Daryl quien asesinó a Livy, retirarán los cargos en su contra. Por eso debemos

probar que sí está involucrado en los homicidios de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams antes de que eso suceda —repuso.

Jon negó con la cabeza y a Kate no le gustó para nada la expresión de su cara.

—He ido esta tarde a verlo a Greensville.

Se quedó estupefacta.

—¿Fuiste a ver a Shadows?

—Necesitaba verlo cara a cara; decirle que estábamos cerca de descubrir la verdad. Me ha

abierto los ojos y me ha demostrado una vez más que estaba equivocado.

—¿A qué te refieres?

—No fue Craig quien orquestó los crímenes, sino Bradley.

—¿No estará tratando de inculpar a su hermano para librarse él?

—Lo miré a los ojos y, por primera vez en trece años, supe que me decía la verdad. Me contó que la noche en que Livy desapareció, ella le obsequió la medalla en forma de medialuna. Luego, cuando

descubrieron el cuerpo y se convirtió en el principal sospechoso, se la dio a Bradley para que se deshiciera de ella. Por supuesto, no lo hizo. Por alguna razón decidió conservarla y ahora sabemos que fue él quien la colocó entre las cosas de Daryl para hacernos creer que era el asesino.

Todo lo que acababa de escuchar empezaba a cobrar sentido. Ya no eran meras sospechas. Cada nuevo indicio apuntaba al menor de los Shadows.

—Necesitamos probar que él lo hizo, Jon. Sé que nada impedirá que salga a la luz la verdad sobre lo que ocurrió hace trece años, pero no es justo que Daryl cargue con la muerte de Bonnie y Kimberley también; mucho menos que Bradley se salga con la suya.

—No, no lo es. —Después de hablar con ella se sentía inexplicablemente más ligero—. Creo que será mejor que me marche.

Lo acompañó hasta el porche y

se despidió de él con un beso.

—Paso mañana temprano por ti para ir a Quantico —le dijo.

—Perfecto, agente Kellerman —respondió ella dejándose caer sobre la puerta.

Se metió en la casa antes de que él dijera algo más.

\* \* \*

Sábado 6 de octubre.

A nueve días de la ejecución.

—¡Jon, tienes que ver esto! —

Caleb entró como una tromba en la oficina de su jefe y le dio un ejemplar del *Burke Herald*.

Lo primero que le vino a la mente fue que *Themis* había vuelto a las andadas. Lanzó un resoplo de alivio cuando descubrió que el periódico estaba plegado en la sección de clasificados.

—Lee el anuncio que está marcado.

Se colocó las gafas y leyó el dichoso aviso.



“Se vende Volvo 940, color negro, modelo 93 en buen estado con urgencia. Precio accesible. Sin intermediarios.” Luego había un número de teléfono de contacto.

Jon lo miró.

—¿Es el auto que buscamos?

—El mismo.

—¿Cómo lo has hallado?

—Los de Tránsito no encontraron registros actuales ni multas. Me dijeron que lo más probable era que el vehículo estuviese poco en circulación o que

incluso podría haber sido puesto a la venta. Entonces me aboqué a rastrear cualquier auto con las mismas características del que buscábamos en los anuncios clasificados. Por supuesto, empecé con los medios de prensa de Burke y ¡bingo! Adivina quién lo ha puesto a la venta?

—No voy a adivinar, Caleb, dímelo de una vez.

—Fue Lana Hudson, el auto pertenece a su madre. Apuesto mi salario de un mes a que el tapizado

es de color azul.

Esa sí que era una buena noticia. Le regresó el periódico y se quitó las gafas.

—Creo que meteremos mano al presupuesto del FBI. Hablaré con Zane para que me autorice a comprar el vehículo. Quiero que tú mismo hables con Lana Hudson y concretes una cita con ella. Muéstrate interesado en adquirir el auto y ofrécele lo que haga falta. Debemos hacernos con él y ver si efectivamente es el que buscamos.

Actúa normal, muchacho, cualquier paso en falso y todo se viene abajo —le aconsejó.

Cuando Caleb abandonó la oficina, tomó el intercomunicador y marcó el número de Griffin. Consiguió el permiso y una buena cantidad de dinero suficiente para impresionar a Lana Hudson.

Decidió reunirse con los demás. Meredith había decidido acompañar a Caleb, así que se quedó a solas con Kate. Ella parecía estar concentrada en el

ordenador o, al menos, fingía estarlo.

Kate dejó de teclear y lo observó.

—¿Sucede algo?

Carraspeó.

—No; simplemente te veía trabajar.

—E s *Themis* la que está trabajando —respondió con una sonrisa.

—¿Sobre qué escribirás?

Guardó silencio.

—No lo sé todavía. He estado

revisando algunas notas, pero no se me ha ocurrido nada aún. Supongo que ya pensaré en algo.

Jon se sentó frente al ordenador para leer las noticias online. Comprobó que la prensa ya se había hecho eco de la posible absolución de Shadows y su fotografía aparecía en la mayoría de los medios nacionales.

—Se ha vuelto más famoso que Lee Harvey Oswald —comentó haciendo alusión al supuesto asesino de John Kennedy.

Kate se levantó y se acercó. Le impresionó ver una de las fotografías de Craig Shadows que habían publicado. Era de la época del crimen y no debía de tener más de veinte años.

—¿Ha cambiado mucho? —le preguntó de repente.

—No. —Volteó hacia ella—. Katie, recuerda que ese hombre nos odia y que envió a Bradley a tu casa. No sientas pena por él. ¿Has olvidado lo que decía la última carta? La verdad es que tengo

miedo de lo que puede llegar a hacer si sale en libertad. Temo por ti. —Le puso la mano en la cintura.

En ese momento, se abrió la puerta y ella se apartó de inmediato. A Jon lo desconcertó esa actitud.

Caleb extendió unas llaves y sonrió.

—Es nuestro. Los peritos lo están procesando.

—El tapizado es azul —les informó Meredith entrando a la sala de reuniones detrás de él—. Seguro



coincide con la fibra que hallamos en las víctimas.

—Me adelantaré y pediré una orden de detención para Lana Hudson. La haremos hablar y tendrá que entregarnos a Shadows.

\* \* \*

Cuando efectivamente las pericias demostraron que la fibra hallada en los cadáveres de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams concordaba con el tapizado del auto

de la madre de Lana Hudson, el juez Gellar expidió de inmediato la orden de detención.

La mujer no estaba en su casa, pero, gracias a la buena disposición de una vecina ansiosa por colaborar con el FBI, consiguieron averiguar que, como cada sábado, se encontraba en la iglesia ensayando con el coro. Hasta allí se dirigieron. Un pequeño grupo de cinco o seis mujeres entonaban el *Hallelujah* mientras un sacerdote joven tocaba el clavicordio.

Hicieron notar su presencia y la música cesó.

—¿Qué desean? —preguntó el clérigo.

—Lamentamos interrumpir, reverendo, pero necesitamos hablar con una de las feligresas. —Kate y él le mostraron sus placas.

El joven se puso de pie y se acercó.

—¿Sucede algo?

—Nada grave —respondió.

Kate seguía atenta a lo que sucedía en el púlpito. Lana Hudson

no se había movido. Continuaba en su sitio con el libro de cánticos en la mano. Se guardó la placa en el bolsillo de la chaqueta y avanzó hacia ella. Caminó más rápido cuando notó que la mujer retrocedía unos pasos.

“No pienso correr con estos tacones”, pensó Kate.

Lana giró sobre sus talones y se escabulló en dirección a la sacristía.

—¡Yo me encargo! —le gritó a Jon.

Después de correr por un pasillo que parecía más un laberinto, logró alcanzarla justo antes de que huyera por la puerta trasera. La tomó del cabello y la empujó contra la pared.

Lana Hudson intentó soltarse, pero Kate estaba en mejor estado físico que ella.

Cuando Jon llegó, la situación ya estaba controlada.

—Buen trabajo, agente Giordano.

Ella le sonrió. Luego apartó a

la prisionera de la pared y la condujo de regreso al interior de la iglesia.

\* \* \*

No resultó sencillo lograr que Lana Hudson reconociera que le había prestado el auto de su madre a Bradley. La mujer se empeñaba en protegerlo a pesar de que estaba metida en todo aquel asunto hasta el cuello. Bastó con ofrecerle un trato para que finalmente hablara. Si bien

tenían el auto en el cual habían sido transportadas las dos víctimas, necesitaban más pruebas para acusarlo formalmente. Sin perder tiempo, se presentaron en la propiedad de los Shadows con una orden de registro.

No había señales de Bradley por ninguna parte. Parecía que se lo había tragado la tierra. Uno de los agentes abrió la puerta con un ariete y Jon fue el primero que ingresó. Tras él, lo hizo Kate. Al menos una media docena de agentes

colaboraron en la búsqueda de evidencias.

Una hora después, la misión obtuvo su primer resultado. En la habitación principal, descubrieron un fondo falso en el interior del armario. Fue el mismo Jon quien quitó las tablas que cubrían el agujero en la pared. Se agachó y metió el brazo.

—Aquí hay algo. —Se estiró un poco más y sacó una pequeña maleta de cuero negra.

La colocó encima de la cama y



la abrió. Era como haber abierto la caja de Pandora.

Allí estaba el arete desaparecido de Kimberley y el disfraz que había utilizado Bradley para acercarse a las víctimas. Debajo de todo; encontraron la prueba más incriminatoria: un par de cuerdas de guitarra.

Jon miró a Kate.

—Lo tenemos.

# Capítulo 32

Lunes 8 de octubre.

A una semana de la ejecución.

Cuarenta y ocho horas después de emitir la orden de captura, Bradley Shadows seguía sin aparecer. Lo buscaban el FBI, las autoridades locales y hasta un equipo de SWAT al cual Jon les había pedido colaboración porque consideraba que el fugitivo no tenía nada que perder y eso lo hacía

extremadamente peligroso.

Bradley sabía que irían tras él y, cuando revisaron el registro de llamadas recibidas en su casa descubrieron que Lana Hudson lo había llamado desde Quantico. La supuesta llamada a Palmyra para asegurarse de que su madre se encontraba bien, había sido solo un ardid para poner en aviso a Shadows.

Indagar entre sus compañeros de la banda resultó en vano: ninguno lo conocía lo

suficientemente bien como para saber su paradero.

Existía solo una persona que podía conocer el escondite de Bradley.

Jon llamó a Greensville y pidió hablar con su hermano.

Shadows, sabiendo que era quien tenía el control, hizo su jugada: hablaría solo con Kate y, esa vez, sería en persona.

Jon se negó rotundamente, pero, como solía ocurrir, Kate terminó persuadiéndolo.

Esa misma tarde consiguieron un permiso especial y viajaron hasta Greenville.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó Jon por enésima vez.

—Es la única oportunidad que tenemos de encontrar a Bradley.

—Nadie nos asegura que Shadows nos dirá dónde está. — Jon presentía que su intención era más siniestra. No lo dijo, pero estaba seguro de que ella creía lo mismo.

Ingresaron a la prisión y uno de los guardias los vino a buscar.

—Jon, será mejor que vaya sola.

—Ese no era el plan, Kate.

—Lo sé, pero tu presencia podría arruinarlo todo —manifestó tratando de aparentar una calma que no tenía—. Craig quiere hablar conmigo.

—¡Pero...!

—Tranquilo, voy a estar bien, además podrás presenciar la entrevista —miró al guardia que

caminaba junto a ellos—. ¿Verdad?

—Sí, agente. Su compañero y yo monitorearemos todo desde el cuarto contiguo.

—¿Ves? No hay nada de qué preocuparse.

Seguía pareciéndole una locura, pero no tenía elección.

Otro guardia acompañó a Kate hasta la sala en donde se vería con Shadows. Entró con ella y se ubicó a una corta distancia.

—Siéntese —le pidió.

Ella lo hizo. Colocó los brazos

encima de la mesa y esperó. No supo cuántas veces observó el reloj hasta que por fin la puerta se abrió.

Jon tenía razón. Craig Shadows no había cambiado demasiado. Lo observó detenidamente mientras el guardia que lo escoltaba lo esposaba a la mesa. Llevaba el cabello corto, prolijamente peinado hacia atrás. Notó una pequeña marca oscura en el puente de la nariz, señal de que usaba gafas. Cuando lo miró a los ojos, tan azules y tan intensos, le



dio escalofríos.

Ninguno de los dos dijo nada.

Craig también se dedicó a observarla. Era más hermosa de lo que había fantaseado. Cabellos dorados y ojos claros, la viva imagen de la inocencia, sin embargo, él sabía que debajo de aquel aspecto angelical se escondía una zorra.

—Ha pasado mucho tiempo, Katie —dijo por fin, clavándole la mirada.

—Trece años —respondió

ella entrelazando las manos.

—Te has convertido en toda una mujer y agente del FBI, además. Jamás lo habría imaginado.

—No he venido para hablar de mí —le aclaró.

Shadows entornó los ojos y le sonrió.

—¿Por qué no? Me interesa saber todo de ti.

Jon le había advertido que aquello sucedería, pero no estaba dispuesta a que él controlara la situación.

—Ambos sabemos cuál es el motivo por el cual estoy aquí —le recordó—. Necesito que me digas dónde puede estar escondido tu hermano.

La sonrisa de Shadows desapareció.

—Me importa una mierda lo que pase a Bradley.

—Entonces no tendrás inconveniente en decirme dónde encontrarlo —retrucó.

—Eso sería demasiado fácil. Debes esmerarte más para

conseguir lo que quieres. —La miró lascivamente—. Cualidades no te faltan.

Ella no se amilanó, por el contrario, lo desafió abiertamente.

—¿Cuál es tu idea? ¿Qué te muestre un pecho o te deje tocármelo a cambio de una respuesta? Supongo que en el mismo momento en que lo intentes, esos dos gorilas de allí se te tirarían encima.

Craig soltó una carcajada. Tenía que reconocer que Kate

Giordano tenía carácter. Se inclinó sobre la mesa y la miró.

—¿A Kellerman le permitiste hacer mucho más que eso, verdad?

—No voy a hablar de mí — repitió—. Dime lo que quiero saber.

—Eres igual a todas las mujeres: una zorra que lo único que quiere es salirse con la suya.

—¿Lana también es una zorra?  
Se quedó callado, mirándola fijamente.

—Apuesto a que no sabes que

se acuesta con Bradley. Mientras tú estás aquí, masturbándote en tu celda, ella se monta a tu hermano.

—¡Cállate, zorra! —Dio un golpe en la mesa que hizo saltar a la muchacha de la silla.

—Es la verdad —dijo echándole más sal a la herida—. Ambos lo reconocieron cuando fueron interrogados.

—¡Malditos traidores! —farfulló entre dientes.

—Tienes la posibilidad de vengarte de ellos ahora —señaló

con la esperanza de hacerlo caer en el juego—. Lana está detenida, acusada de partícipe necesario en los homicidios de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams. Solo falta que atrapemos al asesino; tú puedes hacerlo posible.

Shadows comenzó a respirar agitadamente.

—No sé dónde pueda estar. Bradley y yo no éramos muy unidos en el pasado.

—Trata de recordar.

—¿Qué gano yo con todo esto?

—la increpó.

—Vengarte de él.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Al fin y al cabo, si Bradley mató a esas chicas, lo hizo por mí.

—Porque no soportas que te haya quitado a tu novia. Cualquiera otro hombre en tu lugar, con las pelotas bien puestas, tomaría represalias. —Sabía qué botón tocar para llevarlo hacia su territorio.

Negó con la cabeza. En los labios, le afloró una sonrisa



perversa.

—Creo que me encapriché con la hermana equivocada hace trece años.

Trató de ignorar el comentario. No creía poder soportar que le hablara de Livy.

—¿Qué te parece? Me dices dónde está tu hermano y, de paso, vengas su traición.

—¿Es verdad que Bradley mató a Daryl?

Kate asintió.

—Entonces tienes algo

personal en contra de él —  
manifestó, tomando el control de la  
situación nuevamente.

—Quiero que pague por todo  
lo que hizo.

—Me gustaría ayudarte, pero  
no sé dónde se ha escondido mi  
hermano y creo que, si lo supiera,  
tampoco te lo diría —agregó con  
ironía.

—¿Para qué me has hecho  
venir entonces? —le recriminó.

—Ya te lo he dicho, quería  
verte.

Kate se puso de pie y caminó hasta la puerta. Shadows se regocijó con el movimiento de sus caderas. Cuando ella se volteó, antes de salir, él le lanzó un beso.

Fuera, Jon la estaba esperando.

—¿Estás bien?

—No sirvió de nada.

—Yo no estaría tan segura.

Shadows sabe dónde se esconde Bradley y nos lo dirá sin darse cuenta.

Efectivamente, solo tuvieron

que esperar una hora hasta que, por fin, el reo solicitó hacer una llamada. Jon se puso enseguida en contacto con Caleb para que la rastreara. Cuando Shadows regresó a la celda, ellos ya conocían el paradero de su hermano.

Regresaron a Quantico y rápidamente se organizó un operativo para capturar al fugitivo.

\* \* \*

El lugar elegido por Bradley

Shadows para ocultarse era un motel de mala muerte ubicado a doce millas de Burke, a un lado de la autopista 123.

Kate se había unido al operativo a pesar del consejo de Jon de que no lo hiciera. Cualquiera cosa podía suceder cuando confrontaran a Shadows, y no quería que ella saliera lastimada.

“Tengo mi arma y sé usarla”, le había dicho toda resuelta a salirse con la suya.

Los de SWAT se habían

apostado en el techo de la gasolinera que estaba frente al motel. La policía local se colocó detrás del FBI y esperó instrucciones.

—No hay señal del sospechoso —informó Jon a través del micrófono inalámbrico al detective Grimes.

Él, junto a un grupo de tres agentes más, entre los cuales se encontraban Kate y Caleb, avanzaron por el frente del edificio.

Jon miró a los efectivos de

swat, todos en posición, preparados para cualquier imprevisto. La orden había sido atrapar al objetivo con vida.

De repente, uno de los agentes divisó el Camaro azul de Bradley Shadows saliendo a toda velocidad por la parte trasera del hotel.

—¡Mierda! —Maldijo Jon cuando notó que no iba solo. Había una mujer en el asiento del acompañante—. ¡No disparen al objetivo! ¡Repito! ¡No disparen! ¡Lleva un rehén con él!

Rápidamente se subieron a los vehículos para perseguirlo. Kate iba con Jon en el Nissan Pathfinder y lideraban la caravana.

Bradley conducía a toda velocidad por la autopista. Luego se desvió hacia Clifton Road y tomó un camino rural que llevaba al Burke Lake Park.

—¿Qué es lo que pretende? — preguntó Kate aferrándose a la guantera del auto cuando Jon viró en una curva.

—Espero que no sea lo que me



estoy imaginando —respondió Jon aumentando la velocidad.

El Camaro de Shadows les llevaba ventaja, sin embargo, no podían acercarse más sin poner en riesgo la vida del rehén.

De repente, un par de millas adelante, la puerta del acompañante se abrió y un cuerpo saltó del auto en movimiento.

—Aquí Kellerman. El rehén ha sido liberado —anunció acomodándose el micrófono inalámbrico en la oreja—. Llamen a

una ambulancia y que una unidad se encargue de ponerla a salvo. Los demás, vamos detrás de Shadows.

Cuando el fugitivo volvió a desviarse, esta vez hacia Ox Road, las sospechas de Jon se confirmaron.

—Va directo al lago —le dijo a Kate.

Ella asintió.

—¿Crees que se intención sea quitarse la vida?

—Esperemos que no.

Apretó el acelerador. El

terreno se volvió más agreste y empinado. Vieron que Shadows hizo una maniobra peligrosa, cerca del barranco.

Unos segundos después, el auto de Bradley Shadows desapareció de la vista de todos.

Jon se detuvo y descendió raudamente. Corrió hacia la orilla solo para comprobar con sus propios ojos como el Camaro azul se hundía en las profundidades del lago.

Kate lo alcanzó. Se apartó el

cabello de la cara y miró hacia abajo.

Había decepción en la mirada de ambos.

Bradley Shadows había controlado la situación hasta el final.

\* \* \*

Unos días después.

La inminente excarcelación de Craig Shadows rápidamente ocupó

las primeras planas de todos los medios. Después de que se supo que había sido Daryl el responsable de la muerte de Livy y que él no tenía nada que ver con el macabro plan de su hermano, el gobernador Singer, empujado por obtener algunos votos extras en las siguientes elecciones, le otorgó el indulto. Se había pautado la liberación para el día 15, el mismo que habían elegido años atrás para hacer efectiva la condena a muerte.

Jon se colocó las gafas y,

como venía haciéndolo a diario, abrió el ejemplar del *Washington Examiner* para estar al tanto de las novedades. La libertad de Shadows le despertaba reacciones adversas. Por un lado, aliviaba la culpa de haberlo enviado a prisión siendo inocente, pero, por otro, no podía apartar de su mente la posibilidad de que intentara hacerle daño a Kate. Para colmo de males, no habían podido cerrar el caso debido a que el cuerpo de Bradley Shadows aún no había aparecido.

Cuando la Unidad de Buzos de swat logró rescatar el auto del fondo del lago, él no estaba en el interior.

Había muchas probabilidades de que estuviera vivo, aunque la mayoría se inclinaba a creer que el cadáver estaba atascado en algún pozo y que tarde o temprano saldría a la superficie.

Jon se quitó las gafas rápidamente cuando escuchó a Kate entrando en la cocineta.

—Déjatelas puestas —le pidió acercándose por detrás—. Te hacen

ver *sexy*.

—Yo creí que me hacían ver viejo.

Ella se puso delante. Jon contuvo el aliento. Llevaba puesta nada más que su camisa. Desde que sus padres habían regresado a Chesapeake tras el funeral de Daryl, Kate pasaba las noches en su apartamento. Le encantaba despertar al día siguiente y verla enredada entre sus piernas o dormida encima de su pecho.

—¡No vuelvas a repetir algo



así jamás! —le advirtió.

Jon soltó una carcajada. Cada vez que fruncía el ceño de aquella manera, le recordaba a la Kate que había conocido en el pasado.

—No las usaba delante de ti por temor a que los doce años de diferencia que existen entre nosotros se hicieran más evidentes —reconoció algo avergonzado.

—A mí nunca me importó esa diferencia. —Se apoyó contra él y le colocó los brazos alrededor del cuello.

—¿Lo dices en serio o solo tratas de hacerme sentir mejor? — le preguntó enarcando las cejas.

—Nunca hablé tan en serio en mi vida. —Kate sintió que era el momento de hablar con la verdad; quería abrirle por fin su corazón, pero él la interrumpió.

—Estamos atravesando etapas diferentes. Tus necesidades seguramente no son las mismas que las mías. Mientras tú estás a gusto con tu libertad, yo ando en busca de algo firme a lo cual aferrarme.

Le cubrió la boca con un dedo para hacerlo callar de una vez.

—No tienes que buscar más. ¿Acaso no te has dado cuenta todavía de que todos estos años he estado enamorada de ti? —Le sonrió y quitó el dedo—. Después de que te despediste de mí esa tarde de noviembre, dormía todas las noches con tu pañuelo bajo mi almohada.

—¿Todavía lo conservas? —le preguntó asombrado.

—Sí, jamás podría

desprenderme de él. Estuviste conmigo en los peores momentos de mi vida y, según Erin, se debe a que eres como esos príncipes de cuentos, siempre dispuestos a salvar a la damisela en apuros.

—¿Has hablado con Erin de mí?

—Sí, pasó a verme antes de regresar a Kansas —respondió—. A propósito, me dijo que espera verme llegar prendida de tu brazo al cumpleaños de su hijo.

Soltó una carcajada. Habían

estado hablando de él a sus espaldas. Debía de haberlo sospechado.

—El cumpleaños de Parker es dentro de tres meses. Creo que Erin nos dio el tiempo suficiente para decidirnos —manifestó asiéndola por la cintura.

—Yo ya he tomado mi decisión hace tiempo.

Él tragó saliva.

Kate acercó su cabeza a la de él.

—Te amo, Jon “Sin Hache” —

le susurró al oído, provocando que él se estremeciera.

Él le tomó el rostro entre ambas manos y la miró con sus intensos ojos verdes.

—Te amo, Kate Giordano.

—Llámame Katie; me excita cuando me llamas así —le dijo con una sonrisa traviesa.

—Creí que te molestaba que lo hiciera.

—Ya no. —Se frotó contra él —. ¿Tienes algo que hacer ahora?

Jon dio un respingo.

—Hacerle el amor a la agente más *sexy* del FBI.

Ella sonrió. Lo asió de la corbata y lo arrastró escaleras arriba.

# Capítulo 33

Lunes 15 de octubre.

Un incontable número de curiosos se había apiñado en las afueras de la prisión estatal de Greensville para esperar la liberación de Craig Shadows.

Jon Kellerman se encontraba entre medio de esa multitud. También había varios agentes encubiertos vigilando el lugar en caso de que la situación se saliera



de control. Entre los fanáticos que admiraban a Shadows y los periodistas que no se querían perder ni un detalle era posible que ocurriera algo.

Lo que más inquietaba a todos era el hecho de que el cuerpo de Bradley todavía no hubiera aparecido. No era descabellado pensar que había logrado salir con vida de aquel auto. Jon era uno de los que estaba convencido de que el menor de los Shadows no solo se había escapado de ellos, sino que

también se había librado de la muerte.

Miró con impaciencia el reloj. La puesta en libertad de Craig estaba pautada para las tres. Faltaban menos de cinco minutos. Se mezcló con un grupo de seguidores de Shadows que mostraban pancartas alusivas a la nueva vida que le esperaba fuera de las muros de la celda. Logró colarse cerca de la valla de contención que había sido colocada para evitar el contacto directo con

el reo.

A las tres en punto escucharon el chirrido del portón al abrirse.

Primero apareció un guardia. Segundos después, Craig Shadows salió impecablemente vestido con un traje oscuro y sosteniendo un libro en la mano.

Jon miró a alrededor. Nadie cercano había ido a recibirlo. Debía conformarse con aquella turba de desconocidos que ahora vitoreaba su nombre. Percibió que le agradaba ser el centro de

atención. Se acercó hasta la valla y una docena de periodistas se abalanzó encima de él para tratar de conseguir una exclusiva.

De pronto sus ojos se encontraron, y Shadows tensó el semblante. Ya no sonreía para su público. Luego, Jon se dio cuenta de que él miraba por encima de su hombro. Cuando se volteó, distinguió a un sujeto en actitud sospechosa. Una capucha le impedía verle el rostro con claridad. Tenía la cabeza gacha y

las manos dentro de los bolsillos de una chaqueta deportiva.

Un hormigueo en el estómago fue la señal de que algo estaba por suceder. Siguió su instinto y se abrió paso entre la multitud. Tras mostrarle su placa a uno de los guardias, sorteó la valla de un salto.

Mientras se iba acercando a Shadows, trataba de no perder de vista al sujeto de la capucha. Una mujer con una pancarta se colocó delante y, cuando se movió, el sospechoso ya no estaba.

Tomó el teléfono y se comunicó con el agente que comandaba el operativo. Lo puso al tanto de sus sospechas y rápidamente se dispersaron por todo el lugar para encontrar al sospechoso.

Jon se colocó detrás de Shadows y observó el panorama desde allí.

Entonces vio el arma y el rostro que segundos antes había estado oculto debajo de la capucha. El estallido provocó el pánico. Jon

sujetó a Craig del hombro para arrojarlo al suelo. La gente comenzó a correr y a gritar desesperada.

Cuando se separó de Shadows, notó la sangre caliente en su mano.

Le había dado.

Tomó el libro de Emerson y se lo colocó debajo de la cabeza. Tenía un disparo a la altura del estómago. Uno de los agentes se le acercó.

—Señor, hemos atrapado al autor del disparo.

Jon ni siquiera preguntó quién era. No hacía falta. Había alcanzado a reconocer a Bradley antes de que abriera fuego contra su hermano.

—¡Llame a una ambulancia!

—Enseguida, señor.

Miró a Shadows. Estaba perdiendo mucha sangre. Se quitó la chaqueta y la apretó contra la herida, pero no pudo hacer nada para detener la hemorragia. Él abrió los ojos y lo miró.

—¡Aguanta, Craig, la



ambulancia viene en camino!

Intentó decirle algo, pero de su garganta solo salió un sonido gutural. Luego, todo su cuerpo se convulsionó y de su boca empezó a salir sangre a borbotones.

No iba a sobrevivir. Cuando llegase la ambulancia, sería demasiado tarde.

Le sostuvo la mano y se quedó a su lado hasta que exhaló el último suspiro.

\* \* \*

A Kate casi le da un síncope cuando vio llegar a Jon con la ropa cubierta de sangre. Atravesó corriendo el pasillo de la Unidad de Ciencias de la Conducta y lo tocó por todos lados para cerciorarse de que no estuviera herido.

—Tranquilízate, la sangre no es mía.

Ella expulsó el aire contenido en sus pulmones.

—¿Ha muerto?

Jon asintió.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Pienso que podíamos haberlo evitado. Bradley se camufló entre la multitud y, cuando notamos su presencia, fue demasiado tarde.

—No quiero que te culpes — lo amonestó—. Si Bradley no hubiese matado a su hermano al salir de prisión, lo habría hecho en cualquier otro momento.

Ella tenía razón. Estaba harto de lidiar con la culpa. Al menos le

quedaba la satisfacción de haber atrapado al asesino.

—¿Dónde está Bradley?

—En la sala de interrogatorios. Lleva allí desde que lo trajeron. Se negó a llamar a un abogado.

Jon se alejó de ella y enfiló en dirección contraria a donde estaba su despacho.

—¿Adónde vas?

No le respondió. Cuando se plantó en la puerta de la sala de interrogatorios, Kate trató de

detenerlo.

—¿Por qué no esperas hasta mañana? Podemos ir a mi casa para que te quites esa ropa y te des un baño caliente —sugirió.

Jon no obedeció y la dejó en el pasillo con la palabra en la boca.

Bradley tenía la cabeza metida entre las manos. La levantó cuando escuchó abrirse la puerta.

Sus ojos oscuros se inmediatamente se posaron en la chaqueta del agente Kellerman cubierta con la sangre de su hermano.

Jon apartó la silla, se aflojó la corbata y se sentó.

—Bien, me han comunicado que has renunciado a tu derecho a que un abogado esté presente durante el interrogatorio, así que presumo que estás más que dispuesto a contarme toda la verdad.

Él comenzó a tamborilear con los dedos en la mesa, pero siguió guardando silencio.

—Hemos hallado la maleta. También el auto en el cual

transportaste a las dos víctimas. No tiene caso que sigas callado, habla. Apuesto a que te mueres de ganas de hacerlo. —Hizo una pausa y escudriñó su reacción—. Los tipos como tú adoran la notoriedad.

Una sonrisa de satisfacción se le dibujó en los labios.

—¿Por dónde quiere que empiece, agente?

—Por el principio.

—Entonces debo remontarme al pasado.

—Tengo todo el tiempo del

mundo para escucharte.

Del otro lado del espejo, Kate observaba la escena con suma atención.

\* \* \*

20 de julio de 1999.

Bradley arrojó la colilla al suelo y le arrancó unos acordes a la guitarra. Sus amigos de la banda acababan de marcharse y, como solía hacerlo, le gustaba quedarse



hasta las tantas practicando alguna de las nuevas canciones. Recién empezaban y debían ganarse un lugar. Los Black Rebels llegarían lejos, estaba seguro. Se puso de pie, buscó el estuche de su Fender Stratocaster y la guardó con cuidado.

Al voltearse, se topó con Daryl Giordano, el integrante más joven de la banda y el que más les ocasionaba problemas.

—¿Me quieres matar del susto? —Notó de inmediato que

estaba drogado. Le temblaban las manos y tenía restos de coca en el tabique nasal.

—¡Bradley, tienes que ayudarme! —Se volteó y miró por encima de su hombro, como si estuviera esperando que en cualquier momento alguien apareciera—. ¡He hecho algo muy malo!

El mayor sonrió socarrón.

—¿Qué fue esta vez? ¿Le robaste dinero a tu padre o Livy te descubrió espiándola?

Daryl negó con la cabeza. Tenía los ojos desorbitados debido al continuo consumo de sustancias prohibidas.

—¡La he lastimado! No se mueve. Livy ya no se mueve — balbuceó al tiempo que se tiraba del cabello.

Bradley lo asió de los hombros y lo obligó a que lo mirase.

—¿Qué has hecho?

Fue incapaz de decir algo más.

—¿Dónde está? —le preguntó,

sacudiéndolo con la intención de hacerlo reaccionar.

—En la cochera.

—Vamos a ver en qué lío te has metido esta vez.

La casa de los Giordano estaba a tres calles de distancia y tardaron menos de diez minutos en llegar. Daryl condujo a Bradley hasta la parte trasera. Había luz en la cochera y, cuando entraron, unas piernas femeninas se asomaban por detrás del auto del patriarca de la familia.

Bradley se quedó paralizado. Detrás de él, Daryl seguía temblando y balbuceando sin parar.

Se acercó al cuerpo inerte de Livy y se arrodilló a su lado. Notó las marcas rojizas en su cuello.

—¿Qué has hecho? ¡La has matado!

Daryl negó con la cabeza.

—¡Yo no quería, pero ella iba a contárselo a mi padre!

Bradley vio la falda de la adolescente subida.

—¿La has violado?

Seguía moviendo la cabeza de un lado hacia el otro, negando las evidencias. Cuando Bradley bajó la mirada, vio una cuerda de guitarra que colgaba del bolsillo de sus pantalones vaqueros.

—La has estrangulado con eso —aseveró sin esperar una respuesta. Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¡Tienes que ayudarme!

—¿Qué demonios quieres que haga? —Se acercó y le dio un golpe

en la cabeza—. ¡Has violado y asesinado a tu propia hermana!

Daryl se cubrió el rostro con las manos y cayó al suelo, junto al cadáver de Livy. Comenzó a llorar descontroladamente y se arrojó encima de ella.

Bradley observaba la escena desde la distancia. No estaba dispuesto a meterse en un lío tan gordo solo para salvarle el pellejo, sin embargo, tampoco podía dejarlo a su suerte. Sabía que tarde o temprano esa obsesión enfermiza

que sentía hacia su hermana, lo llevaría a cometer una locura.

—Está bien, primero debemos calmarnos. —Respiró hondo y sopesó la situación. Si lo iba a ayudar a deshacerse de su problema, debía asegurarse de no dejar ningún cabo suelto—. Dime exactamente qué es lo que pasó.

—Yo... yo estaba en la cochera, drogándome. Livy llegó después de haber salido con tu hermano. —Se mesó frenéticamente el cabello—. No sé qué me pasó



por la cabeza en ese momento, pero me enceguecieron los celos. Se había acostado con Craig, lo adiviné en sus ojos; la intercepté cuando intentó entrar a la casa. Lo siguiente que recuerdo es haberla arrojado al suelo y haberme tirado encima de ella. Le cubrí la boca para que no gritara, pero ella me mordió. —Le mostró unas marcas en la palma de la mano derecha—. Entonces la golpeé y perdió el conocimiento. Despertó cuando yo ya había terminado. Me dijo que se

lo contaría a mis padres y a la policía. No podía permitírselo. Tomé una de las cuerdas de la guitarra y se la coloqué alrededor del cuello. —Había empezado a llorar nuevamente—. ¡Yo no quería hacerlo, te lo juro! ¡Ella me obligó!

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Bradley después de oír el relato. Miró a la pobre de Livy.

—¿Alguien vio a Livy entrar en la cochera?

Daryl se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez tu hermano.

—Me refiero a alguien de la

casa.

—No.

—Otra cosa. ¿Usaste condón

cuando la violaste?

Daryl asintió.

—Bien, algo menos de qué

preocuparnos. Ahora debemos

deshacernos del cuerpo. Quítale

toda la ropa y envuélvela con

aquella lona de allí —le indicó.

—¿Es necesario que la

desnudemos?

—Sí, Daryl, así eliminaremos cualquier evidencia. —Se alejó hacia la salida—. Iré a buscar la camioneta de mi hermano. ¡Haz lo que te lo dije y hazlo rápido!

Regresó unos minutos después y se estacionó detrás de la propiedad de los Giordano. Cuando entró a la cochera, Livy ya estaba completamente desnuda. Lo único que llevaba era una medallita con su nombre grabado. Se la arrancó y se la guardó en el bolsillo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Para que cuando encuentren el cadáver no la identifiquen enseguida —le explicó.

Daryl asintió. La envolvieron con la lona y la llevaron hasta la camioneta, atravesando el patio trasero.

Se alejaron lo suficiente de la ciudad y se dirigieron a la zona rural. Bradley se detuvo frente a una hondonada de la autopista 95 y, entre los dos, bajaron el cadáver de la camioneta. Lo cargaron hasta la orilla y desde allí lo arrojaron al

vacío. Después, Bradley le entregó la lona y le dijo a Daryl que se deshiciera de ella en el camino.

Lo dejó en su casa y regresó a la suya como si nada hubiera pasado. Cuando miró en el bolsillo de sus pantalones vio la medallita de Livy. Sintió pena por ella, pero nadie sabría jamás qué había sucedido esa noche.

\* \* \*

A Kate se le revolvía el

estómago. Le asombraba con qué frialdad Bradley había relatado los hechos.

Observó a Jon.

Él tampoco permanecía impasible frente a aquella terrible verdad. Tenía los brazos sobre la mesa y apretaba los puños con fuerza. Pero todavía quedaba mucho más por escuchar.

\* \* \*

—¿Dejaste que tu hermano

pague por lo que había hecho Daryl?

—Craig y yo teníamos nuestras diferencias. Él era el inteligente de la familia, el que asistía a la universidad y leía a los eruditos. En cambio, yo era la oveja negra, el bohemio inútil que pretendía vivir de la música. Era la oportunidad que había estado esperando; por fin, el gran Craig Shadows que todos admiraban se caería de su pedestal.

—¿Qué pasó después con ese odio que sentías hacia él?



—Supongo que, cuando empecé a tener éxito con mi banda y las chicas hacían cola para acostarse conmigo, me acordé del pobre de Craig, solo en esa inmunda celda, pagando por un crimen que no cometió.

A Jon le costaba creer que el hombre que ahora estaba sentado frente a él supiera lo que era el remordimiento.

—Entonces planeaste los asesinatos de Bonnie Trevors y Kimberley Abrams para redimirte

delante de tu hermano.

—Algo así. —No había emoción alguna en sus respuestas.

—Daryl te debía un favor muy grande, por eso te dejó usar el sótano de su casa.

—Error, Kellerman. Daryl hizo mucho más que eso.

Jon frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no maté a Bonnie Trevors. —Hizo una pausa para jugar con la paciencia de su interlocutor—. Mi tarea consistió

en vigilarla y atraerla hacia la trampa. También le coloqué la medalla con el nombre de Livy en el cuello. Sabía que algún día me sería útil, por eso la conservé. Del trabajo sucio se encargó el imbécil de Daryl. Se sentía en deuda conmigo y era tan débil que no me costó nada convencerlo de que asesinara a la muchacha.

—¿Daryl violó a Bonnie? — quiso saber Jon. Aquel era un detalle que aún intrigaba a todos.

—No, no se animó. La

estranguló antes de hacerlo.

—¿Por qué no lo hiciste tú para completar el patrón?

—Porque estaba muerta y a mí me gusta que las mujeres vibren cuando las penetro, por eso...

—¿Y qué hay de Kimberley Abrams?

—Con ella fue diferente. No sé cómo explicarlo, pero, mientras veía cómo Daryl estrangulaba a Bonnie, cómo se le escapaba la vida lentamente en cada suspiro, me excité. Jamás había experimentado

algo igual. Yo aceché a Kimberley, la cacé y la disfruté —dijo pasándose la lengua por el labio inferior—. Daryl ni siquiera estaba en Burke.

—Y cuando apareció se convirtió en un problema.

—Necesitaba sacarlo del camino, así que se me ocurrió echarle la culpa a él de los crímenes, en realidad, lo venía planeando hacía rato, pero, cuando me enfrentó, supe que era el momento.

—Te encargaste de que halláramos evidencia en el sótano de la casa y plantaste la medallita que Craig te había dado cuando la policía empezó a sospechar que él tenía que ver con la muerte de Livy.

Bradley asintió.

—Pero no contabas con que Daryl estuviese dispuesto a revelar la verdad, ¿no es así?

—Me dijo que se lo contaría a su hermana. A partir de ese momento, empecé a seguirlo. Descubrí que se escondía en la

vieja fábrica abandonada. Matarlo fue más fácil de lo que imaginaba.

—Pero Daryl se había cubierto las espaldas, porque sabía que su vida corría peligro.

Bradley no dijo nada. Subestimar la inteligencia de Daryl había sido su único error.

—Aprendí demasiado tarde que, cuando quieres que las cosas salgan bien, debes hacerlas solo.

—Lana terminó por delatarte, tu propio hermano nos llevó hasta ti, creo que voy a darte la razón,

Shadows.

—Craig tuvo su merecido.

—¿Alguna vez sentiste afecto por él?

Bradley se rehusó a contestarle.

—¿Hemos terminado o hay algo más que quieras saber, Kellerman? —preguntó en cambio.

—Solo falta que reconozcas una cosa.

—Ya sé, no hace falta que me lo digas. Sí, yo fui quien entró a la casa de Kate. Fue un pequeño favor



que le hice a mi hermano; el único —agregó.

Jon se puso de pie y colocó la silla debajo de la mesa.

—¿Sabes qué es lo más irónico de todo, Shadows?

Él enarcó las cejas y fingió interés.

—Qué vas a pasar los últimos días de tu vida en el pabellón de la muerte, encerrado en una inmunda celda de dos metros cuadrados. ¿Crees en el karma, Bradley? Yo sí.

—Se dirigió hacia la salida y antes

de irse se volvió—. Me encargaré de que reserven la celda de Craig para ti.

Bradley se levantó de la silla y corrió hacia la puerta que acababa de cerrar Kellerman.

Creyendo que nadie lo veía, se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar.

Desde el otro lado del espejo, Kate lo observaba.

La pesadilla había llegado a su fin; la terrible verdad que había estado oculta durante tanto tiempo

había salido a la luz.

Jon entró y la abrazó por detrás.

—¿Estás bien?

Respiró hondo.

—Ahora sí.

# Epílogo

Wichita, Kansas.

Tres meses después.

Kate observaba encantada a través de la ventanilla del taxi el coqueto vecindario de College Hill. La nieve cubría las calles y, a pesar de que hacía frío, el clima de Kansas parecía ser un poco más benévolo que el de Virginia.

A su lado, Jon dormitaba con la cabeza recostada en el asiento.

No le habían avisado nada a Erin que irían, habían preferido aparecerse en el cumpleaños del pequeño Parker de sorpresa. Estaba nerviosa. Los últimos días se había estado sintiendo extraña y, aunque al principio lo había atribuido al *stress* del trabajo y a lo mal que se había estado alimentando, le bastó una conversación telefónica con su madre para darse cuenta de lo que en verdad estaba ocurriendo con ella. Bajó la mirada y se acarició el vientre. Le parecía imposible que

después de tanto dolor, la vida la estuviera recompensando con el regalo más maravilloso. Un hijo de Jon y de ella. Respiró hondo para contener las lágrimas. Lo miró. No se lo había dicho todavía. Había confirmado su estado apenas un par de días atrás tras la insistencia de su madre de que visitara al doctor Müller para una consulta.

Había preferido esperar. El juicio contra Bradley Shadows acababa de terminar y sus vidas lentamente estaban volviendo a la

normalidad. Tanto ella como Jon habían asistido cada día a la corte para presenciar el proceso hasta el final.

La condena había sido la esperada: Bradley sería ejecutado por los crímenes, pero, hasta que ese día llegara, tendría que soportar una condena mayor: Jon había cumplido su promesa y había conseguido que fuera recluido en la misma celda en la que su hermano había pasado los últimos trece años de su vida. Lana Hudson, por su

parte, había conseguido una reducción de pena tras haber atestiguado en su contra.

Jon abrió los ojos y la miró.

—Ven aquí. —La atrajo hacia él y comenzó a besarla. El conductor los observaba disimuladamente.

Kate le apoyó luego la cabeza en el hombro. Se sonrojó cuando el hombre le sonrió a través del espejo retrovisor.

El taxi se detuvo frente a una gloriosa propiedad de dos plantas



al mejor estilo sureño. Jon pagó el viaje y tomó la pequeña maleta que habían traído consigo antes de bajar. Caminó presuroso hacia el lado del acompañante y le abrió la puerta.

Kate se abrochó el abrigo y metió las manos en el bolsillo. Estaba empezando a nevar. Él la asió de la cintura y juntos atravesaron el sendero hacia la entrada principal.

La puerta se abrió de repente.

—¡No lo puedo creer! ¿Por

qué no avisaron que vendrían? ¡Tyler los habría ido a buscar al aeropuerto! —Erin les dio un abrazo a cada uno y los empujó al interior de la casa. No cabía en sí de la alegría. Como había vaticinado, Kate había logrado conquistar el corazón de Jon: Tyler le debía cincuenta dólares.

Dejaron los abrigos y la pequeña maleta en el recibidor. Luego acompañaron a Erin al salón.

Kate observó al hombre de cabello oscuro que estaba

arrodillado sobre la alfombra jugando con el pequeño Parker.

—Cariño, mira quiénes han venido.

Tyler Evans se puso de pie y se acercó. En su estilo, era muy apuesto, y las botas tejanas que llevaba lo hacían ver más alto.

—Kellerman, ¿cómo estás?

Jon extendió su mano hacia él, pero el comisario Evans le dio un fuerte abrazo. Miró a Kate por encima del hombro.

—Tú debes ser la famosa

Kate. —Ella también recibió un abrazo—. Erin me ha hablado mucho de ti. Es un placer conocerte por fin.

—El placer es mío.

—Ven. —Erin llevó a la muchacha hasta el corralito en el que su hijo jugaba con unos cubos de colores. Lo levantó en brazos y se lo mostró orgullosa—. Te presento a Parker Evans, el príncipe de la casa. Obviamente ya te imaginas quién es el rey —dijo lanzándole una fugaz mirada a su

esposo.

Kate sonrió.

—Es precioso. —Tocó la cabeza del pequeño. Había heredado el cabello oscuro de su padre aunque tenía los mismos ojos que Erin. Pensó en el bebé que estaba gestando en su vientre y no pudo evitar emocionarse.

Erin la observó detenidamente. Algo había cambiado en ella.

—¿Estás bien?

Kate apartó la vista del niño por un instante.

—Sí, claro.

Erin estaba a punto de preguntarle algo, pero en ese momento, Mimie y Rick entraron al salón acompañados por *Apollo* que de inmediato comenzó a olfatear a los recién llegados.

Tras las presentaciones correspondientes, Mimie les anunció que el pastel de cumpleaños estaba listo. Kate sacó de la maleta el regalo del niño y se lo entregó a Erin. Un rato más tarde, llegaron algunos invitados más a la

fiesta. Connor y su novia Olivia, amigos de los Evans y el ayudante de Tyler, Tom Gibbons, quien fue con su esposa Cindy y su hermoso retoño de casi dos años, Marianne.

Tres horas más tarde, el agasajado cayó rendido en los brazos de su madre. Antes de que anocheciera y la tormenta cobrara más fuerza, los invitados se fueron. La idea de Jon y Kate era pasar la noche en un hotel, pero Erin insistió en que se quedaran en la habitación de huéspedes.

Después de la cena, Mimie se retiró porque estaba exhausta. Así que, mientras los hombres conversaban en el salón, Erin llevó a Kate a la cocina con la excusa de preparar café.

—¡Cuéntame! ¿Cuándo ocurrió el milagro?

—Poco después de que tú te marcharas —respondió.

—Estoy tan feliz por ustedes. Se merecen el uno al otro. —Se acercó y le puso una mano en el vientre—. ¿De cuánto estás?



Ella se quedó boquiabierta.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Por la manera en que reaccionaste al ver a Parker. Cuando yo quedé embarazada de él y vi a la pequeña Marianne por primera vez, tuve esa misma expresión de felicidad y susto en la cara.

—Todavía no lo puedo creer, Erin.

—¿Se lo has dicho?

Negó con la cabeza.

—Bueno, creo que esta noche

es una buena ocasión para anunciarle a Jon que va a ser padre.

\* \* \*

Después de beber café con los demás en el salón, se instalaron en la habitación de huéspedes. Kate se volteó y observó a Jon mientras se quitaba el *sweater* que le había regalado su madre en Navidad.

Erin tenía razón. Esa noche le daría a Jon la noticia del embarazo.

Él se acercó y la rodeó con los

brazos. Le mordisqueó el cuello, lo que provocó que cada fibra de su cuerpo reaccionara. Notó la fuerza de su deseo a través de la ropa y ese roce electrizante le recordaba cómo se convertían en uno solo estando en la cama, de pie o en una escalera. Siempre hacían el amor con una intensidad que los dejaba temblando. Se preguntó en qué momento habían gestado al niño.

Jon la hizo girarse y tomó posesión de su boca. Todo a su alrededor empezó a dar vueltas,

pero nada podía detener el placer de aquel ardiente e intenso beso. Kate cerró los ojos para disfrutar de las sensaciones, y, cuando Jon tiró de su labio inferior con los dientes, sintió que perdía la cabeza. Era un beso tan apasionado, tan hambriento, tan posesivo que sintió que estaba a punto de llegar al orgasmo.

—No te muevas —dijo él mientras empezaba a quitarse el resto de la ropa.

Obediente, ella se sentó en un

extremo de la cama y observó con placer cómo se quitaba primero la camisa, después los pantalones y finalmente los *boxers*. Era un espécimen masculino tan maravilloso que se sentía orgullosa como para mostrarlo al mundo y ferozmente celosa de cualquier mujer que pudiera haberlo visto alguna vez así.

—Ven aquí —dijo él tendiéndole la mano.

Se acercó a él. Jon se colocó detrás de ella y, tomándola por la

cintura, la empujó hacia el espejo de cuerpo entero, que estaba ubicado en un rincón, cerca de la ventana. Kate había admirado aquel mueble desde que había entrado en la habitación. Tenía más de dos metros de altura, era de palisandro y el marco oval estaba profusamente tallado. El aire fresco de la noche acarició su piel cuando él le bajó el vestido por los hombros. La prenda se le deslizó por los brazos, resbaló por las caderas y cayó al suelo. Jon se

agachó para ayudarla a librarse de él.

—Ya no podría arrugarse más —dijo con una sonrisa al levantarse.

Kate notó cómo se tensaba y cómo contenía la respiración al mirar la imagen en el espejo.

—No me importa que se arrugue —suspiró ella, totalmente excitada.

Lentamente, las manos de Jon buscaron las horquillas que le recogían el pelo y lo dejó caer libre

sobre sus hombros. Le había crecido bastante durante los últimos meses y adoraba vérselo suelto. Luego hundió la cara en aquella cabellera ondulada hasta embriagarse con su aroma. Le apartó la melena de la nuca y la besó, acariciándola con la lengua.

Sus ojos se encontraron en el espejo. Y se sonrieron.

Las manos de Jon le rodearon la espalda y llegaron hasta sus pechos. Muy ligeramente, le rozó los pezones con los dedos. De no



haber estado mirando, Kate podría haber creído que aquellas etéreas caricias eran producto de su imaginación o el toque caprichoso de una suave brisa. Pero eran reales. Jon le acercó los labios al oído y le dijo con masculina satisfacción:

—¿Te he dicho ya lo hermosa que eres, Katie? —Abrió el corchete frontal del sostén, y la liberó de la prenda, que también encontró su sitio en el suelo.

—Sí, Jon “Sin Hache”, pero

no me molestaría oírtelo decir una vez más. —Le susurró seductoramente.

—Eres preciosa, Kate Giordano.

Ella vio en el espejo cómo las manos de él se cerraban sobre sus pechos. Cuando los dedos de Jon entraron en contacto con los erectos pezones, dejó escapar un gemido.

Jon bajó las manos por sus costados y, cuando llegó hasta su ropa interior, se inclinó y le hizo girar la cabeza para encontrar su

boca. Mientras se besaban, Kate sintió que las palmas de él bajaban por su cintura y que arrastraban la última prenda en un descenso gradual.

Sin liberarse de su abrazo, se quitó las bragas. El miembro de Jon, duro y caliente, se apretaba contra los riñones de Kate, pero él se contuvo lo bastante para contemplar el esplendor de su desnudez.

Miraron juntos las imágenes en el espejo. Jon le puso la mano en el

abdomen y la apretó contra su ardiente virilidad. Con la otra mano le acarició los muslos.

—Te amo, Kate.

—Yo te amo más, Jon. —Se dio la vuelta. Él la tomó en brazos y la llevó a la cama. La depositó dulcemente y se tumbó a su lado. Cuando ella se acercó a él, la detuvo poniéndole las manos en los hombros.

—Hay tiempo —le susurró antes de besarle el pecho y acariciarle los pezones

delicadamente con la boca. Su lengua húmeda la hizo gemir de deseo. Tiró de él con los labios y lo humedeció con la lengua.

—Por favor.

—Disfruta.

Las manos de Jon se pasearon por todo su cuerpo al tiempo que la besaba como si tuviera un mapa de todos sus puntos erógenos. Con los labios descubrió la sensible piel del interior de sus brazos, después bajó hasta los pechos y el estómago. Introdujo la lengua en su

ombligo y se apoderó de él. Una y otra vez Jon la llevó al borde del clímax, pero siempre la mantuvo en ese límite, sin dejar que cayera al abismo. Finalmente, cuando los dos temblaban de deseo, se puso encima de ella y la penetró.

La embistió suavemente, levantándole las caderas con las manos. Después, aceleró el ritmo hasta que perdieron la noción de tiempo y del espacio.

Jon cayó de espaldas, exhausto. Kate se acomodó encima

de él, recostando la cabeza en su pecho. Fueron recuperando el aliento lentamente.

—Lamento lo de tu vestido — dijo él al tiempo que le acariciaba el hombro.

Kate sonrió. Ella no lo lamentaba en lo más mínimo, a pesar de que la prenda era nueva ya que la había comprado especialmente para aquel viaje.

—No te preocupes. Hay ropa más cómoda en la maleta. —Se incorporó y lo miró a los ojos—.

Jon, hay algo que quiero decirte.

—Yo también tengo algo que decirte. Espera. —Se levantó y sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Regresó a su lado, se sentó en la cama y le mostró una cajita de terciopelo rojo.

—¿Quieres casarte conmigo?

Por unos segundos, solo escuchó los ensordecedores latidos de su corazón. Embargada por la emoción, vio cómo Jon abría el estuche y sacaba un anillo. Tomó su temblorosa mano y se lo colocó. La



miró. Kate estaba llorando.

—No tienes que contestarme ahora si no quieres —le dijo, secándole las lágrimas con los dedos.

—Sí, quiero.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Contestarme ahora o casarte conmigo? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Casarme contigo, tonto! — Kate se echó a reír mientras observaba embelesada el anillo que acababa de recibir.

Él la reclinó suavemente sobre la cama y comenzó a besarle los pechos.

—Tenías algo que decirme. —  
Se metió el pezón dentro de la boca.

Ella contuvo el aliento.

—Sí.

—Dilo. —La miró  
intensamente mientras  
mordisqueaba aquella parte  
sensible de su cuerpo.

Ella comenzó a acariciarle el  
cabello.

—Estoy embarazada, Jon.

Él se quedó tan quieto que Kate pensó que le estaba por dar algo. Cuando finalmente reaccionó, levantó la cabeza y la miró.

—¿Un hijo?

Ella asintió.

—¿Vamos a tener un hijo? — volvió a preguntar.

—Sí, Jon, dentro de unos ocho meses más o menos.

Se dejó caer en la cama y permaneció con la vista clavada en el techo durante unos cuantos

segundos. Luego, de repente, comenzó a reír y no pudo parar.

Kate se colocó encima de él.

—¡Dime algo!

La miró con lágrimas en los ojos.

—Nunca he sido tan feliz como ahora.

Metió la mano entre ambos hasta tocarle el vientre. Ella se arqueó un poco hacia arriba para permitirle que la acariciara.

—¿Sientes algo? —le preguntó.

—Además de los mareos y las náuseas, no. Es demasiado pronto aún para que empiece a moverse.

—Deberás pedir la baja en el FBI. No quiero que seas como Sheena que trabajó casi hasta el momento de dar a luz.

—Me parece bien—dijo ella acomodándole un mechón detrás de la oreja.

—Podríamos casarnos el mes que viene. Colleen puede ayudarte a organizar todo.

Era una delicia escucharlo

hacer planes.

—Viviremos en mi apartamento hasta que encontremos una casa con jardín y espacio suficiente para que el niño pueda correr a sus anchas. ¿Dónde quieres ir de viaje de bodas?

—Donde sea, Jon —respondió ella estirándose para darle un beso—. Mientras esté contigo, cualquier lugar me parece bien.

# Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	53
Capítulo 3	91
Capítulo 4	128
Capítulo 5	166
Capítulo 6	199
Capítulo 7	238
Capítulo 8	267

Capítulo 9	302
Capítulo 10	336
Capítulo 11	370
Capítulo 12	401
Capítulo 13	435
Capítulo 14	466
Capítulo 15	507
Capítulo 16	540
Capítulo 17	577
Capítulo 18	612
Capítulo 19	642



Capítulo 20	678
Capítulo 21	716
Capítulo 22	748
Capítulo 23	783
Capítulo 24	815
Capítulo 25	846
Capítulo 26	876
Capítulo 27	914
Capítulo 28	948
Capítulo 29	990

Capítulo 30	1021
Capítulo 31	1054
Capítulo 32	1090
Capítulo 33	1128
Epílogo	1172